

Historia de Alemania

MARY FULBROOK

*Profesora adjunta de Historia Alemana en
el University College de Londres*

Traducción de Beatriz García Ríos

 **CAMBRIDGE**
UNIVERSITY PRESS

Editado por la Organización Editorial de la Universidad de Cambridge
The Pitt Building, Trumpington Street, Cambridge CB2 1RP
40 West 20th Street, New York, NY 19911-4211, USA
10 Stamford Road, Oakleigh, Melbourne 3166, Australia

Título inglés original: *A concise history of Germany*
por Cambridge University Press 1990
y © Cambridge University Press 1990
Primera edición española como *Historia de Alemania* por
Cambridge University Press 1995
Traducción española © Beatriz García Ríos 1995

Impreso en Gran Bretaña por la University Press, Cambridge

Este libro se ha registrado en el catálogo de la British Library

Library of Congress cataloging in publication data

ISBN 0 521 47647 X en rústica



BIBLIOTECA

943.0
FUL
83802

LTL

83802

Índice

Ilustraciones [vii]

Prólogo [xii]

- 1 **Introducción: las tierras y los pueblos de Alemania** [1]
- 2 **La Alemania medieval** [12]
 - Los comienzos de la historia alemana [12]
 - Alemania en la Edad Media: del siglo IX al siglo XIII [18]
 - Alemania en la Baja Edad Media [30]
- 3 **La era del confesionalismo, 1500-1648** [45]
 - La Reforma alemana: los orígenes [46]
 - La guerra de los Campesinos en Alemania [55]
 - La evolución de la Reforma alemana [59]
 - Alemania en la era de la contrarreforma [69]
 - La guerra de los Treinta Años [74]
 - El tratado de Westfalia y los efectos de la guerra [83]
- 4 **La era del absolutismo, 1648-1815** [96]
 - El absolutismo y la ascensión de Prusia [99]
 - Religión, cultura e Ilustración [117]
 - El impacto de la Revolución francesa [131]
- 5 **La era de la industrialización, 1815-1918** [145]
 - La Alemania de la Restauración, 1815-1848 [145]
 - Las revoluciones de 1848 [161]
 - La unificación de Alemania [170]
 - Alemania bajo Bismarck [182]

20823

Índice

Sociedad y política en la Alemania guillermina	[190]
La cultura en la Alemania imperial	[200]
Política exterior y la Primera Guerra Mundial	[205]
6 Democracia y dictadura, 1918-1945	[215]
La República de Weimar: sus orígenes y los primeros años	[217]
El periodo de estabilización aparente	[232]
La caída de la democracia de Weimar	[239]
La consolidación del poder de Hitler	[248]
Política exterior y guerra	[260]
Holocausto, resistencia y derrota	[274]
7 Las dos Alemanias, 1945-1990	[285]
La creación de las dos Alemanias	[285]
De la fundación a la consolidación	[295]
La política en las dos Alemanias, 1949-1989	[306]
Economía y sociedad en Alemania Occidental	[320]
Economía y sociedad en la RDA, 1949-1989	[328]
La revolución de 1989 y el fin de la era de la posguerra	[340]
8 Fautas y problemas de la historia alemana	[352]
Bibliografía	[358]
Índice alfabético	[361]

Ilustraciones

	Fotos	pagina
1	Kloster Grüssau en Silesia. Fuente: <i>Die schöne Heimat. Bilder aus Deutschland</i> (Leipzig: Verlag Karl Robert Langewiesche, 1922)	[4]
2	Un crucifijo cerca de Jachenau, en el sur de Baviera. Foto: Harriett C. Wilson	[7]
3	La vista hacia Alexanderplatz en Berlín Oriental. Foto de la autora	[10]
4	Ilustraciones de Minnesinger procedentes del Manuscrito <i>Mannesse</i> del siglo XIV. Fuente: <i>Die Minnesinger in Bildern der Mannesischen Handschrift</i> (Leipzig: Insel-Verlag, 1929)	[29]
5	Los gremios reciben el gobierno de Augsburgo, 1368. Grabado de <i>Das Behaim Ehrenbuch der bürgerlichen und zunftlichen Regierung der hl. Reichsstadt Augsburg</i> (1545), reproducido en la <i>Weltgeschichte</i> de Ullstein (Berlín: Ullstein, 1907-9)	[32]
6	El Marienburg. Fuente: <i>Die schöne Heimat</i>	[35]
7	Una página de <i>Sachsenspiegel</i> , de Eike von Repgow, con detalles de la concesión de un castillo como feudo. Herzog-August-Bibliothek, Wolfenbüttel	[40]
8	«Passional Christi und Anti-Christi», con tallas de madera de Lucas Cranach el Viejo. El Papa aparece identificado con el Anticristo. Reproducido a partir del <i>Weltgeschichte</i> de Ullstein	[55]
9	«El judío escamoteador y cambista». Panfleto en el que se critica la supuesta avaricia de los judíos en un momento de inflación galopante (s.e., 1622). <i>Flugschriftensammlung</i> , Herzog-August-Bibliothek, Wolfenbüttel	[73]

- 10 Una descripción muy expresiva de los métodos para practicar exorcismos y para enfrentarse a una bruja y sus dos ayudantes (Augsburg: Elias Wellhofer, 1654). Flugschriftensammlung, Herzog-August-Bibliothek, Wolfenbüttel [76]
- 11 La batalla de la Montaña Blanca, 1620 (s.l.: 1620). Flugschriftensammlung, Herzog-August-Bibliothek, Wolfenbüttel [79]
- 12 La guerra representada como una bestia que asuela Alemania (s.e.: 1630/1648). Flugschriftensammlung, Herzog-August-Bibliothek, Wolfenbüttel [89]
- 13 Panfleto que ilustra la pasión del momento por la moda francesa en el «A-la-Mode-Kampf» de 1630 (Nuremberg? c.1630). Flugschriftensammlung, Herzog-August-Bibliothek, Wolfenbüttel [93]
- 14 Representación de unos «viajeros», gente sin un medio de vida estable en la trastornada sociedad de Europa hacia 1650. Fuente: *Weltgeschichte* de Ullstein [94]
- 15 La Dieta del Sacro Imperio Romano en Regensburg, 1635. Herzog-August-Bibliothek, Wolfenbüttel [97]
- 16 La residencia Würzburg, diseñada por Balthasar Neumann y edificada en su mayor parte entre 1720 y 1744. Fuente: Johannes Arndt, *Deutsche Kunst der Barockzeit* (Leipzig: Bibliographisches Institut, 1941) [102]
- 17 Reclutamiento de soldados a principios del siglo XVIII. A partir de H. J. von Fleming, *Der Vollkommene Teutsche Soldat* (Leipzig, 1726), reproducido en la *Weltgeschichte* de Ullstein [108]
- 18 Nuremberg en 1774. Germanisches Nationalmuseum Nuremberg, Kupferstichkabinett [114]
- 19 El altar del monasterio de Benediktbeuern, en el sur de Baviera. Foto: Harriett C. Wilson [119]
- 20 La batalla de Jena, 1806. Fuente: *Weltgeschichte* de Ullstein [137]

- 21 El príncipe Metternich en su estudio. Fuente: Karl Gutschow, *Unter dem schwarzen Bären* (Berlín O.: Verlag der Nation, 1971) [148]
- 22 La ceremonia de inauguración de la Universidad de Munich, 1826. Bayerisches Hauptstaatsarchiv, Munich [152]
- 23 Diversos empleos típicos del siglo XVIII y principios del XIX. Germanisches Nationalmuseum Nuremberg, Kupferstichkabinett [157]
- 24 Barricadas en Berlín, 1848. Fuente: Gutschow, *Unter dem schwarzen Bären* [164]
- 25 La fábrica Borsig de locomotoras en Moabit, Berlín, 1855. Landesarchiv Berlin, Landesbildstelle [171]
- 26 Una selección de viñetas de la época relativas a Bismarck. Fuente: *Weltgeschichte* de Ullstein [189]
- 27 Caricatura sobre la vida de la clase obrera, obra del artista berlinés Heinrich Zille. [192]
- 28 Lo último en la moda femenina para montar en bicicleta, como aparece en *Die Gartenlaube*, una popular revista de clase media. Fuente: Karin Helm (ed.), *Rosinen aus der Gartenlaube* (Gütersloh: Signum Verlag, s.a.) [203]
- 29 Barricadas en Berlín, marzo de 1919. Landesarchiv Berlin, Landesbildstelle [222]
- 30 Los Werdenfels de los Freikorps, trasladados a Munich para sofocar los levantamientos revolucionarios. Bayerisches Hauptstaatsarchiv, Munich [223]
- 31 El putsch de Kapp. Los soldados entran en Berlín, marzo de 1920. Landesarchiv Berlin, Landesbildstelle [228]
- 32 Boda campesina en Bad Tölz, Baviera. Fuente: *Deutschland Bild-Heft* Nr. 117: «Bad Tölz und das Land im Isar Winkel» (Berlín-Tempelhof: Universum-Verlagsanstalt, c. 1933) [236]

- 33 Poster de Hindenburg para las elecciones de 1932. [244]
Bayerisches Hauptstaatsarchiv, Munich
- 34 La huelga de los alquileres en Berlín, 1932. Landesarchiv [245]
Berlin, Landesbildstelle
- 35 Propaganda de Hitler en conmemoración del «Día de [250]
Potsdam». Bayerisches Hauptstaatsarchiv, Munich
- 36 Una delegación de la organización de muchachas nazis [255]
rinde homenaje a los héroes nazis caídos en el putsch de
1932. Bayerisches Hauptstaatsarchiv, Munich
- 37 La ciudad austríaca de Lienz cambia el nombre de una [266]
de sus plazas principales por el de «Adolf-Hitler-Platz».
Fuente: postal de la época propiedad de la autora
- 38 El gueto judío en Radom, Polonia. Bayerisches Haupt- [276]
staatsarchiv, Munich
- 39 Auschwitz-Birkenau proyecta sobre la historia alemana [279]
una sombra imposible de borrar. Foto de la autora,
1988
- 40 El muro de Berlín empieza a levantarse, agosto de 1961. [301]
Landesarchiv Berlin, Landesbildstelle
- 41 La gente arranca pedazos como recuerdo del fenecido [345]
muro de Berlín. Foto: Cornelia Usborne

Mapas

- 1 La división del reino franco en el tratado de Verdún, [16]
843
- 2 El Imperio germánico, c. 1024–1125 [24]
- 3 Europa en la era de la Reforma [48]
- 4 Alemania tras el tratado de Westfalia, 1648 [85]

- 5 El crecimiento de Brandeburgo-Prusia hasta 1786 [111]
- 6 La Confederación Alemana en 1815. (Según M. Hughes, [141]
Nationalism and Society: Germany 1800–1945 (Londres: Edward
Arnold, 1988))
- 7 Desarrollo de la Unión Aduanera prusiano-germana [159]
- 8 La unificación de Alemania, 1867–71. (Según Hughes, [180]
Nationalism and Society)
- 9 El tratado de Versalles, 1919. (Según M. Freeman, *Atlas of [226]
Nazi Germany* (London: Croom Helm, 1987))
- 10 Anexiones territoriales de la Alemania nazi, 1935–9. [268]
(Según Freeman, *Atlas of Nazi Germany*)
- 11 La partición de Polonia en 1939. (Según Freeman, *Atlas of [269]
Nazi Germany*)
- 12 El imperio de Hitler en el otoño de 1942. (Según Free- [273]
man, *Atlas of Nazi Germany*)
- 13 La Alemania dividida después de 1945. (Según Hughes, [286]
Nationalism and Society)

Prólogo

Un libro como éste es infinitamente más fácil de criticar que de escribir. El intento de condensar más de mil años de una historia muy compleja en un breve volumen provocará innumerables protestas entre los especialistas, al ver cómo se distorsionan, comprimen, tergiversan, e incluso desaparecen, sus parcelas de estudio. Pero una historia breve de un asunto tan amplio no puede pretender abarcarlo todo: en el mejor de los casos, puede proporcionar una guía inteligente del alcance general de los acontecimientos.

Estas limitaciones son en parte inherentes a la naturaleza misma de la historia escrita, que no puede limitarse a transmitir unos hechos comúnmente aceptados, sino que debe responder más bien a un proceso de imposición de orden en la masa de material —y en las interpretaciones de dicho material— que nos llega desde el pasado. Pero, en el caso de una historia concisa de Alemania, resulta especialmente cierto el hecho de que se deben tomar decisiones drásticas respecto a lo que se selecciona y lo que se omite. Los lectores tendrán todos su propio punto de vista al respecto, pero el autor ha tenido que tomar decisiones. En lo relativo al espacio dedicado a las diferentes épocas, el libro funciona de acuerdo con el principio de la perspectiva: los objetos más cercanos al observador son más grandes y se perciben en mayor detalles que las difusas vistas generales de los horizontes lejanos. Así, a medida que nos acercamos al presente, los capítulos van tratando periodos de tiempo cada vez más cortos. Dentro del paisaje global abarcado, hay algunas características que destacan más que otras. El problema de la «teleología» es muy conocido entre los historiadores: existe una

tendencia a fijarse sobre todo en rasgos que apuntan al presente, y a explicar los acontecimientos parcialmente en términos de sus consecuencias (independientemente de que los participantes fueran o no conscientes de sus «contribuciones» al progreso histórico), y a hacer caso omiso de las desviaciones a caminos sin salida. Si bien es cierto que en las obras históricas de los últimos tiempos se ha producido una saludable reacción contra esto, no lo es menos que determinados acontecimientos parecen más importantes que otros desde el punto de vista de las preocupaciones actuales. Y todos los autores, inevitablemente, tienen sus intereses, entusiasmos y debilidades particulares, por muy equilibrados y objetivos que intenten ser en su interpretación. En relación con la historia de «Alemania», existe también el problema concreto de los límites de lo que se considera el tema a tratar propiamente dicho. En este libro, la historia de Austria sólo se ha tenido en cuenta en la medida en que, en diversas épocas, ha formado parte integral de «Alemania», o bien ha estado íntimamente ligada a la historia de la Alemania moderna a partir de 1871. Aunque quizá sea el ejemplo más evidente, Austria no es la única que ha sufrido estos recortes: las fronteras de «Alemania» han experimentado innumerables cambios a lo largo de los siglos.

Un trabajo de amplio espectro como éste debe apoyarse en gran parte en la investigación de los demás, y representa una síntesis de conocimientos existentes y puntos de vista con frecuencia conflictivos, al tiempo que trata de desarrollar una relación global y coherente. El autor es plenamente consciente de las lagunas e insuficiencias del presente análisis, pero espera por lo menos que, al presentar un amplio marco que abarca los siglos, se alcancen dos propósitos muy útiles: que este libro pueda constituir una base y un estímulo para seguir explorando con más detalles determinados aspectos, y que

pueda servir asimismo para situar los conocimientos e intereses ya existentes de los lectores dentro de un marco interpretativo más amplio. Esta obra es más bien una especie de mapa a gran escala que puede ser utilizado como contexto para, a medida que se avanza en él, investigar algunos detalles con mayor profundidad.

Estoy tremendamente agradecida a los colegas y amigos que han leído, y realizado valiosos comentarios sobre, partes del manuscrito, evitándome errores de bulto e interpretaciones poco apropiadas. Me gustaría dar las gracias en especial a las siguientes personas, por sus cuidadosos esfuerzos para mejorar el texto: David Blackbourn; Ian Kershaw; Timothy McFarland; Rudolf Muhs; Hamish Scott; Bob Scribner; Jill Stephenson; Martín Swales. Evidentemente, yo soy la única responsable de las incorrecciones todavía apreciables. El trabajo se benefició de una pequeña beca procedente del Fondo del Decano de la UCL, que me permitió dedicar un cierto tiempo a rastrear bibliotecas, museos y archivos para encontrar el material gráfico más apropiado. La elección de ilustraciones apropiadas fue casi tan difícil como la elaboración del texto, y planteó los mismos problemas de selección, interpretación y omisión. Los lectores perspicaces observarán que a las imágenes de personalidades y vistas conocidas se han preferido otras que representaran temas más amplios y periodos o lugares más lejanos. Finalmente, también querría dar las gracias a mi marido y a mis tres hijos por estar dispuestos a pasar innumerables veranos recorriendo Europa Central en busca de aspectos del pasado alemán.

Prólogo a la versión actualizada (1992)

En primer lugar, querría agradecer al doctor Werner Schochow de Berlín que me indicara algunos errores de detalle que se

deslizaron en la primera edición, así como las sugerencias para las correcciones del índice. Le estoy inmensamente agradecida por su lectura atenta y cuidadosa del texto, y por los esfuerzos que realizó al proporcionar comentarios y sugerencias muy detallados.

También he aprovechado la oportunidad para utilizar el pasado en todo lo relativo a Alemania Occidental (Alemania Oriental ya había sufrido ese trato en la primera edición). Si bien es cierto que lo que era «Alemania Occidental» se ha incorporado a la ampliada República Federal tras la reunificación de 1990, no obstante, la Alemania unida es una nueva entidad, y sería prejuzgar su desarrollo de un modo bastante poco histórico sugerir que lo que era cierto de la República Federal anterior a 1990 seguirá siendo aplicable en la nueva y unida, aunque desequilibrada, República Federal, que se enfrenta no sólo a cambios en el interior sino también a un contexto europeo diferente.

Introducción: las tierras y los pueblos de Alemania

En un verso famoso y muy citado, los dos célebres escritores alemanes Goethe y Schiller plantearon la pregunta que ha constituido el núcleo de gran parte de la historia alemana: «Deutschland? aber wo liegt es? Ich weiss das Land nicht zu finden.» («¿Alemania? Pero ¿dónde está? Yo no sé encontrarla.») Más adelante apuntaban concisamente otro de los problemas de los alemanes: «Zur Nation euch zu bilden, ihr hoffet es, Deutsche, vergebens; /Bildet, ihr könnt es, dafür freier zu Menschen euch aus.» («Abandonad toda esperanza de constituíros en una nación, alemanes; mejor será que os desarrolléis –y lo podéis hacer– más libremente como seres humanos.») En estas dos citas se encuentran resumidas las nociones generales probablemente más extendidas acerca de Alemania y los alemanes, aunque por supuesto Goethe y Schiller no podían predecir, y mucho menos ser responsables de, los acontecimientos posteriores. Es ésta una nación rezagada, que se unificó demasiado tarde, y una nación, además, de «pensadores y poetas», que separaron la libertad de la esfera del espíritu de la esfera pública y los poderes del estado; una nación que, célebremente, acabaría dando origen –independientemente de sus contribuciones a la literatura y la música– al epítome de la maldad en el gobierno genocida de Adolf Hitler. Una nación con una cultura de una creatividad posiblemente única y un historial político de

una destructividad única; una nación singularmente problemática, atormentada, peculiar, con un modelo propio, extraño y distorsionado de historia. Y una nación de una eficacia única, que con cada transformación se convierte en «modelo» dentro de su categoría.

Como sucede con todos los tópicos, hay algo de verdad en estas generalizaciones; y, al igual que en todas las generalizaciones, hay muchos elementos simplificados en exceso, falaces y claramente falsos. Quizá el aspecto más falaz de todas estas afirmaciones sea el supuesto subyacente de que existe una entidad sencilla, los «alemanes», dotada de una identidad nacional imperécedera que se manifiesta a lo largo de los siglos en toda la trayectoria de una tortuosa historia nacional. La realidad es infinitamente más compleja. Existe una complejidad geográfica, y toda una gama de pueblos que hablan variantes del idioma alemán repartidos por una zona de Europa Central en la que, a lo largo de los siglos, han abundado las diferentes formas políticas a las que, durante la mayor parte de la historia «alemana», han estado también sometidos pueblos no germanohablantes. Existe una complejidad histórica, dotada del mismo grado de contingencia y casualidad que un recorrido predeterminado por cualquier sendero evolutivo con un destino prefijado. Y existe también la complejidad inherente a la naturaleza del proceso de reconstrucción y escritura de la historia de una entidad cambiante, conformada a su vez a la luz de las preocupaciones e intereses actuales. Las épocas más recientes resultarán con diferencia más interesantes para la mayoría; los periodos más remotos seguirán siendo –para todos menos una minoría, fascinada por una cultura tan distante– una especie de «fondo», un decorado para la escena, el saber cuál era la situación «cuando comenzó la historia». Incluso una decisión relativa a

este último, «el punto de partida», resulta hasta cierto punto arbitraria, ya que toda historia reconstruida es una construcción humana realizada desde la perspectiva de determinados intereses, conscientes o no.

Hasta 1989, para la mayor parte de los angloparlantes decir «Alemania» habría significado la República Federal de Alemania, o Alemania Occidental, con su capital en Bonn. Para otros, incluiría la República Democrática Alemana, o Alemania del Este, al haber sido ésta creada a partir de las ruinas de la derrotada Alemania nazi. Casi nadie consideraría hoy en día a Austria, y menos aún a Suiza, candidatos a ser incluidos en el término «Alemania», y, sin embargo, sólo ha pasado poco más de un siglo desde la exclusión de Austria de la unificada «pequeña Alemania» de 1871, bajo la dominación prusiana; la separación de la Suiza germanohablante del «Sacro Imperio Romano Germánico» data de muchos siglos atrás. Y, por supuesto, existen otras zonas de la Europa central que, o bien formaban parte con anterioridad de algún estado alemán –como, por ejemplo, aquellos antiguos territorios alemanes pertenecientes en la actualidad a Polonia y la URSS–, o bien poseían o poseen importantes minorías germanohablantes bajo otros gobiernos. Para algunos historiadores, la precaria y disputada situación de Alemania en la Europa central, tanto desde el punto de vista político como geográfico, –*mitten in Europa*–, se ha convertido de hecho en factor clave en la interpretación de la historia e identidad «alemanas», y sin duda hace más difícil llegar a una definición clara del sujeto en estudio que en el caso de otras historias «nacionales». Si bien el destino último de este libro será la Alemania unificada que se formó en 1990 a partir de las dos Alemanias de finales del siglo XX –la República Democrática Alemana y la República Federal de Alemania–, existen muchos



1. Kloster Grüssau en Silesia. Esta región, que forma parte de Polonia desde 1945, era una provincia de la Austria de los Habsburgo hasta que fue ocupada por Prusia en 1740-42. Las fronteras de Europa central han fluctuado mucho a lo largo de los siglos.

otros factores a tener en cuenta antes de alcanzar la meta, sin perder nunca la flexibilidad en el enfoque y los límites.

Las zonas ocupadas por la Alemania de finales del siglo XX comprenden abundantes y notables variaciones regionales, basadas en parte en la topografía y en la geografía y en parte en las diferencias históricas. Desde el punto de vista topográfico, las tierras alemanas se extienden desde las arenosas costas del mar del Norte y el mar Báltico, con sus puertos comerciales, hasta los páramos de la Alemania septentrional; desde allí bajan, interrumpidas por la región de las tierras altas centrales, más accidentada (como en el caso de las montañas de Harz o el Erzgebirge), a través de las suaves

ondulaciones de la Alemania meridional hasta las estribaciones de los Alpes, en las fronteras con Austria y Suiza. El clima oscila entre el suave y húmedo clima atlántico del norte y el oeste y el más seco y continental del sur y el este, con inviernos fríos y nevados y veranos cálidos interrumpidos por frecuentes tormentas. Los recursos naturales cambian: hay importantes depósitos del lignito de calidad inferior (carbón marrón) en la Alemania del Este, donde se obtiene aproximadamente un tercio de la producción mundial, mientras que en la Occidental se extrae en mayores cantidades el carbón bituminoso, sobre todo en la zona del Ruhr. Alemania posee pequeñas cantidades de gas natural y petróleo, insuficientes para cubrir las necesidades energéticas actuales, y tanto el Este como el Oeste se han interesado por la obtención de energía nuclear; existen además depósitos minerales variados, pero no abundantes (mineral de hierro, plomo, zinc, sales de potasio). Los suelos y las posibilidades de cultivo son diferentes: en muchas zonas, se prefiere abandonar las tierras al brezo o los bosques antes que dedicarlas a la producción de cereales o pastos. En la década de los ochenta, la población de Alemania del Oeste superaba ligeramente los 61 millones, mientras que la de Alemania del Este no llegaba a los 17; en 1990, la población de la Alemania unida era de 78,3 millones.

Desde el punto de vista histórico, las tierras alemanas, al estar constituidas por regiones que en el pasado tuvieron una existencia propia como provincias o principados independientes, muestran unas importantes variaciones regionales basadas más en la historia política, cultural y socioeconómica que en la geografía. Lo que llama la atención del visitante en Alemania son los resultados de la ocupación humana, la utilización del medio por parte del hombre, las creencias humanas, las prácticas y relaciones

sociales: las ciudades y castillos medievales amurallados, las grandes iglesias y monasterios barrocos, los regios palacios, los diferentes estilos de granjas, casas de burgueses o suburbios industriales. Los estereotipos regionales abundan: el ascetismo, militarismo y conservadurismo de los protestantes prusianos se suelen enfrentar al liberalismo de Hamburgo o al carácter más abierto de los bávaros, un pueblo católico, ininteligible y bebedor de cerveza en grandes cantidades. Todavía hoy, en la Alemania más cosmopolita y centralizada de finales del siglo XX, es posible encontrar una gran variedad de acentos y culturas regionales, e incluso aquellos que la conozcan sólo superficialmente podrán apreciar las diferencias entre el Rineland, con sus castillos y viñedos, la Ruhr industrial (que ya no despide los humos y gases habituales antes de que el sureste de Alemania se pasara a las industrias de alta tecnología), los bosques, arroyos y relojes de cuco de la Selva Negra o los lagos y pastos alpinos de la Alta Baviera. No habrá tantos turistas ocasionales que estén familiarizados con las costas septentrionales, las islas frisias o los lagos y cauces de Schleswig-Holstein, aunque es posible que hayan visitado Bremen, Hamburgo y Lübeck; la mayoría habrá atravesado sin detenerse las ondulantes colinas de Westfalia por una rápida autobahn, dejando a un lado los brezales de Lüneberg al norte o las atracciones medievales escondidas en las montañas del Harz; muy pocos habrán explorado las olvidadas comunidades de la zona fronteriza de Bohemia y la selva bávara en la frontera checa, o apreciarán diferencias específicamente locales entre regiones tales como Spessart, Kraichgau u Odenwald. Muchos conocerán los centros urbanos más importantes, sobre todo ciudades como Múnich, Nuremberg, Francfort, Stuttgart o Colonia, pero desconocerán las razones de la naturaleza descentralizada de la vida urbana en Alemania Occidental (con su capital, Bonn, tan



2. Un crucifijo cerca de Jachenau, en el sur de Baviera. Sus «cortinas» de madera tallada hacen de él un ejemplo especialmente espléndido de la devoción popular católica. En algunas áreas de Alemania predominantemente protestantes, como por ejemplo Württemberg, la abundancia de crucifijos en ciertas zonas atestigua un pasado muy lejano en el tiempo, en el que posiblemente fueran, por ejemplo, feudos de los Habsburgo católicos austriacos.

fácilmente descalificada como «una pequeña ciudad de Alemania»); antes de los acontecimientos revolucionarios del otoño de 1989, la penetración de la mayor parte de los visitantes occidentales en Alemania del Este se habría limitado a una excursión a su capital, Berlín Este. Alemania Oriental, a pesar de ser más pequeña que Alemania Occidental, manifiesta una diversidad regional comparable: desde las dunas de arena de la costa báltica en el norte, pasando por la zona de los lagos de Mecklenburg, escasamente poblada, hasta las variadas regiones de las zonas meridionales, más colinosas, que cuentan con núcleos industriales como Halle, Leipzig, Erfurt y Karl-Marx-Stadt (Chemnitz), importantes centros culturales como Dresde y Weimar, y atracciones turísticas en la Suiza sajona, las selvas de Turingia o las montañas del Harz. Todas estas regiones, tanto en el este como en el oeste, se distinguen entre sí por múltiples razones que van más allá de los factores puramente físicos, como por ejemplo la proximidad a los ríos, mares o montañas. Desde el punto de vista económico, todas ellas han sido desarrolladas y explotadas de maneras diversas, y han formado parte como elementos distintos de sistemas económicos más amplios; culturalmente, las diferencias entre las zonas católicas y protestantes de los estados confesionales de la Alemania posterior a la Reforma han perdurado a lo largo de los siglos, produciendo un profundo impacto, mientras que, políticamente, las historias de las diferentes regiones han adoptado innumerables formas, constituyendo una auténtico laboratorio para el investigador político de orientación histórica. Hoy en día, la Alemania industrial actual, más homogénea, presenta las huellas de todas estas variadas influencias.

La mayor parte de aquellos que la visitaran con anterioridad a 1989 no habrían podido evitar fijarse en el rasgo quizá más

característico de las dos Alemanias: la ferozmente vigilada frontera que las atravesaba desde el Báltico hasta la frontera checa con la Alemania meridional, dividiendo no sólo Alemania del Este y la del Oeste, sino también la Europa oriental y la occidental, el comunismo y el capitalismo, el centralismo democrático y la democracia liberal, símbolo de todos los antagonismos internacionales de la segunda mitad del siglo XX, el «Telón de Acero», en palabras de Churchill. Esta frontera no sólo serpenteaba a lo largo de kilómetros de confin entre las dos Alemanias, con una tierra de nadie que escindía comunidades unidas en el pasado, separándolas de sus zonas de influencia naturales; también atravesaba el núcleo mismo de ese antaño espléndido centro metropolitano, la antigua capital de Prusia y de la Alemania imperial, de Weimar y de los nazis: Berlín. Guardias fuertemente armados vigilaban la restringida circulación de vehículos en los limitados puntos de cruce, y garantizaban que ningún ciudadano del Este saliera sin permiso. Berlín Occidental, económicamente dependiente y ampliamente subvencionada por el gobierno de Alemania Occidental, era además una ciudad escaparate del capitalismo, con sus inmensos centros comerciales, sus deslumbrantes luces, su derroche de actos culturales, sus centros de congresos internacionales y su mecenazgo de las artes. Los antiguos suburbios de principios de siglo, construidos en la época de la rápida expansión de la capital imperial, acogían en la década de los ochenta no sólo a los supervivientes de la clase obrera berlinesa, sino también a un gran número de «trabajadores invitados» extranjeros, así como a toda una gama de grupos que cultivaban de diferentes maneras estilos de vida «alternativos». Todo esto se veía impregnado por la inevitable omnipresencia militar —Berlín se encontraba todavía oficialmente bajo el control de cuatro potencias—, y ni siquiera la huida hacia



3. La vista hacia Alexanderplatz en Berlín Oriental. La torre de la televisión que se ve al final empujeña la Marienkirche; a la izquierda, la catedral, reconstruida, se enfrenta al nuevo «Palacio de la República» germano-oriental, construido en el emplazamiento del antiguo Palacio Real, a la derecha.

los extraordinarios recursos naturales de los lagos y bosques de Berlín Oriental permitía olvidar la ubicuidad del muro. A pocos metros de distancia, al otro lado del muro, había un Berlín muy diferente: «Berlín, capital de la RDA», como tan orgullosamente se proclamaba en todos los carteles. Berlín Este ocupaba, con más tráfico que en décadas anteriores, el núcleo de la antigua capital imperial: allí, nuevos edificios públicos germano-orientales y bloques de apartamentos construidos en serie se codeaban con el decadente esplendor de los antiguos centros políticos y culturales.

A pesar de los esfuerzos de la RDA por fomentar una imagen tan atractiva como la occidental –aunque de una forma diferente– en zonas como la moderna Alexanderplatz, gran parte de Berlín Oriental presentaba un aspecto gris, polvoriento y anticuado. Los dos Berlines simbolizaban y personificaban, de un modo extremo, muchos de los puntos fuertes y débiles de los dos sistemas socioeconómicos y políticos en cuya representación actuaban.

De igual manera, la apertura del muro de Berlín en noviembre de 1989 simbolizó de un modo dramático el final de una era. Los cambios revolucionarios experimentados en la Unión Soviética y en la Europa del Este a finales de la década de los ochenta llevaron al desmoronamiento del «Telón de Acero»; al tiempo que los gobiernos comunistas se venían abajo en el Este, una combinación de presiones económicas y políticas consiguió en octubre de 1990, en un proceso sin precedentes e inesperadamente rápido, la unificación de dos sistemas y sociedades muy diferentes. Para los observadores de esta nueva Alemania unida de la década de los noventa, la historia adquiere un nuevo significado, al pasar una vez más a primer plano –como en tantas otras ocasiones a lo largo de los siglos– la cuestión del carácter, la forma y el papel de esta nación en Europa y en el mundo.

Estas son las apreciaciones y observaciones que podrían derivarse de una primera visión; pero la historia, la sociedad y la vida cultural y política alemanas no se agotan en las impresiones de un viajero. Existen también muchos aspectos del pasado alemán que se han olvidado, reprimido, transformado o simplemente obviado: ahora hay que comenzar a explorar a grandes rasgos los tortuosos caminos que ha seguido la historia alemana para llegar hasta la nación que vemos hoy en día.

2

La Alemania medieval

Los comienzos de la historia alemana

La zona conocida en la actualidad como Alemania presenta evidencias de asentamientos ya desde tiempos prehistóricos: es muy famoso el hallazgo arqueológico del hombre del Neandertal, y existen trazas de yacimientos del Paleolítico, la Edad de Bronce y la Edad de Hierro por toda Europa central. El Imperio Romano ocupaba la zona occidental y meridional de lo que hoy en día se conoce como Alemania, y se conservan cimientos y restos romanos en muchas ciudades alemanas, tales como Trier, Augsburgo, Maguncia, Colonia, Ratisbona y Passau; además, todavía se puede ver, entre los ríos Main y Danubio, una fortificación fronteriza (básicamente una zanja y un terraplén) conocida como el Limes. El Imperio Romano tuvo un impacto considerable en las zonas que ocupó; más allá se encontraban lo que los romanos calificaban como «bárbaros», es decir, extranjeros. El historiador romano Tácito (c. 55–116 d.C.) nos proporciona en su *Germania* una visión curiosa, aunque no del todo fiable, de las tribus germánicas, y describe su organización política y social, sus métodos de lucha, su concepto del crimen y el castigo, el estilo de las casas, la vestimenta y el peinado, sus usos maritales, los funerales, las técnicas de cultivo y su costumbre de beber, celebrar banquetes, pelearse y haraganear, pero, exceptuando el elogio de la castidad de las mujeres germanicas, su descripción de *Germania* y los germanos no es excesivamente halagadora: los germanos deben

ser un pueblo nativo, y no inmigrantes venidos de cualquier otro lugar, ya que «¿quién [querría] . . . visitar Alemania, con su poco atractivo paisaje, su clima riguroso, la monotonía general para la vista y el oído, a menos que fuera su hogar?». En cambio, los comentarios sobre las diferencias entre las distintas tribus germánicas, desde los suevos, con sus complicados peinados, hasta los remotos fennos (habitantes de lo que más tarde se convertiría en Lituania), representados como «sorprendentemente bárbaros y horriblemente pobres. Comen hierba, se visten con pieles y duermen sobre la tierra», pasando por los relativamente civilizados hermundurios, que comerciaban con los romanos, demuestran un conocimiento bastante más profundo.

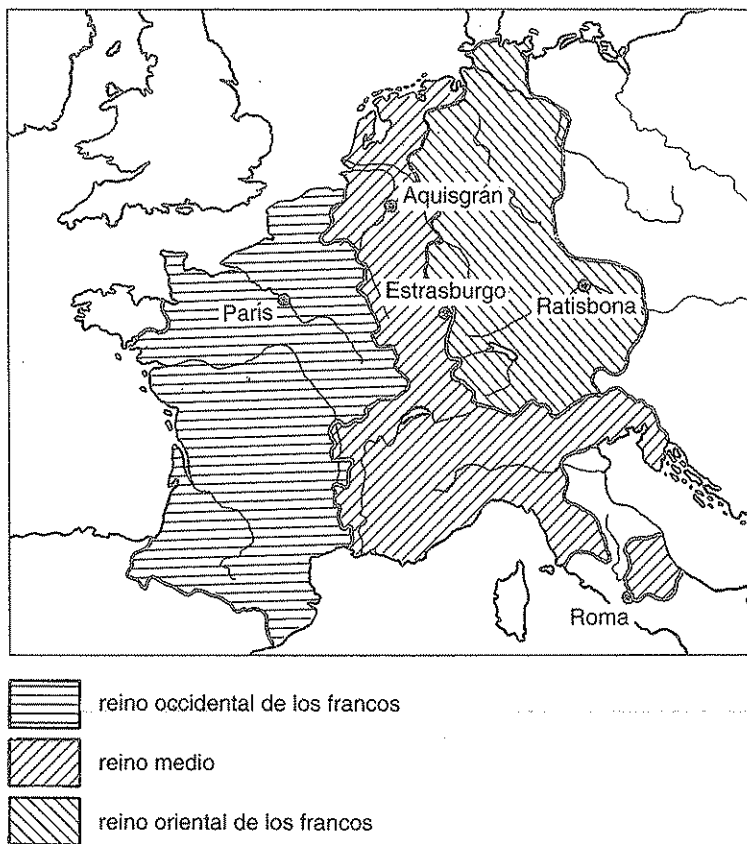
A principios del siglo V d.C., el Imperio Romano estaba en crisis. Aunque las causas de su decadencia son muy diversas, la caída de la parte occidental se vio precipitada por las invasiones de las tribus bárbaras —visigodos, vándalos, hunos (cuyos nombres han entrado en el lenguaje cotidiano como conceptos permanentes)— a través de fronteras ya debilitadas y demasiado extensas. Los germanos que se asentaron en las tierras romanas abandonaron por lo general a sus dioses tribales y se convirtieron al cristianismo, surgiendo en el oeste, en los siglos VI y VII, una nueva forma romanizada de sociedad germánica.

Las primeras comunidades germánicas estables se encontraban bajo el dominio de los francos: Clodoveo derrotó al último gobernador romano de la Galia en 486 y fundó la monarquía merovingia. Este imperio franco, en cuyo gobierno participaban —aunque con muchas tensiones— el rey, la nobleza y el clero, unió a algunas tribus germánicas, llegando a incluir más tarde a los conocidos bajo los nombres de alamanes, sajones y bávaros. A partir del siglo VI, establecidos con frecuencia por la nobleza y de ella

dependientes, comenzaron a fundarse monasterios y a construirse iglesias en las zonas rurales. La mayor parte de la población vivía de la tierra en condiciones serviles, aunque existían diferencias entre los campesinos libres y los no libres, así como entre las propiedades feudales occidentales y los dominios de las zonas no ocupadas por los romanos. En 751, los merovingios fueron depuestos y se eligió como rey al carolingio Pipino, al que también ungieron los obispos francos, para suplir con la legitimidad religiosa la carencia de sangre real: con él se iniciaba la tradición del reinado como un oficio conferido por Dios, si bien bajo sus sucesores siguió estando asociado a las nociones paganas del derecho de sangre. Aunque al comienzo del periodo merovingio el porcentaje de terreno cultivado en lo que llegaría a ser Alemania era quizá de un 2 por ciento, ocupando el resto frondosos bosques o ciénagas pantanosas, durante la época carolingia se produjo un cierto aumento en la población, y se despejaron zonas arboladas para fundar nuevos pueblos.

¿Cuándo comienza la historia de Alemania propiamente dicha? Cada historiador proporciona una respuesta. Algunos trabajan con una visión amplia de la historia alemana como parte de la historia europea, y no fijan sus orígenes, mientras que para otros comienza con la refundación en el oeste de un imperio «romano» por parte de Carlomagno, nombrado rey en 771; él había extendido el poder franco por medio de la anexión de Lombardía, Baviera y Sajonia, así como de la creación de «marcas» fronterizas en el sureste y la fundación de Austria, y había asumido algunos derechos imperiales, tales como la acuñación de moneda, antes de su coronación formal como emperador romano el día de Navidad del 800 d.C. Imperio y reino eran dos conceptos claramente diferentes, ya que, mientras este último se podía repartir entre

varios herederos, el primero era supuestamente indivisible: a pesar de ello, la unidad o partición del Imperio provocó durante el siglo IX innumerables conflictos. En el tratado de Verdún, de 843, se llegó a una solución aparente, ya que los herederos en disputa accedieron a finalizar sus luchas y a repartir su herencia en tres reinos, el oriental, el medio y el occidental, sentando así las bases de la separación de los futuros estados alemán y francés. Pero las posteriores divisiones, así como las aspiraciones de los nobles no carolingios al rango monárquico, condujeron a una situación crítica para el Imperio: de los cinco reinos independientes que habían surgido a finales del siglo IX (el reino franco occidental, el reino franco oriental, la Alta y la Baja Borgoña e Italia), sólo el reino franco oriental seguía en manos carolingias, e incluso aquí, la autoridad central era cada vez menor. La situación de virtual guerra civil, unida a las amenazas externas de invasión (vikingos en el norte, árabes en el sur y magiares en el este), dio como resultado la aparición de nuevas formas de organización política; así, en el reino franco oriental, donde existían fuertes líderes locales, cuyo poder y capacidad para agrupar a sus tribus y defender sus territorios frente a las invasiones superaban a las del débil rey, nacieron los llamados «ducados tribales» de Franconia, Sajonia, Baviera, Suabia y Lorena (o Lotaringia). En 911, la dinastía carolingia oriental se extinguió, y para algunos historiadores, la elección del primer rey alemán, Conrado I, duque de Franconia, marca el auténtico comienzo de la historia de «Alemania». Conrado fracasó en sus toscos intentos de suprimir los ducados tribales que le habían elegido, y a su muerte, en 918, se proclamó rey al duque Enrique de Sajonia, demostrando el predominio de la elección como principio sucesorio sobre el derecho de sangre; la designación por parte de éste de su segundo hijo como heredero rompió la tradición de divisibilidad del legado



Mapa 1. La división del reino franco en el tratado de Verdún, 843

monárquico, un factor más de peso en el desarrollo de un estado específicamente alemán.

Otros historiadores se muestran escépticos con respecto a la existencia de un «reino de Alemania» en fechas tan tempranas. Como señala Gillingham, el poder real de Enrique I se extendía únicamente a los ducados de Sajonia y Franconia, ya que su autoridad en los demás territorios era muy frágil; además, hasta el siglo XI no se utiliza el término «regnum Teutonicum». Historiadores como Fleckenstein argumentan en cambio que, a pesar de todo, antes de la aparición del nombre hubo una evolución en el sentido de una «identidad germánica», y que los reinados de Enrique I y su hijo Otón I marcaron de un modo decisivo el carácter del reino incipiente. No obstante, incluso a finales de la Edad Media existen motivos que permiten poner en duda la condición de estado único de las tierras germanohablantes: así, a mediados del siglo XIV, el plural *deutsche Lande* (tierras germanas) estaba mucho más extendido que el singular *Deutschland*, y a lo largo de toda la Edad Media se aprecian inconsistencias y fluctuaciones en el nombre utilizado, prevaleciendo en diferentes épocas *regnum Alamannae*, *regnum Germaniae* o *Teutonicae* o *Romanorum*. Hay que tener asimismo en cuenta el problema de la relación existente entre la monarquía alemana y el Imperio, concepto que se ampliará más adelante; por otra parte, tampoco hay que olvidar que Alemania es probablemente el único estado europeo moderno cuyo nombre deriva, no de una tribu o un territorio, sino de una lengua oral.

Estas polémicas sobre la terminología y el fechado del comienzo de la «historia alemana» son consecuencia de la complejidad política de la historia de los pueblos germánicos; pero, independientemente de cuál sea el momento que se tome como principio legítimo de la historia –y de lo que habría que considerar como

«trasfondo», y no «historia», se puede tratar de llevar a cabo un análisis pormenorizado de dicha complejidad.

Alemania en la Edad Media: del siglo IX al siglo XIII

La Alemania medieval gobernada por las dinastías sajonas (u otónidas) y salias, desde la ascensión del duque Enrique de Sajonia en 919 hasta la muerte de Enrique III en 1056, presentaba como características principales la organización feudal de la sociedad y la política, bajo el dominio de una aristocracia militar, el desarrollo de lo que acabaría convirtiéndose en el «Sacro Imperio Romano Germánico», y unas relaciones relativamente armoniosas entre la Iglesia y el Estado; pero, al describir las esferas más elevadas de la política y la religión, no hay que perder nunca de vista las condiciones generales de las grandes masas de población. A finales de este periodo, a mediados del siglo XI, el número total de habitantes de las tierras germanas oscilaba probablemente alrededor de los 5 o 6 millones (las estimaciones de población para épocas anteriores a la era moderna son siempre aproximativas); la mayoría vivía en pueblos muy pequeños, aldeas o granjas rodeadas por reducidos claros cultivados en medio de grandes bosques, y las casas eran por lo general cabañas primitivas: sólo los palacios reales, los castillos, las iglesias y los monasterios se construían de forma más duradera. La existencia para gran parte de ellos era, de acuerdo con la famosa frase de Hobbes, «desagradable, brutal y corta»; la esperanza media de vida, mayor en las clases altas y menor en las bajas, superaba escasamente los treinta años, y los que sobrevivían a la elevada tasa de mortalidad entre los recién nacidos fallecían habitualmente entre los catorce y los cuarenta

años. En su breve vida solían padecer hambre, enfermedades y carestías periódicas; estaban a merced de las estaciones, de acontecimientos impredecibles o de la violencia humana, e incluso entre aquellos nominalmente cristianizados seguían existiendo muchos elementos paganos (hechizos, supersticiones, magia) con los que se pretendía aplacar a los espíritus malignos o prevenir las desgracias. La mayor parte de la población residía en un ámbito restringido, en un espacio limitado donde trabajaba, comerciaba y practicaba la endogamia, y con frecuencia las peregrinaciones constituían el viaje más largo de toda una vida; únicamente los miembros de la aristocracia recorrían grandes distancias y poseían extendidos lazos de parentesco. En el periodo comprendido entre 750 y 1050, se hablaban los dialectos del antiguo alto alemán y el sajón antiguo, existiendo probablemente ricas tradiciones de poesía oral, si bien muy pocas obras de la literatura vernácula han sobrevivido; sólo el clero, que utilizaba el latín, sabía leer y escribir.

Pero, a pesar de su aparente primitivismo, ésta había dejado de ser una sociedad puramente tribal, debido a la aparición del feudalismo como modelo principal de organización sociopolítica. Este complejo sistema se puede definir en pocas palabras, a nivel político, como una relación asimétrica y recíproca de servicio, fidelidad, protección y apoyo. El vasallo juraba fidelidad al señor, que a su vez accedía a proteger al vasallo: dicha relación quedaba simbolizada al colocar el vasallo, en el acto de homenaje, las manos juntas entre las del señor. De acuerdo con un sistema surgido durante las invasiones, disputas y violencia del siglo VIII, y que se desarrolló de forma gradual en los siglos posteriores, modificándose y extendiéndose, los vasallos recibían concesiones de tierras, conocidas como feudos, legalmente diferentes de las que

ellos poseían (*Eigen*, o tierra alodial); los magnates importantes con grandes feudos podían conceder feudos menores a sus vasallos, e incluso la burocracia real se feudalizó. Con el paso del tiempo, los feudos se fueron haciendo hereditarios, al tiempo que surgía una tendencia a la posesión por parte de los vasallos de feudos de diferentes señores, lo que aumentaba el poder de los primeros en relación con estos últimos. El feudalismo como sistema político era un medio muy útil de garantizar, a través de una red de vínculos subordinados, la red de conexiones desde un centro alejado hasta unas relaciones locales muy personalizadas, y desplazó en parte al clan o tribu como principio de organización política, si bien la familia –o la dinastía– siguió teniendo una gran importancia.

Algunos historiadores utilizan también el término «feudalismo» para referirse a las relaciones económicas, y más concretamente a las relaciones señor–vasallo con respecto a la tierra; los campesinos no libres (siervos) estaban sometidos a un señor al que debían trabajo y tributos, a diferencia tanto de los campesinos libres propietarios de terrenos como de la relación capitalista en la que trabajadores a sueldo formalmente libres (independientemente de que trabajaran la tierra o, más tarde, en empresas protoindustriales o industriales) vendían por un salario su mano de obra en el mercado. En esta definición económica, más restringida, existían también por supuesto elementos políticos: los campesinos, tanto si eran libres como si no, realizaban un servicio militar, en defensa de causas de las que difícilmente podían esperar beneficiarse, a cambio de «protección» frente a la violencia que no podían controlar. En este sentido, hay que señalar igualmente que el concepto de feudalismo ha dado origen a amplias controversias, no sólo a propósito de la definición (que algunos historiadores intentan ampliar) y la localización (¿fue algo único de Europa o

se puede encontrar en otros lugares del mundo, por ejemplo en el Japón anterior a la era moderna, contribuyendo a la entrada de este país en la modernidad?), sino también con respecto a sus implicaciones, ya que la Europa feudal, a diferencia por ejemplo de las civilizaciones de la antigua China y la India, poseía un dinamismo sin igual y dio origen a la moderna sociedad industrial capitalista, con todo lo que ésta supone para la historia mundial. Pero sobre estas cuestiones volveremos más tarde.

En el siglo XI había aparecido ya en Alemania el conflicto entre los subvasallos, con feudos no heredables, y los vasallos mayores. El código de derecho feudal (el *Constitutio de feudis*) promulgado en 1037, que sancionaba legalmente la herencia de feudos pequeños, permitió la aparición entre la alta nobleza y los campesinos de la clase de los caballeros menores; también surgieron los llamados ministeriales, un grupo de servicio, carente de libertad legal, que formó una nueva pequeña nobleza y cuya posición en cuanto clase definida legalmente, o «estado», se encontraba codificada en una «ley de servicios». Como ha señalado Karl Leyser, a finales del siglo XI Alemania presentaba una jerarquía social mucho más rígida y una sociedad aristocrática más «infestada de castas» que las de Francia o Inglaterra. La aristocracia alemana vivía en medio de luchas interminables, en las que las familias se destruían mutuamente por disputas sobre los derechos de sucesión, al pretender a la vez dividir las herencias y conservar el mismo rango: era una sociedad en la que los nobles, enzarzados en una pugna continua por la riqueza, el poder y la posición social, limitaban la autoridad potencial de su *primus inter pares*, el rey electo.

A pesar de ello, y según los parámetros de la Alta Edad Media, se puede afirmar que los reyes sajones y los primeros salios tuvieron bastante éxito. Enrique I aseguró el control monárquico sobre la

Iglesia y los ducados tribales, e incorporó asimismo Lorena (tras los coqueteos iniciales de ésta con el reino franco occidental). En 936, el rey Otón I era elegido y coronado en Aquisgrán, como símbolo de su condición de sucesor de Carlomagno. Este monarca utilizó a la Iglesia como contrapeso frente a los duques: dado que el rey podía decidir los nombramientos en los obispados, y dado que las propiedades de la Iglesia no estaban sometidas a la herencia dinástica, el nuevo episcopado ofrecía más garantías de fidelidad al rey que los magnates seculares. Además, los dominios de la Iglesia resultaban muy útiles para alojar al rey y su corte en sus continuos desplazamientos, ya que sólo a través de las visitas en persona a diferentes partes del reino podía un monarca expresar y mantener su autoridad (a algunos nobles jóvenes se les aconsejaba sobre la desgracia de tener al rey como huésped, debido a los ruinosos gastos que esto conllevaba). Los arzobispos, obispos y abades proporcionaban servicios no sólo económicos sino también militares, sobre todo en forma de tropas de caballería pesada, y tanto Enrique I como Otón I hicieron uso de los medios religiosos militares para defender sus fronteras orientales, principalmente frente a las invasiones magiares. Con la decisiva victoria de 955 sobre este pueblo en el río Lech, al sur de Augsburgo, y la conversión de las zonas fronterizas a la forma occidental del cristianismo (y no a la oriental, la bizantina), las áreas que más tarde se convertirían en Polonia y Bohemia entraron a formar parte de las amplias corrientes de la civilización europea. Austria, la «marca oriental», ahora relativamente libre de los ataques magiares, experimentó un profundo proceso de germanización y fue asimilada a Baviera.

En 962, y como consecuencia de una incursión anterior en Italia en la que se había nombrado a sí mismo rey de Lombardía al casarse con la viuda del antiguo soberano, Otón fue ungido y

coronado emperador por el papa; ningún otro estado europeo vivió nada semejante a esta unión entre la monarquía germánica y el Imperio romano, que perduró, con todo el poder, las obligaciones, tensiones y contradicciones en ella implicados, hasta 1806. El hecho de que los monarcas germánicos tuvieran que ser coronados emperadores por el papa en Roma representaba para los primeros un compromiso doble: tenían a la vez que intervenir constantemente en la política italiana, para afirmar y consolidar su autoridad, y mantener un equilibrio, con frecuencia difícil, entre el poder espiritual y el temporal, entre el emperador y el papa. Es muy probable que ambos elementos influyeran en la relativa debilidad de la monarquía alemana, si bien los historiadores no coinciden sobre este punto. Con la adquisición de Borgoña en 1033-34, el emperador adquirió el control de tres reinos diferentes, pero, a pesar de ello, los reyes de Alemania tenían que defender constantemente sus fronteras y sofocar las agitaciones internas; no podían permitirse ausencias demasiado prolongadas en Italia sin esperar problemas a su regreso, e incluso allí, sus campañas eran con frecuencia duras e infructuosas, fracasando en muchas ocasiones frente a la enfermedad, como en el caso de Otón II, que murió en Roma de malaria en 938, a los veintiocho años. Por otra parte, los beneficios de las incursiones italianas resultaban muy útiles en casa, y por lo general, las relaciones Iglesia-Estado durante el periodo sajón fueron bastante armoniosas.

En estos años se produjo —gracias sobre todo a la Iglesia— un renacimiento de la vida intelectual, que se extendió desde los monasterios, pasando por las iglesias episcopales, hasta las escuelas catedralicias, muchas de las cuales fueron fundadas o reactivadas en el siglo X. La dinastía salia, que se instauró en 1024 con la elección de Conrado II, tras la muerte de Enrique II



- linde del imperio (el linde oriental no era muy estable en esta época)
- - - - - lindes estatales (reinos de Italia, Borgoña y Alemania)
- - - - - lindes de los ducados y marcas

Mapa 2. El Imperio germánico, c.1024-1125

sin descendientes, continuó en líneas generales la política sajona, instituyendo obispados (como el de Bamberg) y edificando palacios (Goslar, Magdeburgo, Aquisgrán, Ratisbona), además de construir catedrales, como la de Speyer; pero la aparente consolidación de la monarquía imperial y la unión de Iglesia y Estado no iban a durar mucho. Con las transformaciones que se producen en los dos siglos posteriores a 1050 (c.), entramos en el periodo central de la Edad Media.

Los cien años comprendidos entre 1050 y 1150 fueron una época de conflicto político y disputas religiosas, ya que la incapacidad de los reyes para controlar a la nobleza originó toda una serie de revueltas y guerras civiles, como por ejemplo el levantamiento sajón de 1073-75 y la elección en 1077 del duque Rodolfo de Suabia como «antirrey». Es en este periodo cuando aparecen las grandes dinastías que marcarían los siglos posteriores de la historia alemana: los Welf de Sajonia, los Wittelsbach en Baviera o los Hohenstaufen (cuyo nombre procedía del castillo de Stauf, cerca de Göppingen), a los que se les concedió en 1079 el ducado de Suabia. El periodo de inseguridad política y guerra civil se prolongó hasta el reinado del duque Lotario de Supplinburg, que fue proclamado rey en 1125 (sin ningún derecho hereditario de sangre al trono), tras la muerte del último monarca salio, Enrique V (1106-25), y no concluyó hasta la llegada de la nueva dinastía Hohenstaufen (o Staufer), que dominó de 1138 a 1254: ésta sí fue capaz de atajar la agitación política, sobre todo en los años del reinado de su representante más famoso, Federico I «Barbarroja» (1152-90). Mientras tanto, a los problemas del Imperio bajo Enrique IV (1056-1106) y Enrique V, los últimos reyes salios, había venido a sumarse una crisis simultánea entre Iglesia y Estado. A mediados y finales del siglo XI, el clero había alcanzado una situación única y privilegiada gracias a una serie de

reformas en la Iglesia, entre las que se contaba el celibato clerical, el intento de abolir la simonía y la liberación del control secular; al tiempo que los papas ganaban en confianza, crecían las ambiciones políticas y territoriales de los preladós alemanes más importantes, los antiguos aliados leales de los sajones. El conflicto entre el papa y el emperador alcanzó un punto decisivo con la llegada de Hildebrando al papado como papa Gregorio VII (1073-85), resolviéndose en enero de 1077 con la humillante sumisión de Enrique IV en Canosa; pero seguía existiendo un contencioso con el papado a propósito de la investidura laica, es decir, el nombramiento de candidatos para cargos importantes dentro de la Iglesia: el resultado de la llamada «Controversia de las Investiduras» fue el Concordato de Worms, de 1122, que permitía a Enrique V influir en la elección de los preladós alemanes, pero no en la de los italianos. Esto suponía, sin embargo, una victoria mayor para la Iglesia que para el rey, ya que los preladós alemanes siguieron desarrollando, paralelamente a la gran nobleza secular, su faceta de magnates feudales independientes. Coincidiendo en el tiempo con este progreso en su situación mundana, se produjo un renacimiento religioso de la mano de nuevas órdenes monásticas y comunidades religiosas, que hacían hincapié en la vida contemplativa y el abandono espiritual del mundo, así como en las virtudes de la pobreza y la penitencia.

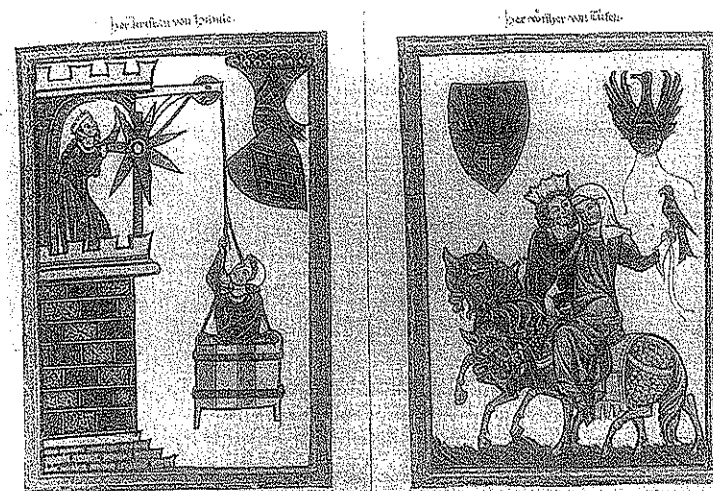
Este periodo central de la Edad Media representa en muchos aspectos una importante etapa de transición. La agitación política impulsó la sustitución efectiva de los antiguos ducados tribales por nuevos señoríos territoriales y la creación de múltiples principados, provocando asimismo una pérdida de prestigio y autoridad por parte del Imperio. Bajo Federico I, se concedieron amplios privilegios a los magnates, a pesar de la altisonante retórica imperial

proclamada en la corte; el más destacado de los «todopoderosos sujetos» de Federico era su primo Enrique el León, duque de Sajonia, que, además de hacerse con territorios en el norte y el noreste de Alemania, obtuvo el ducado de Baviera. Con el tiempo, las presiones de una serie de nobles y preladós llevaron a Federico a enfrentarse a su príncipe más poderoso, y tras la caída de Enrique el León en 1180, una redistribución de territorios confirmó la desintegración de los ducados tribales y su sustitución por principados hereditarios más pequeños, que los príncipes del Imperio tenían como feudos. La fragmentación política prosiguió bajo los sucesores de Barbarroja, de forma que en 1250, fecha de la muerte de Federico II, el nieto de Barbarroja, los poderes territoriales de los príncipes se habían consolidado.

Desde el punto de vista económico, este fue un periodo de crecimiento y expansión. Se intensificaron los cultivos, aumentando la extensión de tierra de labor gracias a la utilización de los carros de cuatro ruedas tirados por caballos (que reemplazaban a los bueyes, más lentos) y a la rotación trienal de cultivos; la población empezó a ocupar centros mayores, en sustitución de aldeas dispersas, y hubo también un crecimiento del comercio y de la producción artesanal: con el aumento del comercio, el dinero ganó en importancia, al igual que los judíos por su condición de prestamistas (ya que su religión no les prohibía la usura). Este pueblo solía vivir en barrios independientes, y el de Speyer, de 1084, es el primer gueto vallado del que se tiene evidencia por escrito. A partir del siglo XII, los comerciantes alemanes ampliaron su radio de acción a toda Europa; los artesanos comenzaron a organizarse en gremios y corporaciones, y se produjo un primer desarrollo de las ciudades: las del sur solían ser sobre todo centros de artesanos, mientras que en las del norte predominaban los

comerciantes y mercaderes. El aumento de la producción iba unido a un aumento de la población, que a finales del siglo XII había alcanzado ya los 7 u 8 millones, aunque la expansión fue más rápida en algunas zonas (como por ejemplo Sajonia) que en otras. La ampliación de las tierras cultivables a expensas de los bosques y zonas pantanosas permitió el incremento de la población en el sur y el oeste de Alemania, pero en el este, dicho proceso provocó una oleada de colonizaciones: las tierras eslavas situadas al este del río Elba fueron ocupadas aproximadamente entre 1150 y 1300, y en los nuevos asentamientos fundados en los territorios orientales, como por ejemplo Silesia, los colonos campesinos se beneficiaron de unas condiciones de vida relativamente buenas y de una cierta libertad personal. La migración y colonización hacia el este adquiriría más tarde, a partir de las postrimerías de la Edad Media, una importancia fundamental en la historia alemana.

Pero a pesar de –o en paralelo a– el crecimiento y la diferenciación de la sociedad alemana, la aristocracia de este país, esencialmente conservadora, mantuvo su posición dominante y dejó su sello en la cultura germánica. La aristocracia era básicamente una clase de guerreros que no se limitaba a luchar en su patria, sino que participaba en expediciones internacionales, como por ejemplo las Cruzadas a Tierra Santa. Esta clase marcial desarrolló un elaborado código de honor –del que nos queda una huella lingüística en el concepto de la conducta «caballerosa»–, e inspiró, a finales del siglo XII, el florecimiento de una literatura vernácula en medio alto alemán, en la que autores como Walther von der Vogelweide expresaron de un modo enérgico y elevado (independientemente de su condición o no de caballeros) el carácter y las experiencias de la clase caballeresca. Los creadores de una poesía lírica secular, conocida como *Minnesang*, dieron a



4. Ilustraciones de Minnesinger procedentes del Manuscrito Mannesse del siglo XIV.

estos sentimientos la forma de un amor no correspondido –e imposible de corresponder– hacia damas nobles más allá de su alcance social, ilustrando quizá la curiosa posición de los ministeriales, una clase formalmente dependiente y sin libertad pero socialmente elevada: la corte admitía la posibilidad de una carrera como poeta profesional, superior en categoría pero tan insegura como la del bufón de corte o el músico. Si importante era la poesía lírica en el periodo central de la Edad Media, no lo era menos la poesía narrativa: así, la primera versión alemana de la leyenda de Tristán e Isolda data aproximadamente de 1170, mientras que tanto Gottfried von Strassburg (autor del Tristán más importante) como Hartmann von Aue y Wolfram von Eschenbach (más conocido por su Parzival) crearon obras cuyo valor aún perdura. También se escribieron

épicas heroicas, entre las que destaca el *Nibelunglied*; muchas de estas obras proporcionaron, por supuesto, material e inspiración para los dramas musicales que Richard Wagner crearía en el siglo XIX.

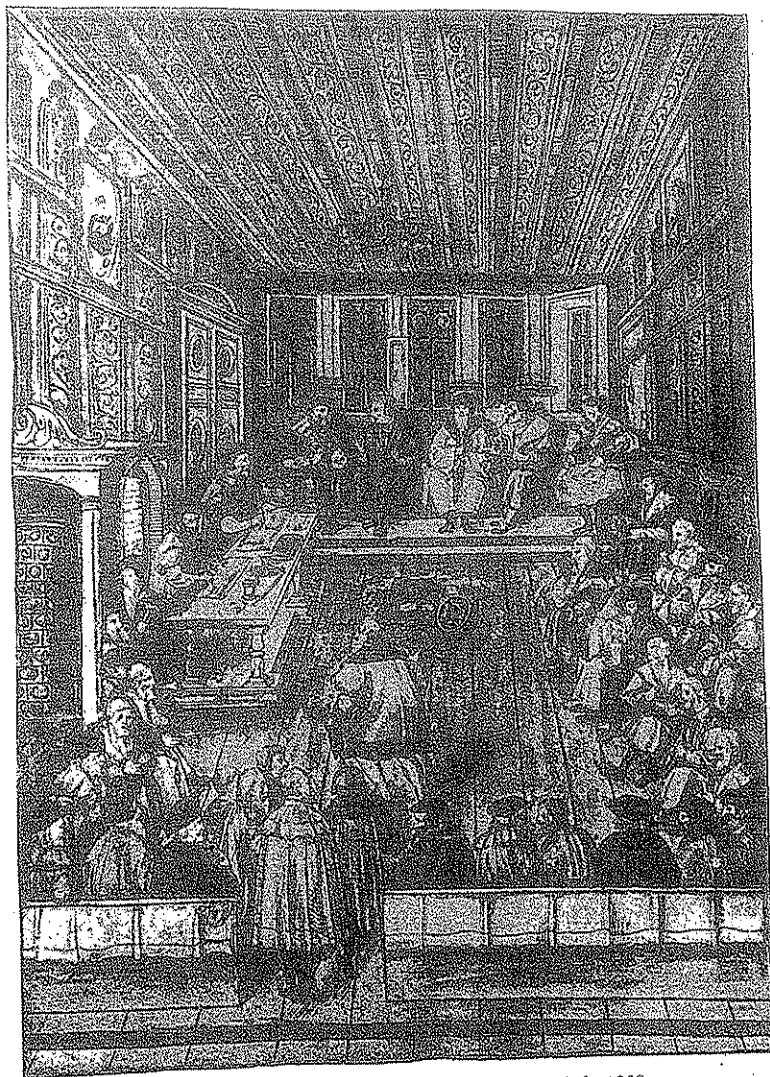
El periodo comprendido entre el final del siglo XII y el comienzo del siglo XIII vio un florecimiento de la civilización cortesana y de la cultura caballeresca, lo que, asociado a la poderosa leyenda política del gran emperador Federico Barbarroja, lo convertiría para los alemanes nacionalistas del siglo XIX en una era dorada de grandeza imperial, una de las cumbres de la civilización alemana; pero, junto a esta cultura, surgiría muy pronto, en la Baja Edad Media, una forma de sociedad más burguesa y urbana. Los cambios que traerían consigo los tres siglos posteriores a 1200 sentarían las bases de lo que hoy conocemos como la «Europa moderna».

Alemania en la Baja Edad Media

A pesar de que ya en el siglo XII las ciudades habían adquirido cierta importancia, durante el siglo XIII aumentó de forma espectacular su número, tamaño y posición: se multiplicaron aproximadamente por diez, de forma que a mediados del siglo XIII existían alrededor de 3.000 ciudades, por lo general de pequeño tamaño pero todas ellas dotadas de un cierto grado de importancia y autonomía. Sus orígenes y naturaleza variaban: algunas se apoyaban en cimientos romanos y otras fueron expresamente creadas como residencias principescas o centros de administración real o señorial, mientras que otras aun surgieron de la expansión del comercio, la producción y los mercados. A pesar de la fundación de algunas ciudades nuevas en los territorios coloniales del este, como por ejemplo Riga,

el desarrollo metropolitano de las zonas sur y oeste de Alemania seguía siendo mucho mayor, presentando unos rasgos típicos que todavía hoy se pueden apreciar en gran número de poblaciones: las murallas y fortificaciones urbanas, un castillo, iglesias, quizá alguna otra institución religiosa, un espléndido ayuntamiento, las sedes de los gremios y unas sólidas casas burguesas para los patricios urbanos.

Hay que señalar el hecho de que, dada la naturaleza descentralizada de la vida política alemana, ninguna ciudad se destacó como capital real, siguiendo el ejemplo de Londres o París (a pesar de que Praga fue, durante mucho tiempo, un importante centro imperial). La categoría política de las ciudades variaba dependiendo de que fueran *Landesstädte*, es decir, poblaciones subordinadas a un gobernador local (tanto secular como eclesiástico), o *Reichsstädte*, ciudades imperiales no subordinadas formalmente a nadie por debajo del emperador; podían ser tanto bases de poder de los príncipes como poderosas fuerzas en potencia por derecho propio, con las que príncipes y emperadores tenían que contar, y con frecuencia se organizaban en ligas o alianzas, como la Liga Renana de 1254 y la Liga Suaba de 1376. En la «Gran Guerra de las Ciudades» (1387–88), estas dos ligas se vieron derrotadas por una asociación de príncipes, si bien la Liga Renana había sido anteriormente capaz de resistir sus ataques; 1488 vio la formación de una nueva Liga Suaba, aunque de muy diferentes características. En los valles y montañas de Suiza surgió una confederación que llegaría a sacudirse el gobierno de los Habsburgo y a ser reconocida formal y tardíamente como estado independiente en 1648, pero, por diversos motivos, las ciudades del suroeste de Alemania no adoptaron el modelo suizo (una confederación de cantones urbanos republicanos y cantones agrícolas), y tampoco



Übergang des Stadtrechts zu Augsburg an die Zünfte 1368.

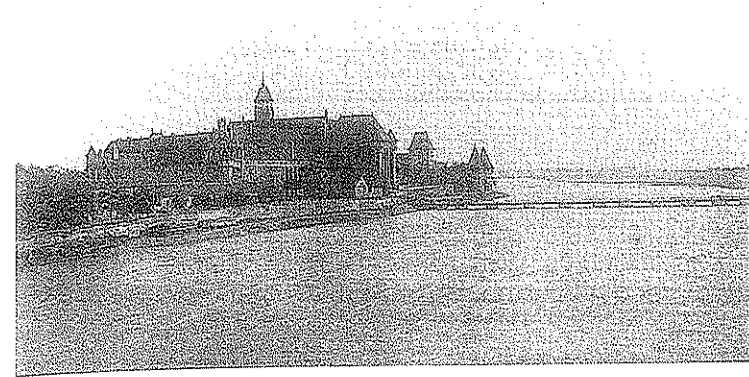
5. Los gremios reciben el gobierno de Augsburgo, 1368.

se incorporaron a Austria, evolucionando a principios del siglo XIV hacia un modelo de desarrollo bastante diferente. Otras ligas, en cambio, correspondían más a las características de las estructuras basadas en la cooperación económica. La más famosa fue la Liga Hanseática (el nombre se remonta a 1358) formada por las ciudades septentrionales alemanas, con Lübeck a la cabeza; aún hoy, a finales del siglo XX, tanto Hamburgo como Bremen se enorgullecen de su tradición hanseática y lo demuestran anteponiendo a su nombre «Hansestadt» y utilizando las iniciales HH y HB en las matrículas de sus coches. Dentro de las ciudades, la sociedad distaba mucho de ser igualitaria, ya que el gobierno, respondiendo a un concepto claramente burgués, estaba dominado por un número limitado de familias distinguidas y acaudaladas; resulta asimismo destacable el hecho de que existiera un menor intercambio entre la urbe y el campo (excepto en Suiza) que en Inglaterra: los burgueses alemanes solían tener opiniones antinobiliarias, y no abandonaban las ciudades para constituir la pequeña nobleza rural, como en Inglaterra. Esta marcada distinción entre clase social y «fortuna» perduraría en Alemania hasta la era de la industrialización, en el siglo XIX.

Las ciudades eran, no obstante, lugares amurallados y seguros, en los que la gente del campo podía refugiarse en una época caracterizada por las continuas luchas y la violencia fortuita. No existe unanimidad entre los historiadores sobre si la Alemania de finales de la Edad Media era una sociedad especialmente violenta, o si existían otras sociedades europeas de la misma época con igual grado de brutalidad, pero, dejando a un lado esta cuestión, en Alemania el poder central (es decir, el emperador) no gozaba de autoridad suficiente para mantener la paz. A diferencia de lo ocurrido en los reinos de Inglaterra y Francia, más centralizados,

aquí se desarrolló el concepto de la responsabilidad de los príncipes locales en el mantenimiento de la paz dentro de los territorios principescos (más semejante a lo sucedido en los fragmentados territorios de España e Italia), si bien se permitían las guerras entre príncipes –y de hecho casi con cualquiera– dentro de los confines del Imperio. Esto reflejaba y confirmaba a la vez el fraccionamiento político del mismo, y llevó a sus príncipes a formar, a partir de la segunda mitad del siglo XV, «círculos» o alianzas en áreas concretas.

La ola de colonizaciones de los territorios orientales o eslavos, resultado de las presiones de la expansión demográfica, tuvo gran importancia en el siglo XIII. A partir de 1226, en una cruzada contra los eslavos paganos, los caballeros religiosos de la Orden Teutónica comenzaron a establecer un estado en los territorios nororientales más remotos. Bajo sus grandes maestros, el estado de Prusia ocupó una región, desde el río Weichsel (Vístula) hasta el Memel, situada fuera de los límites del Sacro Imperio Romano; pero durante el siglo XV, a partir de la derrota en 1410 frente a los polacos en Tannenberg, el poder de los caballeros teutónicos empezó a debilitarse, y, tras toda una serie de conflictos, su posterior pérdida de la Guerra de los Trece Años (1453–66) les obligó a aceptar su dependencia feudal de Polonia y a rendir Prusia Occidental, incluida Danzig (o Gdansk). En 1525, Alberto de Hohenzollern, Gran Maestro de los caballeros teutónicos, se convirtió al protestantismo, secularizó los territorios de la orden y pasó a ser el primer duque alemán del ahora hereditario ducado de Prusia. La dinastía Hohenzollern (que surgió en Suabia, donde todavía se puede admirar su impresionante castillo) había gobernado desde 1417 la marca –o antiguo territorio fronterizo– de Brandeburgo, y estas dos remotas regiones, relativamente poco



6. El Marienburg: fundado en 1280, a partir de 1309 se convirtió en la residencia del Gran Maestro de la Orden de los Caballeros Teutónicos, y en el periodo comprendido entre 1324 Y 1335 experimentó importantes reformas en su estructura.

desarrolladas, escasamente urbanizadas y económicamente pobres, constituirían más tarde la base de un poderoso estado que iba a dominar el curso de la historia alemana durante el siglo XIX y principios del XX. En las posesiones de estas zonas se estableció una aristocracia de terratenientes conocidos como Junker (de Jung Herr, «joven señor», debido quizá a que los hijos más jóvenes, privados de la herencia en su hogar, buscaban fortuna en los territorios coloniales del este): esta clase demostraría más adelante, hasta la desaparición final de la base material de su existencia en las secuelas de la Segunda Guerra Mundial, una excepcional tenacidad en el control ejercido sobre la política y la sociedad prusianas subsiguientes, así como una extraordinaria capacidad para sobrevivir a los cambios de circunstancias y fortunas.

Entre 1200 y 1300, la población creció aproximadamente de 8 a 14 millones, y esta notable expansión tuvo importantes implicaciones para las condiciones de vida de los campesinos, ya que permitió a aquellos que habían colonizado los nuevos territorios orientales disfrutar de una considerable libertad personal. En el siglo XIV, no obstante, el número de habitantes empezó a disminuir, tendencia que se vio agravada entre 1348 y 1350 por las sucesivas oleadas de peste bubónica o Plaga Negra; en Alemania, al igual que en Inglaterra, muchos pueblos fueron completamente abandonados, y el área de tierra cultivada se redujo aproximadamente en una cuarta parte (resulta interesante señalar que el papel de chivos expiatorios de la plaga recayó con frecuencia en los judíos, llegados en origen a Alemania escapando de otras persecuciones: se les acusó de envenenar el agua, lo que provocó la aparición de los pogroms y, como consecuencia, la emigración de muchos judíos a Europa oriental; de hecho, el yiddisch es en ciertos aspectos una forma de alemán medieval tardío). La escasez de mano de obra determinó una ligera mejora en las condiciones de vida de los campesinos de las regiones occidentales de Alemania, más antiguas, al intentar los señores retener al reducido número de trabajadores, pero en el este, los campesinos que antes habían gozado de cierta libertad se vieron cada vez más explotados y sometidos, bajo las presiones de los amos para obtener más trabajo de una fuerza laboral menor: así empezó a desarrollarse en estas zonas la llamada «segunda servidumbre», más tardía que la «primera» servidumbre del oeste. La población comenzó a crecer de nuevo en la segunda mitad del siglo XV, alcanzando los 60 millones en toda Europa, y se calcula que, a principios del siglo XIV, Alemania tenía aproximadamente 16 millones de habitantes; a partir de la mitad del siglo XV, el aumento de las presiones sobre

la tierra y los recursos naturales provocó revueltas periódicas de los campesinos, sobre todo en el suroeste del país.

Con la muerte en 1254 de Conrado, el hijo de Federico II, se extingue la dinastía real alemana de los Hohenstaufen, y tras un interregno, la familia de los Habsburgo pasa a gobernar Austria, Estiria y Carniola, posición que excepcionalmente mantendría hasta 1918; 1348 señala el comienzo de una sucesión prácticamente ininterrumpida de emperadores de la dinastía Habsburgo que se extendería hasta el final del Sacro Imperio Romano, en 1806. Bajo los primeros, Rodolfo (1273-91) y su hijo Alberto I (1298-1308), se llevó a cabo una recentralización parcial del poder imperial, pero las reformas constitucionales que reconocían las realidades políticas existentes dentro del Imperio —y cuyo efecto estabilizador se prolongó durante casi 400 años— llegaron con el reinado de Carlos IV (1346-78), responsable de la Bula de Oro de 1356: en este decreto, promulgado en Nuremberg, se formulaban toda una serie de normas pormenorizadas para la elección del soberano por parte de siete príncipes electores. Este emperador sentó las bases de algunos elementos constitucionales de continuidad que perdurarían hasta 1806, pero también destacó por su corte imperial y por los castillos que levantó en su nativa Praga y los alrededores (como por ejemplo el castillo de Karlstein), así como por la fundación de la Universidad de Praga en 1348. Ya en las postrimerías del siglo XIV y en las primeras décadas del XV empezó a resultar evidente la decadencia de los poderes imperiales frente a los poderes territoriales de los príncipes, por lo que, a finales del siglo XV, la política alemana presentaba básicamente dos niveles: las asambleas imperiales, o Dietas (*Reichstage*), a las que asistían el emperador, los príncipes, las autoridades de los territorios eclesiásticos, los caballeros independientes y los representantes

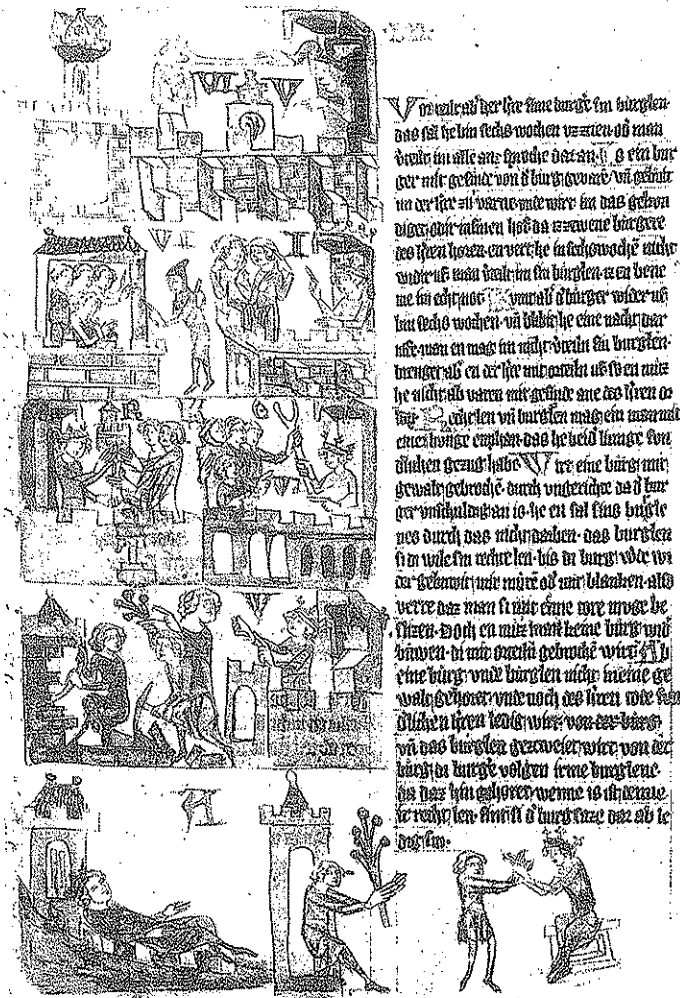
de las ciudades imperiales, y en las que se discutían a nivel federal las cuestiones que afectaban al Imperio; y, a nivel local, las asambleas territoriales, en las que el príncipe se reunía con los representantes de las (por lo general) clases privilegiadas, dando lugar a una forma cooperativa de gobierno conjunto que más tarde recibiría el nombre de *Ständestaat*. Estas dietas territoriales (*Landtage*) tenían importancia sobre todo a la hora de conseguir la colaboración de los grupos influyentes en la aprobación y subida de impuestos; el gobierno de las ciudades solía estar compuesto por un concejo municipal oligárquico.

En 1550, el mapa político de lo que de forma habitual recibía ya el nombre de «Sacro Imperio Romano Germánico» presentaba una gran complejidad, pues estaba compuesto por un rompecabezas de territorios dinásticos y eclesiásticos salpicado de ciudades libres imperiales y por los castillos de los caballeros imperiales independientes. Existían siete principados electores, alrededor de veinticinco principados seculares y noventa eclesiásticos importantes, más de cien condados y gran cantidad de señoríos de menor grado, sin contar las ciudades: en palabras de Du Boulay, «la Alemania de finales de la Edad Media era un mar de fragmentos políticos en el que flotaban algunas piezas grandes». Este fraccionado conjunto mantenía una cierta cohesión gracias a la protección del Imperio, que alcanzaba a todas sus partes; pero el gobierno de los territorios contenidos dentro del mismo no constituía la única preocupación del emperador, ya que su poderío procedía en gran medida de sus posesiones dinásticas: los dominios de los Habsburgo se extendían desde los Países Bajos, que habían conseguido por matrimonio en 1479, hasta sus intereses en Aragón, Castilla, Italia (Nápoles y Sicilia) y Borgoña, siendo de todo ello heredero Carlos V (1519–56). A partir de las

últimas décadas del siglo XV, sus horizontes y actividades dejaron de ser puramente imperiales para convertirse en europeos, lo que a la larga se convertiría no sólo en origen de su fuerza, sino también en fuente potencial de debilidad para el poder imperial.

La Alemania de finales de la Edad Media experimentó una serie de cambios básicos en su vida cultural e intelectual. La literatura caballeresca del periodo central se vio enriquecida, y muy pronto superada, por producciones literarias asociadas al crecimiento de la vida urbana, como se aprecia en la sustitución de los caballeroscos *Minnesinger* por los más urbanos «maestros cantores» (entre los que destaca Hans Sachs, el zapatero de Nuremberg del siglo XVI). El dialecto alemán predominante derivó a mediados del siglo XIV hacia lo que se conoce como el nuevo alto alemán primitivo; las leyes empezaron a codificarse, conservándose como ejemplo el *Sachsenspiegel* de principios del siglo XIII, uno de los primeros documentos de derecho consuetudinario sajón, y posteriormente se restableció el derecho romano, lo que originó importantes diferencias entre el derecho alemán y el sistema legal civil inglés. La fundación de diversas universidades, todavía hoy famosas como centros académicos, se remonta a los siglos XIV y XV: no sólo la de Praga, sino también las de Viena (1365), Heidelberg (1386), Leipzig (1409), Tübingen (1477) y Wittenberg (1502). El idioma del saber seguía siendo el latín, pero empezaba a surgir ya una prosa vernácula, y, paralelamente a la antigua intelectualidad clerical de la Iglesia, había aparecido una nueva clase de burócratas profesionales, abogados y estudiosos seculares. El humanismo germanista presentaba por lo general una orientación anticlerical y antipapal, y con sus estudios aspiraba a situar la Biblia en un contexto histórico.

Por su parte, la Iglesia conservó su posición dominante, no



7. Una página del Sachsenspiegel, de Eike von Regpogow, con detalles de la concesión de un castillo como feudo.

sólo en los aspectos políticos y económicos sino también en los intelectuales y culturales. Los aristocráticos príncipes eclesiásticos eran grandes magnates por derecho propio, y su gobierno podía llegar a ser incluso más opresivo para el pueblo llano que el de un señor secular, ya que existía la posibilidad de los castigos dobles (por la ley eclesiástica y la secular). Pero no se puede considerar a «la Iglesia» y «la religión» simplemente como entidades monolíticas, inmunes a las desavenencias internas; en las relaciones con el papa no faltaban nunca las tensiones, y el mismo papado se había visto inmerso en dificultades políticas a partir del siglo XII (incluido el «cautiverio babilónico» en Aviñón durante un periodo de la dominación francesa): así, la definición del papel respectivo del papa y los concilios ecuménicos dio origen a una controversia en la que los «conciliaristas», que abogaban por la supremacía de los concilios sobre el papa, acabaron siendo derrotados. Resulta asimismo demasiado simplista limitar la situación en la Baja Edad Media a una contraposición entre un humanismo secular y un escolasticismo clerical: hubo algunos individuos, como Gabriel Biel, que persiguieron nuevas iniciativas religiosas, y hoy en día se acepta la contribución a la Reforma posterior de ciertas corrientes piadosas, como la *devotio moderna*, que se centraba en la vida interior y buscaba la salvación en el abandono del mundo. También aparecieron una serie de tradiciones más heréticas: así, por ejemplo, los seguidores de Juan Hus (c. 1369–1415), conocidos como husitas, en Bohemia, o los valdenses, igualmente en Bohemia en el siglo XIV y en los valles alpinos a finales del siglo XV, a los que hay que añadir todo un conjunto de imprecisas teorías discrepantes que flotaban en el ambiente. La religión popular se vio probablemente muy poco afectada por las controversias teológicas y eruditas; es muy reciente el intento por parte de los historiadores

de reconstruir las posibles experiencias y prácticas religiosas de la mayoría analfabeta de la población, y existe un cierto debate sobre el grado —si es que lo hubo— de su «cristianización», pero resulta evidente que la religión popular de la Baja Edad Media poseía un elevado componente mágico, con el que se intentaba controlar un ambiente natural y humano impredecible y en gran medida hostil. Este elemento mágico fue incorporado por la iglesia de la época a la liturgia cristiana, a través de su énfasis en el ritual y las formas externas, fomentando un miedo muy gráfico al más allá por medio de una serie de expresivos murales, en los que se reflejaban los demonios y las llamas del infierno, y apoyándolo en la omnipresencia de la muerte, cuya realidad aparece simbolizada en los grabados y dibujos del artista de Nuremberg Alberto Dürero. La preocupación por el más allá garantizaba un especial interés por parte de la Iglesia en el control de la salvación, obtenible a través de las buenas obras, entre las que por supuesto se contaba la donación de dinero a sus arcas. En la Baja Edad Media, la vida para la mayor parte de la población seguía siendo, al igual que quinientos años antes, desagradable, brutal y corta, y la religión y la magia proporcionaban un conjunto, prácticamente indiferenciable, de poderosos instrumentos con los que interpretar e intentar controlar las experiencias de la vida; esto no impedía que los representantes oficiales de la iglesia institucional, el clero, fueran en ocasiones objeto de una considerable hostilidad y oposición.

Resulta evidente que, al comenzar el siglo XVI, Alemania había desarrollado ya un modelo político bastante diferente del de las monarquías de Inglaterra y Francia, más centralizadas, y los historiadores han dedicado mucho tiempo a intentar explicar la debilidad de la monarquía alemana medieval. Se han tenido en cuenta factores como el tamaño relativamente grande del país,

lo que planteaba problemas a la hora de imponer una autoridad central efectiva en las provincias, en una época carente de los modernos medios de comunicación, así como la inexistencia de límites geográficos obvios y de fronteras claras, pero estos elementos tuvieron probablemente menos peso que ciertos aspectos de la estructura y distribución del poder. Esta afirmación no es tan tautológica como pueda parecer, ya que, a modelos distintos de delegación regional de la autoridad (sobre todo en una sociedad preindustrial) se corresponden consecuencias políticas diferentes. Se trabaja sobre la hipótesis de que los clérigos célibes que recibían feudos careciendo de herederos eran más leales al rey que los señores seculares con aspiraciones de grandeza dinástica, pero, mientras en Francia los clérigos obtuvieron posesiones dispersas, lo que garantizaba su compromiso con el mantenimiento de un poder central fuerte, en Alemania los príncipes eclesiásticos alcanzaron muy pronto un alto grado de riqueza y autoridad; además, no hay que olvidar el hecho de que, en cualquier caso, la monarquía estaba perdiendo el control de la Iglesia. Por otra parte, los reyes tampoco podían solucionar el problema nombrando duques o concediendo feudos a señores que, procedentes de otras localidades y por lo tanto extranjeros en la provincia que gobernaban, no pudieran desarrollar bases locales contra la monarquía, ya que una administración provincial efectiva dependía más de la posesión de tierras alodiales que de los feudos concedidos por el rey. Hay que tener también en cuenta las características de las diferentes aristocracias en los estados medievales europeos, así como la naturaleza electiva del trono alemán y el papel de la simple mala suerte en el caso de varios monarcas en momentos claves de crisis. Resulta evidente que cualquier explicación de la ausencia en Alemania de una centralización política efectiva en la Edad Media debe tomar en

consideración toda una serie de factores y no limitarse a los tradicionales, relacionados con su implicación en Italia y las consecuencias de la controversia de las Investiduras; no obstante, merece la pena recordar también, en el contexto de estos debates, que la falta de centralización monárquica en la Alemania medieval ha planteado más problemas a los historiadores de los siglos XIX y XX, para los que la nación estado parece ser la unidad política más natural, de los que probablemente planteó a sus contemporáneos, cuyas vivencias políticas eran sobre todo personales y locales. De hecho, puede incluso resultar más interesante la pregunta inversa: ¿por qué, en cualquier caso, se desarrollaron los estados centralizados (más tarde naciones estado) como marco político de la sociedad capitalista y posteriormente industrial (¿y en qué medida podrían ser reemplazados por nuevas formas de un federalismo económico supranacional en un capitalismo maduro)? En estos términos, el modelo político alemán puede incluirse en un contexto interpretativo más amplio y dejar de ser simplemente una sucesión de «fracasos», «distorsiones» y «retrasos»; más aun, si se entra en el juego de la determinación de las consecuencias a largo plazo, habría que reconsiderar el dinamismo y la vitalidad de la vida urbana e intelectual en la Alemania de la Baja Edad Media, así como sus contribuciones a modelos posteriores de la civilización occidental.

La era del confesionalismo, 1500–1648

La serie de cambios ocurridos a finales del siglo XV y principios del XVI parecen haber hecho de este periodo un momento crucial de la historia europea. El (re)descubrimiento de América en 1492 abrió las puertas de un nuevo mundo, cuyos efectos en la economía y la política del viejo mundo fueron trascendentales; la «crisis del feudalismo en la Baja Edad Media» activó la formación de una clase de asalariados sin propiedades, anticipo del incipiente capitalismo; el surgimiento de un sistema interactivo de estados europeos cada vez más centralizados empezó a desplazar a las soberanías dispersas y a las políticas feudales más locales; la invención por Gutenberg de una técnica de impresión a base de tipos móviles alteró de forma radical el carácter de la vida intelectual, y la Reforma iniciada por Martín Lutero sacudió la unidad religiosa y cultural de la cristiandad medieval, originándose un proceso de confesionalización territorial que apoyó, y en el que se apoyaron, los procesos concomitantes de construcción territorial de los estados.

Estos cambios vitales en la historia europea no deberían sin embargo ocultar algunos factores de continuidad, sobre todo en lo relativo a Alemania. El periodo comprendido entre 1350 y 1650 se vio caracterizado por la persistencia de un particularismo territorial en aumento dentro un marco imperial más amplio y relativamente débil. La sociedad alemana seguía basándose sobre todo en las relaciones feudales agrarias; mientras la economía de

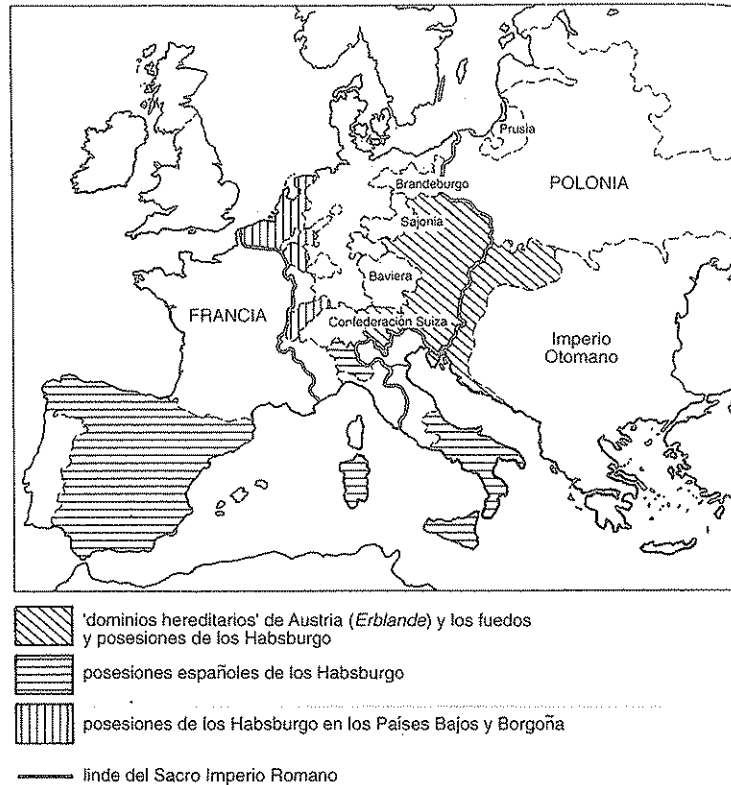
Inglaterra crecía, la de Alemania lo hacía menos deprisa o se estancaba, y, a pesar de todos los elementos de «modernidad» que los historiadores han buscado en la Reforma, el pensamiento y las creencias del siglo XVI seguían teniendo un componente esencialmente «medieval».

La Reforma alemana: los orígenes

Desde el punto de vista político, ciertos aspectos de lo que hoy se conoce habitualmente como «Sacro Imperio Romano Germánico» se consolidaron gracias a una serie de reformas. El Reichstag, que se convocaba con regularidad, estaba formado por tres cámaras: los siete electores (Maguncia, Colonia, Trier, Sajonia, el Palatinado y Brandeburgo), los demás príncipes gobernantes (cuatro arzobispos, cuarenta y seis obispos, otros ochenta y tres gobernantes espirituales —como por ejemplo los abades—, veinticuatro príncipes seculares y 145 condes y señores), y aproximadamente ochenta y tres ciudades imperiales. Se creó asimismo un segundo órgano del Imperio, la *Kammergericht*, o Cámara Imperial de Justicia, una corte de justicia permanente en manos de abogados de oficio e independiente de la cámara propia del emperador; también se introdujo un impuesto fijo del Reich, el «penique común» (*Gemeine Pfennig*), para mantener la *Kammergericht*, y hubo algunos intentos (no del todo fructíferos) de abolir las luchas y crear una situación estable de paz interna (*Landfrieden*). Las fronteras geográficas del Imperio empezaron a clarificarse, a pesar de la persistencia de algunos conflictos: así, en la Paz de Basilea de 1499, con la que finalizó la guerra entre el Imperio y la Liga Suiza, esta última se vio liberada del pago de los impuestos imperiales, lo

que aceleró su proceso de separación del Imperio, iniciado en el siglo XIII. A nivel de los territorios locales, los príncipes empezaron a desarrollar cortes y administraciones más permanentes, con el consiguiente aumento en el número de funcionarios; al mismo tiempo, sus necesidades monetarias otorgaron un cierto poder a sus estados, que accedieron a pagar impuestos, además de intensificar el papel de los usureros y de los capitalistas financieros, entre los que destaca la familia de los Fugger, de Augsburgo.

Pero, a pesar de la cristalización jurídica de algunos modelos, esta estructura entrañaba considerables tensiones y presiones. El emperador Carlos V (1519–56; murió en 1558) gobernaba nominalmente media Europa: su herencia se extendía por España, Sicilia, el sur de Italia, los Países Bajos, Bélgica y Borgoña —sin contar los «dominios hereditarios» propiamente dichos (*Erblände*) de los Habsburgo en Austria—, y con la batalla de Mohacs, en 1526, Fernando, el hermano menor de Carlos, añadió a las posesiones de la dinastía la monarquía dual de Bohemia y Hungría. Pero esta fuerza aparente llevaba consigo un aprovechamiento excesivo de los recursos políticos y financieros, un endeudamiento constante (sobre todo con los Fugger) y la incapacidad de hacerse con el poder real; incluso la elección de Carlos V como emperador en 1519, frente a una fuerte oposición de los franceses, supuso un aumento de la deuda (los préstamos de los Fugger permitieron el pago de importantes sobornos) y una «capitulación electoral» (*Wahlkapitulation*) en la que se confirmaba el papel de los electores y estados del Imperio como socios del gobierno junto al emperador. Por otra parte, las tentativas de desarrollo de un gobierno central (*Reichsregiment*) no tuvieron éxito: los estados se resistieron a los esfuerzos imperiales por integrarlo en la corte imperial, y el emperador se opuso a los esfuerzos de los estados por convertirlo



Mapa 3. Europa en la era de la Reforma

en un órgano de gobierno federal. Y, no bastando con los problemas internos, Carlos V se vio implicado prácticamente sin tregua en una lucha contra Francia por la hegemonía europea, además de tener que rechazar de forma periódica las invasiones turcas por el sureste.

Tanto las cambiantes relaciones políticas dentro del Imperio, como las relaciones internacionales en el incipiente sistema de estados de la Europa moderna en sus orígenes, tuvieron que absorber un nuevo y explosivo elemento bajo la forma de ese revulsivo de la unidad religiosa y cultural de Europa conocido como la Reforma. En 1517, un modesto monje y teólogo académico que respondía al nombre de Martín Lutero escribió un conjunto de noventa y cinco tesis, criticando los abusos de la Iglesia, y, según la leyenda, las clavó en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg, una arraigada costumbre para iniciar el debate público. Este acontecimiento, que provocó una serie de polémicas cuya consecuencia final sería un insalvable cisma en la cristiandad europea, es tomado habitualmente como el comienzo de la Reforma.

Lutero nació en Eisleben en 1483; su padre era un minero relativamente próspero que, por su condición de hijo de campesino, tenía grandes aspiraciones para él. Su mayor deseo era ver a Lutero convertido en abogado, pero cuando éste se salvó de un rayo en 1505, prometió hacerse monje; en el curso de su posterior carrera monástica y académica (llegó a alcanzar el puesto de profesor de teología de la universidad de Wittenberg), Lutero experimentó unos profundos conflictos espirituales, y se enfrentó a las Escrituras utilizando como arma la erudición. La teología de Lutero mostraba ciertas afinidades con la piedad agustiniana de los orígenes, ya que tanto él como Agustín se habían visto muy influidos por

San Pablo, aunque también se pueden buscar los antecedentes del pensamiento luterano en el humanismo, con el que Lutero compartía el rechazo del escolasticismo y del «paternalismo de los prelados» (si bien Lutero se distinguía de los humanistas al creer en la gran omnipotencia de Dios y la impotencia de los seres humanos), así como en la *devotio moderna* y la *via moderna*, dos movimientos piadosos y eruditos. Resulta evidente que Lutero estaba en contacto con las corrientes de su época, pero de su angustia espiritual y sus esfuerzos intelectuales surgió una síntesis única y propia que él propagó con energía y pasión: Lutero, al plantear sus tesis, no pretendía dividir la Iglesia, sino purificarla de los abusos.

El abuso concreto que provocó las noventa y cinco tesis fue la venta de «indulgencias». De acuerdo con la Iglesia, la salvación se podía conseguir por medio de las buenas obras, entre las que se contaban las donaciones eclesiásticas, y se llegaba a afirmar incluso la posibilidad de la Iglesia de interceder en favor de los parientes ya muertos que sufrían por sus pecados: así, se vendían «indulgencias» para reducir el tiempo en el purgatorio, tanto para uno mismo como para otros. Ésta era una práctica común, y el propio príncipe de Lutero, el elector Federico «el Sabio» de Sajonia, había reunido en Wittenberg una destacada colección de reliquias sagradas, entre las que supuestamente se encontraban pedazos de la santa cuna, trozos de pañales y restos de niños masacrados por Herodes; de esta forma, Wittenberg se había convertido en un importante centro de peregrinación, en el que se vendían a los peregrinos indulgencias especiales procedentes de Roma. Pero en 1517 su venta alcanzó niveles demasiado abusivos. El papa había enviado a su agente, Tetzl, contable a la vez de los importantes banqueros Fugger, para reunir dinero por

este sistema; la mitad de las ganancias serían para Roma (lo que causó un considerable resentimiento en Alemania), mientras que la otra mitad iría a los Fugger para liquidar un préstamo del príncipe Alberto de Brandeburgo. Alberto estaba tratando de obtener una tercera dignidad episcopal (el arzobispado de Maguncia, que tenía un voto electoral), algo prohibido por el derecho canónico, y con el préstamo pretendía sobornar al papa. Lutero se opuso: no sólo resultaba escandaloso desde el punto de vista social que se explotara a los pobres para esta causa, sino que, además, el procedimiento no tenía base teológica, ya que Dios no podía ser comprado de esta manera. Para Lutero (tras su formativa «experiencia de la torre»), la fe era la única fuente de salvación, y en sus noventa y cinco tesis, escritas en un principio en latín para su discusión académica, pero rápidamente traducidas y puestas en circulación, Lutero construyó un brillante razonamiento, empleando todas las artes de la retórica y la ironía para apoyar su caso.

En pocas semanas, las tesis se estaban imprimiendo y distribuyendo no sólo desde Wittenberg sino también desde Nuremberg, Leipzig y Basilea, llegando muy pronto a toda Europa. Lutero fue reclamado a Roma, pero el elector Federico le consiguió una audiencia en Alemania; no obstante, tras las disputas con el cardenal Cajetanus en Augsburgo y con Eck en Leipzig, quedó claro que la controversia no iba a extinguirse. En 1520, Lutero escribió tres grandes tratados, *A la nobleza cristiana de Alemania*, *El cautiverio babilonio de la Iglesia* y *La libertad del cristiano*; el papa León X decidió excomunicarlo por medio de la bula papal «Exsurge Domine», que Lutero quemó, si bien su excomunión se hizo efectiva en 1521 por medio de una segunda bula, «Decet Romanorum». Ese mismo año, los jefes de estado de la nación alemana fueron convocados a

una dieta imperial en Worms para reunirse con el recién elegido emperador, Carlos V, y uno de los temas a tratar fue Lutero, al que se llamó para que se explicara; éste, tras un atormentado análisis de conciencia, llegó a la conclusión de que mantenía su opinión sin arrepentirse, y al volver a su hogar, los hombres de Federico lo raptaron y lo llevaron al castillo de Wartburg para garantizar su seguridad. En él, Lutero pasó un año muy productivo escribiendo himnos (como por ejemplo «Ein' feste Burg ist unser Gott»: al visitar el castillo se aprecia fácilmente el simbolismo de la «fortaleza segura») y traduciendo al alemán vulgar el Nuevo Testamento de la Biblia, ejercicio cuya importancia resulta difícil exagerar. Lutero creía que la traducción se debía hacer al idioma de «la madre en el hogar, los niños en las calles, el hombre común en el mercado», y con ella contribuyó a tipificar y regularizar el alemán escrito, lo que permitió al nuevo alto alemán dominar las diferencias regionales en el dialecto. Pero, por supuesto, las preocupaciones lingüísticas ocupaban para Lutero un lugar secundario con respecto a su objetivo primordial: llevar la Palabra de Dios a todo el mundo, en un idioma que pudieran entender.

¿Cuáles eran los puntos principales de la teología de Lutero? En primer lugar, la importancia crucial otorgada al concepto de la «justificación sólo por la fe»: la salvación no se conseguía a través de las buenas obras, sino que era concedida libremente por Dios y experimentada por los seres humanos como una especie de «renacimiento», lo que llevó a algunos luteranos tardíos a una cierta emotividad, una introvertida preocupación por su estado espiritual. En segundo lugar, se subrayaba el papel de las Escrituras como base de la autoridad (no el papa, ni los concilios ecuménicos), unido a una comprensión personal de la Biblia. Esto transformó el oficio del clero, y el antiguo intermediario entre

Dios y el hombre, que cumplía los ritos y sacramentos con una eficacia automática, pasó a ser el predicador de la Palabra, el propagador del Evangelio entre todos aquellos que no pudieron leerlo por sí mismos. Como consecuencia de la importancia dada a la experiencia individual de la salvación y a la interpretación de las Escrituras, se llegó a los conceptos expresados en las frases «cada hombre un monje» y el «sacerdocio de todos los creyentes»; a diferencia de la convicción católica medieval, según la cual, para llevar una vida excepcionalmente santa, había que pertenecer al clero, los luteranos sostenían que también se hacía la voluntad de Dios con el trabajo cotidiano de este mundo (lo que de hecho implicaba asimismo que los curas no tenían que ser célibes: el mismo Lutero llevó una feliz vida de casado). La teología luterana parecía favorecer un cierto individualismo y una igualdad espiritual (si no secular) entre los creyentes, pero carecía de una lógica y consistencia estrictas, lo que permitió la aparición de diversas interpretaciones; además, abrió el camino a otros individuos decididos a ofrecer su propia versión de la Palabra de Dios, tal como aparece expresada en la Biblia.

En la acogida de las ideas de Lutero influyeron factores muy diversos. Por un lado, para el emperador Carlos V, las desavenencias religiosas dentro del Imperio eran sólo uno de sus muchos problemas ya que, además de sus intereses en la política española e italiana, veía con gran preocupación la «amenaza turca»; el emperador era un gobernante con intereses a nivel europeo e incapaz de pasar mucho tiempo en Alemania, donde la falta de una decisiva intervención imperial permitió a las disputas prolongarse lo suficiente para echar raíces. Las razones de la difusión de las teorías de Lutero varían dependiendo de los grupos en que esto ocurrió. Se ha destacado mucho el papel

de la imprenta en su rápida expansión, dado que, mientras en 1518 sólo se publicaron 150 libros en Alemania, en 1524 el número había ascendido a casi un millar. El mismo Lutero era un gran polemista y divulgador, y escribía como media un tratado cada quince días; además, para comunicar el mensaje se podían utilizar no sólo panfletos sino también caricaturas y folletos ilustrados, como por ejemplo la serie en la que se ponía de manifiesto el contraste entre Cristo y el Anticristo, identificando al papa con este último. En una época en la que la mayor parte de la población era analfabeta, la transmisión oral –y la predicación popular– tenían mucha importancia, y la abundancia de comerciantes y artesanos ambulantes colaboró en gran medida a la difusión de noticias y opiniones entre las ciudades. Tampoco hay que olvidar, como elementos influyentes en las distintas acogidas dispensadas a la Reforma, la agitación económica y social de un periodo en el que la población crecía al mismo ritmo que la presión sobre los recursos, además de las tensiones políticas entre caballeros, príncipes, ciudades y emperadores. El anticlericalismo y antipapalismo predominantes contribuyeron sin duda a aumentar el atractivo popular de las ideas de Lutero, cuyo verdadero significado teológico sólo unos pocos alcanzaban a entender plenamente, pero el fermento religioso desatado por Lutero originó en numerosas ciudades de Alemania movimientos que exigían como mínimo la predicación evangélica y la reforma del clero, pasando con frecuencia a la petición de cambios ulteriores en el ámbito religioso y social. Estos movimientos se habían extendido entre 1521 y 1524 lo suficiente para despertar la amenaza de una profunda agitación social y quizá política: antes incluso de que surgiera el concepto del «protestantismo», el impulso de un movimiento reformista se vio atrapado en un

passional Christi und



Christus.
So ich ewe fuße habe gewaschen d ich ewe herte vñ meßse
hüt/vill meßt solt yr einander vnter etich die fuße waschen. Solt
mit habeich euch zur anseygung vñ beyßpiel geben/ wie ich ym
than habe/ also solt yr hinfür auch thun. Warlich warlich
sage ich euch/d hnechte ist nicht meß dan seyn herre/ so ist auch
nicht d geschickete beste nicht dā d yn gefande hat. Wilt yr das?
Selig seye yr so yr das thun wurdent. Johan. 13.

Antichristi.



Antichristus.
Der Pabst maßt sich an iglichen Tyrannen vñ heydnischen
fürsten so yr fuße den leuten zu laßen dar gericht / nach hie
volgen/damte es waer werde das geschickten ist. Wdcher diese
höllen bilde nicht anbetet/sall getödt werden. Apocalip. 13.
Dies luffino darff sich der Pabst yn seyne decretalen vñ vnser
schandt rümen. c. c. ölt de. p. l. d. c. Si summus pon. de sen. 1498.

8. «Passional Christi und Anti-Christi», con tallas de madera de Lucas Cranach el Viejo. Parte de una serie de grabados de la Reforma en los que se compara a Cristo con el Anticristo, identificándose al papa –con toda su pompa y ceremonia– con el Anticristo.

laberinto de intereses más seculares, lo que afectó a su desarrollo tanto ideológico como activo.

La guerra de los Campesinos en Alemania

Entre 1524 y 1526, campesinos y gentes del pueblo se sublevaron en numerosas ciudades de toda Alemania, desde el suroeste hasta

el noreste. Este alzamiento masivo, conocido como la «guerra de los Campesinos» o la «Revolución del hombre común», ha sido objeto de un considerable debate histórico: así, los historiadores marxistas, siguiendo a Friedrich Engels, han visto en él una temprana «revolución burguesa» (aunque carente de una burguesía madura capaz de hacerla triunfar), mientras que los historiadores no marxistas han discutido la importancia relativa de los factores económicos, políticos e ideológicos en sus causas y su curso.

En el trasfondo encontramos una serie de sublevaciones anteriores: la rebelión liderada por el «flautista de Niklashausen» en 1476 (y sofocada por el obispo de Würzburg); los levantamientos de Bundschuh en 1493, 1502, 1513 y 1517; la revuelta del «Pobre Conrado» en 1514, así como una oleada de insurrecciones campesinas entre 1513 y 1517. En 1524, la agitación comenzó en la zona meridional de la Selva Negra y el lago de Constanza, pero a lo largo de 1525 se extendió por la Alta Suabia, el Danubio, Franconia, Turingia y Sajonia, con un levantamiento aislado en un lugar tan alejado como Prusia Oriental. A finales de abril de 1525, se habían alzado en armas aproximadamente 300.000 campesinos, una proporción considerable de una población total cercana a los 16 millones; los ejércitos campesinos (cuyos contingentes oscilaban entre los 2.000 y los 15.000 hombres) estaban muy bien organizados y, en algunos casos, como en el de Götz von Berlichingen, dirigidos por nobles. En un primer momento consiguieron varias victorias en la zona suroccidental de Alemania, debido en parte a la precipitación, el miedo y la rápida capitulación de algunas autoridades, así como al hecho de que el ejército del círculo suabo de príncipes se encontraba en Italia, luchando junto al emperador Carlos V contra Francisco I de Francia. Tras un triunfo decisivo del emperador en este conflicto, totalmente

independiente del primero, los príncipes regresaron para aplastar la revuelta campesina, algo que lograron gracias a una organización superior y a la capacidad para establecer vínculos entre las localidades; se calcula que, en total, murieron 100.000 campesinos, con un número mucho mayor de mutilados y ciegos.

Algunos líderes de los campesinos pertenecían al clero, y entre sus seguidores había también artesanos y plebeyos, las categorías inferiores de la población urbana. Tampoco fueron los miembros más pobres y sometidos del campesinado los que se rebelaron, sino más bien los más prósperos, en cuyas quejas se mezclaba lo político con lo económico: la presión sobre la tierra y los recursos, mayores desigualdades y conflictos dentro de las comunidades campesinas o los intentos de los señores por conseguir rentas más altas y cargas de acceso, así como la injerencia política en la autonomía de las comunidades agrarias (las *Gemeinde*). Hay que tener asimismo en cuenta la importancia de la agitación religiosa y la impugnación de toda autoridad fomentada por el «asunto Lutero» y resumida en el lema de la «ley divina»; así, resulta por ejemplo evidente la influencia reformista en los «Doce artículos del campesinado suabo», adoptados por el parlamento campesino de Memmingen en marzo de 1525. El primero de estos artículos exigía el derecho de una comunidad a elegir su propio pastor para predicar el Evangelio, y a ser mantenida por el gran diezmo, antes de pasar en los siguientes artículos a los pormenores de las peticiones relativas a los servicios laborales, las contratas de arrendamiento, los alquileres, la utilización de los recursos, el castigo de los crímenes y demás cuestiones. En el artículo doce se concluía afirmando que «todo debía organizarse estrictamente de acuerdo con las Escrituras», cuidadosamente escudriñadas en busca de referencias que apoyaran las peticiones.

Dependiendo de las zonas, existían diferencias en los programas y cursos de acción de los grupos rebeldes. Los suabos eran relativamente moderados, mientras que en Franconia los campesinos atacaron los privilegios de la nobleza y el clero, además de exigir la abolición de los derechos feudales, y consiguieron que se les uniera la población de la ciudad de Rothenburg-obder-Tauber: los canónigos asediados del cabildo catedralicio de Würzburg se vieron finalmente liberados por los príncipes. En mayo de 1525, Thomas Müntzer había conseguido instaurar en Turingia una teocracia igualitaria con un programa radical, pero la proyectada alianza de campesinos, ciudadanos y mineros fue salvajemente aplastada y Müntzer ejecutado; por su parte, los campesinos de la zona alta del Rin no lograron alcanzar una paz negociada, y fueron masacrados. Los gobiernos urbanos de las ciudades imperiales libres del sur de Alemania fueron por lo general capaces de mantener el orden, mientras que en las poblaciones territoriales del norte hubo graves disturbios; la última oleada importante de sublevaciones en Salzburgo y los dominios de los Habsburgo nació en Tirol bajo el liderazgo de Michael Gaismair, autor en 1526 de la «Constitución tirolesa» para una república basada en el igualitarismo cristiano.

Los campesinos y los ciudadanos humildes que habían participado en los levantamientos buscaban cambios sociales y económicos, basados en el concepto de «ley divina» expresado en la Biblia: apoyándose en las Escrituras, defendían una visión de un orden secular alternativo factible. No fue éste un movimiento medieval utópico y milenarista, ni siquiera una simple rebelión contra los abusos del sistema existente, sino más bien una revolución social fallida, y una de las consecuencias de su fracaso fue un aumento aún mayor de los poderes de los gobernantes territoriales. No hay

duda de que la Reforma inspiró en cierto grado la Guerra de los Campesinos, pero esta última jugó a su vez un papel importante en el cambio de dirección de la Reforma. El mismo Lutero criticó en un principio tanto a los campesinos como a los príncipes en su «Amonestación para la paz» de abril de 1525, pero tras un viaje de predicación al sur del Harz, durante el cual estuvo a punto de morir, escribió una encolerizada diatriba, «Contra las hordas de campesinos ladrones y asesinos»: con ella eliminó de hecho la posibilidad de que su reforma atrajera por igual a todas las clases sociales, al utilizar las Escrituras para apoyar sus prejuicios sociales a favor de un orden mundano basado en la obediencia a la autoridad secular. A partir de este momento, los modelos igualitarios de la Reforma se limitarían a grupos sectarios, enfrentados a la Reforma principesca de Lutero.

La evolución de la Reforma alemana

Hubo algunos príncipes cuyos motivos para abrazar la Reforma fueron no sólo de índole religiosa sino también política y económica: no veían con malos ojos la eliminación de la jurisdicción y los impuestos papales, ni tampoco la secularización de las propiedades de la Iglesia (si bien es cierto que muchos príncipes ganaron menos de lo que generalmente se supone). En 1528, la lista de gobernantes luteranos incluía a Alberto de Hohenzollern en Prusia, el landgrave Felipe de Hesse, el margrave de Brandeburgo-Ansbach, el conde Alberto de Mansfeld, el duque de Schleswig y el duque Ernesto de Brunswick-Lüneburg. Dadas las rivalidades dinásticas existentes entre los Hohenzollern y los Wettin, Sajonia se convirtió en un destacado centro reformista; en algunos lugares —sobre todo las

tierras de los Habsburgo y los Wittelsbach- fueron los nobles y los estados los que apoyaron la Reforma, frente a la resistencia de los príncipes, mientras que muchas ciudades, como por ejemplo Erfurt, Zwickau, Magdeburgo, Nuremberg, Bremen, la ciudad suiza de Zurich, Estrasburgo, Francfort y, en 1534, Augsburgo, la adoptaron rápidamente. Hacia 1530, aproximadamente dos tercios de las ciudades imperiales habían manifestado su lealtad a los principios evangélicos, aunque el curso de la Reforma urbana no fue uniforme, variando con las condiciones y circunstancias locales: así, por ejemplo, en Nuremberg, la tendencia del consejo ciudadano a aceptar la Reforma recibió el apoyo de la presión popular de base, pero la dependencia de la ciudad del comercio de larga distancia requería la buena voluntad del emperador y los príncipes católicos vecinos, por lo que Nuremberg no llegó a unirse a la militante Liga Protestante de Felipe de Hesse. Una reforma moderada en el interior de la ciudad permitió al consejo nombrar predicadores y controlar la doctrina, al tiempo que se mantenía una actitud conciliadora frente a los importantes poderes católicos situados al otro lado de las murallas. En cambio, otras localidades experimentaron una reforma más drástica, destacando por su violencia los acontecimientos de Münster. En 1534, el anabaptista Juan de Leyden se autoproclamó dictador de una teocracia caracterizada por la propiedad colectiva, una profunda reglamentación comunal de la vida privada, la poligamia y el terror; el asedio al que fue sometida la ciudad acabó finalmente con la derrota de los anabaptistas y con una masacre iniciada por los príncipes. Más tarde, el anabaptismo se convirtió en un movimiento pacifista y quietista, defensor de un modelo de comunidad religiosa intimista y apolítico. En la ciudad suiza de Zurich, la influencia de Zwingli se hizo notar en una reforma más radical, tanto desde el

punto de vista social como religioso; Zwingli divergía de Lutero en una serie de cuestiones, incluida la interpretación de las palabras de la eucaristía «este es mi cuerpo», lo que dio origen al concepto suizo de comunión como un servicio conmemorativo simbólico, en contraste con la noción luterana, más literal. En Ginebra, el francés Juan Calvino (1509-64) desarrolló un sistema teológico más racional y lógico; su doctrina, el calvinismo, supuso una «segunda Reforma», con la que se completó lo que se consideraba como un proceso sólo parcialmente concretado por la primera generación de reformadores. A pesar de la existencia de corrientes teológicas diversas dentro del calvinismo, su principal diferencia con el luteranismo reside en la noción clave de la predestinación. Para Calvino, la salvación no sólo no se podía conseguir a través de las buenas obras (como en el caso del catolicismo), sino tampoco por medio de la fe (la teoría luterana): era el gran y omnipotente Dios el que *predestinaba* a cada individuo, decidiendo su pertenencia al grupo de los elegidos (los salvados) o al de los malditos, y los simples mortales no podían hacer nada por alterar un destino ya fijado. En las comunidades religiosas calvinistas reinaba una severa disciplina social, y la conducta individual no sólo no era fatalista (como haría suponer la doctrina de la predestinación) sino que destacaba por su autocontrol, consecuencia psicológica de la búsqueda incesante de señales de su condición de elegidos de Dios. Las generaciones posteriores verían multiplicarse las diferencias teológicas y los debates entre los protestantes de denominaciones distintas.

El concepto de «protestante» propiamente dicho deriva de la «Protesta de Speyer» de 1529 contra la decisión de hacer cumplir el edicto de Worms, por el que se declaraba fuera de la ley a los partidarios de Lutero (los alemanes todavía distinguen entre los

seguidores de las confesiones «evangélica» y «reformada», mientras que los ingleses —cuya reforma nacional consiguió combinar elementos de ambas tradiciones en un pragmático compromiso isabelino— suelen adoptar el término «protestante», más unitario, en el que incluyen no sólo a la iglesia oficial sino también a otras variantes sectarias posteriores). Pero Lutero y sus primeros seguidores no querían causar un cisma irreversible en la cristiandad, sino simplemente purgar a la Iglesia de lo que consideraban abusos heréticos en la doctrina y la práctica. Hubo repetidos intentos de llegar a un acuerdo o solventar las diferencias: así por ejemplo, en la dieta de Augsburgo de 1530 —a la que Lutero, todavía bajo la prohibición imperial, no pudo asistir—, Philipp Melancthon, un colega de Lutero en Wittemberg, redactó la llamada «confesión de Augsburgo», un documento relativamente conciliador en el que se hacían muchas concesiones a los católicos. Sus omisiones enfurecieron a los católicos suizos, pero los gobernantes protestantes allí presentes lo firmaron y, a pesar de sus ambigüedades, constituye todavía hoy la base de la fe luterana. En la dieta de Augsburgo de 1530 la reconciliación parecía todavía posible, pero una serie de malinterpretaciones, unidas a una creciente intolerancia, provocaron un endurecimiento en ambos frentes. La cuestión religiosa se complicó debido a la política imperial y a los esfuerzos de Carlos V por conseguir la preelección de su hermano Fernando como rey alemán, algo que católicos tan destacados como los Wittelsbach de Baviera interpretaron como un intento de los Habsburgo por convertir en hereditaria la corona imperial. En parte como respuesta a este acto, que tras muchos politiqueros y sobornos se llevó a cabo en enero de 1531, se formó en febrero del mismo año la liga de Esmalcalda, la fuerza militar defensiva de los protestantes, constituida en un principio por seis

príncipes y diez ciudades, aunque posteriormente se les unirían otros estados protestantes.

No acabaron aquí las tentativas de alcanzar un acuerdo entre católicos y protestantes. Desde 1532, la contención de los turcos y el avance de los intereses de los Habsburgo en el sur de Europa habían sido las principales preocupaciones del emperador, pero entre 1539 y 1540 su mirada se dirigió de nuevo hacia la pacificación de la situación alemana. En la dieta de Ratisbona, finalizada con escasos resultados, quedó claro que el cisma era insalvable, y se reformó la doctrina luterana de la obediencia a la autoridad de modo que supusiera la obediencia al príncipe territorial o al gobernante local, y no al emperador. A pesar del apoyo de los príncipes protestantes en su interminable conflicto con Francia (tras una serie de concesiones en la dieta de Speyer de 1544), el emperador decidió declarar la guerra a los «herejes» de Alemania, apoyándose en los fondos y las tropas papales, y pocos meses después de la muerte de Lutero, en 1546, estalló la guerra de Esmalcalda, durante la cual el emperador consiguió capturar Wittemberg y estuvo a punto de desenterrar el cuerpo de Lutero de su tumba en la iglesia del castillo. Pero los conflictos con el papa debilitaron a Carlos V y, enfrentado a los cismas entre católicos, el emperador promulgó en 1548 el relativamente moderado Interim de Augsburgo; con esto no consiguió apaciguar ni a los católicos ni a los protestantes, y las agitaciones militares y políticas prosiguieron, complicadas por los planes imperiales de dividir la sucesión (entre las ramas española y austríaca de la familia Habsburgo) y la participación francesa en el enfrentamiento de los príncipes al emperador. En 1552 se firmó la convención de Passau, confirmando el colapso de las ambiciones imperiales tanto constitucionales como religiosas; en ella se aceptaba la no revocación de los traslados, incautaciones

de propiedades eclesiásticas o cambios en el culto religioso, no exigiéndose tampoco compensaciones. Finalmente, y al comprobar que la situación política se encontraba en un punto muerto, y que ni el catolicismo ni el protestantismo iban a desaparecer, se alcanzó un compromiso pragmático —el derecho a disentir— en la dieta de Augsburgo de 1555.

Con la paz de Augsburgo de 1555 se pretendía acabar con la agitación política interna inmovilizando las posturas de luteranos y católicos en ese momento, pero no se tomaban ni siquiera en consideración las demás variantes del protestantismo, no se afrontaban los problemas relacionados con los seguidores de Zwingli y toda una serie de sectarios, y no se anticipaban los conflictos que surgirían con el desarrollo del calvinismo como una poderosa alternativa al protestantismo. Se aceptaba el poder de los príncipes para determinar la fisonomía interna religiosa de sus territorios, pero no se les permitía comprometerse en actividades misioneras dirigidas a la conversión de otras comarcas o a la protección de correligionarios fuera de sus fronteras. Todo aquel que no aceptara la confesión religiosa de un territorio determinado tendría que emigrar, y únicamente las ciudades podrían incorporar minorías religiosas; por lo tanto, la «libertad» religiosa se entendía a nivel territorial, no individual: la libertad del príncipe para determinar la estructura religiosa de su jurisdicción, más tarde conocida como el principio de *cuius regio, eius religio*. Resultaba irónico que algo que había comenzado como una lucha por lograr una experiencia individual de la fe, una relación directa del individuo con Dios y libertad de conciencia individual, tuviera semejante conclusión; las autoritarias iglesias territoriales no sólo no confirmaron el concepto de las Escrituras como base de la religión, sino que consagraron la función de determinación

política de la doctrina y, al romper la unidad cultural de la Alemania políticamente fragmentada del periodo final de la Edad Media, determinaron el modelo posterior de territorialización de su política.

La paz de Augsburgo dejó toda una serie de problemas sin resolver: no sólo la cuestión de Calvino y las sectas, sino también a quién correspondía decidir la confesión religiosa de las ciudades. Más tarde surgieron otros conflictos relacionados con la «reserva eclesiástica», que contribuyó a la supervivencia del catolicismo garantizando la existencia de un sucesor ortodoxo para todo arzobispo, obispo o abad que se convirtiera a título personal al protestantismo; además, a pesar del pragmatismo del acuerdo, a finales del siglo XVI surgió un fanático catolicismo contrarreformista que pretendía, como veremos, reconvertir a los protestantes. Se podría establecer un paralelismo (sin llevar la comparación demasiado lejos) entre las diferencias de protestantes y católicos en la era del confesionalismo y la batalla ideológica entre la democracia occidental y el comunismo soviético durante la guerra fría librada a finales del siglo XX.

Merece la pena detenerse brevemente a examinar las implicaciones a largo plazo de la Reforma. En ella se han buscado las raíces de muchos desarrollos posteriores: el capitalismo moderno, la ciencia, el individualismo, la secularización y la «desmitificación del mundo», así como otros aspectos diversos de la política moderna. Es posible que muchos razonamientos exageren al presentar su caso, ya que en ese momento se estaban dando toda una serie de cambios relacionados entre sí y mutuamente interactivos, y se simplifica en exceso si se aísla uno solo como causa única; no obstante, algunas conexiones presentan un interés especial.

En un famoso ensayo sobre *La ética protestante y el espíritu*

del capitalismo (publicado originalmente en 1904-5), el sociólogo alemán Max Weber pretendía poner de manifiesto las afinidades culturales entre el ascetismo terrenal de los protestantes y el carácter racional del capitalismo burgués moderado, dedicado a reinvertir los beneficios (en vez de disfrutar de ellos de un modo hedonista). Las sutiles distinciones entre la ética del trabajo del catolicismo, el luteranismo y el calvinismo que Weber trazaba en su ensayo, fundamentalmente ambiguo —ya que destacaba afinidades culturales en vez de formular relaciones causales rigurosas—, han provocado grandes controversias posteriores. Los intentos de refutar el análisis de Weber aduciendo casos de no correlación entre el protestantismo y el desarrollo del capitalismo no hacen justicia a la sutileza del enfoque de Weber: cualquier explicación causal aceptable requería reunir combinaciones clave de elementos, y en otros escritos (como por ejemplo su *Historia económica general*) Weber ampliaba el razonamiento a otros factores que no fueran los puramente culturales. Los historiadores más materialistas han hallado en cambio las conexiones en la dirección opuesta: aquellos dedicados a las primeras actividades capitalistas tenían más posibilidades de identificarse con la orientación protestante, de que ésta «hablara a su condición» (utilizando la expresión cuáquera). En todo caso, un análisis histórico detallado de cualquier situación concreta revela la considerable complejidad de las interrelaciones entre la orientación religiosa y la acción económica; en algunos casos, la persecución política por motivos religiosos forzó a ciertas comunidades de minorías religiosas a centrarse en determinados tipos de actividades económicas, y en otros, la pertenencia a un clase social específica predisponía o presionaba socialmente a los individuos a adoptar los supuestos, el estilo de vida y las prácticas religiosas asociadas a esa clase. Las generalizaciones simplistas

deben ser consideradas con un cierto grado de flexibilidad y el reconocimiento de que correlación no siempre implica causalidad.

También se han establecido vínculos entre el protestantismo y la política, pero la generalización más extendida en el caso alemán es quizá también la menos sostenible: la teoría según la cual la doctrina luterana de obediencia a la autoridad alimentó una actitud apolítica en los súbditos, en contraste con la doctrina calvinista de resistencia legítima a un gobierno impío. De hecho, sin embargo, la teología puede ser —y ha sido— interpretada, dependiendo de las circunstancias, de muy distintas maneras, inspirando muchos modelos diferentes de actitudes y actividades políticas dentro de unos límites relativamente amplios fijados por las creencias religiosas; resultan en cambio más interesantes las conexiones entre los modelos de *organización* religiosa y la política, así como los de las relaciones Iglesia-Estado. Fue también Max Weber el que, en un ensayo sobre las sectas, sugirió que el igualitarismo de las primeras iglesias y sectas congregacionistas pudo haber influido en los orígenes de la democracia liberal, sobre todo en la América del siglo XVII; pero lo que sin duda hay que destacar es el vínculo entre la confesionalización y la construcción del Estado, apreciándose interesantes diferencias entre las consecuencias de la Reforma inglesa y las de la alemana.

Estas diferencias no se encuentran tanto en el área de la fe resaltada por las interpretaciones más antiguas (que subrayan el supuesto quietismo y la pasividad del luteranismo alemán), como en la estructura y organización políticas. En Inglaterra, la Reforma nacional sirvió al mismo tiempo para realzar la condición de la monarquía nacional en un estado unitario y para fortalecer económica, cultural y políticamente la posición de los terratenientes, que se beneficiaron de las propiedades secularizadas

de la Iglesia y alcanzaron poderes de patronazgo eclesiástico. En los territorios alemanes, la situación varió mucho dependiendo de las zonas. Así, en algunos estados, como por ejemplo Württemberg, la Iglesia posreformista consiguió mantener en gran medida su riqueza y su poder, en contraste con el mito de una iglesia estatal territorial inevitablemente débil y sumisa, mientras que en otros lugares no tuvo tanta suerte; sólo la compilación y síntesis de gran número de estudios locales permitirá aclarar los diferentes factores implicados en este proceso pero, en cualquier caso, resulta evidente que en Alemania existió una relación muy estrecha a nivel territorial entre los procesos de confesionalización y la creación de los estados. Estudios regionales como el de Lippe y Lemgo, realizado por Heinz Schilling, han puesto de manifiesto variaciones en, e incluso interpretaciones totalmente opuestas de, los supuestos contrastes entre las sumisas iglesias luteranas estatales y las rebeldes burguesías calvinistas. De él se deduce que no fue tanto el contenido del sistema confesional variable, como la forma política adoptada por la heterodoxia correspondiente, lo que resultó determinante en los procesos de autodefinición y demarcación político-cultural; Schilling ha sugerido que la monopolización territorial de la Iglesia en la Reforma alemana fue no sólo anterior a, sino una condición previa para, los monopolios impositivos y militares posteriores puestos de manifiesto por estudiosos como Nibert Elias.

Una generalización sin duda válida y aplicable a la Reforma alemana es el hecho de que, si hubo algo que no hizo, fue fomentar la causa de una mayor unidad alemana. Cabe destacar que el mismo Imperio estaba dividido, y su emperador católico se había visto obligado a reconocer la desunión religiosa. La confesionalización representó un factor importante en el desarrollo de los estados territoriales en la incipiente Alemania moderna, y tuvo a partir de

1555 un papel fundamental en los conflictos militares y políticos del siglo, que a su vez fomentaron el desarrollo de los ejércitos y las burocracias; las diferencias religiosas empezaron a perder importancia como factores políticos en el caleidoscopio de conflictos correlacionados que provocaron la Guerra de los Treinta Años, y desaparecieron a todos los efectos como elemento importante en los enfrentamientos políticos a partir de 1648. En la medida en que la religión llegó a ser una cuestión política a finales del siglo XVII y en el XVIII, lo fue más como motivo de conflicto dentro, y no entre, estados: para entonces, la construcción territorial de los estados había superado la fase inicial de la legitimación sociorreligiosa.

Alemania en la era de la contrarreforma

Los católicos no aceptaron de buen grado el statu quo de 1555, y tras el Concilio de Trento (1545-63), decidieron recuperar con nuevas fuerzas el terreno perdido. La Compañía de Jesús, o jesuitas (fundada por el español Ignacio de Loyola), llevó a cabo una enérgica campaña en Alemania y creó, en la corte y a través de sus escuelas, seminarios y universidades, una red de fanáticos proselitistas, compartiendo el entusiasmo con los capuchinos, cuya sede se encontraba en Viena. Tanto Austria como Baviera demostraron un especial celo contrarreformista, y centraron los esfuerzos oficiales en suprimir las inclinaciones reformistas entre los miembros de las noblezas del sur de Austria y Alemania. Mientras tanto, y debido a la aparición de diferencias en lo que se ha llamado la «segunda Reforma», el protestantismo presentaba una imagen de desunión: el calvinismo, particularmente, fue ganando

en importancia a finales del siglo XVI y principios del XVII, en un proceso que comenzó con la conversión del Palatinado y alcanzó posteriormente a los gobernantes de Brandeburgo y Hesse-Cassel. En Estrasburgo, la influencia de Martín Bucer dio origen a una manifestación singular de la Reforma, sin que desaparecieran tampoco en el resto del país las distinciones existentes entre la amplia gama de luteranos, melanchtonianos y demás confesiones.

El final del siglo XVI vio a la religión actuar en todos los territorios —independientemente de la estructura religiosa de estos— como vehículo de demarcación cultural entre dominios vecinos, y como medio para un mayor control de la conducta individual por parte del Estado. Se promulgaron medidas encaminadas a fomentar el bienestar público en áreas como la educación y el cuidado de los pobres, y otras dirigidas a inculcar la disciplina social, reducir las tasas de ilegitimidad y reglamentar las relaciones entre los sexos: la disciplina eclesiástica y las visitas a los hogares por parte de miembros del clero eran evidentemente medios muy efectivos de control social. Las diferencias religiosas estimularon asimismo las iniciativas educativas, produciéndose una segunda oleada en la fundación de universidades: es el caso de Ingolstadt, a unas ochenta kilómetros al norte de Munich, la capital de Baviera, una importante institución jesuita, a diferencia de las universidades de Marburgo (1529), Königsberg (1544) y otras, creadas por los protestantes, que recibieron como respuesta la aparición de Würzburg, Salzburgo y otros centros católicos. En estos establecimientos se formaba a los burócratas seculares para las nascentes administraciones estatales, así como a los curas, teólogos y demás académicos. Aunque no se puede negar que la Reforma colaboró en la difusión de la escolarización básica, no parece ahora tan probable como se consideraba anteriormente el que fomentara la alfabetización de

las masas, ya que en esa época se prefería el aprendizaje de memoria.

La Alemania del siglo XVI se vio sometida a numerosos cambios, tanto en el aspecto económico como en el social. La economía europea experimentó una expansión generalizada; la exploración en ultramar, y sobre todo la apertura de los mercados en las Américas, supuso no sólo una gran afluencia de metales preciosos (sobre todo plata) y la consiguiente inflación, sino también una transformación de las relaciones económicas internacionales. El comercio europeo se reorientó hacia la costa atlántica, lo que dio lugar al ascenso de Inglaterra como destacada potencia naval y a un aumento en la importancia de los reinos de España y Francia; la economía europea se diversificó, se modificaron las relaciones entre las zonas de mayor y menor desarrollo y cambió la localización del centro y la periferia. En Alemania, por ejemplo, algunas ciudades situadas en el Báltico y en las rutas terrestres del interior empezaron a decaer y, en las últimas décadas del siglo XVI, muchos centros comenzaron a contraerse dentro de las murallas construidas a finales de la Edad Media, en un declive debido no sólo a motivos económicos sino también políticos. El aumento en el precio del trigo supuso una mejora en la posición de la nobleza agraria, a costa de los fabricantes y comerciantes urbanos, y en los territorios coloniales del este muchos nobles pudieron hacerse con campesinos e incluso pueblos enteros, lo que les permitió establecerse como señores de grandes dominios y campesinos sometidos. Las ciudades también perdieron poder frente a los príncipes territoriales, sobre todo en las regiones occidental y suroccidental de Alemania: tras el destacado papel internacional jugado a finales de la Edad Media en las esferas económica, política, cultural e intelectual, muchas

ciudades alemanas entraron en las postrimerías del siglo XVI en un periodo de provincialismo, aunque con notables excepciones, como es el caso de la ciudad comercial de Hamburgo.

A mediados del siglo XVI, la población alemana dejó de crecer; hacia 1590 se produjo una recesión, a la que siguió, en las dos primeras décadas del siglo XVII, una crisis generalizada en la economía europea. En la Alemania de finales del siglo XVI, las tensiones políticas y sociales estallaron adoptando la forma de nuevas sublevaciones de campesinos y agitaciones sociales en las ciudades, y a comienzos del siglo XVII, toda Europa sentía la amenaza de la guerra, lo que llevó al reclutamiento de ejércitos y a la construcción de ciudades y murallas protectoras: así, por ejemplo, Mannheim se edificó en 1606 como sede fortificada de un príncipe. También en esta época se produjo un descenso en la energía solar, y como consecuencia bajaron las temperaturas medias, disminuyendo la temporada de cosechas y la producción agrícola en lo que se ha llamado la «pequeña glaciación», muy bien reflejada en los helados paisajes invernales de los cuadros de Breughel. La muerte por inanición, la indigencia e incluso el infanticidio eran fenómenos comunes, al igual que los pogromos de judíos, y es probable que las tensiones sociales contribuyeran asimismo –independientemente de otros factores también influyentes– a la escala e intensidad de las persecuciones de brujas durante el siglo XVI y principios del XVII; las mujeres fueron escogidas no sólo como víctimas expiatorias de toda una serie de males –robos, fracasos de cosechas, enfermedades de bestias o humanos–, sino también como foco de fantasías y prejuicios sexuales. En la vida intelectual se mezclaba la astronomía de Tycho Brahe y Johannes Kepler (ambos residentes en la corte imperial de Praga) con la fe en la alquimia: de hecho, a pesar de la supuesta «modernidad» de



9. «El judío escamoteador y cambista». Panfleto en el que se critica la supuesta avaricia de los judíos en un momento de inflación galopante. «Kippen» era una práctica común, consistente en recortar los bordes de las monedas y utilizar las virutas para hacer más monedas. Esto condujo a una situación en la que había que pesar los peniques, en vez de contarlos: 144 peniques completos pesaban una libra.

la Reforma, muchos de sus elementos resultarían extraños a los habitantes del siglo XX.

La guerra de los Treinta Años

Desde hace algún tiempo se debate entre los historiadores la existencia de una «crisis general del siglo XVII» y, en caso afirmativo, su posible caracterización y explicación. Resulta evidente que, a mediados del siglo XVII, una ola de agitación barrió varios estados europeos, provocando sublevaciones, revoluciones y guerras civiles como la Fronda francesa y la Revolución inglesa; las rebeliones aristocráticas y provinciales contra las exigencias cada vez mayores de los gobernantes centralizadores se extendieron asimismo por todo el continente. Aunque no existe ninguna explicación que se acepte como válida por sí sola, es posible apreciar algunas características comunes. Las rebeliones solían estar íntimamente relacionadas con los procesos de construcción de estados –sobre todo con la injerencia de las crecientes burocracias centrales en la autonomía de los gobiernos locales– y con la competencia entre los estados europeos, que requería el mantenimiento de ejércitos y, por lo tanto, un aumento en los impuestos directos: los incrementos en lo exigido y lo obtenido de las provincias y sus representantes aristocráticos motivaron frecuentes levantamientos.

La reflexión de la imprecisa «crisis general» en las complejas circunstancias del caso alemán siguió modelos propios y complejos. Entre 1618 y 1648, la combinación de tensiones, tanto dentro del Sacro Imperio Romano como entre los estados europeos, dio lugar a la «guerra de los Treinta Años», una serie de conflictos que abarcaban divisiones confesionales dentro del Imperio, sublevaciones de los estados provinciales contra su gobernante territorial

y resistencia de los príncipes territoriales frente al poder imperial, así como un conjunto más amplio de enfrentamientos entre estados no alemanes que se dirimieron en tierra alemana y se confundieron con los alemanes: contiendas entre España y los Países Bajos, entre Suecia y Polonia y entre Francia y los Habsburgo. En treinta años de lucha, tanto la economía como la sociedad alemanas se vieron profundamente afectadas, y el acuerdo que finalmente se alcanzó en 1648 creó unas pautas cuyas consecuencias se harían notar a lo largo de la historia alemana.

Los orígenes de la guerra de los Treinta Años se pueden hallar en parte en los problemas no resueltos que dejó la paz de Augsburgo (el no reconocimiento de los calvinistas, las reservas eclesiásticas), y en parte en el curso de los acontecimientos posteriores. Los conflictos no habían desaparecido, como demuestra la guerra de Colonia de 1583–8, que consiguió detener la conversión al protestantismo de territorio eclesiástico: esto tenía especial importancia en el caso de Colonia, ya que impedía la transformación de un voto electoral católico en protestante, con lo que se habría creado la posibilidad de elección de un emperador protestante. Se habían formado partidos religioso-políticos y, aunque en ciertos asuntos –como por ejemplo la lucha contra la amenaza turca– los príncipes eran por lo general capaces de dejar a un lado las diferencias confesionales, las instituciones imperiales se estaban viniendo abajo. Tras la muerte de Carlos V, el centro de atención de los emperadores Habsburgo tendió a desviarse hacia sus preocupaciones domésticas y dinásticas, dejando a un lado los asuntos imperiales, sobre los que en cierta medida habían perdido el control en la era del confesionalismo. La Dieta Imperial de 1608 fracasó, sin conseguir aprobar impuestos para la guerra contra los turcos o resolver los problemas religiosos,



10. Una descripción muy expresiva de los métodos para practicar exorcismos y para enfrentarse a una bruja y sus dos ayudantes

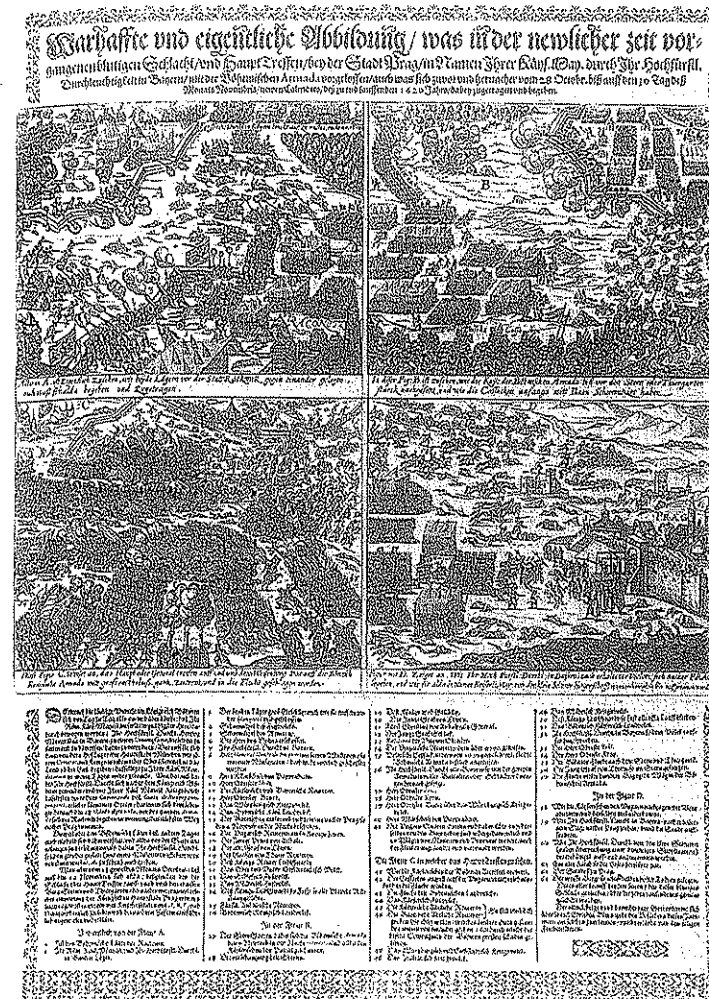
y los protestantes la abandonaron para formar la Unión Protestante; al año siguiente se creaba la Liga Católica, dirigida por Maximiliano de Baviera, ex alumno de los jesuitas. A partir de ese momento, la implicación de estas dos fuerzas religioso-militares transformaría las disputas locales en conflictos más amplios, algo que puso de manifiesto la guerra de sucesión de Cleves-Jülich (1609-14), a propósito de una herencia en disputa; cuando los «príncipes pretendientes» se enfrentaron, uno de ellos consiguió el apoyo de la Liga Católica, mientras que el otro, Juan Segismundo de

Brandeburgo, se convirtió al calvinismo en 1613 y obtuvo el respaldo del Palatinado, los Países Bajos e Inglaterra.

La fecha que tradicionalmente marca el estallido de la guerra de los Treinta Años propiamente dicha corresponde a la de un episodio conocido como la «defenestración de Praga», (imitación deliberada de la defenestración que dio inicio a la rebelión husita dos siglos antes), ocurrido en mayo de 1618. La nobleza protestante bohemia había disfrutado de algunas libertades políticas y religiosas desde la concesión de la «Carta Forera» en 1609 por parte del emperador Habsburgo Rodolfo II, que necesitaba el apoyo de los aristócratas en su lucha contra su hermano Matías; este último sucedió a Rodolfo como emperador en 1612, pero no tuvo hijos, lo que ocasionó disputas por su sucesión. En 1617, el archiduque Fernando de Austria, un católico militante de educación jesuita, fue nombrado rey de Bohemia –posición que ambicionaba al permitirle obtener un voto electoral–, pero sus aspiraciones, enfrentadas a las pretensiones españolas, apuntaban en realidad al trono imperial. Bajo Fernando, los privilegios religiosos y políticos de la nobleza bohemia se vieron enérgicamente reducidos, y una importante reunión de protesta en Praga envió a sus delegados al palacio con una petición; los descontentos bohemios discutieron acaloradamente con los gobernadores delegados de Fernando, Martinitz y Slawata, y acabaron lanzándolos por la ventana (de aquí la «defenestración»), seguidos por su secretario (un relato católico de los hechos afirma que la virgen María intercedió para llevar suavemente a Martinitz hasta el suelo sobre su manto, salvándolo de «todo mal a pesar de su corpulencia»; la versión protestante, más mundana, afirma que la caída fue mitigada por el aterrizaje en un montón de estiércol). Acto seguido, los estados bohemios pidieron a todos los protestantes que apoyaran su

causa, dando así comienzo al primer conflicto de la guerra, la revuelta en Bohemia; en su ayuda vino el elector palatino, el calvinista Federico V (yerno del rey Jacobo I de Inglaterra), al que los estados bohemios eligieron como rey: conocido como el «rey de invierno», sólo duró una estación. Fernando, que había sido debidamente elegido emperador en 1619, reunió una poderosa coalición católica que incluía a Maximiliano de Baviera, España y Polonia; el general Tilly, jefe militar de la Liga Católica, infligió en 1620 una derrota decisiva a los protestantes en la batalla de la Montaña Blanca (al oeste de Praga), y Federico tuvo que huir. Los rebeldes bohemios protestantes vieron sus estados confiscados, y muchos de ellos perdieron no sólo sus posesiones sino también la vida; además de establecer una nobleza en gran medida nueva y leal a los Habsburgo, se trató asimismo de reconvertir a algunos nobles, y se realizaron improbables esfuerzos por volver a catolizar Bohemia (en las décadas posteriores, el protestantismo pasó a la clandestinidad, consiguiendo muchos conversos secretos entre el campesinado, que sería a su vez el objetivo de intensas campañas jesuitas a finales del siglo XVII y principios del XVIII).

Los enfrentamientos de lo que, por aquel entonces, se había convertido ya en una guerra civil alemana se desplazaron hacia el norte por medio de la guerra del Palatinado y la de la Baja Sajonia, llegando hasta el Báltico. A través de una serie de éxitos militares de los católicos, hacia 1630 los Habsburgo austriacos habían conseguido controlar una amplia franja del territorio alemán, que se extendía prácticamente hasta las orillas del Báltico, y amenazaban con crear un estado unitario; el general bohemio Wallenstein, un oportunista, fue elevado al rango de príncipe del Imperio, concediéndosele el ducado de Mecklenburg y una



11. La batalla de la Montaña Blanca, 1620.

hermosa residencia en Praga como recompensa por sus impresionantes éxitos militares para la causa católica.

El emperador, cada vez más poderoso, pretendía modificar ahora la situación alemana y hacer retroceder la Reforma; así, con el edicto de Restitución de 1629, Fernando trató de contrarreformar una serie de arzobispados, obispados y ciudades que se habían convertido al protestantismo, además de restituir todas las propiedades e ingresos eclesiásticos confiscados desde 1552. Esta medida no sólo afectaba de forma radical al modelo de poder territorial, sino que constituía una transgresión de la constitución, al haber sido promulgada por el emperador sin consultar a la Dieta o a los príncipes; además, tenía garantizadas la cólera y la hostilidad en todo tipo de frentes, incluido el de los príncipes católicos que, al entrar con retraso en la lucha por los despojos, no tenían tanto que ganar como el emperador. Para entonces, los crecientes poderes de Fernando como emperador habían provocado incluso las suspicacias de los príncipes católicos, y entre ellos de su aliado más importante, el duque bávaro Maximiliano, cuya Liga Católica había permanecido de todas maneras independiente del control de los Habsburgo y que ahora solicitó una reducción en el tamaño del ejército imperial y la destitución de Wallenstein. En 1630 Fernando destituyó de hecho al general (de quien él también sospechaba), pero no modificó la ejecución del edicto de Restitución. Los temores de los príncipes católicos no desaparecieron, y comenzó a surgir una nueva alineación: el enfrentamiento entre católicos y protestantes fue sustituido por el que oponía a los príncipes territoriales a un emperador poderoso en exceso.

A partir de 1630, la internacionalización de los conflictos fue en aumento. Así, por ejemplo, el intento de Fernando de controlar toda Alemania se vio frustrado por la intervención

del rey sueco Gustavo Adolfo. En 1629, tras un enfrentamiento independiente entre Suecia y Polonia, Segismundo de Polonia se había visto obligado a firmar la paz con Gustavo Adolfo, y en 1630 el ejército sueco invadió Alemania: su gran preparación le permitió avanzar rápidamente precisamente en un momento en el que Wallenstein, uno de los generales más importantes de la facción católica, estaba fuera de servicio. Este hecho cambió la fortuna militar de los protestantes, coincidiendo con importantes desarrollos políticos internos que estaban debilitando el apoyo de los príncipes al emperador. Al mismo tiempo, el cardenal Richelieu, comprometido en una encarnizada disputa con la España de los Habsburgo en su lucha por la hegemonía territorial en Europa occidental, decidió apoyar a los príncipes alemanes —católicos o protestantes— enfrentados al emperador Habsburgo, a pesar de que Francia tampoco veía con buenos ojos la perspectiva potencial de un imperio sueco como vecino. Así, lo que hasta ese momento había sido una serie de conflictos locales alemanes, ganados por los Habsburgo, se convirtió en una conflagración más amplia en la que se vieron también implicadas Suecia, Francia y España. El avance del ejército sueco trajo consigo la firma de una serie de acuerdos, con frecuencia mutuamente contradictorios, entre los suecos, algunos príncipes alemanes y Francia, lo que complicó y enmarañó relaciones e intereses en mayor grado incluso que en la fase anterior.

En 1631, el general católico Tilly destruyó salvajemente la ciudad de Magdeburgo, pero el ejército sueco, ayudado por Juan Jorge de Sajonia, derrotó a Tilly cerca de Leipzig. Gustavo Adolfo se dirigió entonces hacia el sur, dejando atrás Würzburg, Francfort y Maguncia, mientras Richelieu reforzaba los intereses franceses a lo largo del Rin. La arrolladora marcha del rey protestante Gustavo

Adolfo le hizo adquirir a los ojos de los príncipes alemanes «diberos» un aspecto tan amenazador y poderoso como el del emperador católico Fernando, y surgió entre ellos el temor de que Alemania fuera incorporada a un imperio sueco ampliado. En 1632, Fernando volvió a llamar a Wallenstein, y Tilly trató de frenar el avance sueco en Baviera, pero fue herido mortalmente; Wallenstein consiguió desviar el ejército sueco hacia el norte e intentó romper la alianza de Sajonia con los suecos. El mismo Gustavo Adolfo murió en la batalla de Lützen, cerca de Leipzig, en noviembre de 1632, y su puesto fue ocupado por el canciller sueco Axel Oxenstierna, al dejar como única heredera a una hija de seis años. En la convención de Heilbronn, de 1633, los miembros protestantes de cuatro círculos del sur de Alemania se aliaron con Suecia; mientras tanto, Wallenstein empezó a actuar por cuenta propia, disponiendo además de los medios militares para ello, por lo que en Viena empezaron a conspirar para deponerle: en 1634, tras una serie de conjuras, defecciones y desertiones, Wallenstein era asesinado.

La batalla de Nördlingen, disputada en septiembre de 1634, supuso una catástrofe para los suecos y una gran victoria para el ejército español al mando del gobernador de los Países Bajos españoles, hermano de Felipe IV de España, lo que provocó un nuevo cambio en el equilibrio internacional de poder. Con el tratado de Praga de 1635 se selló la paz entre Sajonia y el emperador, y durante un tiempo se pudo pensar en el resurgimiento de la fortuna de Fernando II; muchos príncipes alemanes aceptaron finalmente un acuerdo con el emperador, y la guerra alemana como tal empezó a agotarse. Dado que Francia ya no podía actuar con efectividad a través del apoyo a los príncipes alemanes, tuvo que intervenir formalmente, y en mayo de 1635 Francia lanzó una

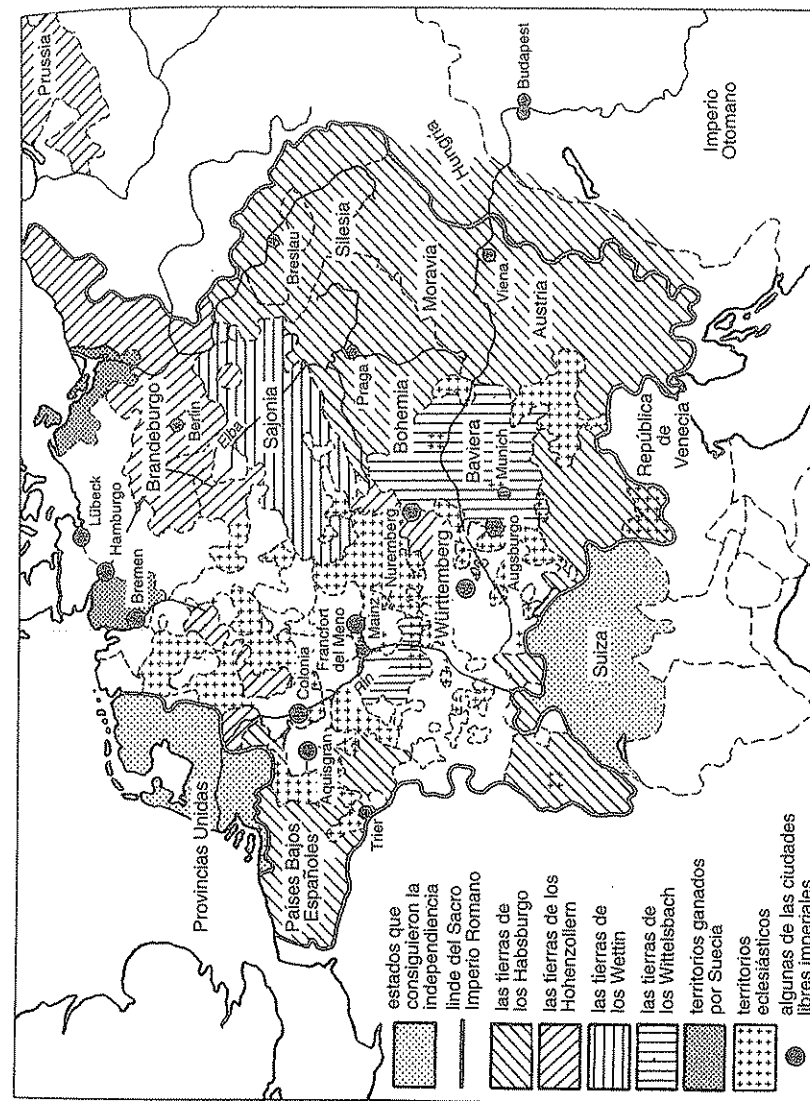
declaración oficial de guerra contra España. Francia, España y Suecia siguieron luchando, a pesar de los acuerdos restringidos firmados de forma individual dentro del Imperio entre algunos príncipes alemanes y el emperador; ninguna de las potencias tenía ahora la fuerza suficiente para conseguir resultados rápidos y decisivos, y los príncipes empezaron a formar alianzas independientes con los franceses y los suecos, aislando al emperador: de hecho, el Imperio había dejado ya de actuar como un todo en lo relativo a la política exterior. Tanto Brandeburgo como Sajonia abandonaron al emperador para sellar sus propias treguas con Suecia, mientras que Baviera suscribió todo tipo de compromisos en un intento desesperado por impedir que los ejércitos siguieran arrasando el territorio bávaro. La complejidad misma de la situación, unida a la falta de frentes y problemas claramente delimitados, fue una de las razones de la interminable prolongación de las guerras y luchas. Finalmente, en medio de un clima general dominado por los saqueos, el colapso de los recursos y la creación de tierras yermas, en 1648 se alcanzó, con la paz de Westfalia, una resolución general de los conflictos europeos; pero, aún después de la firma, fueron necesarios varios años de reñidos esfuerzos para poner en práctica el tratado, y tanto en el campo católico como en el protestante, reunidos respectivamente en Münster y Osnabrück, surgieron disputas.

El tratado de Westfalia y los efectos de la guerra

El tratado de Westfalia representaba un compromiso para resolver dos conflictos distintos dentro del Imperio: el que enfrentaba a protestantes (de todas las creencias) y católicos, y el existente

entre las ambiciones del emperador y los poderes de los príncipes del Imperio. Con él también se pretendía alcanzar un equilibrio de poder entre los estados europeos, pero, aunque la situación en Alemania se tranquilizó bastante, no cesaron las hostilidades entre Francia y España; además, en él se nombraba a Francia y Suecia como garantes de la constitución imperial, sentando así las bases para una intervención posterior. No obstante, el tratado de Westfalia supuso un punto de referencia para el derecho público y la vida política del Imperio, y se mantuvo como su constitución básica hasta la abolición del Imperio, en 1806.

Los tratados de Münster y Osnabrück que integraban la paz de Westfalia incluían toda una serie de disposiciones. Por ellas se cedían algunas partes de Alsacia a Francia, aunque conservando cierta conexión con el Imperio, en una relación ambigua y compleja capaz de desconcertar incluso al cardenal Mazarino de Francia y garantía de futuros conflictos entre Alemania y Francia; el ducado de Lorena fue aun menos afortunado, ya que su situación no se determinó en ese momento y siguió siendo objeto de luchas durante varios años. Suecia consiguió importantes resultados en el norte de Alemania, incluida la Pomerania occidental (la oriental fue para Brandeburgo), aunque el aumento del poder sueco en esta zona supuso la continuación de los enfrentamientos con Rusia y Polonia; las posesiones suecas seguían siendo feudos del Imperio, pero la Suecia debilitada de finales del siglo XVII fue incapaz de sacar más provecho a su posición en Alemania. Tanto Brandeburgo como Sajonia y Mecklenberg ganaron territorios, destacando sobre todo el ascenso de Brandeburgo al rango de potencia a tener en cuenta, como resultado de los deseos franceses de controlar a Suecia y a Austria por medio de una «tercera fuerza» en el norte de Alemania. Suiza y los Países Bajos aparecían mencionados en el tratado, pero



Mapa 4. Alemania tras el tratado de Westfalia, 1648

excluidos del Imperio, lo que clarificaba su situación anterior, algo ambigua, y en enero de 1648 España reconoció finalmente la independencia legal de los Países Bajos Unidos.

Las «restituciones» se basaron, con algunas excepciones, en el *statu quo* de 1618, aunque en los territorios hereditarios de los Habsburgo la situación fue diferente, ya que aquí la nueva nobleza católica que había sido implantada en Bohemia tras la batalla de la Montaña Blanca conservó su posición. La «reserva eclesiástica» se extendió a los obispados protestantes, y para el derecho a la práctica de la religión se tomó como año «normal» 1624, incluyéndose ahora a los calvinistas pero no a las sectas. Muchos de los estados alemanes occidentales y meridionales concedieron un grado limitado de tolerancia a las minorías religiosas, pero en Austria se impuso la uniformidad religiosa y las posesiones austríacas de los Habsburgo adquirieron, como resultado de la obligatoriedad del catolicismo y del firme gobierno de Viena, una mayor unidad y consolidación. Las fronteras religiosas creadas por el tratado de Westfalia se mantuvieron en esencia hasta las convulsiones demográficas desatadas por la Segunda Guerra Mundial.

El tratado de Westfalia significó un avance de la secularización, en el sentido de la separación entre religión y política. Durante los conflictos, había quedado claramente demostrado que los intereses políticos y los religiosos no siempre coincidían perfectamente: en ocasiones, era mayor la preocupación de los estados territoriales y los príncipes por resistir a las ambiciones imperiales que por seguir un alineamiento confesional estricto, y en las disputas europeas posteriores, el problema del equilibrio de poder llegaría a tener más importancia que la estructura confesional de los aliados o enemigos potenciales (en cualquier caso, a los mercenarios no

les preocupaba por quién luchaban, siempre que les pagaran, y a los campesinos les daba igual de quién fuera el ejército que les arruinaba las cosechas, quemaba sus casas, y violaba a las mujeres del pueblo). 1648 marcó también, en un sentido más amplio, el final de la era del confesionalismo; una serie de procesos de centralización y burocratización del gobierno, dentro de los mismos estados, contribuyeron asimismo a reducir en parte la importancia que anteriormente había tenido la autodefinición religioso-cultural.

Los gobernantes territoriales aumentaron de forma significativa su poder y sus derechos, entre los que se contaba el derecho a formar alianzas individuales y el de llevar a cabo una política exterior independiente del Imperio (sujeta a la absurda restricción de que tales alianzas no debían ir contra el emperador): más que una soberanía teórica total, lo que realmente consiguieron fue el poder supremo (*Landeshoheit*) dentro de su territorio, así como un poder colectivo en la Dieta para determinar ciertos temas (defensa, leyes, impuestos) sin la intervención imperial. Algunos territorios, especialmente de tamaño medio, ganaron en poder: así, Baviera consiguió un voto electoral (dando una clara mayoría católica al colegio electoral), además de obtener el territorio del Alto Palatinado, lo que demuestra su ascenso en posición y responsabilidad a finales del siglo XVII. El proceso seguido por Brandeburgo y Sajonia fue similar al de Baviera. La guerra de los Treinta Años había asegurado a los Habsburgo el control de Bohemia, y una Austria reforzada se pudo beneficiar de su riqueza y recursos, pero, en el contexto de otros estados que habían aumentado y consolidado políticamente sus dominios, la autoridad de los Habsburgo como emperadores alemanes se debilitó.

¿Cuáles fueron los efectos de la guerra sobre la economía y la sociedad alemanas? Al finalizar los conflictos, surgió rápidamente un poderoso mito sobre la desolación, muerte y destrucción que estos habían provocado, y la carencia de datos fiables y completos dificulta la confección de un cuadro completo, pero algunos puntos sí están claros. El impacto de la guerra fue muy variable, dependiendo tanto del momento como del lugar; algunos territorios sufrieron mucho más que otros, y áreas diferentes se vieron afectadas en épocas distintas. Las medias no nos proporcionan tanta información como el análisis de los «puntos negros», distribuidos aproximadamente en una banda que va de suroeste a noreste, pero, aun tomando estas precauciones, los historiadores no consiguen ponerse de acuerdo sobre cifras precisas. Los cálculos de H. S. Steinberg, según los cuales el único cambio que se produjo, caso de haberlo, fue un ligero aumento en la población alemana, que habría pasado de 15-17 millones en 1600 a 16-18 millones en 1650, han sido generalmente desestimados, pero existen todavía polémicas sobre la magnitud del descenso. Geoffrey Parker sugiere que la población del Sacro Imperio Romano disminuyó en un 20 por ciento, de 20 millones en 1618 a 16-17 millones en 1648, mientras que Rudolf Vierhaus propone una caída de 15-16 millones a 10 millones; pero si se consideran áreas concretas, la destrucción puede haber alcanzado una escala mucho mayor, y es posible que las zonas más afectadas perdieran más de dos tercios de su población: así, por ejemplo, Württemberg tenía en 1622 aproximadamente 445.000 habitantes, que se redujeron a 415.000 en 1634, pero en los cinco años siguientes esta cifra disminuyó en más de dos tercios, quedando en 1639 sólo 97.000. Algunas regiones de Alemania perdieron entre uno y dos tercios de su población, mientras que otros territorios salieron prácticamente indemnes.



12. La guerra representada como una bestia que asuela Alemania; un ejemplo de la crítica generalizada hacia la guerra como tal.

Tampoco existe coincidencia sobre las causas del descenso. El mayor número de muertes se debió sin duda a las plagas (el tifus, la peste, las enfermedades venéreas), propagadas con frecuencia por los ejércitos en movimiento, mientras que la desnutrición y la disminución de las defensas aumentaban las probabilidades de que enfermedades comunes, como la gripe, resultaran fatales. También se produjeron importantes movimientos de migración interna y de redistribución de población, ya que, por ejemplo, los habitantes de los pueblos huían de forma periódica a las ciudades para refugiarse: las pérdidas en la población rural se han calculado en un 40-50 por ciento, comparadas con el 20-30 por ciento de la urbana. No se deben despreciar tampoco los efectos de la guerra en la interrupción de la producción agrícola: tanto la destrucción de instalaciones y ganado, como los saqueos de las tropas no pagadas para mantenerse, y la utilización de la política de «tierras quemadas» para impedir que el ejército enemigo se alimentara del campo, causaron daños inmediatos a una economía de subsistencia ya frágil.

La evaluación del impacto económico global de la guerra se complica por el hecho de tener que distinguir entre los efectos directos de la guerra y la presencia de tendencias a más largo plazo. La decadencia de algunas ciudades alemanas —como por ejemplo Rostock, Stralsund y Wismar, pertenecientes a la Liga Hanseática— había comenzado ya a finales del siglo XVI, como resultado de la reorientación del comercio hacia el Atlántico, y otras localidades sufrieron durante la primera mitad del siglo XVII altibajos en su suerte, no siempre directamente relacionados con el curso de la guerra. Todo el país estaba experimentando una redistribución económica interna, cuyo resultado fue la prosperidad de la Alemania noroccidental, y sobre todo Hamburgo, mientras el resto

decaía. La despoblación rural del este puede haberse debido en parte a la ya existente política junker de desahuciar campesinos y crear grandes propiedades, pero, frente a todas estas precauciones (muy necesarias), no hay que olvidar que ciudades como Magdeburgo sufrieron una destrucción radical y auténticas masacres (se amontonaba a mujeres y niños en iglesias a las que a continuación se prendía fuego), y que las pérdidas de ganado, la interrupción de las rutinas agrícolas habituales, la huida repetida de los campesinos de sus tierras hacia la seguridad urbana, así como los saqueos de los soldados, no facilitaron precisamente la producción agrícola. Heberle, el zapatero de un pueblo, relata en su diario cómo tuvo que huir por lo menos en treinta ocasiones diferentes de su casa a Ulm; también documenta en desalentador detalle la muerte de dos de sus hijos (incluido uno de cuatro semanas), su madrastra y tres hermanas, todas ellas ocurridas en los tres meses comprendidos entre el 19 de septiembre y el 18 de diciembre de 1634. Todo aquel nacido después de 1600 experimentó en propia carne los trastornos de la guerra, y las medias de ordenador de los historiadores del siglo XX no deberían hacernos perder de vista la escala e intensidad de las tragedias personales, así como la pérdida de seguridad y estabilidad de cientos de miles de seres; incluso el historiador más revisionista que intentara refutar el «mito de muerte y destrucción» tendría que admitir que, en un periodo en el que Inglaterra desarrollaba su poderío comercial, y tanto su población como la de Gales crecían rápidamente (su número total de habitantes se triplicó entre 1450 y 1750, centrándose el proceso en el periodo comprendido entre 1550 y 1650), la economía y la población de Alemania estaban, en el mejor de los casos, estancadas y, más probablemente, seriamente afectadas (de acuerdo con algunos historiadores, la población alemana tardó, a

partir de 1648, casi un siglo en recuperar los niveles anteriores a 1618). En un proceso iniciado ya a finales del siglo XVI, pero que se vio facilitado y consolidado por los efectos perjudiciales de treinta años de luchas sobre suelo alemán, Alemania estaba pasando a ser una nación económicamente atrasada.

Retrospectivamente, la «alta cultura» no parece en cambio haber sufrido demasiado: se pueden encontrar abundantes muestras de obras importantes en arte y arquitectura, la poesía lírica, las novelas (como por ejemplo el *Simplicissimus* de Grimmelshausen), el teatro barroco, la música (sobre todo la de Schutz), la ópera y el ballet, así como descubrimientos en las ciencias naturales o en la teoría política y legal. En esta época aparecen ya indicios claros de tendencias que más adelante pasarían a un primer plano, como la difusión de la alfabetización, la producción de libros y periódicos, la formación de sociedades literarias y científicas e incluso la admiración por las modas francesas en la «A-la-Mode-Wesen», pero resulta más difícil reconstruir los modelos de la cultura popular, en proceso de cambio. Los datos que nos han dejado las élites –aquellos que pretendían imponer el control social– muestran una tendencia a lamentarse de la decadencia de la moral, el aumento del alcoholismo, la ilegitimidad y la irreligiosidad, y describen a las masas, en palabras de un contemporáneo, como prácticamente incapaces de «distinguir entre Dios y el diablo», sentimientos que darían lugar, en la religión de finales del siglo XVIII, a numerosos impulsos reformistas y proselitistas; pero todas las generaciones tienden a quejarse de un supuesto descenso en los niveles morales desde «los buenos tiempos pasados». Parece ser que también existían diferencias cada vez mayores entre lo que pensaban las clases más educadas y lo que pensaba el pueblo: así, por ejemplo, las cazas de brujas empezaron a disminuir a finales del siglo XVII,



13. Panfleto que ilustra la pasión del momento por la moda francesa en el «A-la-Mode-Kampf» de 1630.



Die Cramppe wil mit haer gefel noch lustich wden.
 Elker Enel en Keck bloudt den ed. in Dorn en Seden.

Alto en een Dier dat en een dier maer i v. geen dier.
 Voor Baren en Ten. en Kan en Glas. u i arren luyt.

Reisende Spielleute
 (Fahrendes Volk).

Nach N. Matham gesto-
 chen von Et. Jéz. Wischer.

14. Gráfica representación de unos «viajeros», personas desarraigadas y mutiladas, sin un medio de vida estable, características de la trastornada sociedad de Europa hacia 1650.

cuando los jueces perdieron la confianza en su capacidad para identificarlas, pero la mayoría de la gente sin educación siguió creyendo en la existencia y los poderes de las brujas. Este proceso de diferenciación cultural, evidente en cuestiones tan íntimas como los umbrales de vergüenza y turbación, se agudizaría en la generación siguiente con el desarrollo de la «cultura cortesana».

Pero, aun teniendo siempre en cuenta las salvedades necesarias, no se puede negar que la guerra de los Treinta Años representó un momento decisivo en la historia alemana. Su curso y su conclusión confirmaron y cristalizaron la fragmentación territorial de la política alemana, y marcaron una etapa más en la descentralización del Sacro Imperio Romano; sus efectos sobre la economía y la sociedad alemanas no sólo consolidaron el eclipse parcial de esta nación del centro del desarrollo económico europeo, sino que sentaron las bases para el aumento del poder de los príncipes, a costa de los estados y ciudades, que se produciría en el siglo siguiente. La Alemania que surgió en la era del absolutismo no era la de los aristócratas independientes o los burgueses orgullosos, sino una compuesta por principados de tamaño pequeño y medio, noblezas cortesanas y burocracias; y, a pesar de todas las excepciones que se pueden encontrar, la cultura alemana experimentó una pérdida general de confianza en sí misma, unida a un sentimiento de necesaria renovación tras todas las generaciones de sufrimientos e inestabilidad.

La era del absolutismo, 1648-1815

Los territorios alemanes surgieron en cierto modo reforzados de la Guerra de los Treinta Años, por lo menos con respecto a su posición política en relación con el Imperio: no había duda de que, aunque oficialmente todavía no poseían la soberanía total, eran los gobernantes territoriales, y no el sacro emperador romano, los principales actores políticos. En el periodo comprendido entre 1650 y la abolición del Sacro Imperio Romano bajo el gobierno napoleónico en 1806, existió en las tierras alemanas un modelo característico de pluralidad política; el Sacro Imperio Romano dejó de ser un vehículo político activo o la base potencial para el desarrollo de un estado centralizado, pero, por otra parte, el mantenimiento de sus funciones jurídicas y su protección política, más bien pasiva, permitió la supervivencia de muchas unidades pequeñas, fragmentos que, sin este contexto más amplio, habrían sido fácilmente absorbidos por vecinos más grandes. Este era el modelo alemán de «pequeños principados» o *Kleinstaaterei* que ha llevado a algunos observadores a, considerando el Imperio como un todo, ver en Alemania un lugar insignificante, atrasado, pequeño y provinciano comparado con los estados europeos occidentales, cada vez más poderosos, de finales del siglo XVII y principios del XVIII (sobre todo por supuesto Inglaterra y Francia). Pero esta fórmula general de descentralización imperial era sin embargo compatible con un grado relativamente elevado de centralización del poder a nivel territorial: así, los gobernantes



15. La Dieta del Sacro Imperio Romano en Ratisbona, 1635. A partir de 1663, la Dieta dejó de ser un organismo convocado periódicamente por el emperador, y se convirtió en un consejo permanente de embajadores reunidos en Ratisbona.

individuales dentro de los estados pequeños trataban de conseguir más poder a expensas de sus subordinados, y tenían como objetivo gobernar sin consultar a parlamentos o estados, los representantes del pueblo (o por lo menos de una parte). En la llamada «era del absolutismo», muchos gobernantes intentaron, con mayor o menor éxito, conseguir mayor poder para sí mismos, mantener ejércitos permanentes y crear burocracias leales, capaces de cobrar impuestos para pagar al ejército y de administrar el territorio de un modo rentable. Este modelo político llevaba asociados cambios en la configuración sociopolítica interior de los territorios: los nobles feudales independientes se convirtieron en aristócratas orientados a la corte, y los orgullosos burgueses en burócratas dependientes, haciéndose hincapié en los hábitos de obediencia y servilismo de los —más que ciudadanos— súbditos. Al igual que en otros casos, muchos observadores han apreciado en estos desarrollos consecuencias a largo plazo para la cultura política alemana.

Pero todas las generalizaciones son peligrosas. Durante el periodo comprendido entre el final de la guerra de los Treinta Años y la época de las guerras napoleónicas, tras la Revolución Francesa, Alemania no fue en absoluto, política, social o culturalmente, un país atrasado y paralizado. De importancia crucial a largo plazo fue el ascenso en estos años de Brandeburgo-Prusia, que se convertiría en las décadas centrales del siglo XVIII en un poderoso contrincante de Austria y su predominio y, tras excluirla, acabaría por arrancar de sus manos en ese mismo siglo el control de la unificación de la «pequeña Alemania». La influencia cultural de esta era se prolongaría en los siglos posteriores, ya que en ella se alcanzaron grandes logros en música, literatura y filosofía, desarrollándose al mismo tiempo un público culto y capaz de expresar sus pensamientos. Incluso en la famosa separación de las esferas

del «poder» y el «espíritu» (*Macht y Geist*), el cuadro no era tan sencillo como las fáciles generalizaciones sobre el «alemán apolítico» nos harían creer. La variante alemana propia de la Ilustración, el *Aufklärung*, aun tendiendo a apoyar, y no criticar, el papel de los gobernantes terrenos, se vio al mismo tiempo implicada con frecuencia en los procesos de gobierno secular, con resultados bastante progresistas, tal como da a entender el término «absolutismo ilustrado».

Si bien el impacto de la Revolución Francesa en Alemania, a través de las guerras de expansión napoleónicas, fue bastante profundo, no se limitó a catalizar la rápida transición de una Alemania letárgica hacia el mundo moderno del siglo XIX: existía ya un dinamismo en la Alemania del siglo XVIII que no debe ignorarse simplemente porque el modelo sea tan diferente del de otros estados europeos o porque se contemple, anacrónicamente, bajo el supuesto de que el estado nación unificado es el fin último de la historia. Los cambios experimentados a finales del siglo XVIII y principios del XIX fueron en gran medida desarrollos autóctonos, desviados y metamorfoseados por el impacto múltiple de la invasión y ocupación francesas.

El absolutismo y la ascensión de Prusia

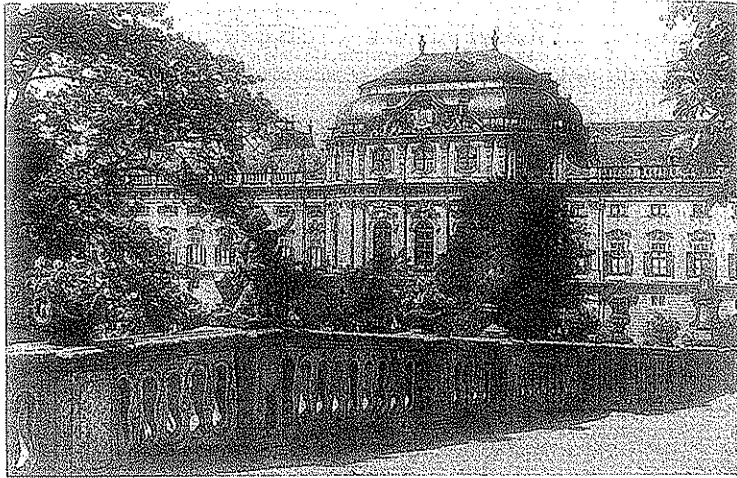
El tratado de Westfalia firmado en 1648 no supuso en modo alguno el final del periodo de luchas por el que atravesaron las tierras alemanas en el siglo XVII: tanto en la segunda mitad del siglo como en el XVIII, guerras de uno u otro tipo siguieron asolando el territorio alemán. Estos conflictos se fueron independizando del Imperio como tal: los territorios estrechaban alianzas o tenían

disputas individuales con estados no pertenecientes al Imperio, enfrentándose en ocasiones a otros territorios del Imperio o al mismo emperador. Aunque la religión siguió figurando en los conflictos políticos intraterritoriales, su importancia decreció en los interterritoriales; gran relevancia tuvieron en cambio las guerras de sucesión, que implicaron a muchas familias aristocráticas alemanas y sus redes de conexiones dinásticas a nivel europeo. En los territorios surgieron determinados modelos concretos de gobierno, relacionados en parte con las consecuencias económicas, sociales y culturales, así como más puramente políticas, de la guerra de los Treinta Años y las luchas posteriores: algunos gobernantes utilizaron sobre todo el argumento de la necesidad de un ejército permanente —y de los medios para financiarlo— para afrontar un estado de guerra más o menos continuo, y bajo determinadas circunstancias consiguieron llevar a cabo ciertos cambios políticos dirigidos a centralizar sus poderes.

Para mantener un ejército permanente, un gobernante necesitaba dinero, y por lo tanto un modo eficaz de recaudar impuestos. Si los parlamentos no estaban dispuestos a conceder y recaudar los impuestos necesarios, era posible evitarlos desarrollando administraciones con cuerpos de oficiales directamente responsables ante el gobernante. Resulta curioso que, si bien este proceso aumentó por lo general los poderes de los dirigentes, al disminuir su dependencia financiera del gobierno compartido con los estados, también fomentó el nacimiento de formas de gobierno más impersonales en manos de burócratas profesionales que, a través de su experiencia, podían no sólo influir en la desarrollo de políticas sino también garantizar la continuidad a través de los cambios de régimen. El proceso de separación entre el concepto de Estado impersonal y el patrimonio personal del gobernante estaba en sus

albores, pero el aumento del poder de los gobernantes —o por lo menos el incremento en sus aspiraciones y su poder simbólico— tuvo por lo general como eje el desarrollo de una nueva cultura cortesana: la «era del absolutismo» fue también la gran era de las cortes europeas.

En los territorios alemanes surgidos del tratado de Westfalia existía por supuesto una gran diversidad de tamaños y características. La Austria de los Habsburgo, con su gran número de comarcas dinásticas no alemanas, además de sus posesiones e intereses dentro del Imperio, mantenía una gran corte en Viena; otros estados alemanes, como la protestante Sajonia, con su espléndida capital en Dresde, o la católica Baviera, con su igualmente espléndida capital en Munich, podían también sostener cortes considerables, mientras que los territorios eclesiásticos más importantes, como por ejemplo los grandes principados de Maguncia o Würzburg, intentaban asimismo expresar y poner de manifiesto, al igual que otros estados más pequeños, su reciente ascenso en la escala social. A finales del siglo XVII y principios del XVIII se construyeron numerosos palacios principescos con jardines elaborados y meticulosamente diseñados, inspirados con frecuencia en el famoso palacio de Versalles de Luis XIV; se trajo a artistas y arquitectos extranjeros, sobre todo franceses e italianos, para proyectar y edificar marcos apropiados para los rituales y dramas de la vida cortesana, e incluso los gobernantes de territorios diminutos trataron de emular a las grandes cortes: en todas ellas se representaban óperas, teatro, bailes de máscaras y ballets, contratándose para ello a músicos e intérpretes italianos y de otras nacionalidades, además de una gran variedad de personas para organizar todo tipo de actividades, desde cacerías hasta carreras de trineos. Los aristócratas se dedicaban a intrigar, buscando influencias en las altas esferas, mientras los



16. La residencia Würzburg, diseñada por Balthasar Neumann y edificada en su mayor parte entre 1720 y 1744.

plebeyos aspirantes a nobles intentaban congraciarse con la corte y acordar matrimonios provechosos para sus hijas; de esta época data la aparición del concepto de «conducta cortesana» (*Höflichkeit*) como ideal de comportamiento correcto en la corte (*Hof*), lo que aumentó el abismo existente entre los modales y el estilo de vida de las élites selectas y los de las masas del pueblo. A finales del siglo XVII y principios del XVIII se puso de moda adoptar modales y frases francesas, al considerarse el idioma francés superior al alemán, y crecieron las diferencias entre los distintos grupos sociales, como resulta por ejemplo evidente en las múltiples *Kleiderordnungen*, unos reglamentos que estipulaban con detalle la vestimenta apropiada para cada nivel de la jerarquía social.

El aumento en importancia de príncipes y cortes iba unido

a ciertas tendencias socioeconómicas, fomentadas en parte por la guerra de los Treinta Años. Si bien es cierto que algunas ciudades habían comenzado su decadencia ya a finales del siglo XVI, y otras mejoraron de hecho su posición en la primera mitad del siglo XVII, en general la vida urbana a finales del siglo XVII era menos próspera que un siglo antes (con algunas notables excepciones, como por ejemplo Hamburgo). El centro de gravedad del comercio europeo se había trasladado hacia el oeste, a la costa atlántica, y muchas ciudades alemanas habían dejado de ser los florecientes núcleos comerciales de vida burguesa de principios del siglo XVI, llenos de confianza en sí mismos. A finales del siglo XVII, los príncipes encontraron menos obstáculos para limitar la autonomía y autogobierno de las ciudades incluidas en sus territorios (aunque no de las ciudades libres), mientras que algunas fueron transformadas en, o fundadas de nuevo como, residencias principescas, centros de gobierno y administración y no de comercio e industria. De igual manera, los estragos de la lucha continua habían reducido de tal manera en muchas zonas, la situación económica de los terratenientes de la nobleza que éstos se vieron obligados a aumentar su dependencia del apoyo y protección de los gobernantes: esto facilitó, por lo tanto, la transformación de los aristócratas en servidores del incipiente estado absolutista.

El caso más claro de desarrollo del absolutismo y del aumento de poder de los gobernantes en un estado cada vez más burocratizado —y el más significativo para el curso posterior de la historia alemana— es el de Brandeburgo-Prusia. Partiendo de unos comienzos poco prometedores —al estar Berlín, su capital, situada en la yerma tierra de lo que se conocía como el «arenal de Europa»—, este estado ascendió en pocas generaciones hasta convertirse en

uno de los principales poderes europeos. La dinastía Hohenzollern había nacido en Suabia y, a través de una serie de procesos fortuitos y una hábil política matrimonial, había adquirido a lo largo de los siglos un conjunto variopinto de territorios. En el siglo XVII, su centro principal era Brandeburgo, lo que otorgó a los gobernantes el título de «elector» del Sacro Imperio Romano, pero también controlaban el antiguo territorio colonial de los caballeros teutónicos en Prusia oriental, fuera del Sacro Imperio Romano, un factor muy importante cuando, en 1701, llegó la hora de conseguir el título de «rey», algo imposible para los gobernantes del interior del Imperio. Pero los territorios orientales también presentaban problemas, ya que sus sujetos, mayoritariamente eslavos, no hablaban alemán ni compartían las tradiciones culturales alemanas de raíces cristianas y romanas; los Hohenzollern poseían asimismo en las provincias renanas occidentales algunas zonas independientes desde el punto de vista cultural y económico. Por lo tanto, Brandeburgo-Prusia no representaba un estado «unitario» (como Inglaterra), sino más bien un estado «compuesto», formado por elementos muy diferentes con tradiciones culturales, estructuras socioeconómicas e instituciones políticas distintas. Las regiones occidentales, económicamente más prósperas, contrastaban con las provincias coloniales del este, caracterizadas por la relativa escasez de la vida urbana, una nobleza arruinada (conocidos como los Junker prusianos), la carencia de comercio e industria y la distancia de los principales centros comerciales y culturales de Europa. Los súbditos de este estado compuesto profesaban diferentes confesiones religiosas: los gobernantes calvinistas reconocían una iglesia luterana oficial, pero (este tema se tratará más tarde) a finales del siglo XVII y principios del XVIII existían poblaciones católicas en el oeste, además de

toda una serie de minorías religiosas más pequeñas, como por ejemplo los hugonotes franceses. Tampoco todos sus habitantes hablaban alemán, ya que en las provincias orientales predominaban las lenguas eslavas, como el polaco y el lituano. A partir de esta poco prometedor herencia, los gobernantes Hohenzollern de los siglos XVII y XVIII consiguieron forjar un poderoso estado centralizado que dominaría la política alemana hasta su supresión en las secuelas de la Segunda Guerra Mundial.

Hasta cierto punto, algunas desventajas aparentes constituían ventajas desde el punto de vista de la institución de un gobierno absolutista. Resultaba más fácil eliminar o cooptar ciudades débiles y nobles pobres, y la resistencia frente a la centralización del poder era menor. La dinastía Hohenzollern tuvo también suerte durante este periodo, al gozar de una sucesión ininterrumpida, y no disputada, de gobernantes masculinos y longevos: el «Gran Elector» Federico Guillermo (reinó de 1640 a 1688); el elector Federico III/rey Federico I (1688-1713, convirtiéndose en rey en 1701); el «rey soldado» Federico Guillermo I (reinó de 1713 a 1740), y «Federico el Grande», el rey Federico II (1740-86). Entre todos darían forma a, y después ejercitarían, un impresionante conjunto de poderes.

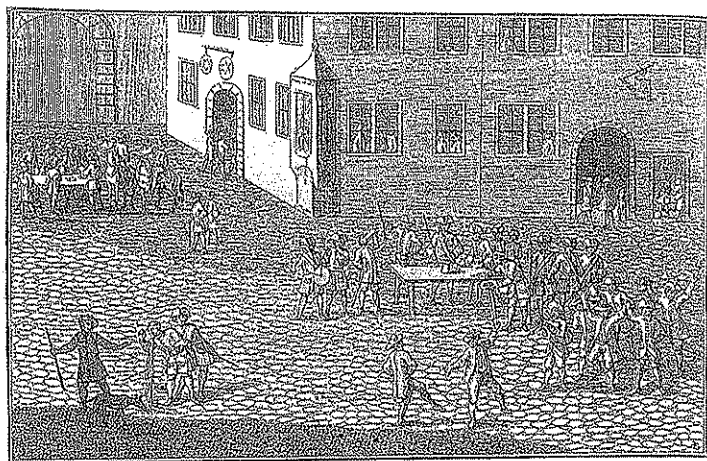
Fue el elector Federico Guillermo el que puso los cimientos del gobierno absolutista (aunque con toda seguridad él ni planeó ni previó los acontecimientos posteriores). En 1653, los estados de Brandeburgo le concedieron el dinero suficiente para mantener un pequeño ejército permanente incluso en tiempos de paz, como recompensa a su reconocimiento de las nuevas prerrogativas de los nobles en sus localidades: la confirmación de la condición de siervos (*leibeigen*) de los campesinos, y del derecho de los nobles a nombrar pastores eclesiásticos locales, además de vigilar

y adjudicar disputas en sus terrenos. Tras la guerra del Norte de 1655-60, se sentaron las bases de la burocracia que los sucesores del Gran Elector expandirían y mejorarían. En 1667 se modificó el sistema tributario, gravándose las ciudades con un impuesto indirecto al consumo y el campo con uno directo «contributorio»; esto de hecho suponía la separación de los intereses de los burgueses urbanos y la nobleza rural, dejando a los primeros sin aliados políticos, y a la vez proporcionaba al Elector una excusa para no convocar Dietas, permitiendo que se perdiera la representación de las ciudades. Hacia 1670 se acabó con el autogobierno de las ciudades, que se subordinaron a un grupo de oficiales nombrados por el Elector y responsables ante éste; al mismo tiempo, con la fundación del cuerpo de oficiales de élite del ejército, el Elector creó un grupo de prestigioso nivel social con el que atraer al servicio central del Estado a un conjunto de nobles, que se había mantenido bastante independiente hasta ese momento. La propia reputación del Elector mejoró tras la victoria prusiana contra los temibles suecos en la batalla de Fehrbellin, en 1675.

El sucesor de Federico Guillermo, el elector Federico III (rey Federico I), acrecentó de modo considerable los aspectos simbólicos del poder. Así, en 1701 Federico se coronó a sí mismo (literalmente, colocando la corona sobre su cabeza sin la ayuda de un clérigo) «Rey en Prusia» en Königsberg, situado fuera del Sacro Imperio Romano. Por supuesto, el título soberano no era válido con respecto a ninguno de los territorios del Imperio, pero el emperador tuvo que permitir la coronación fuera del Imperio en recompensa al apoyo de Federico a la política de los Habsburgo en la guerra de Sucesión española (esto también reflejaba la admiración por todo lo francés en esa época, incluida

la exaltación de la monarquía bajo Luis XIV; otros gobernantes alemanes consiguieron igualmente la condición de monarcas, como por ejemplo el elector sajón, que se convirtió en rey de Polonia en 1697, y el gobernante de Hannover, nombrado rey inglés en 1714). Federico I fomentó asimismo la cultura cortesana y levantó numerosos palacios principescos, en su mayoría bajo la dirección del arquitecto Andreas Schlüter (responsable además de una famosa estatua ecuestre del Gran Elector), pero no abandonó el ejército, que de hecho creció a principios del siglo XVIII gracias a los contingentes prusianos que lucharon en la guerra de Sucesión española.

El hijo de Federico I, el «rey soldado» Federico Guillermo I, despreciaba lo que consideraba la frivolidad y el lujo de la corte de su padre, por lo que dedicó su atención a reforzar el ejército y la burocracia. Este rey, un fanático en cuestiones militares, buscó hombres altos para sus tropas escogidas de «gigantes», y la hilaridad que esto solía provocar en sus contemporáneos le permitió crear un ejército de forma casi inadvertida. En 1733 se concluyó y uniformizó el sistema de cantones, por el que se organizaba a los campesinos para la formación y el servicio militares, alcanzándose un compromiso entre las necesidades de la agricultura y las del ejército y permitiendo a Brandeburgo-Prusia disponer de un ejército formidable y una reserva adiestrada sin los gastos que implicaba mantener un ejército permanente; entre la mitad y dos tercios de la nobleza —excepto en las provincias orientales— eran oficiales del ejército en activo o retirados. Al final del reinado de Federico Guillermo, en 1740, aproximadamente un 80 por ciento de los ingresos del Estado se empleaban en el ejército en tiempos de paz; a finales del siglo XVIII, circulaba una broma según la cual Prusia no era un país con un ejército, sino más bien



17. Reclutamiento de soldados a principios del siglo XVIII

un ejército con un país. Al mismo tiempo, Federico Guillermo I reorganizó y reforzó el aparato administrativo del Estado; el Comisariado General de Guerra y el Directorio General de Finanzas, ya existentes, se fusionaron en 1723 para dar lugar al Directorio General (o, si se prefiere su espléndido título completo, posible sólo en alemán, el *General-Ober-Finanz-Kriegs-und-Domänen-Direktorium*), extendido y pulido a su vez por Federico II, que incorporó ministerios especializados y cámaras provinciales. El Directorio General añadió una dimensión práctica a la unidad teórica del Estado, proclamada en 1713, cuando Federico Guillermo I declaró sus tierras indivisibles, en contraste con la aquiescencia del Gran Elector con el proceso de reparto de sus tierras a su muerte entre los diferentes herederos. En una época en la que los poderes de los terratenientes eran grandes y dudosa su fiabilidad como sirvientes

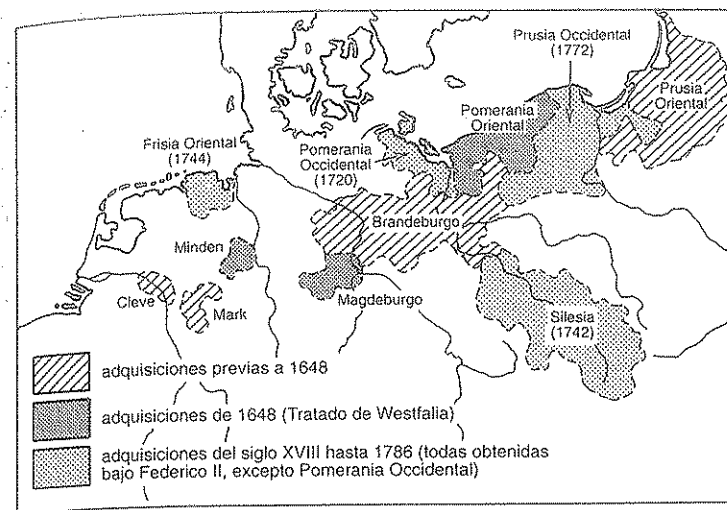
de la corona, tanto Federico Guillermo I como Federico II tomaron medidas para garantizar la lealtad de los funcionarios estatales. Federico Guillermo I dio gran importancia a la recompensa de los méritos, lo que permitió a los plebeyos adquirir la condición de nobles a través de sus contribuciones al Estado; también propuso unos salarios básicos bajos, con gratificaciones por buen servicio, y fue inflexible en lo relativo al nombramiento de nobles importantes como oficiales en sus localidades, donde podían apoyar bases locales de poder potencialmente centrífugas, enviándolos a servir al monarca a provincias alejadas de su hogar: esto acabó de hecho con el «derecho del nativo» (*Jus Indignatsrecht*), que tanto había preocupado al Gran Elector. Bajo Federico II, los junker siguieron gozando de considerable poder sobre sus estados, y pudieron, por ejemplo, frustrar los intentos de reforma agraria del rey; pero cargos como el de *Landrat* les permitían actuar de intermediarios entre la corona y la localidad, controlando la administración militar local. La autonomía del gobierno local urbano se vio efectivamente abolida con la introducción del cargo de *Steuerrat*.

No hay que exagerar, de todas maneras, la eficacia de esta organización burocrática y militar. Federico II tuvo que confiar en un segundo grupo de oficiales —una banda de espías reales— para controlar e informar sobre la conducta de los comisarios locales, y tuvo que dedicar asimismo una parte importante de su (nada despreciable) energía a largos y agotadores viajes a caballo por sus dominios: no se debe olvidar la longitud de los trayectos por caminos llenos de barro, ni tampoco las dificultades de las comunicaciones antes de la aparición de los medios modernos. Hay que tener siempre presentes los obstáculos que impedían la creación de formas impersonales de gobierno, cuando tanto dependía todavía de la persona del monarca: incluso en vida,

Federico II se convirtió en una especie de leyenda, y se le describía como un benévola figura paterna, un gobernante popular que no dudaría en detenerse durante sus viajes para hablar con los campesinos que sacaban patatas de la tierra. Pero quizá habría que señalar que estos últimos, los campesinos, no estaban en situación de ofrecer ningún tipo de resistencia firme a las exigencias y demandas del gobierno centralizado, dada su débil y sometida posición en el sistema de *Gutsherrschaft* (en el que los terratenientes nobles gozaban de considerable poder político y legal sobre sus campesinos no libres) predominante al este del río Elba.

Así, la combinación de unas ciudades relativamente débiles, una nobleza económicamente empobrecida y un campesinado oprimido y servil permitió a los sucesivos gobernantes de Brandeburgo-Prusia reorganizar la administración de sus posesiones, poco homogéneas y territorialmente dispersas, con una centralización progresiva del poder, pero para ello también utilizaron –sobre todo bajo Federico I y Federico Guillermo I– un movimiento religioso heterodoxo, el pietismo. Esta corriente (de la que se hablará más tarde) se fomentó hasta convertirse en una especie de religión de estado, llegando de hecho a desplazar a la arraigada ortodoxia luterana, que tendía a apoyar las bases de poder local de los nobles provincianos, de cuyo patrocinio dependían.

A pesar de esta evolución, los contemporáneos seguían sin tomar en serio la obsesión de Federico I por sus soldados gigantes, y en 1740 Prusia era todavía un país económicamente atrasado, cuyo poder no podía compararse con el de los principales estados europeos arraigados, como Francia, Inglaterra o Austria. Esto cambiaría drásticamente con el reinado de Federico II, que no dudó en utilizar su herencia militar y se lanzó a la política internacional de fuerza. En 1740, Prusia invadió la provincia Habsburgo de Silesia,



Mapa 5. El crecimiento de Brandeburgo-Prusia hasta 1786 (Danzig no entró a formar parte de Prusia hasta 1793)

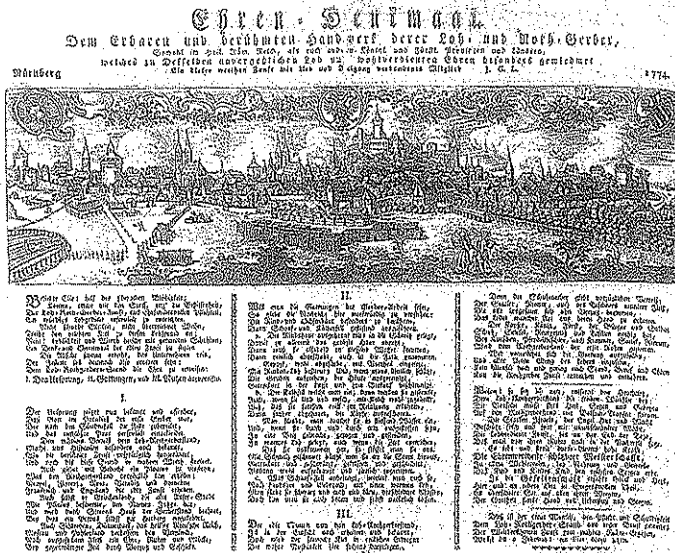
y surgió de la confusa guerra de Sucesión austriaca (1740–48) en posesión de este nuevo territorio; en la guerra de los Siete Años (1756–63), Federico II se vio forzado a defender lo que había ganado frente a una poderosa coalición formada por Austria, Francia y Rusia, dirigida desde Viena: al rechazar con éxito el ataque y salir de él afianzando su posesión de Silesia, Prusia demostró ser una potencia europea importante, equiparable a Austria por lo menos en Alemania. A partir de este momento, la rivalidad austro-prusiana se convirtió en un elemento fundamental de la política alemana, y de ella nació la era del «dualismo». Durante la segunda mitad del

reinado de Federico II, Prusia estuvo considerada como el estado continental más importante gracias a su formidable ejército, su eficiente administración y su dinámico rey, posición evidente en el papel de Prusia en la primera partición de Polonia: en efecto, Federico II fue el arquitecto de una apropiación tripartita de territorio perteneciente a la indefensa Polonia, en la que Prusia, Austria y Rusia consiguieron importantes zonas del país mientras Federico se hacía con la adquisición clave de la Prusia polaca (más tarde Prusia occidental), uniendo así el electorado de Brandeburgo con el alejado reino de Prusia oriental. Esta fue la conquista territorial crucial del reinado de Federico II, ya que con ella se creó una banda de territorio, dominado por los Hohenzollern, que se extendía por la zona central y septentrional de Alemania. No resultó tan sencillo alcanzar acuerdos con el Imperio, sobre todo en relación con algunas disputas sucesorias en el sur de Alemania. José II, emperador a partir de 1765, albergaba desde hacía tiempo aspiraciones con respecto a zonas del sur de Alemania, lo que incluía un plan para intercambiar los Países Bajos austríacos por toda Baviera; contra este proyecto, Federico II creó en 1785 la Liga de los Príncipes, en la que participaban el elector de Sajonia, el arzobispo de Maguncia y Jorge III de Inglaterra, en su condición de elector de Hannover. A finales del siglo XVIII, no había dudas sobre quiénes eran los dos contendientes al control de la política alemana: Prusia había crecido hasta convertirse en un poderoso rival para Austria. Pero hay que señalar sin embargo que, a estas alturas, no existía todavía la idea de una nación estado unificada: esto era un concepto del futuro, un fenómeno del siglo XIX.

La sorprendente ascensión de Prusia, y el hecho de que este periodo reciba el nombre de «era del absolutismo», no debería impedirnos ver la diversidad de tendencias en otros territorios

alemanes, en los que las condiciones variaban enormemente. Las zonas occidentales no sólo tenían más ciudades sino que, por regla general, éstas eran más prósperas, y en ellas el campesinado gozaba de mayor libertad, gracias al sistema de Grundherrschaft predominante al oeste del Elba. En áreas donde se dividía la herencia, repartiéndose las granjas entre varios hijos, muchos campesinos tenían que dedicarse a algún tipo de comercio o artesanía para complementar su producción agrícola: mientras que en algunas regiones las granjas eran grandes y prósperas —como demuestran las espléndidas casas solariegas todavía existentes—, en otras las parcelas de tierra apenas podían mantener unos cuantos cerdos y gallinas. Entre los aristócratas había desde nobles importantes hasta caballeros arruinados, prácticamente indiferenciables de los campesinos más acaudalados, y las tradiciones políticas presentaban igualmente una gran variedad: así, algunas ciudades libres, como la antigua ciudad hanseática de Hamburgo, conservaron las tradiciones oligárquicas en el gobierno urbano, y en ellas el Senado, conjuntamente con el Bürgerschaft y los consejos civiles, administraba los asuntos municipales a través de compromisos. Pequeños grupos de notables (*Honoratioren*) controlaban habitualmente el gobierno de las ciudades, pero también existían diferencias en el grado en que los gobernantes de principados distintos conseguían imponer su voluntad frente a la de las élites existentes, independientemente de que las instituciones representativas cayeran en desuso.

Se puede encontrar un ejemplo destacado de la diversidad en la Alemania del siglo XVIII en el ducado de Württemberg, en el que los estados consiguieron resistir, a finales del siglo XVII y principios del XVIII, los intentos de los duques de crear un ejército permanente y alcanzar la independencia financiera; Württemberg logró de forma



18. Nuremberg en 1774.

excepcional conservar una tradición parlamentaria en activo hasta la formación de la Alemania moderna en el siglo XIX, siendo por ello frecuentemente comparado con Inglaterra. Son varias las razones por las que los sucesivos gobernantes fracasaron en su intento de establecer un régimen absolutista en este ducado: por un lado, la nobleza había abandonado el ducado en 1514 (prefiriendo ser caballeros imperiales independientes), lo que había eliminado un estrato aristocrático de apoyo potencial para el gobernante, y por otro, se habían mezclado intereses urbanos y rurales, gracias a la existencia de un campesinado relativamente independiente

que combinaba las ocupaciones agrícolas con las artesanas y poseedor de una larga tradición de autonomía local, evidente en fenómenos tales como los tribunales locales. A diferencia de Brandeburgo-Prusia, Württemberg era un estado pequeño y compacto, con una única Dieta o estados en la que se sentaban juntos los representantes de la Iglesia, las ciudades y el campo; además, la gente se identificaba profundamente con la protección de las «buenas leyes de antaño» y la tradición de la iglesia luterana, sobre todo a partir de la conversión de los duques al catolicismo en el siglo XVIII. Asimismo, la Iglesia había conseguido conservar una parte importante de su riqueza tras la Reforma, y poseía aproximadamente un tercio del ducado; por lo tanto, los gobernantes no habían conseguido beneficiarse ni económica ni políticamente, al no poder controlar una institución religiosa y un clero que ni económica ni políticamente estaban subordinados. Bajo semejantes circunstancias, no debe sorprendernos que tuviera más éxito en Württemberg que en Prusia la resistencia organizada frente a los proyectos de gobierno absolutista; pero, a pesar de todo, fue todavía necesario el apoyo de las potencias extranjeras y la resolución de una serie de disputas a nivel imperial para que se alcanzara una confirmación más o menos definitiva de los derechos de los estados frente al gobernante en el Erbvergleich de 1770.

En otros territorios, aunque los estados no tuvieron tanto éxito en el mantenimiento de sus funciones de gobierno compartido, el «régimen absoluto» no lo fue tanto, ya que en todas partes los dirigentes tuvieron que enfrentarse a intereses contrapuestos muy diversos, así como trabajar a favor y en contra de diferentes grupos socioeconómicos y profesionales (como el clero), en distintas configuraciones y circunstancias: de hecho, su capacidad real de

formación y ejecución de políticas solía estar muy restringida. En algunos casos, el florecimiento de la cultura cortesana representó prácticamente el único campo bajo control real del gobernante, al verse afectadas las políticas de otras esferas por las partes interesadas; por otro lado, el hecho de no estar sometidos a la presión de las estrategias internacionales de la política de fuerza permitió a los estados alemanes más pequeños dedicar relativamente más atención y recursos a las cuestiones internas. Era enorme la variedad existente entre los estados, cortes y gobernantes alemanes del siglo XVIII, debido en ocasiones a las circunstancias sociales, políticas y económicas, y a veces a las mismas características propias de cada gobernante. Sajonia y Baviera, los otros territorios de tamaño medio que acabaron la guerra de los Treinta Años relativamente fuertes, no consiguieron alcanzar la extraordinaria expansión y el éxito de la Prusia del siglo XVIII. Los distintos resultados de la historia política de estos tres estados se deben a causas complejas: existían similitudes y diferencias en la estructura social, en los modelos de rehabilitación económica tras los estragos de la guerra, en los sistemas administrativos y en las relaciones entre estados y gobernantes, pero sin duda existían también disparidades claves en las aspiraciones y aptitudes de los gobernantes, en su capacidad para crear y aprovechar oportunidades y para actuar dentro de unas limitaciones existentes. Además, el crecimiento del poder militar prusiano fue único ya que, aunque a muchos dirigentes les gustaba disponer de una tropa de soldados que pudieran exhibir con orgullo y hacer desfilar, y algunos —como el «estado mercenario» de Hesse, que envió muchos soldados a la muerte en la Revolución Americana— se dedicaban a las actividades militares mercenarias, la amplia protección del Imperio liberaba a la mayoría de los estados

alemanes de un gasto y un esfuerzo militar serio en cuestiones militares.

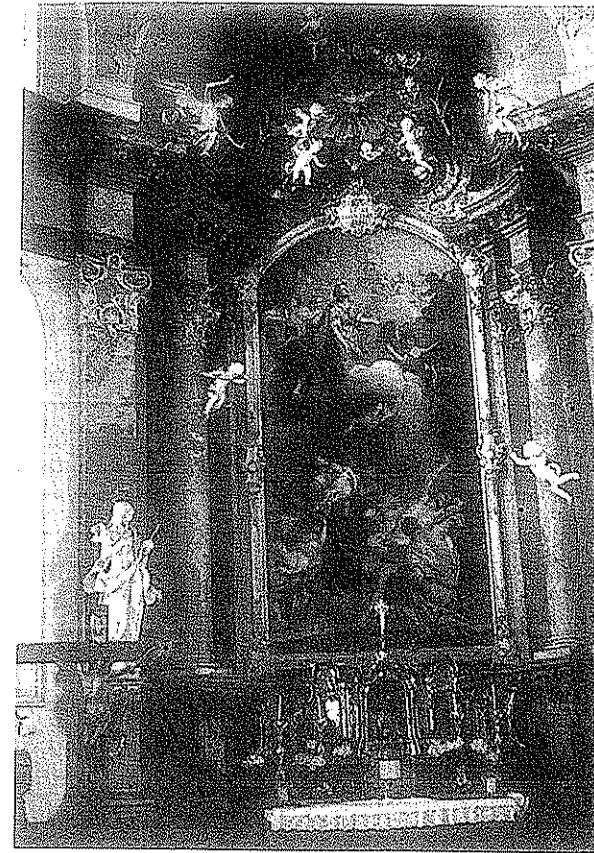
Religión, cultura e Ilustración

Durante el periodo comprendido entre 1648 y 1815 se produjeron en la sociedad y la cultura alemanas una serie de cambios lentos e importantes de consecuencias duraderas. No sólo se estaba transformando una nobleza militar, independiente y feudal, en una aristocracia orientada a la corte (aunque todavía militar): estaba surgiendo también una clase media nueva, educada, que ocupaba con frecuencia cargos de funcionario y oficial menor de corte. La educación y alfabetización se estaban difundiendo, el público lector aumentaba y se exploraban nuevas formas de pensamiento e investigación. La posición del cristianismo en la vida social y política estaba cambiando, ya que, al perder su condición de desencadenante de guerras, la teología empezó también a perder su situación intelectual privilegiada; las Escrituras no sólo se adaptaron a la historia, sino que se llegó a poner en duda su autoridad absoluta. Simultáneamente a la aparición de nuevas corrientes religiosas, más centradas en la vida interior, se produjo el desarrollo de un racionalismo práctico, con puntos de vista diferentes sobre el mundo natural y la sociedad humana; a pesar de todos los tópicos existentes sobre el alemán apolítico, la Ilustración alemana tuvo unas consecuencias bastante pragmáticas en la administración local. A finales del siglo XVIII, Alemania experimentó un extraordinario despertar literario, con el renacimiento del alemán como idioma literario y vehículo de profunda expresión, y este siglo fue también testigo de algunas de las mayores contribuciones de esta nación

a la música clásica. Independientemente de que se acepte o no la noción de la Alemania del siglo XVIII como un lugar atrasado políticamente, no hay duda de que por ella circulaban importantes corrientes culturales, fomentadas y alimentadas en parte por una serie de circunstancias políticas y sociales característicamente alemanas.

Las últimas décadas del siglo XVII vieron el florecimiento del barroco alemán, sobre todo en los estados católicos del sur, cuyas majestuosas iglesias y monasterios barrocos eran el símbolo de los poderes espirituales y mundanos de la Iglesia. Se pueden apreciar con frecuencia importantes influencias italianas, como por ejemplo en el diseño de la Theatinerkirche de Munich, así como vínculos con la cultura cortesana, siendo ambos sustituidos a lo largo del siglo XVIII por el estilo rococó, más ligero y secular. La ortodoxia luterana se inclinó más bien por un escolasticismo atenuado en el periodo posterior a la guerra de los Treinta Años, careciendo casi por completo de la elaborada y sensual forma de expresión del catolicismo.

Coincidiendo con el siglo XVII y el XVIII surgieron corrientes contrarias tanto a la ortodoxia protestante como a la católica. El movimiento reformista católico del jansenismo pretendía purificar el catolicismo de lo que consideraba elementos «supersticiosos», aunque con escaso éxito a largo plazo (el culto de imágenes, muy criticado, se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX, sobre todo en las zonas rurales); también hubo algo similar a una «ilustración católica», nacida en parte como oposición a lo que se consideraba un exceso de influencia jesuita, y, dentro del protestantismo, muchos individuos siguieron la llamada de Philipp Jakob Spener a la renovación de la experiencia religiosa directa, una relación sin intermediarios entre el individuo y Dios, que se expresara



19. El altar del monasterio de Benediktbeuern, en el sur de Baviera.

a través de una activa vida cristiana basada en la comprensión personal de las Escrituras. Los pietistas hacían hincapié en la necesidad de completar la Reforma, que en su opinión se había detenido en el nivel teológico, afectando muy poco a la vida, y acentuaban la importancia de la experiencia personal de conversión y renacimiento para llevar una vida nueva activamente cristiana;

grupos reducidos se reunían en «conventículos» para leer la Biblia, rezar y compartir sus experiencias en sus intentos de llevar una vida santa.

Aunque en algunas zonas, como Hamburgo y Sajonia, los pietistas fueron perseguidos y expulsados, en otras pudieron encontrar un hueco, algo que se explica gracias a las diferentes relaciones Estado-Iglesia-sociedad en los distintos territorios alemanes. En Württemberg, la Iglesia luterana, bastante fuerte y asentada, pudo tolerar y asimilar el impulso pietista, que posteriormente influiría a generaciones enteras de estudiantes en Tubinga, entre los que se encontraban personajes tan notables como Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831) y Friedrich Schiller (1759-1805); y en Prusia, como hemos visto, el Estado apoyó el pietismo contra la ortodoxia provincial luterana, insegura y a la defensiva. A través sobre todo de la proliferación de instituciones educativas pietistas, empezando por el famoso orfanato y las escuelas de August Hermann Francke en Halle, así como del ascendiente pietista en la recién fundada universidad de Halle (1694) y más adelante en Königsberg y otros lugares, esta corriente tuvo importantes repercusiones a largo plazo: su influencia, aunque difícil de evaluar con exactitud, fue amplia y diversa. Para muchos estudiosos, tendencias culturales fundamentales alemanas como el énfasis en la experiencia interior y el desarrollo individual, evidentes en la *Empfindsamkeit* (sensibilidad) y en el *Bildungsroman* burgués (la literatura centrada en el progreso personal y la educación), tuvieron sus raíces en el pietismo, mientras que otros han acentuado la continuidad entre el pietismo y el nacionalismo cultural y secularizado —como en el caso de Johann Gottfried Herder (1744-1803)— y el patriotismo posteriores. Tanto el hecho de dejar a un lado a los pastores y a la Iglesia institucional, como

los encuentros para discutir el modo en que cada individuo leía y entendía la Biblia, contribuyeron sin duda al desarrollo, en la sociedad alemana del siglo XVIII, de una mayor confianza en la razón, así como de una nueva meritocracia, independiente del rango y la cuna. El énfasis práctico y la fe en el triunfo del talento se aplicaron también al cada vez más extendido sistema de educación básica y media, sobre todo en Prusia, si bien con ello no se pretendía en absoluto trastocar el orden jerárquico. No está en cambio tan claro que el pietismo contribuyera a una supuesta limitación de la atención a la vida interior, a expensas de la política; existen grandes variaciones en el grado en que individuos, dedicados sobre todo a asuntos religiosos, se implicaron en la política secular, dependiendo tanto de las circunstancias como de la personalidad, y muy pocos podrían acusar a August Hermann Francke de carecer de energía política.

Aunque algunos estados alemanes siguieron mostrándose intolerantes frente a las minorías religiosas, en otros se derivó lentamente hacia formas por lo menos restringidas de tolerancia, más relacionadas con consideraciones económicas y sociales que con convicciones intelectuales sobre la rectitud moral de la tolerancia. Prusia, preocupada por la repoblación y la regeneración económica tras la guerra de los Treinta Años, dio la bienvenida a minorías religiosas que le resultaban útiles, como por ejemplos los hugonotes franceses exiliados tras la revocación del edicto de Nantes en 1685; de los aproximadamente 300.000 que fueron expulsados, quizá 20.000 se establecieron en Brandeburgo-Prusia, dejando una duradera huella francesa en Berlín. En 1731, unos 20.000 protestantes procedentes de Salzburgo huyeron hacia el norte, y otras minorías, como los menonitas y los Brüdergemeine de Zinzendorf, encontraron un hogar en Prusia; en cualquier caso,

éste era un estado multiconfesional, y sus gobernantes calvinistas tenían un interés personal en la tolerancia religiosa, al verse obligados a tratar con una arraigada iglesia de estado luterana.

En la Alemania del siglo XVIII también estaba cambiando el papel de los judíos. Este pueblo, al que su religión no prohibía la usura, había actuado desde la Edad Media como intermediario comercial y suministrador de crédito; siempre había vivido concentrado en un número limitado de guetos, el mayor de ellos en Francfort. Los judíos, con su característico aspecto y forma de vestir, las diferencias en sus creencias y prácticas religiosas, así como su papel económico, fácilmente odiado y propio únicamente de su etnia, habían sido durante mucho tiempo objeto de un violento antisemitismo. Según el mito surgido de la historia de la muerte de Simón de Trent, en 1476, los judíos mataban ritualmente a jóvenes; esta leyenda había originado muchos ataques de «venganza» contra los judíos en el siglo XVI, y había llegado a grabarse en piedra sobre una puerta de Francfort como advertencia para las generaciones venideras. Durante el siglo XVIII, los judíos empezaron a adoptar nuevas ocupaciones, lo que les permitió alcanzar posiciones diferentes y mejorar ligeramente sus condiciones en algunas áreas de la vida alemana. Los incipientes estados absolutistas encontraron múltiples usos para el capital y la experiencia financiera de los judíos, sobre todo a medida que los gobernantes empezaban a interesarse por la dirección del estado y la administración de los asuntos económicos; muchas familias judías destacaron tanto en empresas productivas como en la banca, aunque también existieron «judíos de corte» particulares, a los que los príncipes recurrían para todo tipo de cuestiones: uno de ellos fue Süß Oppenheimer, miembro de la corte del duque Carlos Alejandro de Württemberg, que más tarde sería tema de una feroz película antisemita producida

por los nazis, *Jud Süß*. Pero la mayoría de los judíos, pequeños comerciantes y mercaderes, ocupaban posiciones menos elevadas. Su situación legal variaba, pero en algunas zonas estaba mejorando: así, en Austria, el Edicto de Tolerancia promulgado por José II en 1781 concedió a casi todos los no católicos el derecho a ejercer en privado su religión, y una serie de Patentes otorgadas a provincias concretas entre 1782 y 1783 consiguió para los judíos un cierto grado de emancipación de forma que, por ejemplo, se les permitiera establecerse en cualquier parte de Viena (y no sólo en su gueto), si bien en cantidades limitadas y sin permiso para construir una sinagoga. No cesó en cambio su explotación fiscal, aunque se abolieron algunas humillantes prácticas obligatorias, como por ejemplo la de llevar brazaletes amarillos. En Prusia, los judíos, a pesar de que no alcanzaron la igualdad legal total hasta 1811-12, obtuvieron a lo largo del siglo XVIII algunos privilegios más limitados; la primera escuela judía se fundó en Berlín en 1778, y a la expansión en la producción de diarios y revistas en Alemania siguió la aparición de los primeros periódicos judíos. Los judíos también tuvieron un papel en la Ilustración, como lo demuestra Moisés Mendelssohn, tema de la obra de teatro de Lessing *Nathan der Weise*, un alegato a favor de la tolerancia religiosa.

La variante alemana de la Ilustración, la *Aufklärung*, surgió, con características propias, con cierto retraso respecto a Francia e Inglaterra. A finales del siglo XVII y principios del XVIII hubo en toda Europa un gran fermento intelectual, y un nuevo relativismo y racionalismo cultural empezó a sustituir a la revelación como base de la autoridad. Aunque las respuestas a las grandes preguntas de la época —los problemas del sufrimiento humano, la naturaleza del bien y del mal, la justificación de la recientemente descubierta multiplicidad de culturas y creencias humanas, la mejor manera de

organizar Estado y sociedad, las posibilidades de la educación y los ajustes sociales—eran muy diversas, los pensadores de la Ilustración compartían el uso de la razón crítica como instrumento de cuestionamiento, análisis y exploración. Los pensadores ingleses, como Francis Bacon, habían descubierto el método experimental, al tiempo que Isaac Newton exploraba las leyes del universo a mayor gloria de Dios y John Locke realizaba aportaciones fundamentales a los primeros pasos de la ciencia social y política; todos los filósofos franceses, como Montesquieu, Voltaire, Diderot, d'Alembert y Rousseau, contribuyeron de modos diferentes, pero frecuentemente brillantes, a lo que en general se puede considerar como una forma de Ilustración bastante materialista, anticlerical y en ocasiones republicana. La *Aufklärung* alemana, con un contexto político y social distinto, se mantuvo en cambio más cercana a la religión y a las formas establecidas de gobierno autoritario.

Aunque en Alemania el impacto principal de la Ilustración no se experimentó hasta mediados del siglo XVIII, entre los primeros pensadores alemanes ilustrados se puede contar a Gottfried Wilhelm Leibniz (1646–1716), que todavía mantenía algunas creencias metafísicas, así como a Samuel von Pufendorf (1632–94), Christian Thomasius (1655–1728) y Christian Wolff (1679–1754). Hay que destacar el hecho de que la Universidad de Halle fue un centro tanto del pietismo como de la Ilustración, rota en ocasiones su pacífica coexistencia por duros enfrentamientos, de los que surgía siempre vencedora una de las dos corrientes mientras la otra se daba a la fuga defensiva. El racionalismo de Christian Wolff, uno de los profesores de Halle, influyó a generaciones enteras de estudiantes, y las repercusiones de la Ilustración en el desarrollo de la educación del siglo XVIII son equiparables a las del pietismo.

En un sentido más general, a lo largo del siglo XVIII se

extendieron rápidamente, entre un público lector cada vez más numeroso, nuevas formas de pensamiento, información y discusión. El número de libros publicados en latín, asequibles únicamente para una minoría de la población, se redujo de aproximadamente la mitad de todos los títulos publicados a finales del siglo XVII a un simple 5 por ciento a finales del siglo XVIII, y editores como Nicolai trataron de conseguir una mayor y más amplia influencia a través del apoyo a la difusión de las ideas de la Ilustración. El aumento en la cantidad de libros en alemán se vio acompañado por una auténtica explosión en la producción de diarios, revistas y periódicos de todos tipos; muchos de ellos estaban dirigidos a, o leídos por, gente excluida hasta ahora de la discusión cultivada, y no sólo las mujeres y adolescentes, sino también la burguesía en general, encontraron ahora una nueva literatura en las novelas sobre el desarrollo personal, entre otras. Se fundaron nuevas organizaciones para la discusión: sociedades científicas, organizaciones profesionales, asociaciones políticas y logias masónicas (comenzando con la de Hamburgo en 1737) ofrecían bibliotecas y salas de debates, y fomentaban la circulación de noticias y puntos de vista. También se fundaron varias universidades nuevas durante el siglo XVIII, como la de Gotinga en 1737, y a finales del siglo se hicieron muy populares en Berlín los «salones», dirigidos con frecuencia por mujeres, muchas veces judías.

Muchas de las personas que contribuyeron al pensamiento y la discusión de la Ilustración eran funcionarios menores, oficiales en los pequeños estados alemanes, interesados sobre todo en cuestiones prácticas relativas al derecho, la justicia, el castigo, la economía, una administración eficiente y las relaciones sociales en un «estado policial bien organizado». Algunos trataron de

poner en práctica las ideas ilustradas, aunque el grado de éxito de las políticas de reforma varió mucho: así, por ejemplo, en 1737 Johann Jakob Moser empezó a publicar sus monumentales cincuenta y un volúmenes sobre derecho alemán, y se dedicó al objetivo de la reforma con considerable energía, mientras que el *Pietistenreskript* de Württemberg, por el que se toleraba oficialmente a los pietistas, fue en parte resultado del pensamiento ilustrado de Bilfinger. Coincidiendo con el impulso de las reformas por parte de las administraciones seculares, surgió en muchos pastores la idea de que la religión debería conllevar también una piedad práctica, que ayudara a la humanidad, y no sólo no se opusieron a la Ilustración sino que trataron de colaborar en la causa de la renovación.

Se ha discutido bastante el concepto de «absolutismo ilustrado», que, tras caer en desgracia, está empezando a reaparecer en los libros de historia. No hay duda de que algunos gobernantes se vieron conscientemente influidos por las ideas de la Ilustración: así, por ejemplo, Federico II de Prusia mostraba un profundo interés por todo lo francés y entabló correspondencia con Voltaire siendo aún príncipe heredero. Al llegar al trono, Federico II invitó a Voltaire a la corte prusiana, y él mismo recibió el apelativo de «el filósofo de Sans-Souci» (el nombre de su palacio en Potsdam, cerca de Berlín). Las reformas de María Teresa y José II de Austria deben asimismo considerarse en el contexto más amplio de la Ilustración; no obstante, el impulso de las políticas provenía en muchas ocasiones, no tanto del impacto de las ideas filosóficas como de algunos objetivos económicos, sociales o militares y políticos más inmediatos, y si bien resulta interesante explorar la interacción entre distintas corrientes del pensamiento ilustrado y aspectos del gobierno absolutista (o aspirante a), no existe necesariamente una conexión entre los dos. Curiosamente, otra

de las generalizaciones que se ha venido abajo –concretamente sobre la Ilustración alemana– es la idea de que sus implicaciones fueran esencialmente apolíticas, al separar la libertad en la esfera del pensamiento y el espíritu de la obediencia a la autoridad mundana: en realidad, esta imagen no contrasta tanto como se podría pensar con la de los impulsos reformistas políticos y sociales que acabamos de describir. Los funcionarios y pastores ilustrados no pusieron en duda la autoridad de sus príncipes porque en muchos casos no tuvieron que hacerlo, ya que su objetivo era llevar a cabo mejoras en la administración a través de un buen gobierno bajo gobernantes ilustrados. No es necesario señalar que no todos los gobernantes superaban el nivel de despotismo mezquino, pero, en general, la Ilustración alemana en el contexto de los *Kleinstaaten* pudo salir adelante gracias a las clases profesionales que dependían del Estado y lo mantenían, y no a los intelectuales críticos independientes como en Francia.

Emanuel Kant (1724-1804), el mayor pensador alemán de la Ilustración, es quizá la fuente de algunas de las generalizaciones más comunes a propósito de la política de la Ilustración alemana. En su ensayo titulado «¿Qué es la Ilustración?», Kant la definía como el valor de utilizar la razón para pensar de un modo independiente y crítico, negándose a aceptar la tutela y autoridad de otra persona; pero no dudaba en afirmar que los alemanes vivían en una «era de ilustración», en la que semejante proceso se estaba precisamente produciendo, y no en una era ya ilustrada en la que la gente sería lo suficientemente madura como para gobernarse a sí misma (el razonamiento incluía algunos comentarios bastante despectivos sobre la capacidad de razonar de las mujeres en concreto). Mientras tanto, se hacía necesaria la presencia de gobernantes fuertes que pudieran asegurar la estabilidad política y las condiciones de orden

imprescindibles para el desarrollo del pensamiento; la discusión no podía ser tan libre en una república, debido a su incapacidad para garantizar el orden político de un estado como la Prusia de Federico II. Independientemente de las diversas interpretaciones posteriores de este ensayo, un tanto ambiguo, así como de los puntos de vista alternativos avanzados por otros pensadores, la separación entre poder y espíritu, la tradición dualista de *Macht* y *Geist*, ha sido popularizada como una de las constantes del pensamiento alemán posterior (remontándose sus orígenes incluso a la teología luterana).

Existieron por supuesto otros aspectos de la Ilustración alemana, como los progresos en jurisprudencia, ciencias naturales y numerosos otros temas. Un ejemplo de ello es la epistemología de Kant, de profundas repercusiones: en esta teoría, y frente a las ingenuas opiniones empíricas, Kant subrayaba que la realidad sólo se podía «conocer» a través de las percepciones humanas y a una serie de categorías impuestas externamente. Más tarde, otros filósofos neokantianos han apuntado que dichas categorías no son productos universales de la mente humana, sino que están vinculados a la cultura. Kant elaboró asimismo importantes teorías sobre la moralidad universal, la paz y la ciudadanía del mundo, y por todo ello está considerado, junto con Hegel —que desarrolló una amplia interpretación idealista de la historia, el derecho y muchos otros temas—, como uno de los fundadores de la tradición filosófica alemana moderna.

En la segunda mitad del siglo XVIII surgieron diversas corrientes culturales, tanto paralelas como superpuestas a, originadas por, o enfrentadas a, la Ilustración. Las repercusiones en la cultura internacional del renacimiento literario alemán que se produjo a finales de este siglo serían profundas, y su máximo exponente fue

sin duda Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832) que, junto a otros contemporáneos como Schiller (1759-1805), puso de manifiesto las posibilidades del hasta entonces denigrado idioma alemán para las más elevadas formas de expresión. Se puede afirmar que la poesía de Goethe de la primera época, en la que abarca desde las emociones del amor hasta la respuesta frente a la naturaleza y las cuestiones fundamentales de la existencia humana, no tiene igual en ninguna lengua; en cierta medida, la carrera de Goethe en sus múltiples expresiones —no sólo poesía sino también teatro, novelas, ensayos e incluso una autobiografía—, desde un primer periodo primitivo de «Tormenta e Impulso» (*Sturm und Drang*, una frase tomada de una obra cuyos autores han pasado hace tiempo al olvido) hasta su clasicismo posterior, condensa el desarrollo general de la literatura alemana de la época. Si bien es cierto que el genio individual no se puede reducir a sus circunstancias, hay que señalar no obstante que la concesión de puestos menores en la corte y el patrocinio de la producción literaria y teatral por parte de las cortes pequeñas —sobre todo en la Weimar de Goethe— facilitaron sin duda el notable florecimiento literario de finales del siglo XVIII.

Coincidiendo con este auge, surgió también una especie de «nacionalismo cultural», asociado sobre todo al nombre de Johann Gottfried Herder. Este intelectual, reaccionando en contra del anterior predominio de la cultura y el idioma franceses, insistía en la noción de una comunidad cultural, una *Volk* (que no coincidía con la unidad política, el Estado); él sugería que cada cultura debía ser considerada como un todo orgánico, válido en sus propios términos, lo que permitía juzgar la cultura alemana con un cierto orgullo patriótico. El rechazo de la repulsa que la Ilustración sentía hacia la Edad Media llevó a un renovado interés por la

historia, sobre todo la historia de los pueblos, lo que a su vez conduciría al Romanticismo y a la afición del siglo XIX por los cuentos tradicionales, como en el caso de los hermanos Grimm. De este proceso surgiría finalmente el concepto de la inevitable coincidencia de la nación cultural (la Volk) y la unidad política; pero esta conexión, con todas las consecuencias que en última instancia tendría bajo las formas más virulentas del nacionalismo alemán posterior, tardó mucho en establecerse.

Existe otra área en la que la cultura alemana del siglo XVIII alcanzó unas elevadas y significativas cotas, ya que la simple mención de los nombres de los compositores alemanes de este periodo prácticamente resume la historia de la música clásica per se en ese siglo: Johann Sebastian Bach (1685-1750); los hijos de Bach, sobre todo Carl Philipp Emanuel Bach (1714-88); Joseph Haydn (1732-1809); Wolfgang Amadeus Mozart (1756-91), y, ya entrando en un nuevo periodo histórico, Ludwig van Beethoven (1770-1827). Händel se estableció en Inglaterra (perdiendo su diéresis en el trayecto), y Haydn, Mozart y Beethoven tenían sobre todo como base la Viena católica, pero Johann Sebastian Bach representa el apogeo de la expresión musical protestante del norte de Alemania. En 1732, Bach fue nombrado chantre de la iglesia Thomas de Leipzig, donde escribía cantatas semanales para la misa del domingo; resulta extraordinario, dado la naturaleza relativamente mundana de esta tarea, que una proporción tan grande de las más de doscientas cantatas que creó fueran de semejante calidad, pero lo más destacable en Bach es la belleza matemática y la emoción religiosa de sus grandes obras —la Misa en Si menor, la Pasión según San Mateo, los Conciertos de Brandeburgo, los Oratorios de Pascua y Navidad y sus sonatas para violín y chelo—, así como el puro virtuosismo técnico de sus

preludios y fugas para órgano. Al igual que el genio de Goethe, el de Bach no se ve afectado por lo que se pudiera afirmar sobre las tradiciones en las que se basó y las circunstancias en que trabajó.

A finales del siglo XVIII, Alemania había alcanzado ya la condición de *Land der Dichter und Denker* («tierra de poetas y filósofos») a los que la cultura alemana debe todavía su fama. Estaban surgiendo ya nuevas corrientes —el estilo Imperio sustituía al barroco y al rococó, el Romanticismo al Siglo de las Luces—, pero el marco político seguía siendo, a pesar de las reformas internas de los estados, el de un mosaico medieval. El mayor impulso a la transformación política no vino de dentro, sino de fuera: llegó de la mano de la Revolución Francesa.

El impacto de la Revolución francesa

Como hemos visto, existían diversos movimientos reformistas en los estados alemanes del siglo XVIII: tanto en la Prusia de Federico II como en la Austria de José II, había una serie de proyectos en marcha, dirigidos a modernizar la administración y desarrollar la economía. La relación entre absolutismo e Ilustración puede haber sido tangencial y cambiante, pero gobernantes y burócratas estaban comprometidos en el estudio e implantación de programas para perfeccionar el gobierno territorial. Así, en Prusia se aprobaron medidas como la *Generallandschulreglement*, de 1763, con la que se pretendía uniformar el sistema nacional de educación básica, la *Landratsreform* de 1766, la reforma administrativa de 1770, la reforma de aduanas e impuestos de 1766 y las reformas agrarias restringidas de 1765-70; en 1780 se reactivó la codificación del derecho general prusiano, publicado en su forma final en 1794, lo que proporcionó

una firme base para la tradición prusiana de *Rechtsstaat*, y, a partir de 1763, sólo el ejército se vio exento de impulsos reformistas. En Austria, José II impulsó una serie de reformas similares, centrándose sobre todo en el terreno de la Iglesia y el sistema agrario, pero, tanto aquí como en Prusia, la puesta en marcha de estas medidas provocó serios problemas, dado que muchas veces se imponían sin tener en cuenta la necesidad de contar con algún grado de apoyo; con frecuencia los burócratas, más conscientes de las realidades sociales que sus gobernantes, tenían que burlar e incluso engañar al monarca para poder implantar estrategias alternativas. Independientemente de sus éxitos mientras estuvieron en el poder, tanto Federico II como José II dejaron, tras sus regímenes semidespóticos, semiburocráticos, semiabsolutistas y semiilustrados, unos legados ambiguos; es posible que la distancia entre Estado y sociedad no fuera tan grande en algunos de los pequeños estados alemanes, donde los gobernantes no tenían que luchar con poblaciones numerosas, dispersas, multinacionales y multilingües (como las de la monarquía Habsburgo y, en cierto grado —aunque menor—, la de Brandeburgo-Prusia), sino con unos súbditos más manejables y homogéneos. En cualquier caso, en los pequeños estados era posible orientar más las reformas hacia la mejora de las condiciones de vida de la población, y menos hacia el poder militar y la construcción del Estado.

También hubo intentos de reforma en el mismo Imperio. El aparente desacato por parte de Prusia de algunas disposiciones constitucionales de éste, contenidas en el tratado de Westfalia, contribuyó a crear la sensación de que el Imperio necesitaba un cambio; al mismo tiempo, el ascenso de Prusia a su condición de rival de Austria y aliado potencial de otras naciones europeas llevó a algunos de los estados alemanes de pequeño y mediano

tamaño a estudiar sistemas de cooperación entre ellos, como medio para crear un tercer poder equilibrador. En 1780 comenzaron las acciones concretas dirigidas a la reforma del Imperio, pero la mayoría habían fracasado al comenzar la década siguiente. Las maniobras de los estados pequeños para formar una «Tercera Alemania» (como se la llamó más tarde) se vieron frustradas por el comportamiento de Prusia, que dominaba la Liga de los Príncipes al tiempo que despreciaba los intereses imperiales en favor de sus propios proyectos de política de fuerza (como en el caso de Bélgica); y los intentos de reorganización de la Iglesia chocaron con las reformas religiosas de José II, además de provocar una considerable hostilidad en Roma. A principios de la década de los noventa, el Imperio no estaba irrecuperablemente moribundo, pero desde luego sí en un estado de cierto desorden.

Pero la situación en Alemania en 1790 no presentaba ni remotamente características revolucionarias. Es cierto que existían ciertas tensiones sociales (como siempre, pero bajo otras formas, presagando problemas que aparecerían a principios del siglo XIX): la población estaba empezando a expandirse, debido en parte a las reformas agrarias y en parte a razones de otro tipo, y este proceso llevaba consigo un aumento en el número de pobres y mendigos, así como agitaciones sociales periódicas; también se oían las quejas de los intelectuales y, ya desde 1770, se habían podido apreciar indicios de un liberalismo ligeramente político. Pero, en conjunto, cuando la Revolución Francesa estalló en 1789, la mayor parte de los alemanes se limitó, en un primer momento, a observarla —sobre todo en las provincias occidentales— con un interés en el que se mezclaba un sentimiento de superioridad, por el hecho de que Alemania no hubiera necesitado una revolución para conseguir las reformas. A partir de 1792, cuando comenzó la guerra entre

la Francia revolucionaria y los poderes establecidos de Prusia y Austria, se hizo cada vez más difícil seguir mostrando un interés tan distante y con frecuencia parcial, y a medida que la Revolución Francesa pasaba de ser una declaración de libertad, igualdad y fraternidad a convertirse en un régimen de terror con una dictadura expansionista e imperialista, Alemania se vio implicada y afectada de muy diversas maneras. La Alemania que surgió en 1815, tras ser atacada, invadida, ocupada, reorganizada, explotada, provocada y conmocionada, lo hizo en unas condiciones muy diferentes; y para entonces, el Sacro Imperio Romano, que le había servido como difuso marco político durante tantos siglos, había desaparecido. El nuevo acuerdo para Europa alcanzado en el Congreso de Viena de 1814-15, que sustituyó al tratado de Westfalia de 1648, inauguraría un periodo muy distinto en la historia de Alemania.

En 1792, el ejército francés invadió los territorios del Sacro Imperio Romano. Tras una serie de fáciles victorias francesas, a finales de 1794 todo el territorio alemán al oeste del Rin estaba bajo dominio francés, situación que perduró hasta 1814. Aunque algunos historiadores (sobre todo alemanes orientales) han escarbado en los archivos buscando pruebas de la existencia de jacobinos alemanes, y otros (sobre todo occidentales) han intentado encontrar a los primeros demócratas o nacionalistas alemanes, parece ser que la mayoría de los súbditos alemanes se limitaron a dejarse incorporar obedientemente a los nuevos regímenes, con la poca representativa excepción de una república más o menos colaboracionista en Maguncia, bajo el gobierno de Georg Forster. La ocupación francesa tuvo en estas zonas consecuencias de largo alcance; se reorganizaron los sistemas administrativos, judiciales y legales, se abolió la servidumbre y las relaciones feudales sociales, y la manzana de la discordia entre

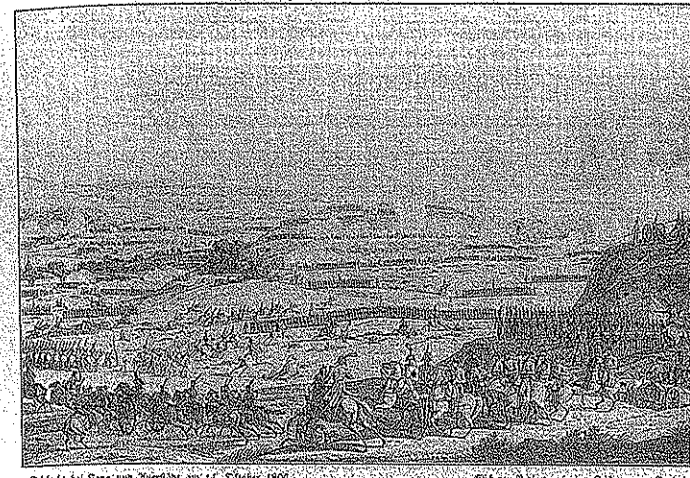
Francia y Alemania, a propósito de si el Rin era la «frontera de Francia» o el «río de Alemania», aumentó de tamaño: las disputas entre estos dos países por el Saar y las regiones de Alsacia y Lorena reaparecerían más tarde, y las relaciones franco-alemanas no se librarían de ellas durante el siguiente siglo y medio.

Los dominios pequeños y medios situados en las zonas meridionales y occidentales de Alemania experimentaron una considerable reorganización territorial cuando el tratado de Lunéville de 1801 confirmó la cesión de la orilla izquierda del Rin, lo que respondía en cierta medida al principio de indemnización por sus pérdidas en el interior del Imperio. En 1803, un comité del Imperio concertó la llamada *Reichsdeputationshauptschluss* (Acta de los delegados del Imperio), en la que se abolían o se subordinaban a gobernantes mayores gran número de unidades políticas pequeñas hasta entonces independientes: así, aproximadamente 350 caballeros imperiales y condes perdieron su independencia y su posición de «acceso directo» al emperador, viéndose subordinados en cambio a gobernantes territoriales. Se abolieron aproximadamente 112 unidades políticas, entre las que se contaban veinte arzobispados y obispados eclesiásticos, cuarenta abadías y conventos y todas las ciudades libres excepto seis. No resulta sorprendente que muchos gobernantes territoriales agradecieran las mejoras en tamaño y posición de sus estados y decidieran pasar por alto las aspiraciones de Napoleón, cuyo objetivo último era conseguir la condición de colonias para las zonas de Alemania que ellos dominaban. Con extensas áreas de Europa a sus pies, Napoleón se hizo coronar emperador en el otoño de 1804, momento que eligió también Francisco II de Austria para adoptar el título de emperador de Austria. Bajo estas circunstancias, los estados alemanes más pequeños que se habían beneficiado de

las reformas napoleónicas decidieron separarse del Sacro Imperio Romano y colocarse bajo la protección de Francia; en julio de 1806, Napoleón creó la Confederación del Rin (Rheinbund), constituida por dieciséis estados alemanes (incluidos Baviera, Württemberg, Baden y Hesse-Darmstadt) más el Gran Ducado de Varsovia, situado fuera del Sacro Imperio Romano. La Confederación adoptó el Código Napoleónico e instituyó toda una serie de reformas, entre las que se contaba la abolición de la servidumbre; el 6 de agosto de 1806 se suprimía oficialmente el Sacro Imperio Romano, por entonces esencialmente vacío de significado.

Prusia se había mantenido neutral desde 1759 pero, en septiembre de 1806, el rey Federico Guillermo III (1797-1840) decidió, en un acto de imprudencia, declarar la guerra a Francia. El ejército prusiano, que a finales del siglo XVIII, tras décadas de inmovilismo, había caído en un estado absoluto de indisciplina y falta de preparación, sufrió una derrota militar de grandes proporciones frente a las entonces poderosas tropas francesas en la batalla de Jena, celebrada el 14 de octubre de 1806; por la paz de Tilsit, firmada en 1807, Prusia cedió a Francia todos sus territorios situados al oeste del Elba, así como algunos orientales, además de tener que pagar indemnizaciones y contribuir con dinero y hombres a las campañas posteriores de Napoleón. Esta derrota proporcionó, no sólo la oportunidad, sino también el impulso para una serie de reformas en Prusia.

Las reformas prusianas no llegaron a constituir un programa coherente único, y tampoco fueron puestas en práctica por un grupo unido y homogéneo de reformadores (de hecho, dos de los más importantes, frecuentemente unidos por un guión en la engañosa frase «reformas de Stein-Hardenberg», se detestaban mutuamente). Una minoría entre los reformadores utilizó la



Schlacht bei Jena am 14. Oktober 1806. 1806 von G. B. Schönerer nach einer Zeichnung von G. B. Schönerer.

20. La batalla de Jena, 1806.

situación provocada por la derrota prusiana para poner en marcha reformas planeadas con anterioridad, mientras que otras medidas se tomaron como una especie de «modernización defensiva», o específicamente para resolver las exigencias del momento, sobre todo en relación con asuntos militares y económicos.

En 1807 se abolió la servidumbre, pero dado que los campesinos no solían poder hacer frente a los pagos compensatorios, su libertad formal no tenía un gran significado práctico; de hecho, los principales beneficiarios fueron los nobles (además, la legislación en cualquier caso se modificó posteriormente con reglamentos en contra de los campesinos). Las restricciones impuestas por el concepto de «estado» como grupo cuya posición venía determinada por el nacimiento y no por la clase social se suprimieron, lo que

permitió a los nobles dedicarse a ocupaciones burguesas y a los campesinos y burgueses (por lo menos en teoría) comprar tierras pertenecientes a los nobles. Esta transformación, de sociedad de posición a sociedad de clases, dio lugar a una movilidad potencial de la mano de obra, condición previa para un desarrollo económico capitalista posterior; también fue importante para el crecimiento económico subsiguiente la abolición de los poderes restrictivos de los gremios, así como de algunas barreras interiores al comercio, incluido el impuesto indirecto urbano. Pero las reformas económicas de esta época fueron sólo parciales, y algunas medidas se revocaron más tarde: la exención impositiva de los nobles, por ejemplo, se abolió en 1810, pero se reinstauró en 1819; además, los nobles prusianos conservaron la jurisdicción civil sobre sus antiguos siervos hasta 1848, sus poderes policiales hasta 1872 y algunos poderes administrativos hasta 1891. En el área política, hubo una cierta modernización del gobierno prusiano, creándose un sistema más racional formado por los ministros y un gabinete, pero no existía todavía una constitución ni un parlamento completamente prusianos; en las ciudades se introdujo el autogobierno municipal, pero no así en el campo. Las reformas en el ejército, asociadas a los nombres de Scharnhorst, Gneisenau y Clausewitz, fueron en su mayor parte consecuencia de la sacudida provocada por el éxito militar francés; así, en 1813 se introdujo el servicio militar obligatorio y se creó una milicia (*Landwehr*), y en 1814 se aprobó una ley del ejército. Pero tampoco en este caso las reformas tuvieron el alcance necesario, ya que, a partir de 1815, en la práctica el servicio militar obligatorio dejó de ser universal. En la esfera de la educación, la expansión de la escolarización básica obligatoria en el siglo XVIII (que había ido unida a la difusión de las escuelas medias de orientación técnica,

así como de las aristocráticas *Ritterakademien*), se complementó con la aparición en toda Prusia de escuelas de enseñanza media de élite —*Gymnasien*— y con la fundación de una universidad en Berlín, dirigida por Humboldt. El sistema educativo prusiano alcanzaría grandes éxitos durante el siglo XIX, entre los que se cuentan avances en la investigación de primera línea y la eficiente formación de una de las manos de obra con mayor nivel educativo de la Europa en proceso de industrialización. A pesar de las limitaciones, fragmentación y falta de coherencia global de las reformas prusianas de esta época, no hay duda de que contribuyeron a que, en términos generales, Prusia se enfrentara mejor equipada a los desafíos del siglo XIX.

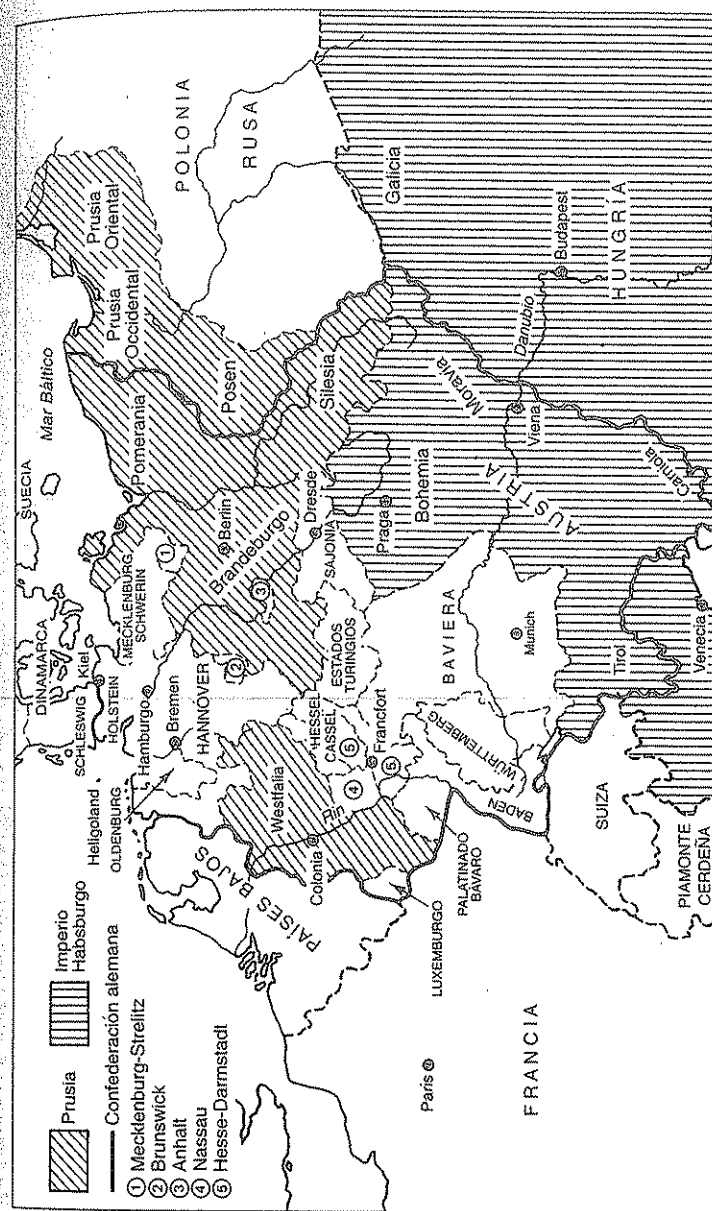
Mientras tanto, las guerras napoleónicas continuaban. En 1809, el intento de Austria de enfrentarse a Napoleón acabó en fracaso, pero en 1812, una Francia con un ejército demasiado extendido y mal equipado se vio a su vez derrotada por Rusia. En 1813, la suerte de Alemania empezó a cambiar; una coalición formada por Austria, Prusia y Rusia consiguió vencer a Napoleón en Leipzig, lo que provocó la disolución de la Confederación del Rin y de los estados napoleónicos del norte de Alemania, mientras los del sur firmaban una serie de tratados con Austria. Las Guerras de Liberación llegaron definitivamente a su fin en abril de 1814, y de octubre de 1814 a junio de 1815 se celebró en Viena un congreso bajo la influencia dominante de Metternich, ministro de Asuntos Exteriores de Austria de 1809 a 1848 y también canciller austriaco a partir de 1821. El Congreso de Viena se vio brevemente interrumpido por la huida de Napoleón de su cautiverio en la isla de Elba, pero no tardó en volver a centrarse en la determinación del orden futuro de los asuntos europeos.

Tras veintidós años de luchas en Europa, el Congreso de Viena se celebró en un ambiente festivo, con abundantes bailes y cenas

de lujo, pero su propósito era muy serio: tenía que encontrar una solución al problema de cómo conseguir una Alemania fuerte y estable que sirviera de baluarte contra la potencial expansión futura de Francia, y admitir al mismo tiempo que el sistema constituido por los numerosos principados pequeños dentro de un marco imperial impreciso e ineficaz no se podía reinstaurar. Al final se conservó, e incluso se extendió, gran parte de la reorganización napoleónica de Alemania.

Para sustituir al Sacro Imperio Romano se creó una Confederación Alemana (*Deutscher Bund*), formada por treinta y ocho estados (treinta y nueve a partir de 1817) –treinta y cuatro monarquías y cuatro ciudades libres–, cuyos límites eran básicamente los mismos que los del Sacro Imperio Romano, aunque no se correspondía con la población étnico-cultural de alemanes presente en la Europa central, ya que se incluían algunas minorías no alemanas (como por ejemplo italianos y checos), al tiempo que se excluían otras poblaciones alemanas. El rey de Inglaterra, en su calidad de gobernante de Hannover (hasta 1837) era uno de los príncipes miembros de esta Confederación, que no era en realidad un estado federal (*Bundesstaat*), sino más bien una federación poco compacta de estados (*Staatenbund*); no poseía un jefe de gobierno común, órganos administrativos ni ejecutivos, sistema legal común o ciudadanía común, y su capacidad de tomar decisiones en común era realmente reducida: de hecho, la Dieta Federal que se reunía en Francfort era básicamente un congreso de embajadores, representantes cada uno de los intereses de su estado.

Estos estados se convirtieron a su vez en unidades políticas relativamente fuertes, por lo menos en comparación con sus antecesores del siglo XVIII. Desde el punto de vista territorial, se produjo una importante reorganización ya que, evidentemente,



Mapa 6. La Confederación Alemana en 1815

los estados nuevos aumentaron de tamaño gracias a la absorción de unidades políticas más pequeñas: Prusia, sobre todo, salió ganando gracias a la adquisición —a la que en un principio fue bastante reacia— de Renania y Westfalia. Con ello se pretendía convertirla en una potencia fuerte a caballo entre Francia y Rusia, pero como consecuencia de esta anexión se duplicó su población y Prusia, un estado bastante atrasado económicamente, obtuvo la explotación de riquezas minerales y de zonas más avanzadas en el comercio y la industria; por otra parte, las desventajas desde el punto de vista de los prusianos residían en tener que ceder algunas de las tierras ganadas en el este (en el segundo y tercer reparto de Polonia). A la larga, no obstante, el movimiento efectivo de Prusia hacia el oeste desequilibró aún más el equilibrio de poder entre ésta y Austria a favor de Prusia: los intereses alemanes se consideraron mejor representados por Prusia, que además se convirtió en la protectora de Alemania en Europa central. No obstante, esto no constituía obligatoriamente un paso hacia una unificación nacional históricamente inevitable bajo el dominio prusiano, ya que los estados territoriales habían surgido reforzados del periodo napoleónico, no sólo en su tamaño sino también en muchos otros aspectos: los gobernantes disfrutaban de una soberanía total, así como de poder real, y en muchos estados, en parte como resultado de y en parte como respuesta a, las exigencias del periodo napoleónico, los sistemas administrativos y legales se habían reformado, y mejorado su eficacia. Allí donde se abolieron la servidumbre, los privilegios de los gremios y las restricciones a la movilidad de la mano de obra, no se reinstauraron, y durante el siglo XIX, muchos de estos estados ampliados —como por ejemplo Baviera— crearon una poderosa mitología y tradición locales, inventando y manteniendo un fuerte

particularismo regional que no se diluiría fácilmente en una Alemania unida.

El impacto político de la revolución francesa en Alemania fue profundo y, en último término, irreversible, pero no son tan evidentes sus efectos en otras esferas. Desde el punto de vista económico, el bloqueo continental francés contra Inglaterra no duró probablemente lo suficiente para contribuir al desarrollo económico de Alemania y, si bien la abolición de una serie de restricciones feudales al comercio y la movilidad de la mano de obra crearon las condiciones previas para el despegue económico posterior, es probable que las guerras napoleónicas retrasaran en general el desarrollo económico inmediato, excepto en las provincias renanas administradas directamente por los franceses. En el aspecto cultural, se suele afirmar que las Guerras de Liberación contribuyeron a convertir el nacionalismo cultural de Herder en un nacionalismo político nuevo, pero esto es probablemente una exageración, ya que en esta época sólo se aprecian muestras limitadas y parciales de esta corriente, muy probablemente superada por las lealtades locales. Otra esfera en la que hay que matizar las generalizaciones es la de la respuesta de los alemanes a la revolución. Los intelectuales alemanes aparecen con frecuencia representados pasando de un interés favorable a la Revolución Francesa a un rechazo horrorizado, cuando ésta se convirtió en terror; como consecuencia de ello, se suele suponer que un permanente y profundo miedo a la revolución distinguió a la cultura política alemana durante por lo menos todo el siglo siguiente. Es posible que esto describa a grandes rasgos la respuesta de algunos individuos (gobernantes e intelectuales), pero no debe considerarse como una verdad aplicable a todos los alemanes, ni tampoco los modelos posteriores de orientación política en

Alemania permiten una explicación tan sencilla: estos últimos surgieron, como siempre, en respuesta a circunstancias diversas y cambiantes, y si bien los enfoques políticos aparecen dentro del contexto de tradiciones ya existentes y marcos institucionales, hay que examinar la interacción histórica de toda una serie de factores en un momento dado para dilucidar la importancia relativa de cada elemento.

La Alemania de 1815 era evidentemente un lugar muy diferente de la de 1648, aunque su aspecto exterior no lo era tanto: seguía siendo un tierra predominantemente agrícola, una tierra de pueblos, praderas ondulantes y frondosos bosques, de ciudades y castillos medievales, palacios principescos, iglesias y monasterios majestuosos. Pero todo esto cambiaría en el siglo siguiente. La Revolución Francesa había sacudido a Alemania en el aspecto político, pero un siglo más tarde la revolución industrial provocaría cambios aún más trascendentales. Dada la curiosa herencia política de Alemania, las interacciones entre las crisis políticas y las transformaciones socioeconómicas tendrían unas repercusiones enormes, que todavía se dejan sentir a finales del siglo XX.

5

La era de la industrialización, 1815–1918

El periodo comprendido desde el Congreso de Viena de 1815 hasta el final de la Primera Guerra Mundial y el hundimiento del imperio alemán, en 1918, fue testigo de cambios fundamentales, no sólo en Alemania, sino también en toda Europa. Alemania pasó de ser una sociedad agraria a transformarse en un floreciente centro del capitalismo industrial, y la competencia entre los estados europeos se convirtió en la competencia entre las potencias imperiales por las colonias de todo el mundo. El compromiso alcanzado con el acuerdo de Viena sobre el equilibrio de poder en Europa consiguió mantener la paz en el continente durante casi todo el siglo XIX, pero con la unificación en 1871 de una «pequeña» Alemania bajo dominio prusiano, seguida de una rápida industrialización y de la entrada en la pugna por el imperio a finales de siglo, este equilibrio se rompió. La Primera Guerra Mundial que estalló en 1914 introdujo una serie de cambios cuyas implicaciones afectarían a todo el siglo XX, haciendo de Alemania un lugar muy diferente del que había sido en el siglo XIX.

La Alemania de la Restauración, 1815–1848

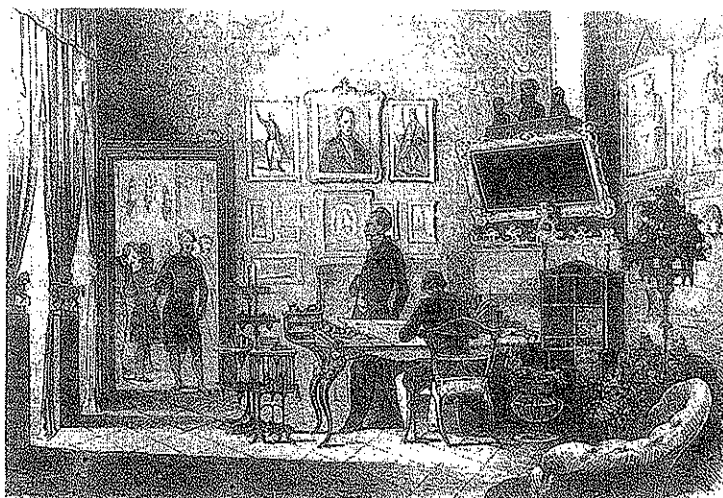
El periodo que va de 1815 al estallido de las revoluciones que barrieron los estados alemanes en marzo de 1848 suele recibir el nombre de periodo de «restauración» o «anterior a marzo»

(Vormärz), pero ambas etiquetas resultan hasta cierto punto engañosas. La situación vigente a partir de 1815 no supuso una simple reinstauración de los modelos políticos o socioeconómicos prenapoleónicos, y tampoco se puede considerar el periodo anterior a 1848 únicamente como un prelude de las agitaciones revolucionarias; pero, aun así, los años comprendidos entre 1815 y 1848 representan en muchos sentidos una transición, tanto en los procesos culturales como en los políticos y socioeconómicos.

Desde el punto de vista político, la Confederación Alemana era algo más que un paso hacia la unificación nacional final. Si acaso, el poder de los territorios a nivel regional había aumentado por diversas razones: la racionalización de la administración, las mejoras en la burocracia y el gobierno y los procesos de centralización del poder estatal, puestos en marcha en algunos estados en el periodo napoleónico, habían dotado a los gobernantes de soberanía, así como de un poder mayor. El particularismo regional, sobre todo en los estados meridionales más grandes, acabaría complicando el curso tomado finalmente por la unificación nacional, pero el reforzamiento de un estado en concreto, Prusia, tendría un profundo impacto en este curso. Con la adquisición de los territorios de Renania y Westfalia, Prusia ganó no sólo en tamaño y población sino —lo que era más crucial— en poder y potencial económico. Ahora Prusia no sólo se había acercado más a Austria en simples términos demográficos, sino que estaba en situación de rebasarla en el desarrollo económico, un factor básico en el siglo de la industrialización. No obstante, desde el punto de vista constitucional, tanto Prusia como Austria seguían siendo relativamente conservadoras: Prusia no consiguió un parlamento unido, y aunque las reformas continuaron en algunas provincias (a pesar de lo cual las occidentales, no comprometidas en ningún

programa reformista, siguieron siendo más progresistas), el proyecto fue abandonado desde el gobierno central por el rey Federico Guillermo III, tras destituir de sus cargos a los principales responsables entre 1819 y 1820. En Austria, el hecho de que no surgiera la necesidad de centralización en respuesta a cambios territoriales o de otro tipo, junto con las reformas llevadas a cabo anteriormente por José II, dieron como resultado un periodo posnapoleónico dominado por el conservadurismo y la inactividad. En los estados alemanes más pequeños la situación variaba mucho. Algunos de ellos lograron constituciones en esta época —Baviera y Baden en 1818, Württemberg en 1819, Hesse-Darmstadt en 1820—, aunque, con la excepción de Württemberg, donde fue acordada por estados y gobernantes, a todos los demás les fue graciosamente concedida desde arriba. Pero, a pesar de las limitaciones del sufragio, restringido a los propietarios —y de las ideas de los liberales, por lo general no demasiado democráticas, que preferían un gobierno profesional para el pueblo a un gobierno de maleantes por el pueblo—, no hay duda de que una cámara de debates como la de la cámara baja de Baden proporcionaba por lo menos una plataforma para practicar la oratoria política.

Muchas de las reformas socioeconómicas y jurídicas del periodo napoleónico se conservaron con posterioridad a 1815, pero con variaciones en los distintos territorios. La servidumbre legal, anteriormente muy extendida al este del Elba, no se reinstauró, y se siguió practicando la conmutación de deudas, aunque en muchos casos la situación de los campesinos empeoró; la nobleza en cambio mantuvo su posición y muchos de sus privilegios. Aunque la sociedad alemana iba camino de convertirse en una sociedad de clases, con una movilidad mayor de la mano de obra, le faltaba mucho todavía para alcanzar el predominio de



21. El príncipe Metternich en su estudio.

las relaciones capitalistas de producción; además, y a pesar de la constancia y difusión de las reformas en ciertas zonas, la reacción política no tardó mucho en aparecer.

En los años siguientes a 1815 se fundaron una serie de sociedades estudiantiles —la primera de ellas en Jena—, conocidas como *Burschenschaften*; un estudiante de teología llamado Karl Sand, que pertenecía a uno de estos grupos, asesinó en 1819 al dramaturgo antiliberal Kotzebue, y Metternich utilizó este acontecimiento como pretexto para proclamar ese mismo año los decretos de Carlsbad, en los que se incluían medidas de censura y un aumento de la vigilancia sobre la educación media y superior. Dichas medidas se incorporaron al derecho constitucional de la Confederación por medio del Acta Final de Viena. La reacción conservadora puesta

en marcha por Metternich supuso la destitución de los profesores supuestamente subversivos, la disolución de las *Burschenschaften*, la prohibición de algunos periódicos y la censura de toda publicación que tuviera menos de veinte *Bogen* de longitud (aproximadamente 320 caras de papel), medida esta última que provocó la redacción de prolijos tratados impresos con letra grande en páginas muy pequeñas, para alcanzar las 321 páginas o más que permitieran evitar al censor (buen ejemplo de cómo la forma literaria se ve materialmente determinada). A pesar de las crisis agrarias que proliferaron desde los «años del hambre» de 1816–17 hasta la depresión de 1820, la apatía política parecía ser la actitud predominante en la situación represiva de la década posterior al Congreso de Viena.

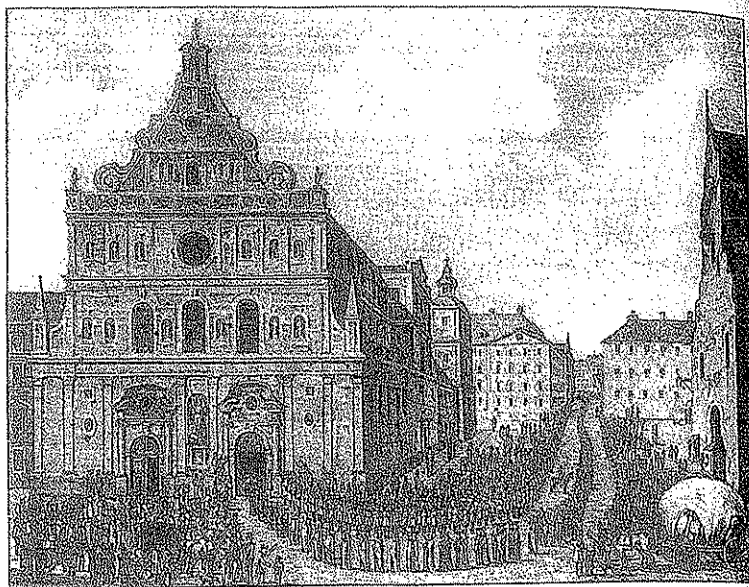
Pero en las décadas de los años veinte y treinta comenzaron a desarrollarse de un modo incipiente ciertas tendencias políticas que más tarde, a mediados y finales del siglo XIX, cristalizarían en forma de partidos políticos. Considerable importancia tuvo el desarrollo del liberalismo, que adoptó configuraciones y colores más políticos que el liberalismo de los grupos de debate del siglo XVIII. Había diferencias entre los liberales más conservadores y defensivos del norte de Alemania, que querían reinstaurar los derechos de los antiguos estados, y los del sur, más radicales y teóricos, que buscaban la creación de nuevas constituciones o la entrada en vigor de medidas ya existentes para la protección de las libertades individuales y la limitación de los poderes de los gobernantes; aun así, es erróneo pensar en los liberales alemanes como empresarios burgueses progresistas y llenos de iniciativa, deseosos de crear una nueva sociedad capitalista industrial: los liberales de la Alemania de principios del siglo XIX eran en su mayoría miembros de las clases medias profesionales —una

clase media más educada que propietaria, si bien lo primero no excluía lo segundo—, y les faltaba mucho para convertirse en dinámicos hombres de negocios ansiosos de provocar cambios fundamentales. Tampoco es cierto que el liberalismo coincidiera necesariamente con el nacionalismo. Cuando se trata de descubrir los orígenes del nacionalismo político alemán en los primeros años del siglo XIX, se entra en un terreno en el que acechan el peligro de la teleología y los efectos de la mirada retrospectiva, pero no hay duda de que existían elementos muy diversos presentes en distintas combinaciones. No se pueden por ejemplo negar diferencias evidentes entre el deseo liberal de eliminar las barreras comerciales internas y el nacionalismo de los románticos, más atrasado, con su glorificación de un idealizado imperio medieval, sin olvidar la curiosa exaltación de todo lo alemán llevada a cabo por todos aquellos entregados a lo que se conocía como *Deutschtümelei*; en cambio, fenómenos como el Festival de Mayo de Hambach, donde se llegaron a reunir posiblemente entre 25.000 y 30.000 personas para tocar música y hacer discursos políticos, evidencian una forma más difusa de radicalismo popular. Pero en la base de las peticiones de una república alemana basada en la soberanía popular no existía un acuerdo sobre cómo llevar a la práctica un programa político concreto, y las organizaciones, como por ejemplo las dedicadas a buscar apoyos para una prensa libre, no duraron mucho. Este periodo no sólo vivió la aparición de un catolicismo político, sino, como veremos en un momento, también los balbuceos de movimientos más radicales, que contribuirían al desarrollo del socialismo.

No obstante, la tendencia política predominante siguió siendo un conservadurismo reaccionario. Tras la agitación social provocada por la revolución francesa de julio de 1830, y la movilización

política popular evidente en el Festival de Hambach, Metternich restableció en 1832 los decretos de Carlsbad, junto con otros Seis Artículos más en los que se prohibían las reuniones y asociaciones políticas; el concepto de oposición se extendió, incluyéndose medidas contra lo que se consideraba el uso excesivo de sus poderes por parte de las Dietas de los estados. Las medidas ulteriores aprobadas en 1834 pretendían censurar la prensa y controlar a los profesores y estudiantes universitarios de un modo eficaz, pero, como se vio más tarde, los cambios económicos y sociales de este periodo estaban introduciendo una serie de presiones y tensiones que ninguna represión política pudo finalmente contener.

Desde el punto de vista cultural, éste es también un periodo de transición. El sistema educativo siguió creciendo, de acuerdo con las reformas en la educación media y superior introducidas por Humboldt en Prusia, y en los niveles más bajos de la educación, Alemania se dedicó a producir una de las obras modernas más alfabetizadas y cultas de Europa (aunque los estados católicos no perdieron la tendencia a quedarse por detrás de los protestantes). En los niveles superiores, las universidades alemanas estaban formando a graduados muy cualificados, además de encontrarse a la cabeza en muchas áreas de investigación, con importantes avances en las ciencias naturales, como por ejemplo la química, y en campos como el derecho, la teología y la filología. El sistema de filosofía idealista desarrollado por Friedrich Hegel sirvió para ejercitar las mentes de toda una generación, pero no ha dejado de fascinar a los estudiosos hasta nuestros días. En la filosofía de la historia de Hegel, ésta era considerada como una sucesión de etapas en el proceso de «reconocimiento pleno en sí mismo del espíritu del mundo»; en ella se combinaba el concepto



22. La ceremonia de inauguración de la Universidad de Munich, 1826.

judeocristiano del progreso a partir de la unidad original, a través de la separación y la caída, hasta la armonía y reunificación finales a un nivel superior, con un énfasis más moderno y secular en los hechos empíricos de la sucesión de las civilizaciones a lo largo de la historia occidental. Otros campos de investigación también se centraron en el desarrollo histórico, como demuestra el ascenso de la escuela histórica del derecho y de la economía histórica.

El impacto más importante de la filosofía de Hegel fue quizá indirecto, a través de su transmutación en el pensamiento de Karl Marx (1818-83) y en el desarrollo posterior de la ciencia empírica social y del socialismo político. Marx, tras flirtear brevemente con las ideas de los antiguos y algo rebeldes discípulos de Hegel,

conocidos como los jóvenes hegelianos, rompió de forma crucial con el pensamiento de los críticos de Hegel, como por ejemplo Feuerbach, y dio la vuelta literalmente a la filosofía idealista de Hegel: mantuvo el marco conceptual formal —la historia vista como una serie de etapas, en la que las tesis dan lugar a antítesis que, a través de las luchas revolucionarias, se resuelven, en un nivel superior de desarrollo, en una síntesis que a su vez da lugar a nuevas contradicciones—, pero sustituyó el idealismo de Hegel por un nuevo materialismo. Ya no era el «espíritu del mundo» el que proporcionaba la clave de la dinámica histórica, sino la gente, los seres humanos de verdad, los que fabricaban su propia historia (si bien, como Marx señaló muy perspicazmente, no en las condiciones elegidas por ellos mismos). Las relaciones sociales que surgían entre la gente en las actividades productivas y reproductivas servían para definir las relaciones de clase; las etapas históricas se definían en términos de «modos de producción», constituidos por relaciones específicas de producción (relaciones de clase) y medios de producción (determinados en gran medida por el nivel de desarrollo tecnológico). La evolución socioeconómica en una etapa histórica determinada originaría luchas políticas entre las clases, y entonces los conflictos revolucionarios darían paso a la siguiente etapa histórica, más avanzada. En la concepción de Marx, las «sociedades asiáticas» estaban en su mayoría estancadas, pero la historia europea occidental era dinámica: una sucesión de etapas conducía desde el comunismo primitivo de la sociedad tribal, a través de la sociedad antigua, hasta el feudalismo y de aquí al capitalismo moderno. En ésta, la penúltima etapa de la historia humana, las luchas de clase se iban reduciendo al conflicto entre una burguesía capitalista cada vez más rica y un proletariado con conciencia de clase, cada vez más numeroso y

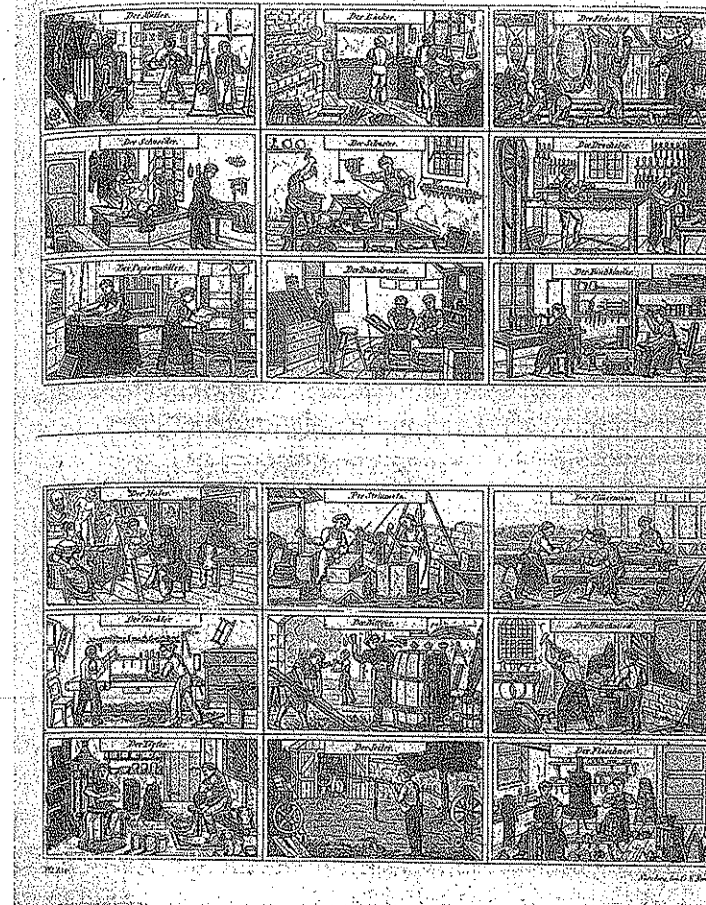
explotado (más pobre relativa, aunque no absolutamente); este último, completamente alienado y símbolo de la renuncia a toda humanidad, pondría de hecho en marcha, a través de una revolución en sus intereses, una revolución en los intereses de toda la humanidad: con ello introduciría un comunismo, basado en la abundancia, en el que las clases desaparecerían, el Estado y la ideología se extinguirían y todos los seres humanos vivirían satisfechos, en paz y armonía. Esta poderosa visión, basada en parte en análisis históricos y económicos y en parte en la filosofía y el socialismo político, expuesta en una serie de tratados, ensayos y comentarios de una extraordinaria inteligencia y, finalmente, en los tres volúmenes básicos e inacabados de *Das Kapital* (*Capital*), ha ejercido una influencia inconmensurable en el curso de la historia posterior: ha dado origen, no sólo a una amplia gama de interpretaciones, diferentes y con frecuencia totalmente contradictorias, sino también a numerosos movimientos políticos y regímenes poderosos —entre los que destaca el de la ex Unión Soviética—, que reivindicaban a Marx, con razón o sin ella, como fuente de inspiración y legitimidad. Mientras tanto, en la Alemania de la Restauración, Marx prácticamente no había empezado a formular sus ideas revolucionarias, cuyo impacto inmediato en los acontecimientos alemanes de la época fue mínimo. Fue tras su exilio, en la tranquilidad de la sala de lectura del Museo Británico de Londres, cuando escribió sus obras más importantes: incluso entonces, se limitó a observar y comentar desde lejos el curso de la política alemana del siglo XIX. Más tarde, a su debido tiempo, volveremos a las repercusiones del pensamiento marxista.

En el campo de la música, Viena era un centro de gran importancia: los nombres de Ludwig van Beethoven (1770–1827), Franz Schubert (1797–1828) y los Strauss dan una idea de la amplia

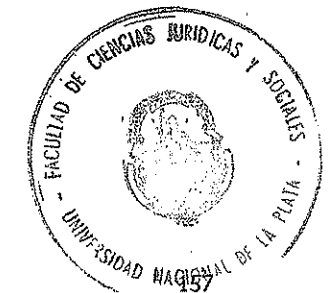
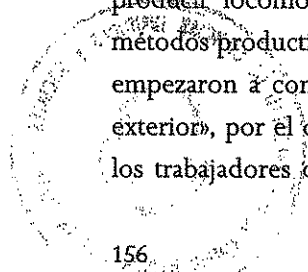
gama de creatividad musical, desde las principales obras sinfónicas hasta los *Lieder* o canciones, más íntimos, pasando por los vales vieneses. La música era a la vez una actividad pública, con óperas y conciertos, y privada, familiar, en la que se tocaba el piano, se cantaba y se asistía a las actuaciones de cuartetos de cuerda en pequeños círculos; en general, la música alemana de principios del siglo XIX constituía un fenómeno más secular que las cimas religiosas alcanzadas por el protestantismo nórdico de Johann Sebastian Bach un siglo antes. En una esfera cultural más amplia, se aprecia el paso del llamativo consumo de la cultura cortesana del siglo XVIII a un estilo más sobrio y pequeñoburgués, conocido como «Biedermeier»; este término no sólo describía un estilo de mobiliario, sino que estaba cargado de connotaciones relativas a una atmósfera ligeramente represiva, patriarcal y fuertemente burguesa, en la que un cierto sentimentalismo se unía a una ética de trabajo esencialmente apolítica y ascética. En literatura, este periodo se caracteriza por la diversidad. El clasicismo de la última época de Goethe creó en algunos círculos, tras su muerte en 1832, la sensación de pertenecer a una generación de epígonos, y el romanticismo, asociado a nombres como los de Novalis, Tieck, Hölderlin, Brentano, von Arnim, Hoffmann y los hermanos Schlegel, se vio contestado por las obras de los miembros del movimiento de la «Joven Alemania», vagamente asociados a Heinrich Heine.

Los cambios subterráneos que se estaban produciendo en la esfera socioeconómica fueron más profundos. La evolución en las relaciones sociales, los modelos productivos y la organización política de la vida económica, unida a la rápida expansión de la población, supuso el comienzo de una transformación fundamental de la sociedad alemana. La sustitución a principios del siglo XIX de

una sociedad feudal, basada en la posición, por una sociedad de clases proporcionó, a partir de 1830, la base para el desarrollo de una sociedad cada vez más industrial; en un principio, este proceso fue lento y parcial, pero a finales de siglo se había acelerado hasta dar lugar a una explosiva transformación de Alemania. En él se puede apreciar la existencia de diversos elementos estrechamente relacionados entre sí. De importancia fundamental resultó el progreso en las comunicaciones, gracias a los programas de construcción de carreteras y pavimentación, la introducción de barcos de vapor en el Rin y la excavación de canales para comunicar los ríos, pero, sobre todo, el tendido de líneas de ferrocarril. La primera línea inaugurada en 1835 hacía el recorrido Nuremberg-Furth, pero el primer trayecto económicamente importante comenzó a funcionar en 1837 entre Leipzig y Dresde. Los ferrocarriles facilitaban el transporte rápido y relativamente barato de materias brutas y productos acabados, y estimulaban el aumento de producción, en especial del carbón y del mineral de hierro; a pesar del debate público y las controversias —entre las que se contaban las advertencias de los médicos sobre los peligros para la salud de los viajes a gran velocidad, así como las dudas del rey de Prusia, públicamente expresadas, sobre si la posibilidad de llegar a Potsdam dos horas antes constituía realmente una contribución importante a la felicidad humana—, el sistema de ferrocarriles siguió creciendo en los años siguientes, creándose fábricas, como la de Borsig en Berlín, para producir locomotoras de tren. También hubo cambios en los métodos productivos de campos como el textil, donde las fábricas empezaron a complementar el sistema vigente de «contratación exterior», por el que los obreros trabajaban en sus casas. Aunque los trabajadores de las fábricas de producción industrial seguían

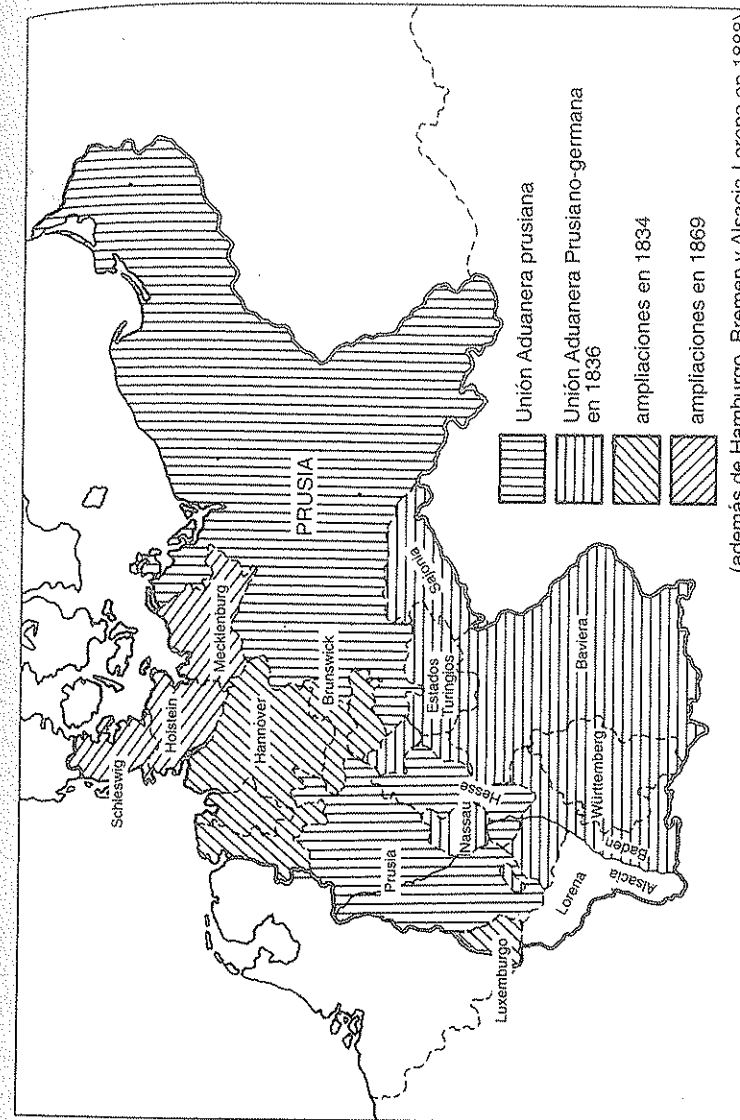


23. Diversos empleos típicos del siglo XVIII y principios del XIX.



siendo una minoría muy pequeña en comparación con la masiva proporción de alemanes dedicados a la tierra o el comercio a pequeña escala, la artesanía u otros trabajos manuales, estas tendencias eran importantes presagios del futuro.

Unidos a la aceleración de la producción económica llegaron cambios en el marco político de la vida económica. Gran relevancia tuvo la creación de una Unión Aduanera Alemana, dominada por Prusia y de la que se excluía a la Austria de los Habsburgo; esta unión nació con la ley arancelaria prusiana de 1818, por la que se abolían las diferencias entre el campo y la ciudad y se transformaba a Prusia en una unidad económica sin tarifas internas. A continuación se centró la atención en las dificultades que presentaba el transporte de materiales y productos entre las provincias occidentales y orientales de Prusia, separadas por otros estados alemanes, así como en el problema de los enclaves no prusianos, lo que en años posteriores llevó a la inclusión de otros estados en el sistema; mientras tanto, en 1828, Baviera y Württemberg formaban una unión aduanera y otros estados, entre los que se contaban Sajonia, Hannóver y Brunswick, se agrupaban en la Unión Comercial centroalemana, que acordó no cobrar impuestos a los productos que se limitaran a atravesar sus territorios. El 1 de enero de 1834 se constituyó la Unión Aduanera Alemana (*Deutscher Zollverein*), compuesta por dieciocho estados con una población de 23 millones; Austria prefirió mantenerse al margen de esta organización, creando a su manera una unión aduanera con los territorios de los Habsburgo situados fuera de la Confederación. Así, mientras la Austria conservadora de Metternich seguía siendo la fuerza política predominante dentro de la Confederación, aumentaba la importancia económica de Prusia, convirtiéndose el *Thaler* prusiano en la moneda de uso



Mapa 7. Desarrollo de la Unión Aduanera prusiano-germana (además de Hamburgo, Bremen y Alsacia-Lorena en 1888)

corriente dentro de la Unión Aduanera. Los movimientos hacia la unificación económica presagiaban la forma que la unificación política acabaría finalmente adoptando.

Mientras tanto, se estaban produciendo otros cambios socio-económicos de consecuencias políticas más inmediatas. La población global de Europa había experimentado un crecimiento sostenido desde mediados del siglo XVIII, duplicándose su número desde esta fecha hasta mediados del siglo XIX. En Alemania, la mayor parte del crecimiento fue rural, y el suministro de alimentos de una economía todavía preindustrial resultó no ser suficiente para una población en aumento que vivía de la tierra; esto provocó motines por la comida, desempleo rural, emigración a las ciudades en desarrollo e incluso, cruzando el Atlántico, a América, la tierra de las oportunidades y las fronteras siempre en movimiento. El incremento de la indigencia, y la extendida presencia de una profunda pobreza junto a la satisfecha sociedad burguesa de la Alemania Biedermeier, provocó una gran preocupación social, expresada por ejemplo en las actividades benéficas de las iglesias cristianas; en algunas ocasiones, sin embargo, los pobres tomaron también la iniciativa y así, en 1844, los tejedores de Silesia, afectados no sólo por la competencia de la industria textil inglesa, más avanzada, sino también por la introducción de nuevos métodos productivos en Alemania, se sublevaron. En 1846-7, una plaga de patatas tuvo como consecuencia la desnutrición y potencial inanición de muchas personas, además de las miles de muertes debidas a enfermedades relacionadas con la pobreza. La agitación social coincidió con el persistente malestar de los intelectuales por las represivas condiciones políticas del sistema conservador de Metternich, cada vez más anacrónico, pero la chispa que finalmente hizo estallar la agitación revolucionaria en 1848 no

procedió del interior sino, una vez más, de otra revolución en Francia.

Las revoluciones de 1848

1848 fue un año revolucionario en toda Europa. Las insurrecciones, provocadas por la noticia de la revolución de Febrero en Francia, que derrocó al rey Luis Felipe, se extendieron por todos los territorios alemanes, a medida que diferentes grupos aprovechaban la oportunidad para ejercer presión sobre los aterrorizados gobernantes. En los levantamientos alemanes se vieron implicadas corrientes muy distintas: la agitación social popular, con frecuencia de naturaleza más bien defensiva y reaccionaria, que exigía el regreso de las viejas formas de control; las exigencias políticas de los liberales, que reivindicaban un gobierno constitucional, así como ciertas libertades económicas, y las peticiones nacionalistas en favor de la unificación de Alemania. En la medida en que hubo protestas de la clase obrera, éstas se limitaron prácticamente a las peticiones de mejoras inmediatas en los salarios y las condiciones de trabajo: 1848 no fue en absoluto una revolución proletaria en el sentido marxista. El hecho de que los que trabajaban por la unificación no consiguieran finalmente su objetivo —no hubo en 1848-49 ninguna unificación bajo los auspicios liberales, y la que sí ocurrió en 1871 tenía un carácter diferente, claramente menos liberal— hace que 1848 esté considerado, según la frase de A. J. P. Taylor, como un «momento decisivo en el que Alemania no llegó a decidirse», pero ésta es una visión demasiado simplista y parcial: lo cierto es que las agitaciones de 1848-49 tuvieron numerosas repercusiones, y la Alemania que surgió en 1850 era muy distinta a la

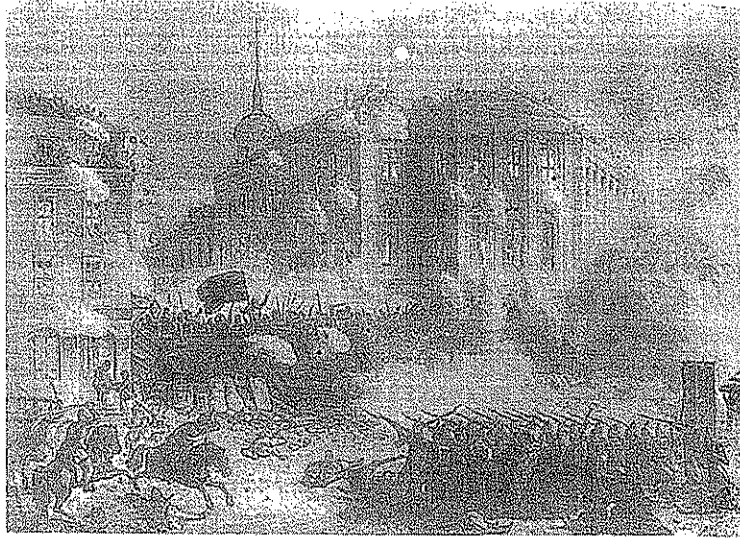
Alemania anterior a 1848. En vez de censurar la historia alemana por lo que no fue —basándose en un supuesto modelo; más «normal», de hacer las cosas—, resulta más útil intentar clarificar lo que realmente ocurrió, con sus causas y sus consecuencias.

Como se ha indicado con anterioridad, tanto a mediados como a finales de la década de los cuarenta se había vivido un profundo malestar social; pero, más que la miseria económica inmediata, fueron los efectos a largo plazo de la crisis económica (como por ejemplo el creciente endeudamiento, y la crisis comercial) los que realmente prepararon el camino de la revolución. Tras la carestía y la pobreza de 1846–47, la economía llegó incluso a recuperarse en 1848; además, la miseria popular no ocupaba un lugar destacado entre las preocupaciones liberales. A medida que se sucedían los acontecimientos de 1848–49, el abismo que separaba las inquietudes de campesinos y artesanos, por un lado, y las de los liberales, por otro, se fue haciendo más y más evidente. Los objetivos liberales expresados en 1848 se habían ido desarrollando de forma gradual y diversa a lo largo de un considerable período de tiempo. En Prusia, las esperanzas liberales se vieron brevemente despertadas en 1840 por la llegada al trono del rey Federico Guillermo IV, y por los pasos dados hacia la formación de una unión de las Dietas provinciales, que llegó de hecho a reunirse en abril de 1847; no obstante, el debate de las reformas constitucionales, condición previa para la concesión de fondos, provocó un punto muerto, y la Dieta se disolvió. En la práctica, Federico Guillermo IV demostró no ser un monarca liberal, sino más bien un gobernante desequilibrado e inconsistente, aficionado a los grandes gestos, que más tarde sería declarado loco. Los liberales de otros estados alemanes estaban igualmente inmersos en la discusión y organización de las reformas, a pesar

de las diferencias existentes entre los liberales más radicales, como Hecker y Struve con su programa de Offenburg, y los más moderados, que apoyaban el programa de Heppenheim. Pero estas presiones liberales, por sí solas, e incluso unidas al malestar social de la década de los cuarenta, no bastaban para provocar una revolución: fue la noticia de la caída del rey francés lo que impulsó los levantamientos populares en toda Alemania. Los gobernantes de todo el país, enfrentados a las insurrecciones generales de campesinos, los motines de los artesanos y las presiones de los liberales, se apresuraron a hacer concesiones, en un aterrorizado intento por evitar la temida amenaza de disturbios peores. Fue entonces cuando los liberales aprovecharon la inestable situación para tratar de conseguir cambios a nivel nacional, a través de la elección posterior de un parlamento nacional que discutiera la reforma constitucional y la unificación alemana.

Los puntos débiles de las fuerzas revolucionarias en Alemania resultaban por lo tanto evidentes desde el primer momento: fue necesaria una chispa del exterior para hacer estallar la revolución; había fuerzas muy diferentes con objetivos distintos presionando a los regímenes, y las autoridades del país capitularon prácticamente sin defenderse. Al no haber sido derrotadas, sino haberse retirado del combate, las fuerzas conservadoras pudieron observar la confusión y los fallos de los grupos revolucionarios y regresar más tarde para hacerse con el control de la situación, con sus fuerzas armadas intactas e incluso reforzadas por las concesiones a las exigencias campesinas.

En Austria, la extensión de las insurrecciones campesinas y los levantamientos de trabajadores en diversas partes del imperio de los Habsburgo provocaron la dimisión de Metternich el 13 de marzo y su huida a Gran Bretaña, refugio tanto de reaccionarios como de revolucionarios exiliados; el 15 de marzo, el emperador



24. Barricadas en Berlín, 1848.

austriaco prometía una constitución y convocaba una asamblea. En los estados alemanes meridionales y occidentales, muchos gobernantes sustituyeron a los conservadores de las administraciones por liberales y prometieron reformas, mientras que la situación en Prusia tomó el curso de una comedia de enredo. Cuando Federico Guillermo IV tuvo noticias de los acontecimientos revolucionarios en Austria, anunció su disposición a convocar un parlamento nacional, pero en los combates entre soldados y la multitud berlinesa, los primeros malinterpretaron las órdenes del rey de no disparar y estalló la lucha; al no saber cómo resolver la situación, el rey trató de evitar una guerra civil ordenando la retirada de las tropas. Indeciso, e invadido por un deseo romántico de unirse a su pueblo, el monarca llegó a la conclusión de que, si

no podía derrotar a los revolucionarios, era mejor unirse a ellos, y el 21 de marzo atravesó Berlín a caballo envuelto en negro, rojo y oro, los colores revolucionarios: al poco tiempo se instauraba un régimen liberal en Berlín.

A nivel nacional, en Francfort se había reunido un autopromulgado «preparlamento», constituido en su mayoría por liberales moderados que superaron, en las votaciones para organizar la elección de una asamblea nacional, a un grupo menor de liberales más radicales; dicha asamblea, elegida en base a una asistencia reducida de lo que ya era en cualquier caso un sufragio más bien restringido (variable en los diferentes estados), celebró finalmente su sesión inaugural el 18 de mayo, en la iglesia de San Pablo de Francfort. En su composición social abundaba sobre todo la clase media y los profesionales, predominando los abogados, profesores de universidad, maestros y oficiales, así como algunos escritores, periodistas y clérigos: había exactamente cuatro artesanos y un campesino solitario, más aislado aún por el hecho de ser un polaco de Silesia. Los representantes iban en calidad de individuos no comprometidos con ningún partido u orientación concreta, aunque es posible que entre la mitad y dos tercios fueran de inclinación liberal, mientras que una minoría (aproximadamente un 15 por ciento) tenía tendencias más extremas, tanto de derechas como de izquierdas; con el tiempo surgirían agrupaciones poco compactas, con frecuencia conocidas por el nombre de la posada donde se reunían para sus discusiones informales. Este organismo deliberó en los meses siguientes sobre cuestiones fundamentales, abarcando en sus debates desde la forma constitucional futura que adoptaría una Alemania unida a los derechos fundamentales de los individuos y el orden económico que se debería implantar. Los puntos de vista cambiaban no sólo con

los principios en juego en cada discusión, sino también con las cuestiones prácticas que iban surgiendo en este período (1848-49) en el campo de la política, pero por fin se consiguió llegar, a base de insistencia y compromiso, a acuerdos sobre algunos temas: se apoyaron las políticas económicas individualistas y la libertad de comercio; el 28 de diciembre de 1848 se publicó una doctrina de derechos fundamentales; se acordó que la Alemania unida debería ser un estado federal con un emperador, un parlamento elegido y ministerios responsables ante éste, y, tras considerables negociaciones (en las que los liberales moderados consiguieron que los radicales apoyaran a Prusia como defensora del título imperial, a cambio de respaldar las peticiones radicales a favor de un sistema electoral más democrático), el 29 de abril de 1849 se aprobó inesperadamente un sufragio masculino prácticamente universal. Pero en algunos temas de gran importancia surgieron problemas que resultaron ser insuperables.

Era muy fácil desear en teoría una Alemania unida, pero resultaba infinitamente más difícil definir en la práctica las fronteras de esta Alemania. Había tres áreas en las que el tema de la nacionalidad presentaba dificultades. La primera era por supuesto Austria, donde el problema principal residía en si las zonas del imperio de los Habsburgo que formaban parte de la Confederación Alemana (y con anterioridad del Sacro Imperio Romano) deberían ser incorporadas a una «Gran Alemania» (*Grossdeutschland*), o si todos los territorios austriacos deberían permanecer fuera, dejando que Prusia dominara una «Pequeña Alemania» (*Kleindeutschland*). Dado que el emperador austriaco no quería desmembrar sus dominios, sólo una solución radical habría logrado la incorporación de Austria; al final, tras encendidos debates, se impusieron los partidarios moderados de la solución de la «Pequeña Alemania»,

encabezados por Heinrich von Gagern. En segundo lugar estaba la cuestión de si los polacos de la provincia alemana de Posen deberían ser incluidos o excluidos de una Alemania nacional, y en tercero, el problema de los ducados de Schleswig y Holstein, que se arrastraba desde hacía muchos años. Una compleja situación, en la que se mezclaban la política internacional, los derechos dinásticos y el nacionalismo moderno, había creado en estos feudos de la corona danesa, étnicamente heterogéneos, una combinación explosiva; la cuestión acabó resolviéndose por la política de fuerza y no por la teoría, ya que la guerra con Dinamarca, sancionada por el parlamento de Francfort, dependía en la práctica de los contingentes militares de cada estado alemán: así, cuando en agosto de 1848 Prusia, el estado militarmente más importante, decidió retirarse y firmar un armisticio, el parlamento quedó en una situación ridícula, poniéndose claramente de manifiesto su falta de poder real.

El parlamento prolongó sus deliberaciones hasta la primavera de 1849, momento en el que finalmente ofreció la corona de una pequeña Alemania al rey de Prusia; pero éste estaba por aquel entonces en posición de rechazarla con desprecio, ya que, mientras el parlamento debatía, los conservadores se habían reagrupado y habían recuperado el poder en diferentes estados, por lo que no existía ya la necesidad de hacer concesiones o capitular frente a los intelectuales. Durante el verano de 1848 habían sido constantes las manifestaciones radicales de malestar social, aunque no provocadas por un movimiento revolucionario en manos del proletariado industrial, como quería la teoría de Marx: la protesta moderada de la clase obrera, como en el caso de los socialistas de Berlín dirigidos por Stephan Born, buscaba sindicatos, salarios más altos, mejores condiciones laborales y

la reglamentación de las fábricas. En este momento tenían más importancia los artesanos y trabajadores manuales, que se sentían amenazados por la oposición liberal a las restricciones de los gremios y por su apoyo a las fuerzas libres del mercado, y de hecho los artesanos convocaron en Francfort, entre mediados de julio y mediados de agosto de 1848, un congreso nacional propio. Los miembros del Parlamento de Francfort tampoco se encontraban en situación de afrontar —o poner remedio a— las quejas de los campesinos: incluso los regímenes liberales o reformistas de los diferentes estados alemanes empezaban a sentirse amenazados por las protestas de las masas y el fantasma del gobierno popular, y no pudieron controlar los acontecimientos de los meses estivales. Las fuerzas conservadoras y sus ejércitos invictos pudieron entonces aprovechar los acontecimientos y, tras su reagrupación, lanzar una contrarrevolución. En el imperio de los Habsburgo, el ejército aplastó durante el verano de 1848 levantamientos en Bohemia, Hungría e Italia, y recuperó el control de Viena a finales de octubre de 1848; en Prusia, la combinación de una asamblea radical y de las insurrecciones populares del verano impulsó, con gran éxito, la organización de una contrarrevolución conservadora en otoño. En cualquier caso, los liberales no habían llegado nunca a disponer de un auténtico poder militar, y ahora habían perdido ya cualquier apoyo popular del que hubieran gozado: los campesinos, especialmente, que constituían el núcleo de los reclutas del ejército, fueron sobornados por los conservadores y sus concesiones, con las que pretendían asegurarse la lealtad de las tropas. A lo largo de 1848 y 1849, toda Alemania vio cómo gobernantes conmocionados recuperaban poco a poco su confianza y restablecían el control, a veces con la ayuda de las tropas prusianas, dedicadas a restaurar el orden lejos de casa (como en el caso de Baden).

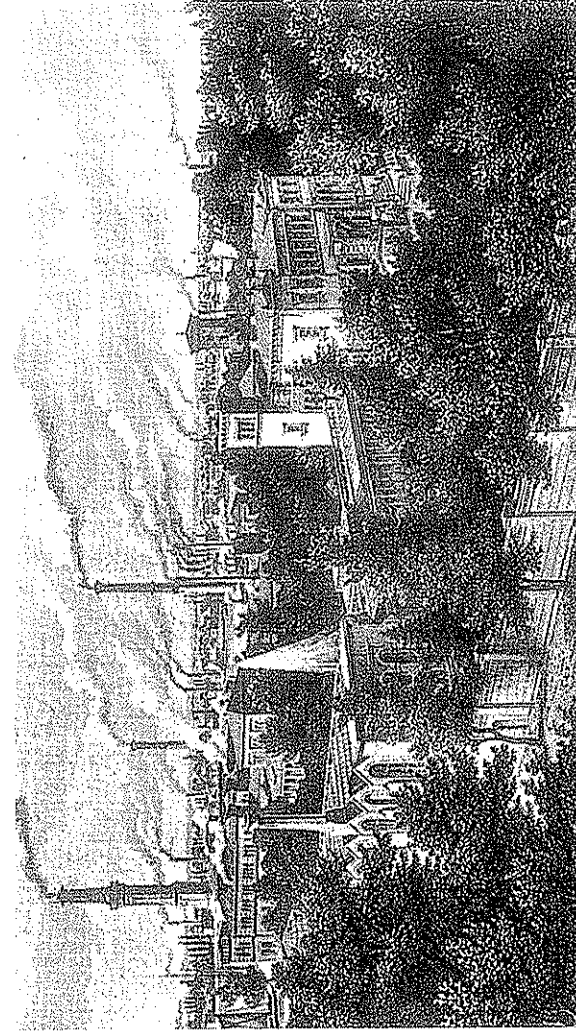
En marzo de 1849, con los liberales en desbandada y la corona rechazada por el monarca prusiano, los miembros del parlamento de Francfort comenzaron el regreso a sus hogares. Un grupo más comprometido se trasladó a Stuttgart, donde fue dispersado por las tropas en junio de 1849; los intentos en Baden y el Palatinado por imponer la nueva constitución aprobada por la Asamblea de Francfort fueron aplastados con relativa facilidad por el ejército prusiano. La revolución parecía haber acabado.

Resulta curioso valorar los resultados de esta revolución. La unificación nacional evidentemente no se consiguió: naufragó en los escollos del particularismo regional, la falta de voluntad de los soberanos por englobar su soberanía en una entidad más amplia, y las realidades de la política de fuerza. Los liberales no gozaban del suficiente poder real, ni del suficiente apoyo popular, para conseguir llevar a cabo su programa, y en muchas cuestiones presentaban además divisiones internas, pero, a pesar de ello, no fue una revolución sin consecuencias: las relaciones sociales feudales ligadas a la tierra, abolidas de hecho en 1850 en toda Alemania, no volvieron a reinstaurarse; la organización de la vida económica siguió el modelo liberal, permitiendo un rápido desarrollo económico en la década de los cincuenta; el sistema concreto de represión política asociado a Metternich desapareció para siempre, y la articulación de quejas, la atención hacia problemas que iban más allá de las exigencias inmediatas cotidianas, contribuyeron a la formación de toda una gama de agrupaciones nacionales y orientaciones políticas, que en las dos décadas siguientes adquirirían formas más similares a las de los partidos políticos. Para muchas figuras políticas de confesiones distintas (Bismarck entre ellas), las lecciones de 1848 fueron muy importantes. Más que como el «momento decisivo en el que

Alemania no llegó a decidirse», 1848 podría describirse como una constelación de crisis, de la que los elementos interactivos surgieron transformados, adoptando nuevas combinaciones que les permitirían afrontar el futuro bajo condiciones cambiantes. Si un historiador quisiera realmente localizar los fallos del liberalismo alemán, haría quizá mejor en buscarlos en las divisiones y vacilaciones de finales del siglo XIX y principios del XX, y no en las peculiares circunstancias de 1848.

La unificación de Alemania

A pesar del colapso en 1849 de los esfuerzos revolucionarios y reformistas, el regreso de los regímenes conservadores estuvo caracterizado por una curiosa mezcla, en la que se combinaba la reacción política con unos programas económicos frecuentemente progresistas. En la década de los cincuenta, Alemania experimentó un rápido crecimiento económico: aumentó la producción textil, de hierro y de carbón, así como la construcción de ferrocarriles, y la longitud de la red ferroviaria se triplicó entre 1850 y 1870; el porcentaje de población ocupado en las fábricas pasó de un 4 por ciento en 1850 a un 10 por ciento en 1873, y el PNB per cápita aumentó un tercio entre 1855 y 1870. El crecimiento económico de Prusia, aunque interrumpido brevemente tras la crisis económica de 1857, presentaba un marcado contraste con la economía de Austria, predominantemente estancada, en la que las amplias extensiones agrícolas, muy atrasadas desde el punto de vista económico, tenían más peso que Viena, Praga y Bohemia, los centros de crecimiento industrial; además, Austria tenía que dedicar una proporción considerable del presupuesto al apartado



25. La fábrica Borsig de locomotoras en Moabit, Berlín, 1855.

militar, para controlar situaciones de descontento en Italia y los Balcanes. La creciente desigualdad económica entre Prusia y Austria fue un factor importante de la victoria final de la primera sobre la segunda, en su lucha por el dominio de una Alemania unificada. Los esfuerzos austríacos por romper la Unión Aduanera o unirse a ella fracasaron, y en 1865 se prorrogó la Zollverein con la exclusión de Austria, de acuerdo con las condiciones de Prusia: esto permitía a Prusia beneficiarse de los mercados de los estados alemanes más pequeños, una necesidad para su economía, en rápida expansión. La situación económica de estos últimos no les permitía abandonar la Unión Aduanera, dominada por Prusia, a pesar de que sus simpatías políticas se inclinaban hacia Austria.

Aunque ya existían toda una serie de asociaciones musicales, deportivas y culturales, dedicadas al fomento de la idea de la unidad cultural alemana a través de festivales, concursos de tiro, exhibiciones de gimnasia y demás acontecimientos, también surgieron otras formas de organización política que trascendían las fronteras de los estados. Así, en 1859 se fundó la Asociación Nacional (*Nationalverein*) que, aun siendo más un grupo de presión que un partido político, proporcionaba un foro nacional para las discusiones liberales. La aparición de agrupaciones culturales y educativas dirigidas al creciente número de obreros industriales alemanes precedió a la formación, en 1863, de la Asociación General de los Trabajadores Alemanes de Lasalle (*Allgemeine Deutsche Arbeiterverein*), tras el rechazo de sus aproximaciones iniciales a los líderes liberales. Esta organización no debía nada a Marx y Engels, ambos —por aquel entonces desde la barrera de Londres— muy críticos con el estatismo de Lasalle; pero no ocurría así con el Partido Obrero Socialdemócrata, fundado en 1869 en Eisenach bajo la influencia de August Bebel y Wilhelm Liebknecht, más

acorde con el pensamiento marxista. A pesar de la rivalidad inicial entre estos partidos, la creciente persecución conduciría a la unión posterior, alcanzada en 1875 en Gotha. El programa de Gotha, que incluía muchas concesiones a los lasallistas, provocó acaloradas críticas por parte de Marx y Engels, y las divisiones dentro del campo socialista en Alemania se mantendrían durante muchas generaciones, como veremos más tarde. Entre las alineaciones políticas incipientes del periodo anterior a la unificación se podían encontrar asimismo formas cristalizadas de grupos conservadores, así como las primeras agrupaciones católico-clericales en Prusia, Baviera y otros estados; en la primera, los liberales de izquierdas se independizaron en junio de 1861 para constituir el Partido Progresista Alemán (*Deutsche Fortschrittspartei*).

En una esfera más general, tanto la década de los cincuenta como la de los sesenta vieron la expansión de la educación, la difusión de la fe en la ciencia y el progreso y la proliferación de instituciones educativas y culturales, como por ejemplo museos, zoos, teatros y galerías de arte: una sólida cultura burguesa se estaba desarrollando sobre la base de una economía cada vez más poderosa, pero una cierta incertidumbre se cernía sobre su identidad, no sólo con respecto a la no resuelta cuestión de la unificación, sino también en lo concerniente a la identidad nacional y a las relaciones con el pasado y el futuro. Esto resultaba evidente incluso en los curiosos estilos arquitectónicos de los templos seculares erigidos al progreso, como las grandiosas estaciones de ferrocarril y los pomposos bancos y edificios públicos, cuasi-medievales, que se construyeron en esa época, por no mencionar los palacios de hadas del desequilibrado rey Luis II de Baviera. Pero, al mismo tiempo, la vida para la gran mayoría de los alemanes no parecía haber cambiado demasiado: aquellos campesinos que

no se veían afectados por el desplazamiento a las ciudades o implicados en la ola de emigración a América vivían en grandes familias, en comunidades relativamente compactas, dominadas por lo general por la Iglesia local, simplemente inconscientes o capaces de hacer caso omiso de los profundos cambios que ocurrían a nivel nacional, excepto cuando acontecimientos especiales afectaban la rutina cotidiana.

Lo que ocurrió en 1871, bajo el calificativo de «unificación», no fue tanto el resultado o la expresión de un nacionalismo alemán en ciernes, sino más bien una forma de expansionismo y colonización prusianos de la Alemania que no le pertenecía, en competencia con una excluida Austria. Una serie de acontecimientos ocurridos en la década de los cincuenta, entre los que se contaban la Guerra de Crimea y los problemas en Italia, habían debilitado la situación de Austria, por lo que ésta dirigía cada vez más su atención a Alemania; pero su atraso económico limitaba en gran medida su capacidad para desafiar con éxito a Prusia. No se puede afirmar que el resultado final del choque estuviera predeterminado, pero la vencedora última de los enfrentamientos de tanteo entre estas potencias rivales durante la década de los sesenta fue la Prusia dirigida por Otto von Bismarck (que tomó de los liberales la bandera nacionalista para resolver una crisis interna prusiana).

Bismarck, hijo de un junker prusiano, había sido educado en las universidades de Göttingen y Berlín y, aunque en el fondo le aburría la vida de campo, se sentía orgulloso de su condición de junker. Tras una breve carrera como burócrata, se convirtió en diplomático y, en su calidad de representante prusiano en la Dieta de la Confederación en Francfort, fue desarrollando una postura cada vez más competitiva frente a Austria. Tras algunos periodos en San Petersburgo y París, Bismarck fue llamado a Prusia y nombrado

Primer Ministro, en medio de una profunda crisis constitucional interna. La nueva constitución prusiana de 1850 incluía un sistema electoral de tres clases basado en el impuesto sobre las propiedades: el escaso número de potentados que pagaban el tercio superior de dicho impuesto en su circunscripción disponían de una tercera parte de los votos para un colegio electoral al parlamento prusiano; el siguiente grupo, que pagaba el tercio medio (una minoría algo más nutrida), controlaba otra tercera parte, mientras que la gran mayoría de la gente, que no poseía prácticamente nada y pagaba un impuesto muy reducido, sólo podía emitir el tercio restante de los votos. Dado que el poder electoral estaba relacionado con la distribución de la riqueza según las circunscripciones, los junker de provincias menos importantes tenían asegurada la representación política, a pesar de que sus medios no se podían comparar con los de los miembros infinitamente más ricos de la burguesía berlinesa. Este sesgado sistema de representación permitía a los conservadores junker ejercer una influencia desproporcionada en la política prusiana y, tras el fracaso de su reforma a la luz de la rápida urbanización posterior, siguió protegiendo el poder de una clase en decadencia económica hasta el hundimiento final de la Alemania imperial en 1918. No obstante, a lo largo de la década de los cincuenta, años de crecimiento económico y aumento de la urbanización, también proporcionó a la burguesía liberal propietaria una voz electoral cada vez más importante. En 1860 surgió un enfrentamiento entre la corona y el parlamento a propósito de una propuesta de reforma del ejército prusiano, al mando del conde von Roon. Existía unanimidad sobre el hecho de que el crecimiento de la población desde las últimas reformas del ejército, a principios del siglo XIX, obligaba a tomar algún tipo de medida, pero los liberales no aprobaban la sugerida

rebaja en el grado de la milicia (*Landwehr*) bajo control de la clase media, y querían además limitar la duración del servicio militar a dos años, en vez de los tres vigentes. A continuación, los mismos liberales se dividieron sobre las concesiones que se debían realizar, y el nuevo partido progresista nacido de esta división insistió en garantizar el consenso parlamentario para cualquier reorganización; los progresistas se convirtieron en el grupo más grande del parlamento prusiano, aumentando el número de sus escaños de 110 en diciembre de 1861 a 135 en mayo de 1862, con lo que provocaron de hecho un punto muerto en el conflicto entre la corona y el parlamento.

Bismarck decidió utilizar el presupuesto sin el consentimiento parlamentario, y hasta 1866, con el Proyecto de ley de Indemnizaciones, no se consiguió la aprobación retroactiva de los gastos que había contraído. Sus actuaciones en el periodo comprendido entre 1863 y 1871 han dado lugar a toda una serie de interpretaciones diversas, pero probablemente su habilidad no residía tanto en su capacidad de manipulación como en su astucia para aprovechar las situaciones a medida que surgían. Su principal objetivo era asegurar y extender la posición de Prusia, algo que logró por medio de tres guerras: la de 1864 por la cuestión de Schleswig-Holstein, la guerra con Austria en 1866 y la guerra francoprusiana de 1870, que culminó en la fundación del segundo Imperio alemán en 1871.

La cuestión de Schleswig-Holstein (a propósito de la cual el político británico Palmerston hizo la broma, frecuentemente citada, de que era tan complicada que únicamente tres personas la habían logrado entender jamás: el príncipe Alberto, que estaba muerto, un profesor alemán que se había vuelto loco y el mismo Palmerston, que había olvidado ya de qué se trataba) surgió de nuevo, como en 1848, no tanto por cuestiones de principios sino por las

políticas de fuerza. Mientras pudo reforzar el apoyo nacionalista a la resistencia de los ducados frente a los intentos de conquista del rey de Dinamarca manipulando los ideales liberales de libertad, Bismarck utilizó la situación, no sólo para el engrandecimiento de Prusia, sino también como pretexto para enfrentarse a Austria. Tras una compleja sucesión de acontecimientos diplomáticos y militares durante la primavera y el verano de 1864, en octubre de ese mismo año (tras la derrota danesa de julio) un tratado otorgó a Austria y Prusia la administración conjunta de los ducados, y las fricciones así originadas proporcionaron el pretexto para el siguiente conflicto, la guerra austro-prusiana de 1866. El rechazo de las radicales propuestas prusianas había provocado la desintegración de hecho de la Confederación, y la retirada prusiana final suministró la chispa que haría estallar una guerra alemana. A pesar de las previsiones generales a favor de un triunfo austriaco (al que habría seguido el restablecimiento de la Confederación), la superioridad económica y militar de Prusia le permitió obtener en julio de 1866 una victoria decisiva sobre Austria en la batalla de Königgrätz; como consecuencia de su derrota, Austria se vio a partir de entonces apartada de hecho de toda intervención en la política alemana.

Una entidad política completamente nueva sustituyó a la Confederación. La recién creada Confederación Alemana del Norte era un estado federal (*Bundesstaat*) y no una federación de estados (*Staatenbund*), y excluía no sólo a Austria sino también a los estados alemanes meridionales, Baviera, Baden, Württemberg y Hesse-Darmstadt; Prusia en cambio aumentaba aún más sus territorios gracias a la anexión de Schleswig-Holstein, Hannover, Hesse-Kassel, Francfort y Nassau. La constitución de la Confederación Alemana del Norte, concebida por Bismarck, permitía a los gobernantes territoriales seguir dirigiendo sus asuntos internos, mientras que

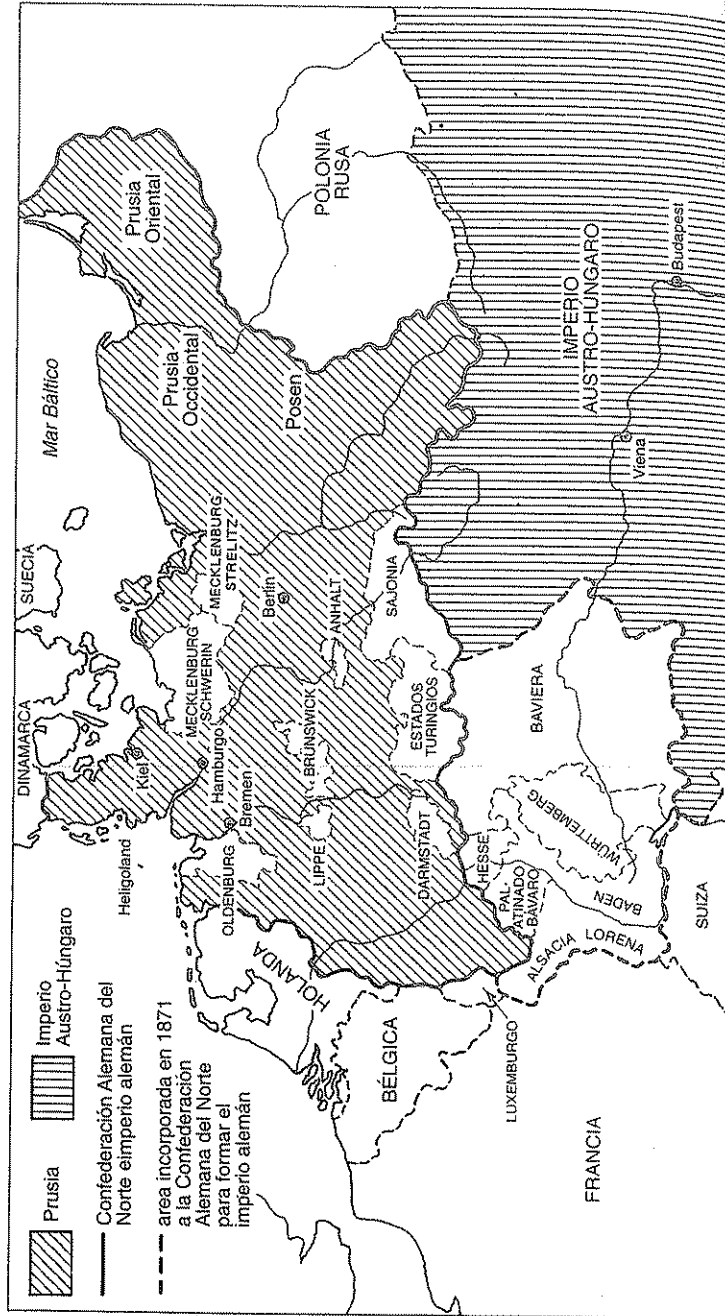
el jefe de la confederación, el rey de Prusia, estaba a cargo de la política exterior y todo lo relacionado con el ejército; una cámara alta, el Consejo Federal (*Bundesrat*), controlada de hecho por Prusia, complementaba a un parlamento prácticamente sin poderes (*Reichstag*). Esta constitución proporcionaría la base para la del posterior imperio alemán.

Bismarck gozaba ahora de un considerable apoyo dentro de Prusia. Tras la derrota de Austria, los liberales se habían vuelto a dividir, abandonando algunos derechistas el partido progresista para formar, junto con liberales de otros estados alemanes septentrionales, el Partido Liberal Nacional, que respaldaba a Bismarck; los conservadores se habían reagrupado asimismo en otro pilar de Bismarck, el Partido Conservador Liberal. Pero la Confederación, a pesar de su importancia, no consolidaba plenamente la posición de Prusia en Alemania, ya que los estados del sur de Alemania todavía se resistían a cualquier ampliación del ámbito de la Unión Aduanera, y hubo que esperar a la guerra franco-prusiana de 1870 para conseguir su incorporación a la esfera de dominación prusiana. La crisis inicial surgió a raíz de la sucesión al trono español. Cuando los líderes españoles eligieron a un príncipe Hohenzollern, los franceses se opusieron; a pesar de que la candidatura se retiró, tanto a Francia como a Bismarck les convenía exacerbar la cuestión hasta convertirla en una crisis, demostrando Bismarck una habilidad especial para aprovechar las oportunidades a medida que surgían. El resultado fue una guerra corta en la que el ejército alemán, bajo el mando del jefe del estado mayor prusiano, el general von Moltke, y gracias a la tecnología alemana (las armas de Krupp), derrotó rápidamente a los franceses, faltos de preparación; y, dado que en septiembre de 1870 se proclamó en París una república, los poderes extranjeros

decidieron no intervenir en apoyo de un gobierno revolucionario. En 1871 la guerra había terminado, y Alemania se anexionó las provincias francesas de Alsacia y Lorena, además de exigir el pago de grandes indemnizaciones.

Los estados alemanes del sur, a los que, en un arrebato de fervor nacionalista, se había convencido para que se unieran a la Confederación Alemana del Norte en la guerra contra Francia, se dieron cuenta de que, tanto desde el punto de vista militar como política, su única opción era vincularse de un modo más permanente a Prusia. El 18 de enero de 1871 se proclamó en Versalles el imperio alemán, en una ceremonia en la que los gobernantes de los estados alemanes ofrecieron al rey Guillermo I de Prusia la corona hereditaria de una Alemania unida. A pesar de lo que la mitología nacionalista haya podido afirmar con posterioridad, ninguna de las partes estaba satisfecha: había una cierta falta de entusiasmo por parte de los príncipes, y algo de resentimiento en el nuevo emperador. De hecho, lo que se había fraguado, bajo la batuta de Bismarck, era la extensión del poder prusiano, y no la expresión del entusiasmo nacionalista por una Alemania unida.

Con la constitución del segundo Imperio esto quedó manifiestamente claro: era un imperio federal, en el que los estados constituyentes conservaban sus monarquías y un considerable poder en los asuntos internos, mientras que la política exterior y la guerra se consideraban áreas de competencia nacional. La estructura política era en esencia una pirámide de tres capas. La capa inferior, el parlamento o *Reichstag*, era elegida directamente por sufragio masculino universal a través de un voto secreto; a pesar de su aparente carácter democrático, los diputados parlamentarios tenían en la práctica muy poco poder y lo único que podían



hacer era desahogarse expresando sus opiniones, sin mencionar el hecho de que la inexistencia de un sueldo parlamentario impedía a todo aquel que careciera de medios propios convertirse en representante del parlamento. En definitiva, como apuntaría más tarde el sociólogo alemán Max Weber, todo aquel que aspirara a ejercer algún poder real desdeñaría el parlamento: aunque el Reichstag tenía derecho de veto, la legislación emanaba del Consejo Federal o Bundesrat, que constituía la capa media y estaba formado por delegaciones de cada estado. Al ser el estado más grande, Prusia tenía de hecho poder de veto en el Consejo Federal, y podía bloquear cualquier medida o enmienda constitucional que considerara contraria a sus intereses. Pero la verdadera concentración de poder se hallaba en unas pocas manos situadas en la cima de la pirámide: el emperador, el canciller, los ministros, los oficiales de rango superior y las figuras destacadas del ejército. Nominalmente, el emperador –o su canciller, dependiendo del carácter de cada uno– tenía una gran autoridad, pero un vacío de poder (como en el caso de un emperador y un canciller débiles) llevaría de hecho al gobierno de la administración. El ejército tampoco era plenamente responsable: en principio, el ministro de defensa debía rendir cuentas –por lo menos en ciertas cuestiones– al Reichstag, pero el equivalente prusiano no tenía que responder frente al Reichstag de todo lo relacionado con el mayor contingente de las fuerzas armadas, el ejército prusiano. En 1883, el Reichstag perdió el ya escaso control de los asuntos militares que había tenido a través de su presupuesto, y a partir de ese momento –en una situación que se mantendría hasta la Primera Guerra Mundial y se prolongaría hasta bien entrado el siglo XX–, el ejército alemán jugaría un papel muy ambiguo, y a la larga fatal, en la política de su país.

Bismarck había creado esta constitución para garantizar su poder y el de Prusia, pero, a la hora de la verdad, demostró no estar demasiado comprometido con la misma; más tarde, cuando dejó de resultarle útil, incluso consideró la posibilidad de deshacerse de ella. La mirada retrospectiva nos permite asimismo apreciar que Bismarck, la fuerza motriz que impulsó la unificación de Alemania, dejó al futuro un legado muy problemático.

Alemania bajo Bismarck

El periodo se inició con unos años de intensa actividad económica, caracterizados por un gran auge especulador, la fundación de nuevas compañías y empresas y la rápida expansión de la construcción de ferrocarriles y demás proyectos de obras públicas. Tras la reforma monetaria de 1871, comenzó a circular una gran cantidad de papel moneda, además del dinero que fluía a la economía gracias al rápido pago de las reparaciones por parte de Francia, pero la burbuja de lo que se conocía como el *Gründerzeit* (el periodo de los «fundadores») estalló en 1873, cuando una pérdida de confianza provocó una inevitable crisis económica. A partir de ese momento, se rechazaron las políticas de libre comercio, sostenidas por los liberales bajo la influencia de Rudolf von Delbrück, en favor de un proteccionismo cada vez mayor. Con la llegada de la depresión empeoraron las condiciones económicas de muchos alemanes; enfrentados a la competencia del trigo extranjero barato, así como de los productos manufacturados, tanto los industriales como los terratenientes empezaron a exigir la creación de tarifas aduaneras, consolidándose en 1879 la transición al proteccionismo, con la introducción de aranceles y un aumento de los impuestos indirectos. Los liberales aparecían cada vez más

divididos, pero en la década de los ochenta nació –aunque no sin tensiones y fricciones en su desarrollo– una coalición conservadora de intereses agrarios e industriales, que dominaría la Alemania imperial hasta bien entrado el siglo XX.

La crisis de 1873 estimuló asimismo un renacimiento del antisemitismo en Alemania. Existía una larga tradición de hostilidad popular contra los judíos y de denigración de los judíos orientales, considerados «inferiores», pero, gracias al proceso de asimilación vivido en el siglo XIX, algunos de ellos habían alcanzado posiciones destacadas en la sociedad alemana, distinguiéndose sobre todo en la esfera de la banca: el mismo banquero de Bismarck, Bleichröder, era judío, mientras que nombres como el de Rothschild estaban adquiriendo fama internacional. Los bancos grandes sobrevivieron a la bancarrota de 1873, inaugurando así una era de capitalismo financiero a gran escala, y los judíos, particularmente, se ganaron la enemistad de aquellos individuos de clase media-baja y empresas pequeñas que habían sufrido pérdidas económicas. Además, el antisemitismo estaba consiguiendo un barniz de respetabilidad intelectual gracias a destacados académicos, como por ejemplo el profesor von Treitschke, un historiador nacionalista. Estos puntos de vista no eran exclusivamente alemanes –existían en esa época famosos teóricos raciales ingleses y franceses–, pero iban a crear un ambiente favorable a las formas más violentas de antisemitismo político que se desarrollarían más tarde.

El proceso de alejamiento del liberalismo que se produjo en la década de los setenta estaba relacionado con la resolución de la llamada *Kulturkampf* (más o menos, la «lucha cultural» contra lo que se consideraba superstición), una desacertada campaña a la que Bismarck llegó por una combinación de factores y que enfrentó al Estado con la iglesia católica. En 1870, el Primer

Concilio Vaticano había declarado la doctrina de la infalibilidad del papa; las disensiones entre los católicos alemanes dieron lugar a la injerencia inicial del Estado en los asuntos de la Iglesia, pero consideraciones políticas ajenas al tema en cuestión no tardaron en crispar la situación. Bismarck consideraba que el partido católico del Centro (constituido en diciembre de 1870 para proteger los intereses católicos en la «pequeña Alemania», predominantemente protestante tras la exclusión de Austria) protegía a toda una serie de oponentes del Imperio, y su apoyo al papa fomentó la idea de que Alemania no ocupaba el primer lugar en su lista de lealtades; además, las actividades de la iglesia católica en Polonia parecían estar reforzando el nacionalismo polaco y avivando una situación ya inestable en los territorios orientales del Imperio. Así, tras afirmar que los enemigos exteriores estaban recibiendo ayuda de un «enemigo interior», Bismarck lanzó un ataque sostenido y generalizado contra el catolicismo. Entre 1871 y 1876 se promulgaron medidas para permitir un mayor control estatal de la formación y nombramiento de clérigos, así como de su educación, y para prohibir las actividades de los jesuitas en Alemania; en Prusia, muchos curas y obispos que se enfrentaron a la legislación anticatólica fueron hechos prisioneros o expulsados, pero el partido del Centro, irónicamente, consolidó su apoyo como resultado de estos ataques contra el catolicismo, doblando en 1874 su voto popular. Con escasas excepciones (como por ejemplo Eduard Lasker), los liberales se olvidaron de la libertad de pensamiento, uno de sus principios básicos, y apoyaron las medidas anticatólicas de Bismarck, pero a finales de la década de los setenta, al pasarse a una política económica más proteccionista y conservadora, Bismarck consideró conveniente romper sus vínculos con ellos. Dado que el partido católico del Centro tenía

ahora una gran fuerza numérica en el Reichstag, Bismarck buscó una aproximación al líder católico Windthorst, lo que llevó a la conclusión en 1879 de la Kulturkampf. Fue éste un curioso episodio que obtuvo escasos resultados desde cualquier punto de vista, si se exceptúa la consolidación del partido del Centro, que se iba a convertir en un elemento importante y relativamente estable de la política alemana durante muchas décadas (y que, bajo la forma diferente y aconfesional de la CDU, iba a presidir en la posguerra la fundación de la nueva Alemania).

El nuevo conservadurismo de la década de los ochenta se vio acompañado por una estrategia de dos vías en relación con el socialismo y la clase obrera. Tras el congreso de 1875 en Gotha, el partido Socialdemócrata Alemán (SPD) unificado había ido ganando fuerza; seguía siendo pequeño, pero para Bismarck constituía una amenaza creciente, al considerar a los socialistas como uno más de los «enemigos del Imperio» (*Reichsfeinde*). En 1878, tras dos atentados contra la vida del emperador (en absoluto relacionados con el SPD), Bismarck consiguió que el reelegido Reichstag aprobara una ley antisocialista; con ella se prohibían las reuniones, organizaciones y asociaciones, periódicos y revistas socialistas, pero el Reichstag se negó a excluir a los miembros del partido que constituían la representación parlamentaria del SPD. Esta legislación antisocialista (aprobada cada vez por periodos de tres años) se renovó a intervalos hasta que Bismarck abandonó la política, en 1890. El hecho de que a los diputados del SPD se les siguiera permitiendo ocupar sus escaños en el parlamento tuvo como consecuencia no intencionada de la ley antisocialista convertir al socialismo en un fenómeno muy orientado al parlamento, concentrado sobre todo en ganar votos y hacer discursos parlamentarios; así, aunque bastante moderados en la práctica, los socialistas alemanes seguían defendiendo conceptos

bastante revolucionarios, ya que resultaba difícil continuar en la tradición lassalliana de aceptación de un estado fuerte, toda vez que este último negaba al socialismo su derecho a existir. Y, sin embargo, al mismo tiempo que se perseguía políticamente a los socialistas, se estaba promulgando una legislación muy progresista de seguros sociales. El mismo emperador anunció en un discurso en 1881 los planes de Bismarck en este terreno; el seguro de enfermedad se introdujo en 1883, el de accidente en 1884, y el de invalidez y vejez en 1889. Estas medidas de socialismo estatal no eran simplemente el resultado de consideraciones maquiavélicas o de una política de pan y circo por parte de Bismarck: la depresión que había comenzado en la década de los setenta provocó auténtica miseria material, aumentando las diferencias entre pobres y ricos, lo que preocupaba, no sólo a los socialistas, sino a muchos otros miembros de la sociedad alemana. Así, por ejemplo, el Movimiento Social Cristiano (fundado por el pastor protestante Adolf Stöcker, derechista y ferviente antisemita), proporcionó, junto a otras asociaciones benéficas católicas, un empuje adicional a estas medidas. Por lo tanto, mientras con una mano reprimía las actividades políticas de la clase obrera, Bismarck parecía comprarla con la otra a través de las medidas sociales. Los socialdemócratas eran conscientes de ello, pero dudaban de cómo responder ante esta situación; las diferencias entre aquellos partidarios de aceptar las mejoras económicas parciales sin esperar al futuro, y los que insistían en la necesidad de una transformación radical de todo el sistema, continuarían y se exacerbarían en los años posteriores.

La política exterior de Bismarck se basaba esencialmente en el desarrollo de un sistema complejo, pero cauto, de alianzas múltiples con otras potencias europeas, ya que su objetivo era afianzar la posición europea de Alemania sin entrar en otra

guerra. El principal enemigo potencial —frente al que Bismarck exageraba el temor quizá en exceso— era Francia. En un principio, el canciller buscó una alianza entre tres potencias conservadoras, Alemania, Austria y Rusia (la «Alianza de los Tres Emperadores» renovada por otros tres años en 1884), cultivando al mismo tiempo la amistad con Gran Bretaña, pero esta situación se complicó debido a las rivalidades y antagonismos entre Austria y Rusia, cuyas diferencias en el sureste de Europa eran fundamentales. Con el tiempo, se fue haciendo cada vez más difícil mantener el papel de «mediador honesto» desinteresado elegido por Bismarck, y tras el Congreso de Berlín de 1878 —que coincidió con el cambio hacia el conservadurismo en el frente doméstico y, por lo tanto, con la aprobación de impuestos contra la importación de trigo ruso, un factor evidentemente irritante para Rusia—, Bismarck empezó a estrechar sus relaciones con Austria, formando en 1879 la Alianza Dual; tres años más tarde, ésta se ampliaría a una Triple Alianza que incluía a Italia, aunque con ello no se logró del todo reorientar los intereses de esta última. Mientras tanto, la política económica interior alemana de la década de 1880 presentaba a Inglaterra como un rival de mayor peso. A finales de esta década, cambiaron de nuevo las alineaciones, y la amenaza de una guerra potencial con Francia sugirió la necesidad de evitar una alianza entre Francia y Rusia, mejorando una vez más las relaciones con esta última. En 1887, Bismarck cerró el Tratado de Reaseguro con Rusia, aunque la Alianza de los Tres Emperadores entre Alemania, Austria y Rusia no se renovó, ya que de hecho suponía lo imposible: un acuerdo entre rusos y austríacos a propósito de sus intereses en los Balcanes, mutuamente irreconciliables. En 1890, bajo un nuevo emperador, no se prorrogó el Tratado de Reaseguro, y fue entonces cuando el complejo juego malabar de Bismarck en Europa se vio sustituido

por una política exterior más agresiva, expansionista e imperialista que culminaría finalmente en la Primera Guerra Mundial. Siempre quedará la duda de si las tensiones y fuerzas que sostenían el sistema de Bismarck podrían haber sido mantenidas durante más tiempo.

En marzo de 1888, el emperador Guillermo I moría a la edad de noventa y un años, y su hijo Federico III, que le sucedió, le siguió en junio del mismo año, de un cáncer de garganta; su puesto fue a su vez ocupado por su hijo, Guillermo II, de veintinueve años. Bismarck había visto durante la década de los ochenta cómo aumentaban los problemas a los que tenía que enfrentarse, y había incluso considerado la posibilidad de echar abajo la constitución que él mismo había creado, pero, en vez de cambiarla, Bismarck descubrió que dos características de la misma contribuyeron a provocar su caída: una era la excepcional relación entre canciller y emperador, y los considerables poderes de este último, mientras que la segunda era la fuerza del ejército. El nuevo y joven emperador tenía ideas sociales y aspiraciones políticas que no coincidían con las del anciano Bismarck: estaba, por ejemplo, decidido a permitir que el Tratado de Reaseguro con Rusia venciera, y también estaba en profundo desacuerdo con el plan de Bismarck para provocar una crisis constitucional a propósito de un proyectado reforzamiento de la legislación antisocialista, que permitiría a Bismarck introducir, incluso por la fuerza si fuera necesario, reformas constitucionales. El ejército —esencial para esta última estrategia— se negó a apoyar los planes de Bismarck, y exhortó a Guillermo II a destituir al eminente canciller. En 1890, a la edad de setenta y cinco años, Bismarck presentó su renuncia pero, a diferencia de ocasiones anteriores, cuando la amenaza de la dimisión le había permitido salirse con la suya, el nuevo emperador vio la oferta no como una amenaza sino como



26. Una selección de viñetas de la época relativas a Bismarck.

una oportunidad: Guillermo II estaba deseando que Bismarck abandonara su puesto y, de acuerdo con la visión simbólica de una caricatura muy difundida, el anciano timonel fue arrojado por la borda del barco alemán.

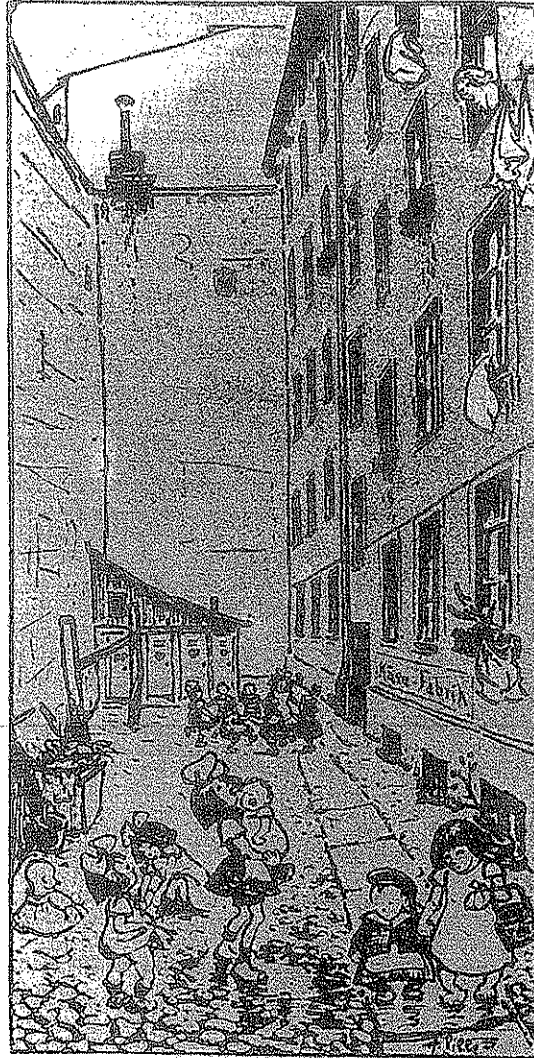
Bismarck dejó a Alemania un legado muy ambiguo. Por un lado, había llevado a cabo la unificación de un estado nacional, la pequeña Alemania dominada por Prusia, que demostraría ser una poderosa fuerza económica y política a nivel europeo y mundial; pero, por otra parte, el estado que había configurado poseía unas características autoritarias, y estaba plagado de tensiones políticas y sociales, que saldrían a la luz en la era del imperialismo posterior a la caída de Bismarck.

Sociedad y política en la Alemania guillermina

Existen varios factores que permiten describir la Alemania guillermina: una rápida industrialización, el ascenso constante del SPD, símbolo de un creciente enfrentamiento social, y las alianzas políticas inestables, con una política de grupos de presión cada vez más importantes. A la cabeza de esta configuración se encontraba el emperador Guillermo II, un hombre de escasas aptitudes políticas y numerosos problemas de personalidad, rodeado e influido por una pequeña corte de consejeros. Esta Alemania acabaría jugando un papel fundamental en el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial y en la precipitación de su propia caída; las tensiones sociales de las que nunca se había visto libre no se resolvieron en el régimen posterior, la República de Weimar, y, bajo formas nuevas, tuvieron una intervención destacada en el ascenso final de Hitler.

En el periodo comprendido entre 1871 y el estallido de

la Primera Guerra Mundial en 1914, Alemania experimentó una serie de cambios que transformaron su carácter de forma radical. Desde el punto de vista demográfico, se produjo un aumento en la población de casi tres cuartos, pasando de 41 millones de habitantes en 1871 a 67,7 millones en 1914, mientras que en la vecina Francia sólo creció de 36 millones a 40. Igualmente asombroso fue el rápido desarrollo de ciudades y pueblos en la Alemania imperial, engrosados por una población joven y móvil que abandonaba el campo en busca de nuevas oportunidades en los centros industriales. Berlín, la capital metropolitana, se expandió velozmente, combinándose en ella los elaborados y ostentosos edificios burgueses con los bloques de pisos construidos a toda prisa, en los que tenebrosos patios constituían los únicos lugares de recreo para los grupos de niños menesterosos de la clase obrera; si bien algunos proyectos (por ejemplo, los patrocinados por firmas como Siemens) proporcionaban a los trabajadores alojamientos adecuados, la mayoría sólo tenía acceso a tugurios. A pesar de un periodo bastante prolongado de inestabilidad económica y crisis frecuentes, que no se superó hasta finales de la década de los noventa, la Alemania imperial vivió una segunda ola de industrialización relativamente rápida, multiplicándose por cinco su producción de artículos manufacturados en un periodo en el que la de Inglaterra sólo se duplicó. En esta época se pasó de las industrias más antiguas —hierro, carbón e ingeniería pesada— a las nuevas empresas químicas y eléctricas, destacando por su importancia el aumento en el uso de la electricidad. El crecimiento de Alemania contrasta con el proceso de industrialización, más lento y prolongado, de Gran Bretaña, donde la existencia de gran cantidad de pequeñas empresas familiares, que competían entre sí, iba asociada a la convicción de que el Estado no debía intervenir en



27. Caricatura sobre la vida de la clase obrera, obra del artista berlinés Heinrich Zille. El texto se podría traducir aproximadamente como: «¡Mamá, Fritz está empapado! —¡Pues cuélgalo al sol para que se seque!» (Resulta casi imposible reproducir en español los matices del alemán de Berlín.).

un mercado supuestamente libre: en Alemania, el Estado intervino de forma considerable, y un reducido número de grandes bancos inversores, como por ejemplo el Deutsche y el Dresdner, jugaron igualmente un papel destacado. Otra diferencia con Inglaterra fue la creciente concentración económica y la monopolización en forma de cárteles: éstas eran organizaciones de empresas con una producción similar, interesadas en fijar precios y determinar las condiciones de producción y comercialización, y su número aumentó rápidamente, pasando de 8 en 1875 a aproximadamente 3.000 hacia 1920.

Las divergencias en los historiales económicos de Gran Bretaña y Alemania eran consecuencia de las diferencias en sus estructuras de clase. Así, mientras en Gran Bretaña los intereses de industriales y terratenientes se habían ido combinando en un proceso lento y gradual, en Alemania la separación entre las distintas categorías había sido históricamente más marcada: la vieja clase hacendada de los junker seguía dominando la política prusiana a través del sistema electoral de las tres clases (no habiéndose vuelto a trazar, además, nuevas fronteras en las circunscripciones que tuvieran en cuenta la rápida urbanización, lo que favorecía en gran medida a las zonas rurales, escasamente pobladas y dominadas por los junker), y a través de Prusia, los junker dominaban el Reich. No obstante, la aparición de la sociedad industrial aumentó la desproporción entre el poder político que los junker seguían ejerciendo y su posición económica, en cierta decadencia. Había que encontrar un equilibrio entre los intereses de las élites agrarias y los de los distintos sectores industriales (que no solían coincidir, dado que algunos apoyaban políticas más proteccionistas que otros); además, el rápido crecimiento de una nueva clase obrera industrial en Alemania —víctima en parte de un cierto choque cultural en la

transición desde el campo a la vida de las fábricas en las ciudades—fomentó el desarrollo de los sindicatos y del SPD: este último aprobó en Erfurt, en 1891, un curioso programa en el que se combinaban unos principios bastante revolucionarios (redactados por Karl Kautsky) con un proyecto moderado (obra del revisionista Eduard Bernstein), y a partir de 1905 se fue transformando en un partido cada vez más burocrático, abrumado por las tensiones y las disputas sobre la estrategia, los objetivos y las tácticas. A pesar de todo, en 1912 pasó a ser el partido más grande del Reichstag.

No existe unanimidad sobre si el SPD contribuyó realmente a la integración de los miembros de la clase obrera en la sociedad guillermina, proporcionándoles un nicho cultural y social. El SPD estableció gran cantidad de asociaciones culturales, sociales y deportivas, dedicadas al canto, la gimnasia, el ciclismo, las excursiones y el ajedrez, así como a la educación y el desarrollo personal; estas actividades eran con frecuencia «burguesas» y «revolucionarias» a la vez, tanto en significado como en contenido, como ilustra por ejemplo la elección de la música clásica junto a las canciones revolucionarias. No obstante, hay que señalar también que el SPD no englobaba a toda la clase obrera alemana: hubo obreros católicos que, al trasladarse a las ciudades, cambiaron sus lealtades del partido del Centro al SPD, mientras otros siguieron fieles al Centro; los obreros emigrantes polacos apoyaban por lo general las asociaciones nacionales polacas, y algunos miembros del «Lumpenproletariat», ni organizados ni integrados en la Alemania imperial, se burlaban de las leyes y convenciones llevando vidas de violencia, perversión y pequeños robos. A pesar de que la clase obrera alemana se había desarrollado más deprisa, y más tarde, que la británica, era menos homogénea y de cultura más variada que esta última; de hecho, la sociedad guillermina ha sido descrita

por un sociólogo holandés como «pilarizada»: cada «pilar» estaba constituido por múltiples «entornos» socioculturales diferentes, cada uno de los cuales determinaba la política, sindicación, actividades culturales, inclinaciones religiosas (o de otro tipo), ritos de paso (rituales del ciclo vital), tiempo de ocio y aspecto general de los individuos pertenecientes a esta subcultura determinada. Pero las élites de la Alemania imperial no eran por lo general capaces de apreciar las sutiles distinciones sociológicas, y se limitaban sencillamente a temer la amenaza de la revolución desde abajo, sin examinar en profundidad los auténticos objetivos y la capacidad de acción de los distintos sectores del proletariado alemán.

Las cambiantes configuraciones socioeconómicas de este periodo nos proporcionan claves básicas para la interpretación de los acontecimientos políticos. A pesar de que el porcentaje de apoyo del partido del Centro se había estabilizado, éste no podía aspirar a mejorar su posición política sin abandonar sus vínculos específicos con el catolicismo; por lo tanto, siguió siendo un factor importante y esencialmente constante en la política de la época, aunque no en condiciones de tomar iniciativas decisivas. Los liberales, por su parte, seguían divididos entre los nacional liberales, más de derechas, y los progresistas, de tendencia centroizquierdista; dentro de cada uno de estos campos existían ulteriores disensiones y divisiones, no sólo con respecto a cuestiones puntuales del momento, sino en términos generales, sobre la orientación del sistema político en su conjunto. Durante los siglos XIX y XX, el apoyo a los partidos liberales se estancó (con algunas fluctuaciones), pero el apoyo a los conservadores disminuyó de un modo más radical, y los cambios en la estructura social supusieron en ocasiones su desaparición sin más; su respuesta a este proceso fue la adopción de una postura cada vez más agresiva, derechista, nacionalista y

antisemita, en un intento por atraerse a los simpatizantes de los pequeños partidos extremistas, muy numerosos sobre todo en la década de los noventa. En semejante contexto, dominado por los partidos políticos, resultaba muy difícil alcanzar coaliciones de gobierno viables, o llevar a cabo programas coherentes.

El gobierno de Caprivi (1891-94) intentó tomar un «nuevo curso» y conciliar a una serie de grupos de presión, entre los que se contaban desde los socialistas hasta las minorías étnicas y los católicos, pasando por los empresarios. Se permitió la prescripción de las leyes antisocialistas y se extendió la legislación sobre beneficios sociales (incluida la regulación de las condiciones laborales y la limitación del trabajo infantil y en domingo); se crearon juzgados para arbitrar las disputas industriales y se presentó un proyecto financiero que proponía un sistema impositivo progresivo: todo esto, que resultaba insuficiente para los socialistas, enfurecía a los conservadores. Los tratados comerciales firmados entre 1891 y 1894 resultaron más beneficiosos desde el punto de vista de algunos empresarios, que consiguieron importantes mercados gracias a la reducción de los aranceles, pero a su vez no gustaron a los conservadores, que representaban los intereses de los terratenientes, productores de trigo: ello les llevó a organizar la Liga Agraria (*Bund der Landwirte*), cuya existencia les permitía actuar como poderoso grupo de presión a favor de los intereses del campo. El gobierno de Caprivi se hundió de forma definitiva como consecuencia de un intento de reforma en el ejército. Tras una derrota parlamentaria en 1892, y la posterior aprobación de un programa de compromiso con una reducida mayoría en un Reichstag reelegido, el mismo Caprivi acabó siendo víctima de toda una serie de intrigas, en medio de una atmósfera política muy enrarecida en la que incluso el emperador llegó a sentir

la tentación de dar un golpe de estado. En 1894, Caprivi se vio obligado a dimitir.

El gobierno Hohenlohe que controló el país de 1894 a 1900 representaba sobre todo los intereses industriales, y era de tendencia antisocialista; también fue testigo de la reinstauración de la famosa «alianza del centeno y el acero», en la que se llegó a compromisos entre las élites agrarias e industriales. Fue durante este periodo cuando se desarrolló el concepto de una «integración negativa de las élites»: el ministro prusiano de economía, Miquel, utilizó la frase *Sammlungspolitik* en 1897 para indicar la reunión de diferentes grupos de presión al objeto de alcanzar un consenso. En una «solidaridad de intereses» más bien negativa, los agricultores y distintos sectores empresariales intentaron aunar sus diferencias y juntarse contra la amenaza de un enemigo común, que se adivinaba por debajo. El gobierno Hohenlohe también marcó el comienzo de una política internacional más agresiva, en la que destacó la fundación de la Liga Naval en 1898, tras el nombramiento del almirante von Tirpitz como ministro de Marina en 1897; esta liga constituía, junto a la Liga Pangermánica (*Alldeutscher Verband*) creada en 1893, un importante grupo de presión que recibía considerable apoyo financiero por parte de industriales como Krupp y Stumm. Tirpitz sostenía que Alemania necesitaba una rápida expansión de la marina, no sólo como fuerza disuasoria, sino también para competir con Gran Bretaña, la destacada potencia naval; aunque las colonias alemanas no eran muy importantes comparadas con las de Inglaterra, se puso mucho empeño en suscitar el fervor popular en favor de una flota alemana, elemento cuyo peso aumentaría en la política interna con el cambio de siglo.

Hohenlohe se retiró en 1900 tras una serie de crisis y fue sustituido por Bülow, que gobernó hasta 1909. Con él se

restablecieron algunos tratados comerciales, al tiempo que se aumentaban determinados aranceles, tratando así de equilibrar los intereses agrícolas e industriales; la nueva ley de aduanas de 1902 favorecía a los productores de trigo del Elba oriental, ya que prácticamente eliminaba la importación de trigo ruso barato, pero con ello perjudicaba a los consumidores: para conciliar a la clase obrera, que dependía en gran medida del pan, se reinstauraron entonces algunas de las leyes de seguridad social. Al mismo tiempo, se recurrió al «imperialismo socialista», con lo que se pretendía provocar el entusiasmo y ardor populares en favor de la flota y las aspiraciones alemanas al poder mundial, pero, tras una breve recuperación de la economía a partir de 1897, en 1903 comenzó una nueva recesión. La reconciliación de las diversas políticas resultaba cada vez más difícil, sobre todo en relación con el creciente gasto del programa de construcción de la marina; los déficits presupuestarios empeoraban, pero los conservadores se negaban a subir los impuestos, y las dificultades de Bülow para lograr coaliciones parlamentarias viables aumentaban. Por ello, en 1907 abandonó el partido del Centro y, aun a costa de alarmar a los conservadores, consiguió formar —aunque por poco tiempo— el «bloque de Bülow», que incluía a los liberales de izquierdas. En 1908, el emperador realizó unos comentarios fuera de lugar, alterando con ello las relaciones exteriores y originando lo que se conoció como el «episodio del Daily Telegraph»; los parlamentarios no lograron en esta ocasión reconciliar sus diferencias y unirse en contra del emperador, y Bülow tuvo que dimitir en 1909 al deshacerse su bloque por la cuestión de la reforma financiera.

El sucesor de Bülow fue Bethmann Hollweg, que demostró ser completamente incapaz de conseguir una base parlamentaria estable, por lo que su gobierno tuvo que apoyarse en el emperador,

el ejército y la administración; la flota seguía provocando continuas crisis financieras. Tras el aumento masivo del voto socialista (en parte como resultado de un pacto electoral con grupos progresistas), el SPD se convirtió en 1912 en el partido mayoritario del Reichstag; pero, dado que el partido socialista y los partidos burgueses se negaban a colaborar, se alcanzó un punto muerto en el parlamento, lo que incrementó aún más el papel del ejército y el emperador en los procesos de toma de decisiones: las consecuencias de esta tendencia en la política exterior no tardarían en hacerse evidentes.

Los historiadores han discutido acaloradamente sobre cómo se debe interpretar la economía, la sociedad y la política en la Alemania imperial. Los estudiosos alemanes de mayor edad y con inclinaciones nacionalistas solían elogiar la unificación alemana y hablar de alta política, pero en los últimos años la atención se ha centrado más en las tensiones sociales y económicas, destacando la gran contribución del trabajo (publicado por primera vez en 1973) deliberadamente provocativo de Hans-Ulrich Wehler; en él se hace especial énfasis en el control de Prusia —y por tanto de la Alemania dominada por Prusia— por parte de las élites «feudo-aristocrático-militares», resaltando sus técnicas para mantener el poder frente a rápidos cambios sociales: desde la simple represión hasta el adoctrinamiento y la desviación hacia el aventurerismo imperialista, pasando por la manipulación y la división de la oposición. El concepto de la «integración negativa» en el compromiso entre diferentes élites y la identificación de enemigos comunes subversivos (sobre todo socialistas y judíos) ha ganado terreno entre los historiadores, si bien recientemente algunos han empezado a poner en duda este cuadro esencialmente funcional, de arriba abajo, sosteniendo que no presta la suficiente

atención a aquellos situados por debajo, a los que supuestamente se adoctrinaba y sometía con tanta facilidad. Se requiere un estudio más profundo para comprender las variedades de la cultura de la clase obrera —en parte deferente, en parte subversiva, en parte opositora, en parte genuinamente nacionalista y patriota—, así como para explicar las divisiones y vacilaciones de los liberales alemanes. Además, se ha señalado que el tipo de enfoque de Wehler tiende a atribuir a las élites una unidad de propósito y una conciencia clarividente de lo más adecuado para sus intereses a largo plazo, independientemente de las diferencias a corto plazo, que probablemente no tuvieron nunca; los distintos gobiernos y coaliciones cambiaron de táctica y saltaron con frecuencia de una a otra, y resulta difícil sostener la continuidad de la *Sammlungspolitik* de Miquel de finales de la década de los noventa a lo largo de los distintos gobiernos que llevaron hasta la Primera Guerra Mundial. Sin duda habrá que desarrollar un cuadro más individualizado de las inestabilidades de la Alemania imperial, en el que se incluyan una amplia gama de factores, pero resulta igualmente evidente la existencia de determinadas características estructurales del sistema sociopolítico, que jugaron un papel esencial en la forma en que finalmente acabaría hundiéndose.

La cultura en la Alemania imperial

La vida cultural de la Alemania imperial estaba compuesta por toda una serie de tendencias muy diferentes, y con frecuencia enfrentadas. Por un lado existía la cultura «oficial», más bien pomposa y recargada: la cultura de una sociedad recientemente unificada que buscaba representar sus aspiraciones a una posición

de gran poder, no sólo en la esfera política sino también simbólicamente, a través de estatuas ecuestres de héroes nacionales y de la construcción de edificios grandiosos, decorados con un mobiliario voluminoso y sólido y pesados cortinajes. A la mezcla de sentimentalismo y heroísmo de esta cultura se oponían desde muy distintas perspectivas reacciones más críticas frente a la vida moderna; así, por ejemplo, los novelistas realistas se dedicaban a describir las tensiones y conflictos que la ostentosa fachada de la vida burguesa ocultaba: a este grupo pertenece Theodor Fontane, que en sus libros revela los dramas personales y las crisis familiares encubiertos por las convenciones sociales en una sociedad en proceso de cambio, mientras que una de las primeras novelas de Thomas Mann, *Los Buddenbrook*, registra la degeneración de una familia burguesa del norte de Alemania a lo largo de las generaciones. Thomas Mann captó las complejas transformaciones que se produjeron en la vida social y económica de Alemania entre 1835 y el final de la década de los setenta, y, a pesar de apoyarse firmemente en las técnicas de la novela del siglo XIX, *Los Buddenbrook* anticipa en la figura del último Buddenbrook varón, Hanno, el rechazo del mundo práctico tan común en la novela del siglo XX. La obra de Mann, que abarca todo el periodo hasta el Tercer Reich, supone a la vez un poderoso comentario y un reflejo de las tensiones de una existencia artística en la Alemania imperial y posterior a 1918, mientras que dramaturgos como Hauptmann pusieron de manifiesto el aspecto trágico de la existencia humana en una sociedad materialista. No sólo los escritores imaginativos, sino también los pensadores sociales, exploraron las implicaciones para la personalidad y la vida familiar del conjunto de cambios que se estaban produciendo, en el paso de lo que se veía como una «comunidad orgánica», tradicional, a una «sociedad»

más alienante e individualista (la distinción entre *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*); no obstante, existía sobre todo una especial fascinación por las implicaciones de la vida sin raíces en la ciudad moderna. También en las artes visuales surgieron movimientos críticos. Los conceptos oficiales de lo que resultaba aceptable en arte se vieron desafiados por el movimiento «secesionista», desarrollándose a finales del siglo XIX y principios del XX nuevos enfoques, tales como el impresionismo y el expresionismo; incluso en arquitectura y diseño de interiores, el estilo *Jugendstil*, más elegante, aligeró la elaborada pomposidad de los estilos predominantes. Se puede afirmar sin temor a equivocarse que mucho de lo que más tarde llegaría a conocerse como la «cultura de Weimar» tuvo su origen en la Alemania de la preguerra, sobre todo en los cambios ocurridos a final de siglo.

Una diversidad semejante se puede apreciar en la forma de ocupar el ocio y en la cultura popular. Por un lado, muchos miembros de la burguesía adoptaron determinados modales y costumbres aristocráticas; su máxima aspiración era pertenecer al cuerpo de reserva de oficiales del ejército y conseguir, a ser posible, la categoría que proporcionaba una cicatriz de duelo (aunque se han exagerado conceptos como el de la «feudalización de la burguesía»). Pero, por otro, el movimiento juvenil se sacudió literalmente las represiones y coacciones de una rancia existencia burguesa. Los miembros de los *Wandervögel* («pájaros errantes») se vestían con ropas deportivas amplias y cómodas y se dedicaban a realizar excursiones y acampadas por la campiña, cantando y tratando de adoptar un estilo de vida lo más natural posible; estos grupos, aun mostrándose críticos con la política oficial (despreciando sobre todo la política parlamentaria de partidos) y el sistema de educación establecido, solían ser no sólo muy nacionalistas,



28. Lo último en la moda femenina para montar en bicicleta, como aparece en *Die Gartenlaube*, una popular revista de clase media.

sino al mismo tiempo antimaterialistas y antisemitas, dado que en la sociedad moderna se identificaba a los judíos con la burda acumulación de dinero. El movimiento *Wandervögel* fue en general burgués y antimarxista, contrastando por lo tanto también con otras formas de cultura juvenil, como las de la clase obrera y el SPD.

El periodo central del siglo XIX se había caracterizado por un cierta visión positivista, una fe extendida en las leyes científicas y la inevitabilidad del progreso, evidente por ejemplo en las teorías evolucionistas de Darwin; incluso la teoría marxista estaba marcada por algunas suposiciones muy propias del siglo XIX, relacionadas con las leyes históricas de la sociedad y el progreso social, pero en el pensamiento de finales de este siglo y principios del XX empiezan a aparecer nuevas incertidumbres. Los escritos de Nietzsche tuvieron un impacto ambiguo y prolongado, influyendo directamente en estudiosos como Weber y dando lugar a falsas interpretaciones más tortuosas, como las de los «teóricos» del nacionalsocialismo, mientras que los dramas musicales de Wagner —que todavía reflejaban el impulso del romanticismo de principios de siglo— retomaron temas medievales (los *Meistersinger*, el *Ring*) para explorar algunas de las tensiones más profundas del siglo XIX; por supuesto, la Alemania nazi también se apropió y adaptó a sus propios fines la fascinación de Wagner por la herencia medieval. Hacia principios del siglo XX empezó a penetrar en el pensamiento social un nuevo pesimismo cultural, así como una inclinación por lo irracional, lo reprimido y lo inconsciente; las teorías sobre la personalidad y las técnicas de psicoanálisis que Sigmund Freud estaba desarrollando en Viena tendrían un profundo impacto en los europeos y americanos del siglo XX, y en la forma de estos de percibir su existencia, y nociones como represión, neurosis, desluz freudiano o complejo de Edipo han entrado a formar parte del

lenguaje cotidiano. En el campo del pensamiento social y político, estudiosos como Simmel, Tönnies y Troeltsch elaboraron toda una serie de conceptos y teorías al objeto de interpretar los cambios radicales que observaban en la sociedad de la época, mientras que la obra enciclopédica de Max Weber representa un extraordinario intento de explorar y explicar los caminos de la historia occidental, de un dinamismo único comparados con modelos de sociedad y cultura de otras zonas del mundo; y al tratar, como ha expresado un comentarista, de salvar la distancia entre el positivismo científico y un idealismo más historicista, al elaborar generalizaciones que daban cabida a los significados y motivaciones humanas, Weber creó sin duda una forma más moderna de teoría social que la de los ambiguos escritos de Marx, en los que éste no conseguía resolver las tensiones entre las leyes históricas y las acciones humanas. Para poder abarcar y explicar modelos de historia universal, además de explorar en detalle la dinámica de su propia sociedad, Weber desarrolló un conjunto de conceptos sociales y políticos y una metodología explícita de análisis y comparación que, a pesar de todas las críticas a las que ha sido sometida con posterioridad, posiblemente no haya sido superada nunca en amplitud, erudición y riqueza de sugerencias.

Política exterior y la Primera Guerra Mundial

No hay duda de que lo más influyente en las interpretaciones de la Alemania guillermiana es el hecho de que culminara en, y se hundiera como resultado de, la Primera Guerra Mundial. Las disputas sobre las causas de esta guerra son tan viejas como

la misma guerra. El Tratado de Versalles de 1919 hacía recaer sobre Alemania, en la vergonzosa cláusula de «los culpables de la guerra», la principal responsabilidad, y si bien en las décadas posteriores la búsqueda de los orígenes de la guerra se centró en las relaciones diplomáticas de preguerra entre las grandes potencias, ya en 1928 Eckart Kehr expresaba, en un ensayo sobre la «primacía de la política interior» en la determinación de la política exterior, un enfoque bastante diferente. Este tipo de análisis se resucitó, aunque bajo formas bastante diferentes, en la década de los sesenta, primero como resultado del resurgimiento del concepto de la culpa de Alemania en un controvertido libro de Fritz Fischer, y más tarde en la reinterpretación de la política interior en la Alemania imperial emprendida por estudiosos como Hans-Ulrich Wehler y Volker Berghahn. Probablemente, la mayoría de los historiadores coincidirían ahora con el veredicto de James Joll, afirmando con él que ningún factor por sí mismo basta para explicarlo todo: un enfoque adecuado debe tener en cuenta tanto los factores a largo plazo como los de corto alcance, y abarcar las tensiones internas sociales y políticas, las orientaciones y prejuicios culturales, además de las circunstancias internacionales, los cambios en las alianzas y los choques entre las grandes potencias por intereses de política exterior.

Hay una serie de elementos que resultan importantes a la hora de estudiar el contexto general. En primer lugar está el cambio en la política exterior de Alemania después de Bismarck, ya que su marcha originó una serie de debates entre los defensores de distintas opciones: unos se inclinaban por la noción de una situación de dominio y fuerza en el centro de Europa, mientras que otros, más ambiciosos, aspiraban a alcanzar una posición de poder mundial, y en la última década del siglo XIX y principios del XX, fue

esta segunda opción la que ganó terreno. El imperialismo implicaba consideraciones no sólo políticas, sino también económicas: una potencia en rápida industrialización necesitaba mercados para sus productos manufacturados, así como fuentes de materias primas baratas, y en este sentido tenía que ser capaz de competir también con Gran Bretaña. Había además motivos culturales, como los expuestos por Weber en su discurso inaugural leído en Friburgo en 1895: en él proponía que la cultura alemana debía ser protegida a nivel mundial por una nación estado poderosa. El imperialismo se convirtió entonces, culturalmente hablando, en una situación de hecho, sobre todo en relación con el programa de construcción de la flota.

En segundo lugar estaba la formación de alianzas. El nacimiento de la «Triple Alianza» entre Alemania, Austria e Italia se remontaba a los tiempos de Bismarck (al firmar Alemania un tratado con Austria en 1879 y unirseles Italia en 1882), pero la «Triple Entente» entre Francia, Rusia e Inglaterra se desarrolló a un ritmo más lento. Entre 1891 y 1894, Francia y Rusia llegaron a un acuerdo y, a partir de 1904, Inglaterra empezó a alinearse con ellos (acuerdos con Francia en 1904 y con Rusia en 1907), tras arreglar sus diferencias con Francia en Egipto, Marruecos y el Lejano Oriente, y a la vista de la creciente debilidad aparente de la Rusia zarista, como consecuencia de la derrota frente a Japón en 1904-5 y la revolución de 1905. Los términos de estas alianzas no eran muy precisos, y cada país tendía a actuar en su propio interés en cuestiones concretas: así, por ejemplo, en 1908-9 Rusia no consiguió que británicos y franceses apoyaran su protesta contra la anexión por parte de Austria de las provincias de Bosnia y Herzegovina. No obstante, la alineación de Francia, Inglaterra y Rusia provocó en Alemania el miedo a verse «rodeada» por fuerzas hostiles, lo que aumentó

aún más la importancia de la especial relación mantenida con Austria.

El desarrollo de alianzas estaba relacionado con un tercer factor a tener en cuenta: la carrera armamentista. Había un sentimiento generalizado de que la guerra acechaba, y todos los estados europeos entraron en una carrera que les permitiera estar preparados cuando ésta llegara. Un ejemplo típico era el de la construcción de una flota por parte de Alemania, pero Rusia estaba igualmente ocupada tendiendo vías de ferrocarril como medio de transporte rápido de tropas, además de fabricar armas como otras potencias europeas. Esto no sólo provocó la sensación de que la guerra era inevitable, sino que influyó, particularmente en Alemania, en las consideraciones estratégicas sobre el momento en que debía estallar: así, por ejemplo, algunos informes otorgan un papel clave a un consejo informal de guerra celebrado el 8 de diciembre de 1912 (en el que el canciller, Bethmann Hollweg, no estaba presente). En él, el emperador alemán se manifestó a favor de la guerra «cuanto antes mejor», apoyado por el general Moltke, mientras que Tirpitz mantenía que a la armada le faltaban por lo menos dieciocho meses para estar preparada.

En relación con este hecho, habría que señalar que el canciller alemán, Bethmann Hollweg, aspiraba por lo general a consolidar la posición europea de Alemania por medios pacíficos y moderados, pero su gobierno no gozaba del apoyo popular, dado el punto muerto en que se encontraba el Reichstag, donde grupos como la Liga Pangermánica y la Liga Central de Empresarios Alemanes (*Centralverband deutscher Industrieller*) ejercían una fuerte presión. La prudente posición del canciller se veía cada vez más amenazada, y la noticia de un próximo acuerdo naval angloruso pareció reducir aún más el peso de sus debilitados argumentos. De hecho,

la fragilidad de su situación y la parálisis del sistema político alemán obligaron a Bethmann Hollweg a adoptar nuevas estrategias en el sureste de Europa.

Finalmente, existe la cuestión de cómo estalló realmente la guerra. Se habían evitado con éxito varias crisis: la primera crisis marroquí de 1905, en la que los franceses fueron finalmente apoyados por todas las grandes potencias europeas excepto Alemania y Austria, y una segunda crisis marroquí, seis años más tarde, en la que Alemania y Austria se volvieron a encontrar aisladas. Pero los Balcanes, esa olla hirviente de nacionalismos situada en el sureste de Europa, demostró ser una zona más problemática. Tanto Alemania como Austria y Rusia tenían intereses en ese área, en la que las dos últimas manipulaban diferentes movimientos nacionalistas del imperio otomano, en plena decadencia, mientras Alemania se dedicaba a penetrar económicamente, invirtiendo en proyectos de banca y ferrocarril. Turquía y Austria ya se habían enfrentado a propósito de Bosnia-Herzegovina, y entre 1912 y 1913 hubo varias guerras balcánicas. Resultaba evidente que la situación era inestable; además, esta inestabilidad coincidía con la reorientación de la política británica hacia Europa, dejando a un lado los asuntos imperiales.

La chispa que finalmente hizo estallar la guerra en 1914 fue un incidente que podría haberse solucionado con unas cuantas protestas, y que desde luego no estaba en proporción con la escala de las hostilidades que desató. El 28 de junio de 1914, el archiduque Francisco Fernando, heredero al trono austriaco, fue asesinado por un joven bosnio mientras se encontraba en visita oficial a Sarajevo, la capital de la anexionada Bosnia-Herzegovina. El asesino bosnio estaba apoyado por un grupo de nacionalistas serbios: Austria tenía entre sus planes incorporar a Serbia o convertirla en algún tipo de

estado satélite dependiente, por lo que los nacionalistas serbios colaboraban con los opositores bosnios al gobierno austriaco. Austria dejó pasar algún tiempo estudiando su respuesta a este asesinato; los asesinatos políticos eran bastante frecuentes a finales del siglo XIX y principios del XX, y no provocaban por fuerza una guerra. Austria consultó a Alemania, y el emperador dio de hecho a los austriacos un «cheque en blanco», prometiéndoles el apoyo alemán para cualquier acción austriaca; a la luz de esta garantía, Austria decidió utilizar el incidente como pretexto para lanzar un ultimátum a Serbia, redactado en unos términos imposibles de aceptar, provocando con ello una escalada de las tensiones. El 31 de julio se movilizaron las tropas rusas, lo que fue interpretado prácticamente como una declaración de guerra que requería una respuesta austriaca. Alemania puso entonces en marcha el llamado «plan Schlieffen»: como había que evitar la guerra en dos frentes, Francia debía ser derrotada antes de enfrentarse a Rusia, y para evitar las defensas francesas, las tropas alemanas debían invadir Francia a través de Bélgica. Pero la neutralidad belga estaba garantizada por Gran Bretaña, nación que también tardó un tiempo en estudiar la situación; no obstante, el 4 de agosto ya había llegado a la conclusión de que habría guerra. Así, algunas semanas después del incidente original, los estados europeos decidieron comenzar la guerra que habían estado esperando, y en gran medida alcanzaron esta decisión como consecuencia de la política adoptada por el emperador alemán y sus consejeros militares.

Pero la guerra que lograron no fue sin embargo la que habían esperado o querido. En un principio, el júbilo fue general, y gran cantidad de alemanes marcharon hacia el frente entregados al entusiasmo nacionalista; incluso un número importante de socialistas apoyó el esfuerzo militar, por lo menos oficialmente,

y sólo una minoría de la delegación del Reichstag se opuso a la decisión de aprobar créditos para la guerra. El emperador anunció el final de la guerra civil en el país y el estallido de la «paz civil» (*Burgfrieden*); para los miembros de las élites alemanas, la guerra era claramente una «huida hacia delante», una «solución a los problemas de la paz», un medio para desviar la atención de los problemas internos sin resolver. Los soldados alemanes partían a la guerra entonando canciones patrióticas, felices en el convencimiento de que una victoria rápida les permitiría regresar a casa por Navidades.

En realidad, la Primera Guerra Mundial no fue una guerra corta, al estilo de las del siglo XIX, con una batalla decisiva, un número limitado de bajas y un final rápido de las hostilidades: fue algo prolongado, agotador, caracterizado por los días y semanas que los soldados cubiertos de barro y conmocionados pasaban en las trincheras, en el que los avances no se medían en metros sino en centímetros; las bajas eran muy numerosas y los resultados escasos, como en la batalla del Somme de 1916 que, a pesar del enorme número de pérdidas, acabó en realidad en un punto muerto. La economía alemana no estaba preparada para soportar un conflicto prolongado, y a medida que empeoraban las provisiones de comida y las condiciones de vida, empezó a disminuir la moral en el frente interno: a partir de 1915, hubo motines por la comida, y huelgas importantes a partir de abril de 1917 (mientras en Rusia triunfaba la revolución comunista); surgieron divisiones entre los socialistas alemanes, y el Partido Socialdemócrata Independiente (USPD) se separó del SPD en 1917. Las derrotas en la guerra durante 1916 y las disputas sobre las batallas marinas y submarinas obligaron a Tirpitz a dimitir, y en abril de 1917, tras los ataques de los submarinos alemanes a barcos civiles, Estados Unidos

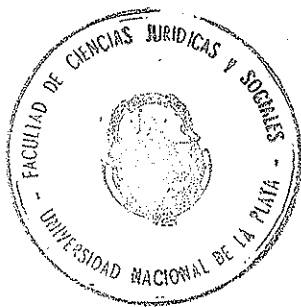
entró en guerra. En julio de 1917, el gobierno de Bethmann Hollweg fue sustituido por lo que en realidad se podría llamar un dictadura militar bajo Ludendorff y Hindenburg (a pesar de la rápida sucesión de dos cancilleres civiles); la mayor parte del pueblo alemán estaba cada vez más cansada de la guerra, y en el Reichstag surgió una coalición por la paz (que anunciaba la posterior coalición de Weimar), pero algunos alemanes seguían albergando grandiosos objetivos anexionistas. En el verano de 1917 se fundó el Partido Alemán del Pueblo (*Deutsche Vaterlandspartei*), de orientación derechista, en apoyo del gobierno militar (un miembro de este partido nacionalista y ultraderechista era Anton Drexler, posteriormente líder del Partido Obrero Alemán, el DAP, anticipo del nazi NSDAP). Los círculos nacionalistas intentaron desviar las críticas de la guerra hacia sentimientos antisemitas, afirmando que la guerra se prolongaba tanto porque los judíos todavía no se habían beneficiado lo suficiente de ella (por supuesto, más tarde se acusaría a los judíos y a los marxistas de «traición», al haber hundido el esfuerzo militar alemán desde dentro cuando el ejército aún no había sido derrotado fuera). A pesar de que a finales de 1917 surgió la posibilidad de una paz moderada, el mando supremo del ejército y los anexionistas no abandonaron sus planes megalómanos, convencidos de que la única forma de resolver los problemas internos y aplastar a los socialistas era obtener conquistas lucrativas en el exterior; el tratado de paz de Brest-Litovsk, impuesto en marzo de 1918 a la Rusia posrevolucionaria, que no tenía fuerzas ni ganas de seguir luchando, dio un cierto impulso a esta teoría, pero, al llegar el verano de 1918, incluso los líderes más ofuscados del ejército eran capaces de ver que la guerra se había perdido.

En Alemania, las clases dirigentes trataron de apropiarse de

la temida revolución por medio de una última «revolución desde arriba»; el mando militar cedió el gobierno a los civiles, y se pusieron en marcha planes para reformar la estructura política, siguiendo las implicaciones de los «Catorce Puntos» del presidente americano Wilson, con la esperanza de conseguir un tratado de paz menos severo, pero, como veremos en el próximo capítulo, en menos de dos meses había estallado la revolución desde abajo, y en noviembre de 1918 se hundió el Imperio alemán, siendo sustituido por la primera república parlamentaria de Alemania.

Las valoraciones de la Alemania imperial siguen siendo ambivalentes. Aunque los historiadores alemanes nacionalistas de mayor edad ensalzan la unificación de Alemania y el momento histórico de la grandeza imperial, resulta evidente que esta configuración socioeconómica, política y cultural estaba llena de contradicciones y tensiones. En la pequeña Alemania dominada por Prusia, la política interior oscilaba de un compromiso a otro, sin llegar nunca a soluciones a largo plazo de cuestiones fundamentales, como la incorporación estable de las masas trabajadoras al sistema político de una sociedad en rápida industrialización, pero dominada todavía por las élites preindustriales. No hay que estar a favor de conceptos como el de la «nación atrasada» o las «peculiaridades de la historia alemana» (el *Sonderweg*), con todos los supuestos teleológicos y evolutivos implícitos en esos puntos de vista, para darse cuenta de que en la Alemania imperial no se consiguió llegar a un equilibrio estable entre los intereses de las diferentes clases; pero su sucesor, la república de Weimar, tampoco lo logró. El fracaso en la resolución de intereses opuestos sociales, políticos y económicos en el contexto de la democracia parlamentaria allanó el camino a un intento más radical de solventar las tensiones domésticas: la abdicación fundamental de las antiguas élites y la cesión del

poder a Hitler y el partido nazi, con la esperanza de que un movimiento de masas demagógico pudiera a la vez incorporar al pueblo y ser manipulado por las élites. Desgraciadamente, esta última vuelta en la espiral de crecientes tensiones demostró ser la más fatídica.



BIBLIOTECA

Democracia y dictadura, 1918-1945

En noviembre de 1918 se proclamó en Alemania una república parlamentaria. La República de Weimar, como llegó a conocerse por la ciudad en la que se desarrolló su constitución, iba asociada a un sistema político progresista, así como a un conjunto de compromisos sociales entre los que se contaba un estado de bienestar bastante avanzado, pero nació de la agitación y la derrota, en condiciones cercanas a la guerra civil; se veía obstaculizada por un duro acuerdo de paz y una economía inestable; estaba sometida de forma constante a ataques procedentes tanto de la derecha como de la izquierda, debido al rechazo de un gran número de alemanes de la democracia como forma de gobierno, y concluyó cuando, poco más de catorce años después de su creación, Adolf Hitler, en su condición de canciller nombrado constitucionalmente, puso en marcha uno de los peores regímenes conocidos de la historia de la humanidad. Inevitablemente, la desastrosa desaparición de la democracia de Weimar ha proyectado una sombra sobre las exégesis de su curso: independientemente de las interpretaciones a largo plazo de la historia alemana, es en la República de Weimar donde hay que buscar las causas inmediatas de la subida al poder de Hitler. Para algunos, la democracia de Weimar estaba condenada desde el principio, mientras que otros dan más importancia a los errores y decisiones individuales durante los meses finales de la república (1932-33), o a los efectos de la crisis económica a partir de 1929; ciertos historiadores subrayan la contribución de

individuos determinados, pero otros acentúan la importancia de las coacciones, los factores estructurales y las limitaciones impuestas a la libertad de maniobra y la capacidad de tomar decisiones, sobre todo en las últimas etapas. Dónde situar la responsabilidad de la subida al poder de Hitler, dadas las consecuencias del régimen nazi, es algo que se seguirá sin duda discutiendo acaloradamente.

Si bien es cierto que los primeros años de la república estuvieron caracterizados por la inestabilidad y la discordia, hubo un periodo de aparente estabilización entre 1924 y 1928; no obstante, las debilidades que se pusieron de manifiesto en los años comprendidos entre 1929 y 1933 no eran puramente fortuitas, un efecto «accidental» de la depresión económica puesta en marcha por la caída de Wall Street, sino que nacían de tendencias, debilidades, tensiones y actitudes ya existentes. Y, sin embargo, esto no predeterminó obligatoriamente el curso que los acontecimientos tomaron en los años finales, ni el resultado concreto del nombramiento de Hitler como canciller, y tampoco existe ningún elemento que por sí solo pueda explicar el ascenso del nazismo: no basta con limitarse a invocar los poderes oratorios de Hitler, ya que la historia del desarrollo y hundimiento de la República de Weimar es muy compleja, y en ella el resultado final fue fruto de la interacción de toda una serie de factores bajo circunstancias históricas muy específicas. En un sentido, esta misma complejidad —a pesar de dificultar la comprensión de la historia— es una bendición, ya que, en respuesta a la frecuente pregunta de «si podría volver a ocurrir jamás», la contestación debe ser que es muy improbable que pueda volver a darse nunca semejante combinación de factores diferentes bajo circunstancias concretas en esa mezcla exacta: siempre que, por ejemplo, han surgido movimientos raciales y de extrema derecha en la Alemania de

la posguerra, lo han hecho en condiciones muy distintas y con implicaciones muy diferentes.

La República de Weimar: sus orígenes y los primeros años

En el verano de 1918, estaba claro incluso para los militaristas y nacionalistas más ardientes que Alemania había perdido la guerra. El intento de desviar las tensiones sociales en el interior hacia aventuras imperialistas en el exterior había fracasado, y la Alemania derrotada iba a tener que enfrentarse a una exacerbación, y no solución, de estas tensiones sociales que habían contribuido a los orígenes de la guerra. Durante el conflicto, se habían agudizado ciertas tendencias previas hacia la concentración de capital, y poderosos cárteles monopolizaban ahora los precios y los mercados, eliminando a los pequeños comercios y comerciantes: la clase media baja se veía más amenazada que antes, los grandes capitalistas más fuertes. Y, sin embargo, también había aumentado el poder de la clase obrera organizada. Con objeto de tratar de evitar huelgas y trastornos de la producción en la movilización económica para la guerra total, la industria y el gobierno habían hecho concesiones a los obreros organizados, mejorando sus condiciones de trabajo y reconociendo a los sindicatos como representantes legítimos de los trabajadores. La introducción de mujeres y jóvenes en áreas laborales de las que hasta ahora habían estado excluidos, debido a la escasez de mano de obra provocada por la guerra, había tenido asimismo como consecuencia una cierta politización de algunos sectores de la población. Desde el punto de vista psicológico, la experiencia de la guerra había cambiado de muchas formas distintas las expectativas y percepciones de la

gente, tanto por los traumas y la desorientación, que dificultaban la adaptación y reincorporación a la vida civil, como por su mayor dependencia del estado, a través de las pensiones y subsidios del mismo.

A medida que se acercaba el final de la guerra, aumentaba la agitación interna en Alemania. Era evidente que la situación iba a tener que cambiar, y no sólo por los «Catorce Puntos» del presidente americano Wilson, donde se señalaba la necesidad de reformas internas en Alemania para negociar un tratado de paz modificado, sino también a causa de las presiones desde abajo, así como por el deseo del ejército de eludir la responsabilidad de una paz «deshonrosa». A finales de septiembre, los líderes militares consideraron oportuno ceder el poder a un gobierno civil, sobre el que pudo entonces recaer la vergüenza de aceptar la derrota; las reformas de octubre no fueron simplemente una «revolución desde arriba», ya que hacía tiempo que los partidos parlamentarios presionaban, con mayor o menor energía, a favor de las reformas. En octubre de 1918, el príncipe Max von Baden fue nombrado canciller, y se introdujeron una serie de reformas constitucionales, entre las que se contaba la reforma del sufragio (incluida la abolición del sistema electoral prusiano de tres clases), la responsabilidad de los ministros frente al parlamento y el control de las fuerzas armadas por el gobierno civil y no la monarquía. De hecho, el emperador Guillermo III aceptó lo que equivalía prácticamente a una monarquía constitucional, pero lo único a lo que se negó —y que podría haber salvado la monarquía en cuanto institución— fue a abdicar en favor de uno de sus hijos. Estas reformas —realizadas con el propósito de mantener la situación hasta el regreso de un gobierno autoritario— se verían sin embargo desbordadas por acontecimientos más radicales.

A finales de octubre, los jefes de la marina ordenaron un último ataque —suicida— contra los ingleses para redimir el honor alemán, y el 28 de octubre se mandó partir a la flota de Wilhelmshaven. Como era de esperar, los marineros en su mayoría decidieron que, en la hora de la derrota alemana, preferían salvar sus propias vidas antes que el honor alemán, y se amotinaron; las demostraciones en Kiel el 3 de noviembre provocaron un motín más generalizado, y en los primeros días de noviembre se extendieron los levantamientos revolucionarios por toda Alemania, desde el norte hasta el gobierno socialista de Kurt Eisner en Baviera, constituyéndose «consejos» de soldados, marineros y obreros para sustituir a los gobiernos locales existentes. El mismo Berlín se convirtió en un centro de agitación donde los enlaces sindicales y los miembros de la USPD debatían sobre la necesidad de un levantamiento armado, idea a lo que se oponían los moderados del SPD. El 9 de noviembre quedó claro que el emperador debía abdicar: el gobierno del príncipe Max von Baden dimitió y Guillermo II —que ya había huido de Berlín— abandonó Alemania y se instaló en Holanda.

En esta situación revolucionaria, tras el colapso del gobierno bajo la presión de la derrota militar, con un estado industrializado dotado de una clase obrera numerosa y políticamente organizada, las condiciones eran sin duda las apropiadas para una revolución marxista clásica, pero, contradiciendo las teorías marxistas, fue en la relativamente atrasada Rusia zarista donde, en 1917, triunfó la revolución comunista, mientras que lo que vivió Alemania entre 1918 y 1919 fueron una serie de patrañas y compromisos, que no satisfacían ni a la derecha ni a la izquierda, símbolo de un legado que comprometería el primer intento de Alemania hacia la democracia. Estos compromisos estaban ya presentes en los acuerdos a los que se llegó en los primeros días después de la abdicación: aunque a

corto plazo parecían estabilizadores, en realidad lo que hacían era encubrir, y no resolver, tensiones cuyo estallido posterior sería por ello más poderoso. Además, la llamada revolución de 1918 fue en realidad poco más que una revolución política y constitucional, el paso del Imperio a la república, pero —algo crucial— no consiguió introducir cambios radicales en la estructura socioeconómica de Alemania, y tampoco reformó los estamentos clave: el ejército, la burocracia, la magistratura y las clases dirigentes educativas y religiosas conservaron sus posiciones de poder e influencia, utilizándolas, por lo general, para pronunciarse y actuar en contra de la nueva república.

El 9 de noviembre, en un aparente acto de legitimidad y continuidad, el príncipe Max von Baden cedió el poder al líder del SPD, Friedrich Ebert en su condición de «canciller imperial»; los motines revolucionarios en Berlín y los rumores de acciones más radicales llevaron a Scheidemann, el colega de Ebert, a proclamar una república. Esta república, cuya forma exacta no se había conseguido precisar todavía, se enfrentaba a una serie de problemas y tareas urgentes: la desmovilización de los soldados, la firma de un armisticio, el control de las agitaciones y levantamientos en toda Alemania, la reconstrucción de la economía, la garantía de un suministro de alimentos suficiente, y —en medio de todos estos trastornos— la redacción de una nueva constitución que resultara aceptable para la Alemania posimperial. No eran éstas en absoluto tareas fáciles, y a los historiadores les ha resultado muy sencillo identificar retrospectivamente fallos en el temple o la visión de aquellos en situación de influir en el futuro de Alemania.

Dos compromisos cruciales se alcanzaron casi inmediatamente. En el bochornoso «pacto Ebert-Groener», el general Groener ofreció

a Ebert el apoyo del ejército si éste adoptaba un curso moderado y suprimía los movimientos de los consejos más radicales (lo que permitió a Groener alardear de haber evitado así la amenaza de una revolución bolchevique en Alemania), y, con el tiempo, Ebert fue recurriendo cada vez más al poder del ejército para aplastar los levantamientos por la fuerza, en vez de estudiar y responder a las causas de la agitación social. El segundo pacto fue el llamado «acuerdo Stinnes-Legien», en el que el líder de los sindicatos, Carl Legien, y el industrial Hugo Stinnes cerraron un trato que consolidaba la posición de los sindicatos: en él se incluía la introducción de la jornada de ocho horas y el compromiso por parte de los empresarios de no apoyar más a los «sindicatos amarillos» (o sindicatos internos, una farsa de los empresarios). Incluso el gobierno inicial fue un compromiso, ya que el «Consejo de representantes del pueblo», creado el 10 de noviembre, estaba compuesto por tres miembros del SPD y tres del USPD; este consejo se vio en cierto sentido legitimado por la confirmación de los delegados de consejo de Berlín, pero un congreso celebrado en diciembre, con delegados de consejo procedentes de toda Alemania, fue testigo de las primeras divisiones serias entre los socialistas moderados y los radicales: mientras la mayor parte de los quinientos delegados respaldaba al SPD y los planes de Ebert de convocar elecciones a una asamblea nacional constituyente, que redactaría una nueva constitución para Alemania, una minoría apoyaba los puntos de vista más radicales del USPD, muy crítico con el «gobierno por dilación» de Ebert, que se negaba a emprender la reforma socioeconómica antes del cambio constitucional o a reformar el ejército. Ebert se defendía diciendo que no tenía mucho sentido «nacionalizar la bancarrota», y que las buenas relaciones con el ejército eran esenciales para llevar a cabo la



29. Barricadas en Berlín, marzo de 1919.

reconstrucción y una desmovilización ordenada, cuestiones que se ponían en duda y que se volverían a plantear más tarde. Dada la situación reinante, el USPD acabó rompiendo con el SPD, dejando un gabinete compuesto únicamente por miembros de este último partido, y a finales de diciembre de 1918, el grupo espartaquista de izquierda, cuyas diferencias con el SPD habían ido igualmente en aumento, se constituyó en el nuevo Partido Comunista de Alemania, el KPD.

La simple proclamación de la república no había conseguido calmar la agitación, y los nuevos levantamientos de Berlín en enero de 1919, en los que murieron asesinados Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, fueron aplastados por unidades del ejército y de los *Freikorps* (grupos de voluntarios derechistas financiados por la



30. Los Werdenfels de los *Freikorps*, trasladados a Munich para sofocar los levantamientos revolucionarios.

industria y organizados por el ejército), lo que provocó una amarga hostilidad y resentimiento entre los críticos izquierdistas del SPD. La división entre los socialistas moderados y los radicales se mantendría hasta la caída de la república de Weimar: para entonces, los comunistas consideraban a los socialdemócratas como un mal aún mayor que los nazis. En la primera mitad de 1919, en Alemania existía la generalizada impresión de que los socialdemócratas se estaban apoyando en las fuerzas del antiguo régimen para sofocar iniciativas en favor del nuevo: así, en Baviera, tras el asesinato de Kurt Eisner, un segundo intento revolucionario, acompañado de la proclamación en abril de 1919 de una república comunista en Munich, fue brutalmente reprimido en mayo por unidades de los *Freikorps*, provocando más de mil muertos. La violencia

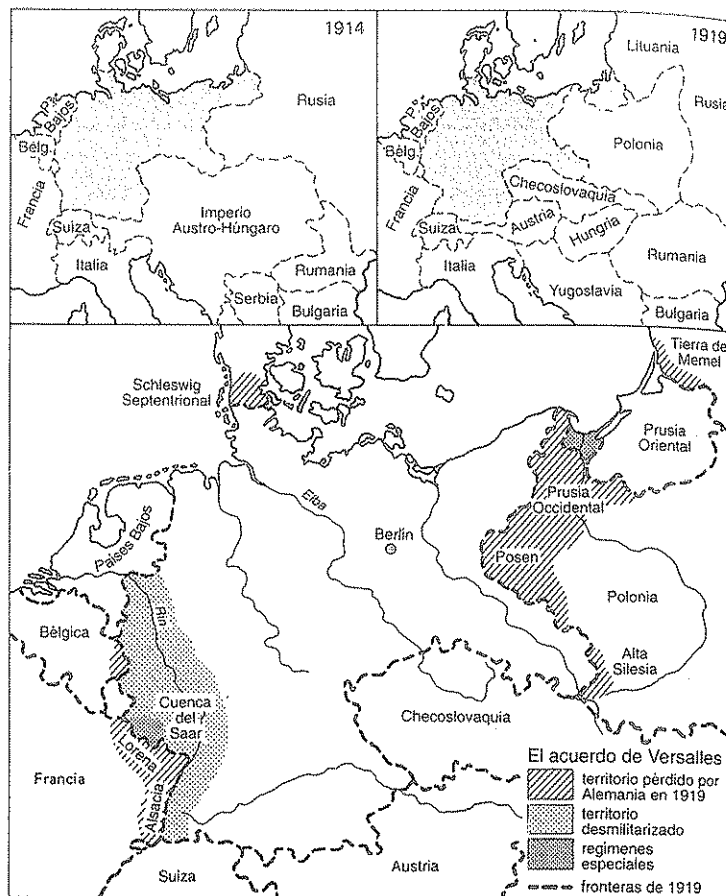
política de cualquier tendencia encontraba un campo abonado, ya que los soldados desmovilizados no conseguían encontrar nuevas funciones en la vida civil e intentaban mantener la camaradería de las trincheras en grupos paramilitares, al tiempo que facciones de derecha e izquierda trataban de influir de forma inmediata en el curso incierto de los acontecimientos políticos; otros se limitaban a observar, desconcertados, esperando que se produjera algún tipo de estabilización. Mientras tanto, se había puesto ya en marcha el proceso de redacción de una nueva constitución. Las elecciones celebradas el 19 de enero de 1919 —tras la revuelta espartaquista de Berlín— dieron al SPD sólo un 38 por ciento de los votos, lo que les obligó a formar un gobierno de coalición; el 6 de febrero, la asamblea nacional constituyente se reunió en Weimar, el 11 Ebert fue elegido presidente y el 13 se formó, bajo Scheidemann, un gabinete constituido por los partidos de la «coalición de Weimar»: SPD, el Centro católico y el liberal DDP (Partido Demócrata Alemán).

La constitución de Weimar, que entró en vigor el 11 de agosto de 1919, parecía muy progresista. Los presidentes se elegían por votación popular directa para un periodo de siete años y, en su condición de «emperadores suplentes» (*Ersatzkaiser*), disfrutaban de un poder considerable, con derecho a nombrar y destituir cancilleres, disolver el parlamento y convocar nuevas elecciones, así como referendos nacionales, si bien el más destacado era el contenido en el artículo 48 de la constitución: podían gobernar por decreto de emergencia. Entre las demás disposiciones se encontraba un sistema electoral de representación proporcional, con sufragio universal para todos los hombres y mujeres, las cuales recibían el voto por primera vez; un gabinete responsable frente al parlamento y el mantenimiento de un grado considerable de

autonomía en los gobiernos estatales individuales, dentro de lo que seguía siendo un estado relativamente descentralizado.

A principios del verano de 1919 se hicieron públicos los duros términos del tratado de paz de Versalles. El gabinete de Scheidemann dimitió, sucediéndole el de Bauer, que envió una delegación el 28 de junio para firmar el tratado de Versalles. Con él, Alemania perdía grandes áreas de terreno: se devolvía Alsacia-Lorena a Francia, Prusia Occidental, la Alta Silesia y Posen pasaban a la recién reconstituida Polonia, y Danzig se convertía en una «ciudad libre» bajo supervisión de la Liga de las Naciones, mientras que el «Corredor Polaco» separaría a Prusia Oriental del resto de Alemania. Alemania fue privada de todas sus colonias y se prohibió toda unión entre ésta y Austria; el ejército se limitaba a 100.000 hombres, se creaba una zona desmilitarizada en la orilla izquierda del Rin bajo supervisión aliada, y se fijaba una retirada paulatina de los ejércitos de ocupación aliados. En la famosa «cláusula de culpabilidad de guerra», se cargaba a Alemania con toda la responsabilidad de la guerra; las reparaciones no se habían determinado todavía, pero, cuando finalmente se hicieron públicas en la conferencia de París de junio de 1921, provocaron tanta indignación como las demás disposiciones del tratado de Versalles.

No hay duda de que los términos de la paz eran muy severos, y el contraste con el acuerdo tras la Segunda Guerra Mundial es muy evidente, como veremos más tarde, pero los críticos lo convirtieron en algo mucho peor de lo que era realmente: en agosto de 1918 ya se había extendido el mito de la «puñalada por la espalda», según el cual los enemigos internos (como los judíos y los socialistas) habían derribado a un ejército que no había sido derrotado fuera, sino traicionado dentro. Este mito se hinchó durante el otoño de 1919, convirtiéndose en moneda corriente en los círculos



Mapa 9. El tratado de Versalles, 1919

opuestos a la república; en los años comprendidos entre 1919 y 1923 se vivieron no sólo diversos ataques contra la república y varios intentos de golpe desde la derecha, sino también huelgas y movimientos revolucionarios desde la izquierda, en medio de una situación económica que empeoraba rápidamente. Mientras los extremistas de derechas solían ser tratados con benevolencia por unos jueces muy conservadores, los izquierdistas recibían duras sentencias, entre las que se contaba el uso desproporcionado de la pena de muerte. En marzo de 1920, Kapp y Lüttwitz organizaron una marcha de unidades de los Freikorps sobre Berlín, y el gobierno de Ebert se vio obligado a huir a Stuttgart, ya que el ejército, bajo el mando del general von Seeckt, se negó a enfrentarse a los voluntarios; no obstante, en este momento bastó con una huelga general para derrotar el putsch de Kapp, si bien un golpe derechista más limitado llevó al poder en Baviera a un gobierno conservador, dirigido por Kahr. En 1921, y de nuevo en 1923, los comunistas intentaron sin éxito provocar un levantamiento en Sajonia, produciéndose numerosas huelgas, sobre todo en el Ruhr, en 1919 y 1920; las exigencias de «nacionalización» de las minas, mayoritariamente espontáneas, no formaban parte de un programa político coherente, pretendiéndose más bien obtener con ellas progresos económicos inmediatos: control sobre unas mejores condiciones laborales y un aumento en los salarios. Aunque ni el KPD ni el USPD iniciaron estas protestas, intentaron hacerse con su dirección, pero por lo general fracasaron, al juzgar mal la actitud de los trabajadores de base; es más, el SPD se equivocó tanto que, temiendo lo que ahora consideraba como una «amenaza bolchevique» a la nueva república, tuvo una reacción excesiva y, en vez de responder a las causas de la agitación, intentó aplastar los síntomas por la fuerza. El ejército, poco dispuesto a luchar



31. El putsch de Kapp. Los soldados entran en Berlín, marzo de 1920.

contra las unidades de Freikorps en el putsch de Kapp, se prestó encantado a cooperar con los socialistas contra el «ejército rojo» de las zonas del Ruhr y del Rin: de hecho, bajo el mando de von Seeckt, el ejército estaba manteniendo su tradicional posición prusiana y prerrepública de «estado dentro de un estado», pero esta actitud «apolítica», que les impedía apoyar la república por considerarlo «político», no les impidió en cambio llevar a cabo más tarde acciones claramente políticas para debilitarla. Mientras tanto, se seguían produciendo divisiones entre los partidos de izquierda. Tras la disolución del USPD en 1922 se produjo una cierta reagrupación: algunos de sus líderes y parte de sus miembros fueron absorbidos por el SPD, y la mayor parte de los militantes de base se afilió al KPD, pero la distancia fundamental entre

estos dos partidos –cuyas raíces teóricas se remontaban a los debates anteriores a la guerra, agudizados por las diferencias estratégicas e inflamados por el encono provocado por las muertes de Liebknecht y Luxemburgo– se hizo esencialmente insalvable.

En las elecciones al Reichstag de junio de 1920, los partidos de la «coalición de Weimar» –SPD, Centro y DDP– perdieron votos, y se produjo una oscilación hacia los extremos, tanto de la derecha como de la izquierda (el KPD no había impugnado las elecciones de 1919). La política nacional se había visto ulteriormente complicada por las crecientes dificultades económicas y políticas relacionadas con la cuestión de las reparaciones: cuando finalmente se hizo pública su magnitud, se extendió la consternación ante la incapacidad de una ya debilitada economía alemana para hacerles frente. Los problemas económicos de Alemania estaban basados en parte en los métodos de financiación de la guerra –a través de préstamos y bonos, en vez de las subidas de impuestos–, y las raíces de la inflación habían hecho ya acto de presencia antes de que la cuestión de las reparaciones agudizara la situación; no obstante, la inflación se vio salvajemente alimentada por la llamada «política de cumplimiento» seguida por el gobierno de Wirth entre 1921 y 1922, una política atacada desde muchos sectores como capitulación frente a las exigencias de las potencias victoriosas, pero concebida en realidad para demostrar que Alemania no podía cumplir los pagos de las reparaciones. En palabras de un analista, las dificultades monetarias de Alemania se presentaron como dificultades para pagar las reparaciones. Mientras tanto, Francia estaba siguiendo bajo Poincaré su propia política revisionista, dirigida a conseguir el control de la orilla izquierda del Rin; la crisis alcanzó su apogeo con el gobierno de Cuno (noviembre 1922 – agosto 1923), en el que el SPD se negó a participar, al oponerse a la inclusión del derechista

DVP, el Partido Alemán del Pueblo. Los franceses utilizaron el retraso en las entregas de madera y carbón como pretexto para «supervisar» la producción en la zona del Ruhr, respaldados por fuerzas armadas de «protección» (más las tropas belgas) que penetraron en la zona del Ruhr en enero de 1923, llegando en el verano a los 100.000 hombres, lo que equivalía al contingente total militar permitido a Alemania. Los alemanes respondieron con una política oficial de resistencia pasiva, negándose a cooperar con la ocupación francesa e interrumpiendo también la producción económica, lo que dañó más la economía alemana que la francesa. La única solución aparente para Alemania era la impresión de papel moneda, lo que hizo entrar la ya existente inflación en una espiral totalmente incontrolable; en agosto de 1923, a los billetes sólo se les ponía un sello para multiplicar su valor por mil, los pagos se realizaban con carretilla, y el dinero perdió de hecho todo su valor. Millones de personas se encontraron en graves dificultades o en la ruina financiera, sobre todo aquellos que vivían de ingresos fijos (como los pensionistas) y muchos de los autónomos o miembros de la clase media baja, aunque algunos empresarios grandes consiguieron beneficiarse. El resultado general fue una pérdida total y general de confianza en la república, miedo y pánico, además de una ola de huelgas y disturbios; la experiencia de 1923 dejó una huella cuyas repercusiones se dejarían sentir en la historia de Alemania Occidental hasta mucho después de la guerra.

Fue el gobierno de Stresemann el que, entre agosto y noviembre de 1923, consiguió controlar la situación: combinando una reforma monetaria, en la que se introducía el Rentenmark, con la finalización de la resistencia pasiva en el Ruhr, acabó con la crisis económica inmediata y condujo a una reconsideración de la

cuestión de las reparaciones. Los intentos de golpe desde la izquierda (de inspiración mayoritariamente comunista) en Sajonia, Turingia y Hamburgo fueron aplastados con firmeza; pero, mientras tanto, en el paraíso derechista de Baviera, un grupo de nacionalistas, entre los que se encontraban oficiales del ejército, además de un tal Adolf Hitler, líder del NSDAP (Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán), uno de los muchos partidos pequeños nacionalistas *völkisch*, estaban preparando una compleja trama que, inspirándose en la «Marcha sobre Roma» de Mussolini en 1922, tenía como objetivo organizar una «Marcha sobre Berlín». En el último momento, entre el 8 y el 9 de noviembre, Hitler perdió el apoyo de sus socios más poderosos y mejor situados en la jerarquía bávara, y vio cómo el *putsch* nazi era aislado y fácilmente reprimido, muriendo algunos partidarios al ser disparados mientras desfilaban frente al *Feldherrnhalle* de Munich. A diferencia de las duras sentencias dictadas contra los izquierdistas en esa época, Hitler —tras un juicio con el que consiguió una gran publicidad nacional muy beneficiosa— recibió una sentencia mínima de cinco años, de la que en realidad cumplió sólo algunos meses confortablemente encerrado en la prisión de Landsberg, siendo liberado a tiempo para celebrar la Navidad de 1924. Hitler utilizó esta oportunidad para reflexionar sobre sus objetivos a largo plazo —escribiendo mientras tanto *Mein Kampf*—, así como sobre estrategias y tácticas; dejó que el NSDAP, del que se había hecho cargo a partir del anterior DAP (Partido Obrero Alemán) liderado por Drexler, se disolviera en su ausencia, para poder imponer un liderazgo fuerte al recuperar la libertad, y renunció al enfoque *golpista*, adoptando a partir de 1925 la táctica del camino legal y parlamentario para conseguir fines antiparlamentarios. Pero la ascensión de este artista fallido y antiguo cabo austriaco era todavía algo que nadie habría

predicho, ya que, tras la crisis de 1923, la república de Weimar entró en un nuevo periodo de aparente estabilización.

El periodo de estabilización aparente

Hacia 1924, empezó a difundirse la sensación de que los problemas iniciales de la República de Weimar habían terminado, y se produjeron mejoras en varios frentes. En noviembre de 1923, Gustav Stresemann fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores, cargo que mantuvo hasta su muerte en 1929. Existen interpretaciones muy diferentes sobre este personaje, miembro del derechista DVP, que necesitó un largo periodo para convertirse, por razones pragmáticas más que por principios, en un *Vernunftrepublikaner*, un partidario de la República. Su política exterior ha suscitado juicios muy diversos, pero el veredicto general es que Stresemann consiguió regularizar las relaciones de Alemania con sus vecinos occidentales, al tiempo que mantenía abiertas sus opciones con respecto a las fronteras orientales. En el tratado de Locarno, de 1925, se incluían garantías de que Alemania, Francia y Bélgica no alterarían las fronteras existentes por la fuerza; se firmaron también pactos con Polonia y Checoslovaquia, pero estos acuerdos no estaban garantizados. Alemania recuperó su posición en el sistema internacional, y en septiembre de 1926 se convirtió en miembro de la Liga de las Naciones. Con el tratado de Locarno, Stresemann esperaba desactivar las críticas internas a su política y obtener un respaldo a su estrategia oriental. En abril de 1926, el tratado de Berlín confirmó los nuevos lazos entre Alemania y Rusia, expresados por primera vez en el tratado de Rapallo de 1922 (cuando Rathenau era todavía ministro de Asuntos Exteriores); este tratado había

contribuido a la normalización de las ya mejoradas relaciones entre las dos naciones, y no tenía necesariamente como objetivo, tal como esperaban algunos alemanes revisionistas, la división de Polonia y el restablecimiento de las fronteras orientales de 1914. En este acuerdo, Alemania garantizaba su neutralidad a Rusia en caso de que esta última entrara en guerra con una tercera potencia; esto implicaba que si, por ejemplo, Rusia entraba en guerra con Polonia, Francia no podría acudir en ayuda de Polonia a través del territorio alemán, algo que dejaba a Polonia en una situación bastante débil. En el frente de las reparaciones, el plan de Dawes de 1924 consiguió combinar los intereses alemanes con el expansionismo económico americano; se acordaron una serie de pagos anuales, a un nivel más asequible que el fijado en los acuerdos previos, y se concretó un fase inicial de recuperación, en la que Alemania pagaría un quinto a partir de sus recursos propios, procediendo los cuatro quintos restantes de préstamos internacionales recibidos como ayuda para «ponerse en marcha». Las anualidades «normales» comenzarían a pagarse a partir de 1928/29. En julio de 1925, las tropas francesas empezaron a abandonar el Ruhr, quedando libre la primera zona de Renania, y en enero de 1927 se retiró la comisión militar interaliada que vigilaba el desarme alemán; también hubo un acercamiento económico entre Francia y Alemania, y la diplomacia alemana medió entre los Estados Unidos y Francia para la firma, en agosto de 1928, del pacto Kellogg-Briand. Al acercarse el momento de comenzar los pagos normales de las reparaciones, se intensificaron las conversaciones sobre las mismas y sobre la evacuación total de Renania, y en agosto de 1929 se adoptó el plan Young (frente a una considerable oposición derechista interna), que fijaba una nueva cifra total para las reparaciones, con una media anual menor que la del plan Dawes; en él se acordaba

también la eliminación de los controles extranjeros, además de la desaparición de toda presencia militar en Renania para junio de 1930, cinco años antes de lo estipulado en el tratado de Versalles. Parecía que, bajo la dirección de Stresemann, se habían conseguido diversos objetivos: la evacuación del Ruhr, un final anticipado a la ocupación de Renania, el levantamiento de los controles militares, la regularización de las relaciones de Alemania con sus vecinos, el reconocimiento internacional de ésta como miembro de la Liga de las Naciones, una serie de acuerdos factibles sobre las reparaciones, e incluso la posibilidad de mantener abierta la cuestión de las fronteras orientales de Alemania, al tiempo que se seguía una política revisionista a través de medios pacíficos.

En el terreno cultural, Weimar vivió un fermento de actividad cultural y creatividad artística: la «cultura de Weimar» adquirió una fama que se extendió mucho más allá de su campo espacial y temporal. Tanto en las ciencias naturales como en la psicología, el psicoanálisis o la teoría social, se desarrollaron y discutieron nuevas ideas; en arquitectura, la escuela de la Bauhaus, de Walter Gropius, combinó criterios estéticos y utilitarios para crear estilos de arquitectura, decoración de interiores y mobiliario todavía vigentes tres cuartos de siglo más tarde, y en música, el trabajo experimental de Schönberg alcanzó renombre mundial, mientras el jazz, esa decadente música americana importada, era adoptado por ciertos círculos y salvajemente criticado por otros. En prosa y poesía, obras de Thomas y Heinrich Mann, Erich Kästner, Rainer Maria Rilke, Stefan George y muchos otros alcanzaron la condición de clásicos, y en teatro, Bertolt Brecht —frecuentemente unido en un fértil combinación al compositor Kurt Weill— realizó contribuciones brillantes, produciéndose asimismo movimientos de importancia similar en el arte moderno, asociados a escuelas

como las de «Der blaue Reiter», «Die Brücke», el expresionismo, el dadaísmo, el cubismo y el futurismo. Los artistas de Weimar analizaron, expusieron e interpretaron su sociedad de muchas maneras diferentes y a través de medios muy diversos, desde el realista retrato de la violencia en el Berlín de la última época de Weimar realizado por Alfred Döblin, hasta las amargas caricaturas de la sociedad presentes en los trabajos de Georg Grosz o Käthe Kollwitz, o los carteles de John Heartfield y las viñetas sobre los bajos fondos berlineses de Heinrich Zille. La década de los veinte fue también una época de expansión y comercialización de la cultura popular, gracias sobre todo a la difusión de los cines, que proyectaban películas mudas hasta la aparición del cine sonoro, en 1929, y el creciente número de aparatos de radio; esta última no se utilizó con fines políticos hasta 1932, cuando Papen preparó el terreno para el posterior secuestro de hecho de los medios de comunicación por parte de los nazis como instrumento de propaganda, y, a pesar de las evidentes tendencias izquierdistas presentes en gran parte (aunque no toda) de la cultura «intelectual», la cultura popular —como demuestran las películas de guerra que no alcanzaron la categoría de *Sin novedad en el frente*— siguió siendo en su mayoría nacionalista y algo que sólo el término alemán *kitsch* puede describir. Lo que se percibía como una «decadencia» en la cultura y el estilo de vida de Weimar —que incluía un supuesto relajamiento de la moral, simbolizado en los nuevos cortes de pelo masculinos para las mujeres, el fumar cigarrillos y la utilización de anticonceptivos— provocó fuertes y hostiles críticas por parte de los conservadores, no sólo entre los protestantes, sino también entre los sectores católicos; desde la izquierda, los males del capitalismo moderno y las miserias de la clase obrera eran mientras tanto objeto de amargos ataques. Posiblemente, la única generalización válida



32. Boda campesina en Bad Tölz, Baviera. La cultura y forma de vida de estos campesinos estaban muy alejadas de lo que se ha llegado a conocer como la «cultura de Weimar».

que se pueda hacer sobre las explosivas corrientes de creatividad que se han llegado a conocer bajo el nombre de «cultura de Weimar» sea que muy poco de todo ello sirvió para mantener los principios de la República: mientras la izquierda se rebelaba contra las desigualdades sociales de la moderna sociedad capitalista industrial, la derecha atacaba la decadencia y la desintegración social y moral de la moderna democracia de masas. Una aislada —y tardía— excepción fue Thomas Mann, que se deshizo de su conservadurismo «apolítico» de 1918 para alzar la voz en defensa de la república; pero hay que reconocer que, a pesar de los indudables logros de los artistas e intelectuales de Weimar, el impacto de esta cultura fue políticamente ambiguo y profundamente divisorio.

Hay otro aspecto en el que el compromiso de Weimar demostró su ambigüedad, lo que a la larga resultaría fatídico: fue en el área de compromiso social apreciable en los primeros días de la república, en noviembre de 1918. En un momento de debilidad, arrastrados por la incertidumbre del impulso revolucionario, los empresarios habían hecho algunas concesiones a los representantes de los sindicatos, alcanzándose acuerdos sobre salarios, condiciones de trabajo y la jornada de ocho horas, así como sobre una forma de corporativismo simbolizada en el *Zentral-Arbeits-Gemeinschaft* (Comunidad Central Laboral, ZAG), en la que colaboraban sindicatos y empresarios y se fijaba la intervención arbitral del estado en caso necesario. En 1920, el Acta de los Consejos Laborales sentó las bases de la tradición alemana de codeterminación, y a finales de la década comenzó a debatirse la democracia económica. En el periodo de estabilización posterior a 1924, se amplió la política social a la construcción de viviendas sociales y a la ley de subsidio de desempleo, aprobada en 1927; pero no se puede describir este proceso simplemente como la historia del progreso en las relaciones industriales y la política social, ya que en 1923, año de crisis, los empresarios renunciaron a algunos acuerdos, entre los que se contaba la jornada de ocho horas, y el fracaso del ZAG llevó, en enero de 1924, a la dimisión oficial del principal organismo sindical alemán, el ADGB. A partir de 1923, los sindicatos empezaron a perder afiliados, fondos, poder y credibilidad; debilitados, y con una actitud básicamente defensiva, habían tenido que recurrir con frecuencia a la intervención del Estado en cuestiones disputadas para coaccionar a los empresarios. Estos últimos, sintiéndose también a la defensiva, comenzaron a organizar a partir de 1923 un ataque contra el sistema de Weimar, que soportaba este compromiso, lo que acabaría convirtiéndose

en un ataque arrollador contra la misma república. En la huelga del acero convocada en el Ruhr en 1928, quedó clara la intención de los empresarios, dispuestos a librarse de un estado social intervencionista; además, incluso en los «años buenos», la base económica de la república era muy frágil, al depender en gran medida la economía alemana de los préstamos a corto plazo y las inversiones americanas: si la economía de Estados Unidos vacilaba, la alemana caería con ella.

Por otra parte, y a pesar de la aparente estabilización de la República de Weimar a partir de 1929, no había mucha gente genuinamente comprometida con el nuevo sistema político: con la elección en 1925 del mariscal de campo Hindenburg, un anciano héroe militar nacionalista, como nuevo presidente en sustitución de Friedrich Ebert, tras la muerte prematura de este último, quedó demostrado el extendido anhelo por el regreso a los viejos tiempos de la Alemania imperial. A partir de 1925-26, Hindenburg, en colaboración con el general Kurt von Schleicher (líder de facto del ejército desde 1926), se dedicó a estudiar el modo de desarrollar una forma de gobierno autoritario y derechista que excluyera las influencias parlamentarias y socialdemócratas. Además, el gobierno de partidos seguía presentando dificultades: el sistema de representación proporcional y la existencia de un sinnúmero de partidos pequeños eliminaba la posibilidad de que ninguno de ellos consiguiera lograr una mayoría absoluta, pero los puntos de vista radicalmente divergentes de los partidos principales hacían muy difícil la formación de coaliciones de gobierno viables. Aunque el partido católico del Centro, el DVP liberal y el conservador DNVP podían alcanzar acuerdos sobre política interna, no eran capaces de llegar a un consenso en política exterior; a la inversa, aunque una «gran coalición» que abarcaba

desde el SPD hasta el DVP, pasando por el Centro (pero excluyendo al DNVP), lograba coincidir en temas de política exterior, no lo conseguía en las cuestiones internas. La única alternativa era un gobierno de minoría, que requería la tolerancia, si no el apoyo, de la derecha o la izquierda. En estas circunstancias, tras una rápida sucesión de gabinetes y frecuentes intervenciones del presidente, la política de partidos y el gobierno parlamentario perdieron la poca credibilidad que habían conseguido ganar entre amplios sectores del pueblo alemán.

Dadas las difíciles circunstancias de su nacimiento, el duro legado de los primeros años, y la fragilidad de sus cimientos políticos y sociales, no es fácil adivinar si la República de Weimar habría conseguido sobrevivir a largo plazo bajo condiciones favorables. De hecho, a partir de 1929, la democracia de Weimar fue sometido a una serie de ataques violentos en medio de unas circunstancias de las que no podía esperar salir ileso: a partir de 1930, la pregunta se limitó a saber qué forma concreta adoptaría el hundimiento de la democracia.

La caída de la democracia de Weimar

Antes incluso de que se produjera el crack de Wall Street, en octubre de 1929, existían planes en marcha para dismantelar la democracia parlamentaria en la Alemania de Weimar, pero la forma en que ésta se vino abajo se vio muy afectada por las crisis económicas desatadas por la recesión mundial, cuyas repercusiones en Alemania fueron especialmente severas. Tras el éxito relativo del SPD en las elecciones de 1928, se había formado una «gran coalición» bajo el canciller del SPD, Hermann Müller,

que consiguió sobrevivir a las diferencias iniciales en el partido a propósito de los fondos para un acorazado, así como a otras crisis más amplias sobre la adopción del plan Young. Pero el crack de Wall Street tuvo unas repercusiones especialmente serias debido a la dependencia de la economía alemana de los préstamos a corto plazo del exterior, inmediatamente retirados; el desempleo aumentó rápidamente, creciendo de 1,3 millones en septiembre de 1929 a más de 3 millones en septiembre de 1930 y superando los 6 millones —uno de cada tres miembros de la población laboral— a principios de 1933. Si se tiene en cuenta la subestimación oficial de la cifra verdadera, así como el extendido empleo temporal, es posible que quizá la mitad de las familias alemanas se vieran afectadas por la crisis, y muchas más sufrieron el miedo, rayano en pánico, a la catástrofe financiera. Estas circunstancias tuvieron diversas consecuencias: la primera, y más directa, fue la caída del gobierno de Müller, que llegó a un punto muerto sobre el problema del subsidio de desempleo, ya que el creciente número de desempleados no podía ser mantenido a los niveles acordados en 1927 por la cifra cada vez menor de trabajadores. Resultaba imposible llegar a un compromiso entre los esquemas alternativos, dado que sindicatos, empresarios y los miembros de los distintos partidos mantenían posiciones muy diferentes al respecto, caracterizadas todas ellas por un grado variable de intransigencia; así, en marzo de 1930 se abandonó el intento de conseguir el apoyo parlamentario de los partidos políticos al gobierno, y se nombró el primer gabinete presidencial que gobernaría desentendiéndose de la democracia.

El proyecto de gabinete de Brüning de 1930 se remontaba a 1929, y formaba parte de una estrategia para quitar el poder al parlamento y devolvérselo a las antiguas élites —ejército, burocracia

y clases dirigentes económicas— bajo un régimen presidencial y autoritario. A partir de 1930, se empezó a utilizar de forma casi habitual el artículo 48 para promulgar estados de emergencia, al tiempo que se reducían las sesiones y la legislación parlamentaria. Brüning llevó a cabo una política deflacionaria que, unida al cumplimiento de los pagos de las reparaciones, pretendía agudizar de forma consciente el deterioro de la situación económica y laboral de Alemania, con objeto de conseguir una revisión fundamental de la cuestión de las reparaciones: esto se logró finalmente —a costa del sufrimiento de millones de alemanes— con la moratoria de Hoover, que acabó con las reparaciones en 1932, pero, mientras tanto, la situación política interna, ya muy frágil, estaba siendo sacudida en sus cimientos. En los años comprendidos entre 1930 y 1933 concurren dos factores cuya combinación condenó a la República de Weimar: los ataques contra el gobierno parlamentario por parte de las viejas élites, que en el fondo habían precedido a la crisis económica, y el ascenso de un nuevo movimiento de masas que, en un periodo de crisis, movilizó a una gran proporción de la población, seducida por los atractivos de un líder carismático como era Hitler.

La primera acción de Hitler tras su periodo de detención había sido la refundación del NSDAP en 1925. Durante los últimos años de la década de los veinte y a lo largo de la de los treinta, el partido intentó ampliar su reclamo y extenderse desde su base bávara original por las diferentes regiones de Alemania y los diversos grupos sociales; aunque su apoyo social estaba todavía predominantemente constituido, sobre todo en la Alemania septentrional y oriental, por los votantes de clase media baja, protestantes, rurales y de pequeñas ciudades, consiguió ganar nuevos adeptos entre grupos profesionales y de la clase media alta, así

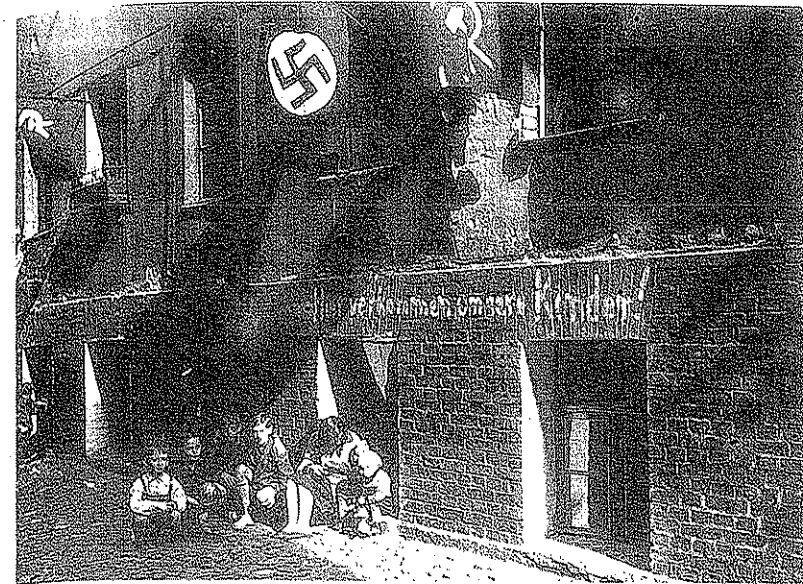
como, en menor medida, entre sectores de la clase obrera no demasiado organizados (aunque los porcentajes eran pequeños, dado el tamaño de la clase obrera en conjunto, las cifras de seguidores nazis entre los trabajadores no son despreciables). En las elecciones de 1928, el NSDAP obtuvo únicamente el 2,6 por ciento de los votos, correspondientes a doce escaños parlamentarios. La campaña en 1929 contra el plan Young, en la que el NSDAP colaboró con el DNVP bajo Hugenberg, el derechista barón de la prensa, proporcionó a las nazis una inmensa publicidad gratuita, así como una aureola de respetabilidad gracias a su asociación con nacionalistas derechistas reconocidos, pero el avance electoral del NSDAP se produjo en las elecciones de septiembre de 1930, en las que se convirtió en el segundo partido más grande del Reichstag (después del SPD), con 107 diputados. Al hundirse los partidos del «centro burgués» y aumentar los votos de los partidos extremistas —el KPD consiguió 77 escaños—, desaparecía la base para una mayoría parlamentaria que apoyara cualquier tipo de gabinete viable, pero el SPD, temeroso de las posibles consecuencias de otras elecciones, decidió «tolerar» el gabinete Brüning. Hay que señalar que, a pesar de que, con anterioridad a 1930, el apoyo financiero de los círculos industriales había resultado insignificante como factor en el éxito del NSDAP, y no se puede afirmar que a partir de ese momento fuera muy importante, los empresarios empezaron a darse cuenta del papel del NSDAP en la destrucción del sistema parlamentario, y acabarían presionando a Hindenburg, sobre todo en el periodo 1932-33, para convencerle de la utilidad de Hitler en este proyecto.

La historia política de Alemania entre 1932 y 1933 es muy compleja, y está llena de intrigas y errores de cálculo. El gabinete de Brüning cayó en parte debido a la torpeza de Brüning para

manejar la humillante reelección de Hindenburg (tras una segunda votación, en la que Hitler había conseguido un tercio de los votos). Una figura clave en las maniobras de verano, otoño e invierno fue el general von Schleicher, que empezó organizando el breve gobierno de von Papen; éste levantó la prohibición impuesta por el gobierno de Brüning sobre las SA y las SS, las fuerzas paramilitares nazis, y a continuación utilizó la violencia de las calles como pretexto para sugerir que la policía prusiana del Land era incapaz de mantener el orden: como resultado, el gobierno prusiano, dominado por el SPD, fue destituido, y se impuso un administrador central. En las elecciones de julio de 1932, los nazis obtuvieron sorprendentemente 230 escaños, lo que, junto a los 89 del KPD, significaba que existía una mayoría antiparlamentaria no dispuesta a tolerar el gobierno de von Papen. Schleicher tuvo también un papel destacado en las fallidas negociaciones con Hitler a propósito de la inclusión de los nazis en un nuevo gobierno de coalición; en agosto de 1932, Hitler rechazó la vicecancillería que Hindenburg le ofreció reacio, gesto que levantó muchas críticas dentro del NSDAP, temeroso de que Hitler hubiera rehusado una oportunidad que no se le volvería a presentar. En septiembre, el gobierno de Papen perdió una moción de confianza por 512 votos contra 42: todos los sectores, tanto los círculos conservadores como las élites industriales y agrarias y los dirigentes del ejército, así como el presidente Hindenburg, estaban estudiando diferentes estrategias para abolir de hecho el gobierno parlamentario, volver a situar en el poder a las viejas élites y eliminar la obligación constitucional de celebrar elecciones parlamentarias. En el otoño de 1932, el creciente desempleo y la violencia en las calles, con enfrentamientos entre grupos paramilitares rivales de derecha e izquierda, la mutilación efectiva del parlamento,



33. Poster de Hindenburg para las elecciones de 1932.



34. La huelga de los alquileres en Berlín, 1932. En este patio se pueden ver colgadas, la una junto a la otra, una bandera comunista y otra nazi.

totalmente bloqueado, y las profundas divisiones entre comunistas y socialdemócratas, incapaces de unirse contra el nazismo, estaban llevando a Alemania al borde de la guerra civil; y, sin embargo, resulta curioso que el golpe final a la democracia de Weimar llegara precisamente cuando la crisis económica empezaba a pasar y la popularidad de los nazis a declinar por primera vez: en efecto, en las elecciones de 1932 el NSDAP perdió dos millones de votos y vio cómo su fuerza parlamentaria se reducía a 196 diputados. Seguía siendo el partido más grande del Reichstag, pero esto en

sí mismo no significaba que tuviera que dirigir un gobierno, como demostraba la historia del SPD en la República de Weimar.

El mismo Schleicher ocupó brevemente, entre diciembre de 1932 y enero del 33, el cargo de canciller, y trató de conseguir el apoyo de los sindicatos obreros, así como del ala radical del NSDAP representada por Gregor Strasser. Los proyectos de Schleicher destinados a la creación de empleo e impuestos despertaron temores tanto entre los empresarios como en el campo, y Strasser tampoco llegó a aceptar los avances de Schleicher, dimitiendo finalmente de sus cargos en el partido para retirarse del escenario de la lucha política. Resultaba evidente que Schleicher era tan incapaz como sus predecesores de lograr un compromiso viable entre los diferentes intereses; además, también había convencido a Hindenburg, quizá imprudentemente, de que el ejército no podría garantizar el orden en caso de que estallara una guerra civil. En enero de 1933, von Papen organizó una serie de debates entre Hitler, el hijo de Hindenburg y éste mismo, durante los que los grupos de presión de empresarios y agricultores (como por ejemplo el *Reichslandbund*, infiltrado por los nazis) trataron de coaccionar al anciano presidente para que nombrara a Hitler canciller de un nuevo gobierno de coalición. A finales de enero, Hindenburg, que mostraba un profundo desprecio por este advenedizo «cabo bohemio», cedió: el 30 de enero de 1933, Hitler era nombrado constitucionalmente canciller de Alemania.

En un sentido, esto representaba una simple continuación de la línea de gabinetes presidenciales y gobiernos autoritarios comenzada en 1930, pero en otro suponía, por supuesto —debido a lo que vendría después—, una ruptura fundamental. Hitler era el líder de un partido que, tras el fallido putsch de 1923, estaba abiertamente comprometido con el «camino de la legalidad» como

sistema para conseguir objetivos antiparlamentarios, ya que los nazis no ocultaban su intención de destruir la democracia. Además, el propio partido nazi era algo bastante único: a pesar de poseer un apoyo desproporcionado en algunos sectores sociales y no en otros, en muchos aspectos representaba un amplio movimiento de masas, a diferencia de los partidos limitados a los intereses de grupo, tan característicos de la política de Weimar, y podía por lo menos afirmar ser un «partido del pueblo» (*Volkspartei*), situado por encima de las luchas de facciones y los conflictos de clases de la Alemania de Weimar, capaz de prometer el fin de las divisiones que estaban destrozando la sociedad. Su ideología, amplia y poco concreta —antimoderna, anticapitalista, anticomunista, racial, *völkisch*—, podía adaptarse a todas las necesidades, y con su creciente sofisticación en el uso de los medios de comunicación y la escenificación de rituales políticos (evidente por ejemplo en el mitin del partido celebrado en Nuremberg en 1929), podía llegar a convertirse en una forma de religión pagana y poderosa; gracias a la carismática figura de su líder, Adolf Hitler, que había ido descubriendo y mejorando sus dotes oratorias y creándose una imagen pública, el nazismo podía adoptar el papel de salvador y destino de Alemania, conducida por el hombre fuerte que muchos alemanes llevaban esperando tanto tiempo. La promesa de una nueva comunidad nacional, que devolvería a Alemania su grandeza y acabaría con las disposiciones del odioso tratado de Versalles, que castigaría a los «criminales de noviembre» de 1918, que libraría a Alemania del «bacilo judío» que estaba infectando y contaminando la raza «aria» y que proscibiría a los bolcheviques y criminales que llevaban tantos años socavando Alemania, representaba un poderoso atractivo para gran cantidad de alemanes asustados y desesperados, que sólo habían vivido en la democracia de Weimar

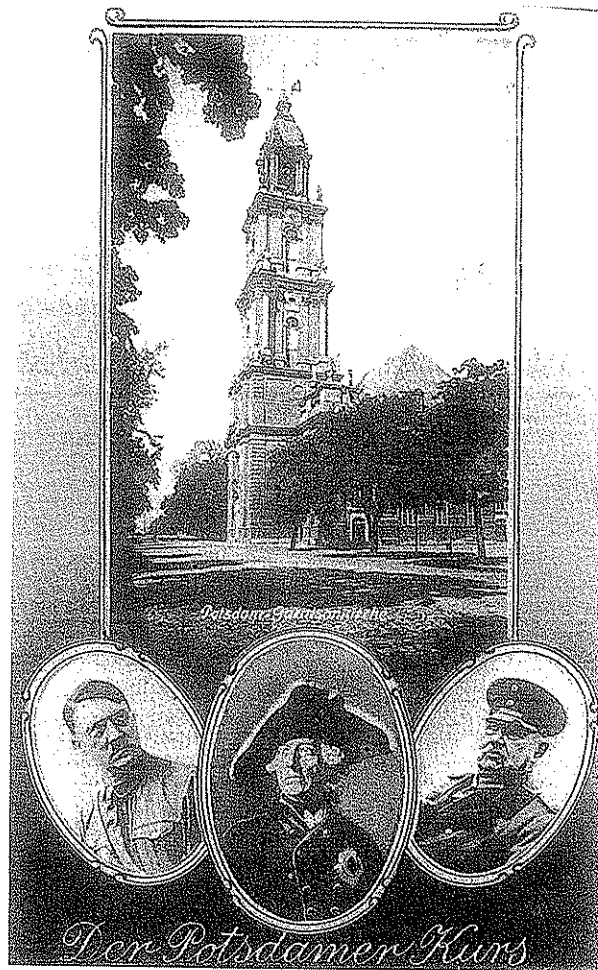
la humillación nacional, el desastre económico, conflictos sociales y una gran incertidumbre personal. Los estamentos nacionalistas, industriales, agrarios y militares, al apreciar la fuerza de semejante movimiento de masas y su propia falta de una base popular, creyeron poderlo «controlar», «domar» y utilizar para otorgar a sus planes —dirigidos a la destrucción de la democracia— una legitimidad que no podían conseguir por sí mismos. Hitler no necesitó «hacerse» con el poder: las viejas élites se limitaron a abrir la puerta y darle la bienvenida; enfrentados a semejante combinación, los debilitados sindicatos y la izquierda dividida difícilmente podían aspirar a salvar una democracia abandonada, de hecho, no sólo por los grandes intereses sino también por las masas de la pequeña burguesía. Este error en los cálculos de las élites resultó ser más lamentable e irresponsable que las debilidades y equivocaciones de aquellos incapaces, en última instancia, de proteger y defender a la desafortunada e inherentemente inestable República de Weimar. En medio de semejante conjunción única de circunstancias, Adolf Hitler llegó al poder en Alemania.

La consolidación del poder de Hitler

A pesar de todo, Hitler necesitó un cierto tiempo para controlar el poder, al haber sido nombrado jefe de un gabinete en el que figuraban únicamente dos nazis más, Frick y Goering. Se convocaron elecciones para el 5 de marzo de 1933, y, a pesar de la atmósfera intimidatoria provocada por el incendio del Reichstag el 27 de febrero, que los nazis utilizaron como pretexto para proclamar el estado de emergencia, no consiguieron la mayoría absoluta en las urnas. El NSDAP obtuvo el 43,9 por ciento de

los votos, con 288 escaños, mientras que la izquierda logró más del 30 por ciento del voto (128 escaños para el SPD y 81 para el KPD), y el Centro y los liberales unidos un 18 por ciento. Incluso con sus socios nacionalistas de la coalición, los nazis no pudieron alcanzar inmediatamente los dos tercios necesarios para cambiar la constitución por medio de una Ley de Plenos Poderes, que acabara con el gobierno democrático; pero tras la hábilmente escenificada ceremonia de apertura del Reichstag, celebrada en la iglesia de la Guarnición de Potsdam el 21 de marzo, Hitler consiguió convencer al partido del Centro y a otros partidos de derechas más pequeños de la necesidad de apoyar sus planes; al impedir que asistieran al Reichstag los comunistas y veintiún socialdemócratas la tarde del 23 de marzo, Hitler se aseguró la aprobación de la Ley de Plenos Poderes, en una sesión en la que sólo los socialdemócratas se atrevieron a hablar y votar en contra de la destrucción de la democracia en Alemania. A partir de ese momento, Hitler podía aprobar cualquier «ley» que deseara, sin preocuparse de la aceptación parlamentaria, aunque esta última pronto perdió todo significado: durante los primeros meses del verano de 1933, todos los partidos menos el NSDAP fueron declarados fuera de la ley (empezando por el KPD) o se deshicieron por sí solos (el partido del Centro se disolvió oficialmente el 5 de julio de 1933). El 14 de julio de 1933, la «ley contra la formación de nuevos partidos» implantaba de hecho un estado unipartidista.

Muchas esferas se vieron afectadas por las medidas dirigidas a la «coordinación» (*Gleichschaltung*, literalmente «poner a la misma velocidad»). En la administración se purgó a los opositores del nazismo, así como a los judíos, gracias a la «ley para la reinstauración de los funcionarios profesionales» del 7 de abril de 1933; las competencias de los diferentes *Länder* se vieron reducidas al hacerse



35. Propaganda de Hitler en conmemoración del «Día de Potsdam», en la que, sancionado por Hindenburg, aparece como un gran estadista y sucesor de Federico II.

los nazis con el poder local en marzo de 1933, y en abril se nombró a diez «gobernadores del Reich» (Reichsstatthalter) para imponer en estos el control nazi. En mayo, los sindicatos se disolvieron y fueron sustituidos por el «Frente Laboral Nazi» (DAF), al mando de Robert Ley; Walter Darré se hizo con el control de la «Empresa Alimenticia del Reich», que se ocupaba de la agricultura y los campesinos, mientras que los artesanos y pequeños comerciantes entraron a formar parte de una organización común, el HAGO. El 30 de enero de 1934, un año después del nombramiento de Hitler como canciller, se abolió el Reichsrat (cámara alta del parlamento) y se acabó con el sistema federal; pero el cambio constitucional más importante llegó con la muerte del presidente Hindenburg, el 2 de agosto de 1934, ya que Hitler aprovechó la ocasión para unir en su persona los cargos de presidente y canciller, nombrándose Führer, y hacerse con el mando personal de las fuerzas armadas, que realizaron ante él un juramento de obediencia.

La nueva lealtad personal del ejército a Hitler se vio favorecida por la decisión del Führer de resolver los conflictos con las SA a favor del ejército. Las SA, bajo su líder Ernst Röhm, habían llegado a convertirse en un rival algo indisciplinado, tanto para las SS como para el ejército; Hitler, consciente de que el apoyo de este último resultaba vital para su política exterior, revisionista y expansionista, instigó la llamada «noche de los cuchillos largos» del 30 de junio de 1934, en la que fueron asesinados no sólo los dirigentes de las SA, sino también otros personajes con los que Hitler se había enemistado (entre los que se contaban Schleicher y Gregor Strasser). Este asesinato masivo, «legislado» retroactivamente gracias a una ley aprobada el 3 de julio de 1934, consiguió poner en su lugar a las SA, no sólo con respecto al ejército sino también a las SS, que, dirigidas por Heinrich

Himmler –responsable en 1936 del control de las SS y de la policía alemana, lo que suponía de hecho la concentración en sus manos de los instrumentos del terror del Tercer Reich–, podían arrestar, detener, encarcelar, torturar y asesinar sin rendir cuentas a la ley o la justicia. En marzo de 1933 se abrió en Dachau, cerca de Munich, el primer campo de concentración nazi, con un gran despliegue publicitario y un abierto y entusiasta respaldo de la prensa: este era en esencia un centro de detención y campo de trabajos forzados, en el que los «elementos antisociales» (incluidos los enemigos políticos del régimen y los homosexuales, además de los «criminales» que respondían a una definición más convencional) estaban sometidos a un régimen penal. Aunque el trato inhumano, la tortura, la desnutrición, la mala salud y el exceso de trabajo, además del asesinato simple, provocaban en ellos la muerte de los presos, estos campos de trabajo (que exhibían en sus puertas el lema «Arbeit macht frei», «el trabajo libera») no eran centros de exterminación en el sentido de los creados a partir de 1941 con el único o casi exclusivo propósito de matar. El temor a los arrestos y los delatores provocó en muchos alemanes, obligados a llevar una doble vida en la que sólo en la completa intimidad podían expresar sus verdaderas opiniones, una temerosa conformidad pública.

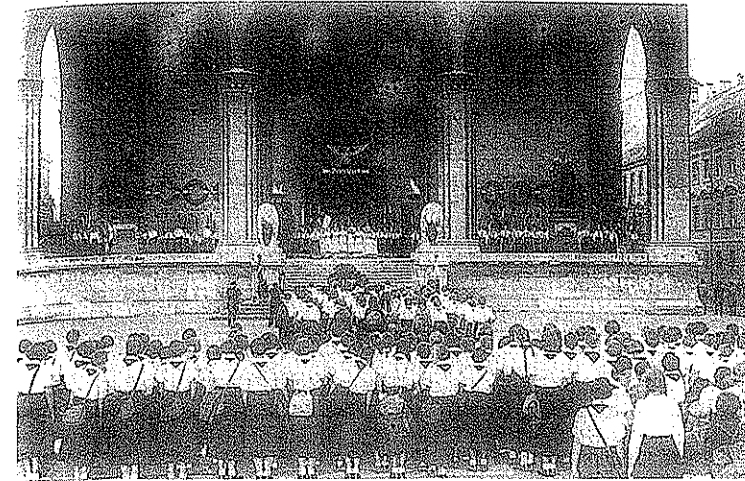
Pero, al tiempo que se obligaba a los alemanes a la sumisión, se adoptaban medidas, tanto ideológicas como prácticas, con las que obtener su aprobación y apoyo para la nueva sociedad nacionalsocialista: la existencia de aquellos no excluidos de la nueva «comunidad del pueblo» (*Volksgemeinschaft*) –es decir, los arios apolíticos, sin sangre judía o antagonismos políticos– podía llegar a ser relativamente agradable en los años de paz de la Alemania nazi. Una mejora económica, ya iniciada con anterioridad a la llegada de Hitler al poder, recibió un impulso adicional de los

planes de creación de empleo de los nazis (construcción de autopistas, obras públicas y un número creciente de proyectos relacionados con el rearme). Los fines básicos de la política económica nazi eran la autarquía y la preparación para la guerra, así como la satisfacción de los consumidores, objetivos que no siempre resultaban compatibles. No existe unanimidad sobre la relación entre la política económica nazi y la recuperación económica, o sus efectos sobre diferentes grupos de la población: la política de rearme posterior a 1936, por ejemplo, podría de hecho haber frenado en algunos aspectos el ritmo de esta recuperación. Además, la creciente concentración de capital representaba una continuación de las tendencias predominantes antes de la llegada de los nazis al poder, lo que complica aún más el análisis de causas y efectos. Hay que señalar que algunas tendencias no concordaban con la ideología nazi anterior a 1933, como por ejemplo la declarada hostilidad contra los grandes almacenes y el énfasis en las virtudes rurales de «sangre y tierra», posiciones difíciles de reconciliar con las exigencias industriales del rearme, pero hay algo que resulta evidente: el desempleo se redujo rápidamente, tanto que, a finales de la década de los treinta, hubo en cambio una escasez de mano de obra. Este contraste con las incertidumbres y dificultades de los años de Weimar llevó a muchos alemanes a asociar la dictadura nazi con un sueldo seguro y mejores condiciones de vida, a pesar de las limitaciones en la libertad personal.

También se diseñaron toda una serie de proyectos orientados a inculcar en el pueblo el sentimiento de una comunidad nacional regenerada y en armonía, que cerrara las heridas de los conflictos de Weimar. Programas como la *Schönheit der Arbeit* (la belleza del trabajo) y la *Kraft durch Freude* (a la fuerza por la alegría), en los que se organizaban actividades de ocio y vacaciones para los obreros, junto

con el énfasis puesto en el concepto de comunidad incluso a nivel de fábrica, pretendían infundir en los alemanes, a través del trabajo, un espíritu y un entusiasmo nuevos. Mientras tanto, el ministerio de Goebbels, creado en marzo de 1933 bajo el curioso nombre de Ministerio de Educación Popular y Propaganda, se dedicaba a producir material con el que se pretendía no sólo divertir y entretener sino también adoctrinar políticamente; la prensa y la radio estaban cooptadas, y el sistema de educación se transformó en un instrumento del nacionalsocialismo. La quema de libros de autores izquierdistas, judíos y demás «no alemanes», llevada a cabo el 10 de mayo de 1933 por instigación de los activistas nazis y presidida por Goebbels, simbolizó el intento de los nazis de purgar de las mentes alemanas todos los puntos de vista excepto el suyo; con objeto de incorporar diferentes sectores de la sociedad a la nueva comunidad, se crearon varias organizaciones sociales, como las Juventudes Hitlerianas (HJ) y la Liga de Muchachas Alemanas (BDM), así como las asociaciones nacionales de mujeres nazis, mientras que las numerosas agrupaciones alemanas ya existentes se declararon fuera de la ley, se disolvieron o fueron absorbidas por los nazis. Además, para propagar el concepto de una comunidad nacional, regenerada bajo el liderazgo de la figura salvadora de Adolf Hitler, se utilizaron asimismo exhibiciones simbólicas de poder y unidad, a través de los rituales de masas, los desfiles y las imágenes de las multitudes extasiadas levantando sus brazos en el saludo del Heil al paso del Führer.

La imagen monolítica fomentada por los nazis tenía un cierto elemento de verdad, y la idea de un Führer carismático, situado por encima de todos los conflictos locales y las fricciones de la vida cotidiana, representaba un poderoso elemento de cohesión; la gente podía culpar de lo que no le gustaba a las autoridades locales



36. Una delegación de la organización de muchachas nazis, la Bund Deutscher Mädel, rinde homenaje, en el Feldhermhalle de Munich, a los héroes nazis caídos en el putsch de 1932.

del partido, mientras suspiraba «si lo supiera el Führer . . .», pero sería erróneo realizar una interpretación tan superficial del Tercer Reich. El estado nazi no estaba tan integrado, ni la población era tan servil y carente de voluntad, como sugerían las primeras interpretaciones de lo que se llamó el «totalitarismo» nazi, aunque sólo fuera por el hecho de que en él seguía existiendo una «dualidad» de poder: en efecto, las organizaciones de partido duplicaban, y rivalizaban con, la ya existente maquinaria administrativa del Estado. La superposición de las esferas de competencia dio lugar a un fuerte antagonismo y a diversos conflictos en áreas diferentes —no sólo entre el Estado y la burocracia del partido

sino también entre organizaciones rivales del mismo partido-, no existiendo otro medio institucional de resolver las disputas que el recurso a Hitler: el único factor decisivo final era «el deseo del Führer». En algunas cuestiones, el concepto mismo de un Führer carismático situado «por encima» de la refriega no era tanto un atributo de la persona de Adolf Hitler, como una consecuencia del modo en que el régimen, con su abundancia de organismos en competencia, tenía que funcionar en la práctica: con frecuencia, Hitler sólo tomaba parte en los conflictos en el último momento, dejando que los participantes los resolvieran entre ellos, al más puro estilo del darwinismo social, y apoyando entonces al lado más fuerte, al ganador. En muchas áreas de gobierno, Hitler aplazaba la toma de decisiones hasta el último momento posible, lo que no implica que fuera un «dictador débil», como proponen algunas interpretaciones: en efecto, cuando la cuestión le interesaba –sobre todo en política exterior–, Hitler no se detenía hasta conseguir imponer su criterio. En otros temas, simplemente, no le interesaban lo suficiente los detalles de los procedimientos políticos. Además, hay que matizar también el concepto totalitario en relación con el hecho de que la «coordinación» de ciertas élites clave –sobre todo la industria y el ejército– no se correspondía con la de otros grupos más subordinados; durante casi toda la década de los treinta, sus objetivos coincidieron con los de los nazis, tanto en las áreas de regeneración económica, bajo auspicios autoritarios y antisindicalistas, como en el rearme y la revisión del odiado tratado de Versalles, pero este consenso no fue nunca total: existían fricciones y divergencias de intereses en numerosos puntos, y, a partir de 1938, el régimen entró en una fase más radical en la que las diferencias se acentuaron, situación que se complicó con la entrada en guerra de Alemania en 1939.

A nivel de la opinión popular, el cuadro es más complejo de lo que a primera vista podría parecer. Si bien no se puede negar la existencia de un núcleo duro de nazis convencidos, muchos alemanes se unieron a partir de marzo de 1933 a las organizaciones del partido por motivos oportunistas, mientras que otros permanecieron al margen, aun a costa de sus carreras profesionales o del sustento de sus familias. La gente no aceptaba crédulamente una «ideología nazi» global (en cualquier caso, bastante inconsistente e incoherente), sino que simpatizaba con algunos elementos –como el impulso de la grandeza nacional alemana y la revisión del tratado de Versalles– al tiempo que criticaba otros, sobre todo si les afectaba personal y económicamente algún aspecto de la política económica, por ejemplo: como muestra, muchos campesinos habían apoyado a los nazis antes de 1933 en su respaldo al concepto de «sangre y tierra», pero muy pronto cundió el desencanto frente a determinadas políticas agrarias nazis, como la Ley del Mayorazgo, por la que se estipulaba que las granjas de tamaño medio sólo podrían ser heredadas por un único beneficiario, de ascendencia germánica aria, no debiendo dividirse entre varios. La opinión pública estaba fragmentada: la gente vivía por lo general a un nivel muy cotidiano, aplaudiendo o quejándose de cuestiones particulares, pero sin llegar a desarrollar una imagen de conjunto. También existía una extendida falta de interés por el destino de los demás, una vez que desaparecían del vecindario más inmediato.

Esta restringida área de interés, centrada en sectores de importancia directa y de relevancia inmediata, afectó incluso a las iglesias, cuyo historial durante el Tercer Reich resulta ambiguo. Las iglesias protestantes –cuyos miembros constituían una parte desproporcionada del voto nazi– se dividieron muy pronto entre

los «cristianos alemanes» pronazis y la «iglesia confesional» antinazi, que incluía a algunos valientes opositores del nazismo, como Dietrich Bonhoeffer; pero, a pesar de que los nazis tuvieron que abandonar sus planes originales, dirigidos a derrocar la Iglesia e instaurar un obispo del Reich, las reacciones de la mayoría de los protestantes frente al régimen siguieron siendo contradictorias: hubo resistencia a los ataques nazis contra las escuelas confesionales y a los intentos de reorganizar la estructura de la Iglesia, pero muchos protestantes compartían con los nazis los sentimientos anticomunistas y los objetivos conservadores nacionalistas. En un principio, y gracias a su lealtad trascendente a Roma, la comunidad católica presentó un frente más firme a las tentaciones de los nazis, y es posible que su ideología «total» y el énfasis puesto en la comunidad proporcionara una mejor protección contra el nazismo que la del individualismo protestante, pero, en general, los católicos no ofrecieron frente al nazismo un baluarte más efectivo que el presentado por los protestantes. Los católicos alemanes, tranquilizados en un principio por el concordato firmado entre el gobierno nazi y el Vaticano en julio de 1933, fueron poco a poco rebelándose contra las injerencias de los nazis en su religión —como la eliminación de los crucifijos en las aulas de las escuelas confesionales—, pero distinguían muy claramente entre las cuestiones «religiosas», en las que era adecuado y permisible resistirse a la política nazi, y las cuestiones «políticas», que no tenían nada que ver con la Iglesia. Esta autolimitación implicaba que, si bien los líderes de la Iglesia protestaron efectivamente contra el programa nazi de «eutanasia», en el que se acabó con muchos alemanes (incluidos por supuesto católicos) por su incapacidad mental o subnormalidad, no llegaron a hacerlo por el trato dado a los judíos. Aún permaneciendo hasta cierto punto alienada del

régimen, la potencial oposición católica estaba limitada por un legalismo restrictivo que separaba la «religión» y la «política», la esfera de la Iglesia y la del Estado; lo mismo se puede decir de los protestantes, que podían incluso recurrir a Lutero sobre este punto.

Por lo tanto, el pueblo alemán se vio sometido durante los años que antecedieron a la guerra a una mezcla de coerción y consentimiento, así como a unas experiencias y circunstancias diferentes, unas condiciones materiales y sociales distintas de las conocidas hasta ese momento, que dieron lugar a una mezcla de queja y apoyo, de aprobación y disconformidad, dependiendo de las cuestiones y del momento. Pero había algunos que no tenían la libertad suficiente para ser tan ambivalentes: existían aquellos a los que había que excluir de la nueva comunidad nacional, y por lo tanto eran plenamente conscientes de su lado oscuro. Los izquierdistas fueron rápidamente apresados y encarcelados, u obligados a pasar a la ilegalidad, a una resistencia clandestina y muy peligrosa; otros se vieron discriminados por su herencia racial o sus costumbres personales: los judíos, los homosexuales y los gitanos fueron seleccionados como objetivo de un tratamiento especialmente duro, al tiempo que se denigraba a los pueblos eslavos. La política aplicada a los judíos en la década de los treinta estuvo caracterizada por una serie de medidas más o menos *ad hoc*: el intento de boicot contra las tiendas y empresas judías de abril de 1933, la exclusión de los judíos de la administración y de determinadas profesiones, las «Leyes de Nuremberg» de 1935, por las que perdían los derechos de ciudadanía y se imponían restricciones a los matrimonios entre judíos y gentiles, la «noche de los cristales rotos» (*Kristallnacht*) de noviembre de 1938, en la que se atacaron, incendiaron y saquearon casas, sinagogas y tiendas judías,

muriendo también un cierto número de judíos. Estas disposiciones se pusieron en marcha en gran parte a iniciativa de los activistas nazis o en respuesta a presiones de los radicales del partido a favor de la acción. Las exhibiciones públicas de brutalidad no tenían mucho apoyo popular entre los alemanes, pero sí se estaba a favor de «eliminar» a los judíos de la sociedad alemana, y la «arianización» de las propiedades judías (incluidas las viviendas) fue muy bien recibida por los beneficiarios: la «legalización» de la condición de paria de los judíos por medio de las Leyes de Nuremberg se acogió con regocijo, pero no así la destrucción de propiedades y el desorden de la *Kristallnacht*. A pesar de que resultaba bastante evidente que «no se quería» (*unerwünscht*) a los judíos en la nueva Alemania del Reich de los mil años, y que se les iba a excluir del glorioso futuro de la nación, no lo estaba tanto, durante los años de paz, que la «solución final» al «problema judío» proyectada por los nazis fuera a ser una política de asesinatos masivos.

Había dos áreas en las que Hitler tenía unos objetivos muy definidos: la política racial y la política exterior. Hitler quería convertir a Alemania en una comunidad racial «pura», y quería expandir el «espacio vital» (*Lebensraum*) alemán, alcanzando primero el dominio europeo y a continuación el mundial: todo lo demás debía subordinarse a estos fines. Pero ahora debemos volver la mirada al radicalismo del régimen en la política exterior, la guerra y el genocidio.

Política exterior y guerra

Ya en la década de los veinte, en *Mein Kampf* y en el (por aquel entonces sin publicar) «Segundo Libro», Hitler había trazado el

programa de su política exterior: dicho programa consistía en revisar el tratado de Versalles, incorporar Austria y transformar Checoslovaquia y Polonia en estados satélites, enfrentarse a Francia antes de conquistar Rusia y, finalmente, conseguir el dominio del mundo, quizá con Gran Bretaña como una especie de socio menor al que Alemania prestaría su protección. Evidentemente, por lo menos las primeras fases de este programa suscitaron gran simpatía en los círculos conservadores nacionalistas; de hecho, a partir de 1930, una vez abandonado el cauteloso espíritu conciliador de Stresemann, se había podido apreciar, bajo el gobierno de Brüning, un cambio en la política exterior. Este nuevo estilo, más agresivo, iba unido al abandono de los tratados multilaterales por un sistema de política bilateral y acuerdos económicos, con los que se pretendía extender la influencia de Alemania en el sureste y el este de Europa. Cuando Hitler llegó al poder en 1933, se continuó en cierta medida en esta dirección, aunque el ritmo se aceleró y los objetivos finales se hicieron más ambiciosos; no obstante, el compromiso con las viejas élites que había llevado a Hitler al poder se mantuvo, con algunas tensiones y fricciones, hasta el invierno de 1937-38.

La estrategia general de Hitler durante la década de los treinta consistió en conseguir los mayores resultados posibles a través de la diplomacia, mientras se dedicaba con todas sus energías al rearme y a los estudios de los diferentes sistemas para expandir el ejército, algo que se llevaba haciendo en secreto desde finales de la década de los veinte. Hitler dejó claras sus intenciones en los discursos pronunciados ante los generales y su gabinete a los diez días de su llegada al poder. En un principio, el rearme se disfrazó, como en el caso de las llamadas «facturas de Mefo» de 1933 y en el eufemista «programa de tractores agrícolas» de Krupp,

que empezó a construir tanques en julio de 1933; en 1934 ya se estaban produciendo explosivos, barcos y aviones, todo ello en contra de las disposiciones del tratado de Versalles, pero aprobado por el ejército. En marzo de 1935 se anunció finalmente al mundo exterior la existencia de una fuerza aérea en Alemania y de un rearme generalizado, así como la introducción del servicio militar obligatorio. Mientras tanto, Hitler rechazaba los pactos colectivos en favor de acuerdos individuales con países concretos; retiró a Alemania de la Conferencia de Desarme de Ginebra y de la Liga de las Naciones en octubre de 1933, y en enero de 1934 firmó un pacto de no agresión de diez años con Polonia (en contra del consejo del ministro de Asuntos Exteriores), recuperando en marzo de 1935 la cuenca del Saar tras un plebiscito celebrado en enero. El rearme alemán fue censurado por el «frente de Stresa», formado por Gran Bretaña, Francia e Italia, y por la Liga de las Naciones, en abril de 1935, pero Gran Bretaña y Alemania consiguieron alcanzar un compromiso en el Acuerdo Naval de 1935, por el que Alemania aumentaría su flota sólo hasta un tercio de la capacidad de la británica. A pesar de las tensiones existentes entre Italia y Alemania a propósito de Austria (tras un intento de golpe por parte de los nazis austríacos en 1934, en el que el canciller Dollfuss fue asesinado), Hitler quería mejorar las relaciones con este estado; admiraba a Mussolini, el líder fascista, y durante un tiempo actuó con mucha prudencia en la cuestión austríaca. De todas maneras, el frente de Stresa no ofrecía gran consistencia, y la preocupación de Gran Bretaña y Francia por la invasión italiana de Abisinia en octubre de 1935, así como la creciente presión del descontento popular en medio de una situación económica cada vez peor en el frente interno, ofrecieron a Hitler la oportunidad y el impulso para su primer paso realmente arriesgado en política exterior: en

marzo de 1936, las tropas alemanas volvían a militarizar Renania. A pesar del número relativamente limitado de tropas, la maniobra fue un éxito, provocando el entusiasmo del pueblo alemán y muy pocas críticas en el exterior: después de todo, Alemania no hacía más que «entrar en su patio trasero».

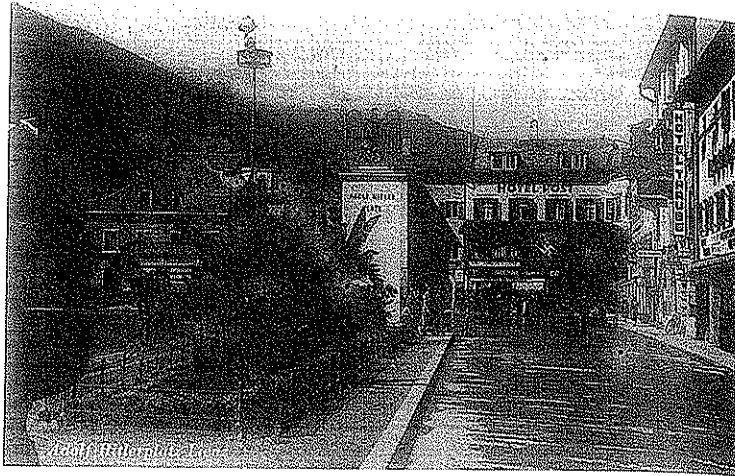
En 1936, Hitler anunció que en cuatro años Alemania debía estar preparada para la guerra, y se lanzó un «Plan cuatrienal» dirigido por Goering. Esto supuso una ruptura en la gestión económica, hasta ese momento conducida de forma relativamente ortodoxa por el anterior presidente del Reichsbank, Hjalmar Schacht, que más tarde, en noviembre de 1937, dimitiría de su cargo de ministro de Economía por discrepancias entre su ministerio y la oficina del Plan cuatrienal de Goering. Había que dedicarse enérgicamente al rearme, pero no a costa de las condiciones de vida de los consumidores nacionales: Hitler estaba continuamente pendiente de la opinión pública en general, y más en particular de su imagen pública. Los cambios en las posiciones del frente de la política exterior contribuyeron asimismo a aflojar los lazos entre Hitler y sus aliados nacionalistas conservadores. La guerra civil española, que estalló en julio de 1936, ayudó a reunir a Italia y Alemania (en su apoyo a Franco) en el «eje Berlín-Roma»; mientras tanto, Ribbentrop, que durante algún tiempo había mantenido de hecho un servicio diplomático nazi paralelo al del ministerio de Asuntos Exteriores, y que en 1936 fue nombrado embajador alemán en Gran Bretaña, fracasó en sus intentos de lograr una alianza entre ésta y Alemania: esta circunstancia hizo ver a Hitler, durante 1937, la necesidad de abandonar sus planes de aliarse con Gran Bretaña para reforzar sus conexiones con Italia. En 1938, bajo la influencia de Ribbentrop, Japón se convirtió en el tercer miembro del Eje. También resultaba cada vez más evidente que Alemania no podría

mantener una carrera de rearme prolongada, y que tendría que entrar en guerra lo antes posible.

En el invierno de 1937-38, la situación provocada por estos acontecimientos llegó a un punto en el que resultaba inevitable la división entre Hitler y algunos de los viejos conservadores. Hitler aprovechó una reunión en noviembre de 1937 con los jefes de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, el ministro de Exteriores y el de la Guerra –sobre la que informó en un memorándum el asistente militar de Hitler, el coronel Hossbach–, para lanzar una prolongada arenga sobre algunos de sus planes destinados a conseguir *Lebensraum* para Alemania. Hitler no logró convencer a su público, y su proyecto despertó reticencias y críticas, pero, a pesar de ello, en diciembre la planificación militar nazi había adquirido un carácter más ofensivo, y no defensivo. En febrero, Hitler organizó una purga del alto mando del ejército, sustituyendo a los conservadores críticos con sus puntos de vista por otros más dóciles a los planes nazis. Fritsch fue reemplazado por el general von Brauchitsch; catorce generales de rango mayor fueron retirados y otros cuarenta y seis tuvieron que cambiar de destino; el puesto de ministro de la Guerra, ocupado por Blomberg, fue simplemente eliminado, y el propio Hitler asumió el cargo de comandante en jefe de las fuerzas armadas (además de ser ya comandante supremo, gracias a su condición de jefe de estado). El general Keitel fue nombrado nuevo jefe del Oberkommando der Wehrmacht (OKW), que sustituía al antiguo ministerio del Wehrmacht, y, finalmente, en febrero de 1938 Ribbentrop ocupó el puesto de Neurath al frente del ministerio de Asuntos Exteriores. Estos cambios implicaban una mayor definición nazi del régimen y, por lo tanto, una menor influencia restrictiva de las consideraciones y ambiciones, más tradicionales, de los nacionalistas alemanes ortodoxos.

Hitler logró alcanzar entre 1938 y 1939 dos de sus principales objetivos de política exterior por medios –relativamente– pacíficos. A pesar de las garantías alemanas en 1936 sobre el respeto a la independencia austriaca, que habían facilitado el acercamiento a Italia, la tensión no había desaparecido de las relaciones con Austria, y bajo una considerable presión por parte de Goering, que tomó gran parte de la iniciativa durante 1937, la cuestión austriaca llegó en la primavera de 1938 a un punto decisivo. El canciller austriaco Schuschnigg, que había sucedido a Dollfuss, se reunió con Hitler en febrero de 1938, convocando a continuación, en marzo de 1938, un plebiscito cuya formulación garantizaba el resultado; Hitler (y Goering) consiguieron un aplazamiento y una nueva redacción de la pregunta, logrando además que Schuschnigg cediera el poder a Seyss-Inquart, un simpatizante nazi. A continuación, las tropas austriacas recibieron instrucciones de no ofrecer resistencia a la entrada triunfal en la patria de Hitler de los soldados alemanes, aclamados con entusiasmo por las masas, y así, con esta invasión incruenta, se llevó a cabo la *Anschluss* de Austria. A pesar de que la anexión había sido prohibida por el tratado de Versalles, las demás potencias europeas no encontraron razones para protestar, pero, para los judíos austriacos, las consecuencias fueron desastrosas: los nazis austriacos dieron rienda suelta a su salvaje antisemitismo, y, en un país que más tarde pretendería haber sido la «primera víctima de Hitler», los judíos recibieron peor trato que sus hermanos de Alemania.

Hitler tuvo muchos más problemas con Checoslovaquia. Allí, un partido de derechas liderado por Henlein había fomentado, con el apoyo alemán, la agitación entre la numerosa población de etnia alemana, sobre todo en las zonas fronterizas de los Sudetes, y durante el verano de 1938 se produjo una crisis, provocada en

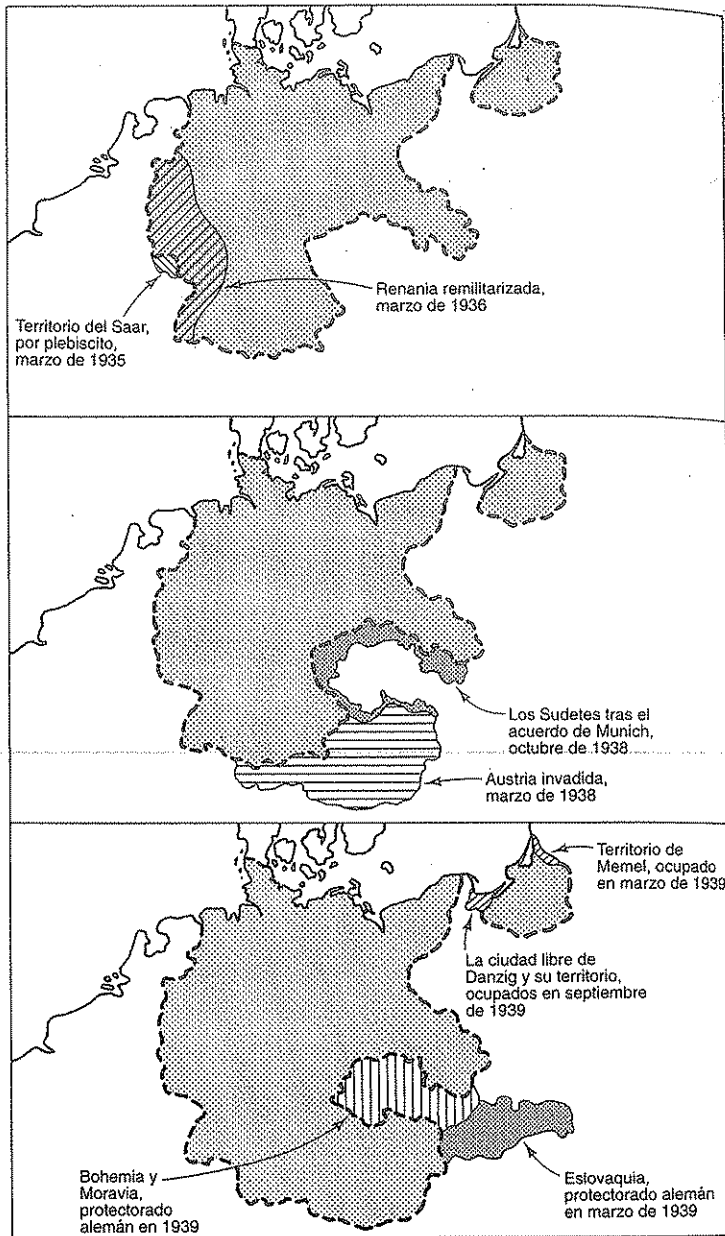


37. La ciudad austríaca de Lienz, que ha entrado a formar parte del Gran Reich Alemán, cambia el nombre de una de sus plazas principales por el de «Adolf-Hitler-Platz» (como hicieron muchas otras poblaciones de Alemania y Austria).

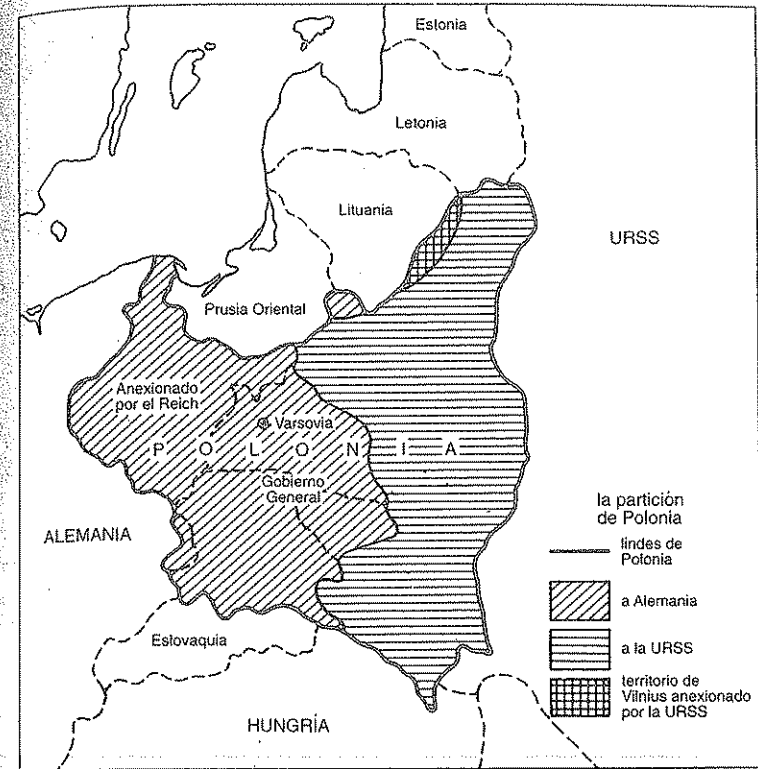
parte por informes erróneos sobre la movilización alemana en la frontera checa, que motivó la movilización real de los checos. Tras una semana de creciente tensión, la situación se desactivó, pero las discusiones —en las que Chamberlain, el primer ministro británico, jugó un papel clave— se recrudecieron. Cuando, finalmente, al concluir la conferencia de Munich celebrada en septiembre de 1938 —en la que Checoslovaquia no estaba representada—, se cedieron algunas zonas fronterizas, sobre todo a Alemania, Chamberlain hizo su famoso regreso a Inglaterra blandiendo un pedazo de papel firmado por Hitler y proclamando que eso implicaba «la paz en nuestra época». La llamada «política de conciliación» de

Chamberlain ha sido muy criticada posteriormente, así como el argumento de que con ella Gran Bretaña ganaba tiempo para el rearme; el mismo Hitler se sintió amargamente decepcionado por su éxito incruento, ya que, en su opinión, le habían escamoteado una guerra con grandes posibilidades de éxito. En cambio, el pueblo alemán sintió alivio al ver que se había evitado la amenaza de guerra, y la popularidad interna de Hitler aumentó. Mientras tanto, Checoslovaquia había perdido de hecho sus líneas defensivas, y cuando, en marzo de 1939, Hitler decidió invadir lo que quedaba del país, sus tropas consiguieron entrar en Praga prácticamente sin oposición; Bohemia y Moravia se convirtieron en un «protectorado», y Eslovaquia fue transformada a todos los efectos en un estado satélite del Reich alemán. Las potencias europeas permitieron la conquista de este «alejado país», del que sabían poco, y que les importaba aún menos, sin siquiera un gesto de ayuda.

En Polonia, Hitler tuvo que enfrentarse a una mayor intransigencia por parte de estas mismas potencias. Los lituanos cedieron Memel, pero los polacos se negaron a hacer lo mismo en la cuestión de Danzig, y el 31 de marzo los británicos garantizaron la independencia polaca; a pesar de este revés, Hitler había llegado ya a la conclusión de que Gran Bretaña era básicamente una nación débil y vacilante, y de que no apoyaría a su protegido. El 23 de agosto de 1939, en una maniobra sorpresa, Hitler firmó el famoso pacto con la Rusia de Stalin, que durante tanto tiempo había sido el enemigo ideológico principal de los nazis; este pacto era puramente estratégico, tanto para Hitler como para Stalin: ambos tenían interés en dividir Polonia, y mientras Stalin necesitaba tiempo para rearmarse, Hitler quería impedir una potencial alianza entre los británicos y la Unión Soviética, para así poder concentrar



Mapa 10. Anexiones territoriales de la Alemania nazi, 1935-39



Mapa 11. La partición de Polonia en 1939

su atención en derrotar a Occidente sin tener una guerra en dos frentes. El 1 de septiembre de 1939, las tropas alemanas invadieron Polonia, y el 3 de septiembre, Gran Bretaña y Francia, cumpliendo con su promesa a Polonia, declararon la guerra a Alemania: la segunda gran guerra del siglo XX desatada por Alemania había comenzado. Por lo general, el pueblo alemán se embarcó en ella con malos presentimientos, y muy poco del entusiasmo con el que gran número de personas había acogido el estallido de la guerra en 1914.

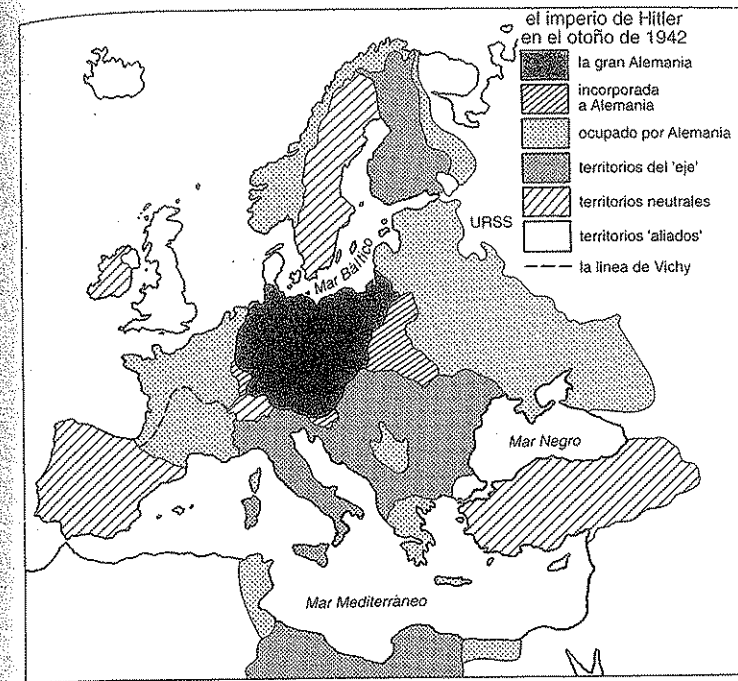
La campaña polaca despertó falsas esperanzas sobre la duración de la guerra. Polonia fue derrotada en menos de tres semanas gracias a una operación relámpago (*Blitzkrieg*); tras la invasión, algunas zonas se incorporaron a un Reich ampliado, y otras pasaron a ser el «*Generalgouvernement*», bajo administración alemana. Durante el invierno de 1939-40 se desarrolló la llamada guerra falsa, o *Sitzkrieg*, pero en la primavera de 1940 Hitler volvió rápidamente su atención hacia el norte y el oeste: primero hacia Escandinavia, donde el régimen de Quisling en Noruega proporcionó un nuevo concepto político a la historia, y a continuación, en mayo de 1940, vía Holanda y Bélgica, hacia Francia, cuya derrota fue seguida por la ocupación de las regiones septentrional y occidental y la instauración del dócil régimen de Vichy. En la primavera de 1941, Alemania atacó Yugoslavia y Grecia. La rapidez de las victorias, y el hecho inesperado de que llegaran tan pronto, aumentaron la popularidad interna de Hitler, en un momento en el que las condiciones de vida eran todavía relativamente satisfactorias, proporcionándole asimismo una falsa sensación de invulnerabilidad. Goering convenció entonces a Hitler de que la *Luftwaffe* alemana estaba en situación de eliminar a Gran Bretaña de la guerra, lo que dio origen a los ataques aéreos sobre la isla;

pero los británicos demostraron ser más resistentes a la invasión y la derrota de lo imaginado por los alemanes, y Hitler no esperó a vencer a Gran Bretaña y consolidar su situación en el oeste antes de dirigir su atención hacia el este: así, en el verano de 1941 decidió que había llegado el momento de invadir Rusia, poniendo en marcha lo que con tanto ahínco había tratado de evitar hasta entonces, una guerra en dos frentes. La campaña rusa resultó desastrosa; las tropas alemanas estaban demasiado desplegadas y mal equipadas, y cuando llegó el invierno ruso, con vientos gélidos y fuertes heladas, los soldados se encontraron inmobilizados, sin ropa adecuada, sufriendo los efectos de la congelación y llegando en algunos casos a morir de frío. Las campañas de caridad nazis llevadas a cabo en Alemania (el fondo de ayuda invernal, el *WHW*, que incluía donaciones y comidas de olla) convencieron a numerosos alemanes para que donaran botas, abrigos y esquís, pero era demasiado poco y demasiado tarde; además, también hubo errores tácticos graves en la campaña militar, sobre todo en la preparación de ofensivas simultáneas y demasiado ambiciosas que no podían mantenerse. En 1943, en Stalingrado, los alemanes sufrieron finalmente una severa derrota imposible de ocultar, de la que no se recuperaron ni la moral interna ni la fe de Hitler en su inevitable victoria.

La invasión de Rusia fue el primer momento decisivo de la guerra: Alemania estaba preparada para una guerra breve y dura, pero no estaba equipada para soportar un conflicto prolongado del tipo que ahora se le presentaba. El segundo llegó en diciembre de 1941, con la transformación de lo que todavía era una guerra europea en una guerra mundial. Ya desde principios de la década de los treinta se habían vivido en el Pacífico una serie de conflictos independientes, todos ellos relacionados con Japón; en diciembre

de 1941, los japoneses atacaron y destruyeron la flota americana en Pearl Harbor, y, como resultado de esta acción, Estados Unidos les declaró la guerra. Alemania estaba vinculada a Japón, al ser ésta una de las potencias del eje, pero no existía ninguna obligación por parte de la primera de defender a esta última; no obstante, Hitler aprovechó esta oportunidad para declarar la guerra a los Estados Unidos y, llevado por sus ansias megalómanas de dominar el mundo, convirtió una guerra europea –que Alemania, a estas alturas, todavía tenía alguna esperanza de ganar– en una guerra mundial, enfrentándose a la enorme potencia militar y económica de la nación industrial más avanzada del mundo.

A partir de 1942–43, la guerra se volvió en contra de Alemania, gracias a las campañas del desierto en el norte de África, los implacables ataques aéreos sobre Alemania por medio de las fuerzas aéreas de la RAF y de los americanos, y las batallas en Italia, que prosiguieron incluso tras la destitución de Mussolini por parte del Gran Consejo Fascista, en julio de 1943. Alemania estaba luchando en tres frentes, y su situación se hizo aún más desesperada cuando los rusos, coincidiendo con el desembarco aliado en Normandía el 6 de junio de 1944, lanzaron una ofensiva en el este; la moral en el frente interno se derrumbó, ya que la gente temía por los amigos y parientes que estaban luchando y padecía las condiciones de vida del país, en rápido deterioro. El mismo Hitler se convirtió prácticamente en un recluso, reduciendo al mínimo sus apariciones en público y retirándose cada vez más a su refugio de Prusia Oriental, la «Guarida del Lobo». La mayor parte del pueblo alemán, inmerso en sus problemas y preocupaciones, no prestó atención a un fenómeno –del que sabían más de lo que posteriormente admitirían– que estaba ocurriendo precisamente en este momento.



Mapa 12. El imperio de Hitler en el otoño de 1942

Holocausto, resistencia y derrota

El objetivo básico de Hitler había sido doble: por un lado, conseguir *Lebensraum* para la raza alemana y, por otro, liberar a esa raza de lo que él consideraba un contaminante, una bacteria, que envenenaba e infectaba la saludable estirpe «aria»: los judíos. En un lento proceso comenzado en 1933, los judíos habían sido identificados, estigmatizados y excluidos de la «comunidad nacional», la *Volksgemeinschaft*; se habían adoptado medidas para convertirlos en parias, y muchos de ellos, al comprobar que su futuro en Alemania era incierto, habían huído ya a otras tierras más acogedoras. Si bien es cierto que se habían producido actos de violencia y discriminación en su contra, hasta ahora no se había sin embargo llevado a cabo una política sistemática para liberar por completo a Alemania de la población judía; pero, al llegar la guerra, la situación cambió: por un lado, con la conquista de territorios en los que existían comunidades judías mucho más grandes (sobre todo en el este), el «problema judío» asumió nuevas dimensiones, y por otro, la aparición de circunstancias más extremas sugirió y fomentó la adopción de soluciones más radicales. Hitler hizo saber que quería el Reich ampliado «limpio de judíos» (*Judenrein*), y en un principio se estudió seriamente un proyecto para su deportación a una reserva en Madagascar, llegándose a enviar a los judíos al sur de Francia para su embarque; en el este de Europa existían planes para crear una reserva judía en los alrededores de Lublin, en la región suroriental de Polonia, pero tras la invasión de Rusia, en el verano de 1941, la «solución final» se convirtió en algo más siniestro.

No se ha encontrado nunca una orden de puño y letra de Hitler para la exterminación de los judíos, y no es probable que, dado su estilo de gobierno, haya existido jamás semejante orden, pero él dio

a conocer sus deseos, y fomentó un clima en el que la política de exterminación podía ser puesta en marcha. No existe acuerdo entre los historiadores a propósito de si el programa de exterminación que finalmente se llevó a cabo fue la consecuencia directa de un plan predeterminado, o si se desarrolló de un modo más casual y *ad hoc*, como resultado de iniciativas locales coordinadas posteriormente, pero, sea cual sea la interpretación, el esquema general de los hechos aparece claramente definido. Las primeras matanzas en masa de judíos se encargaron a grupos especializados, los llamados *Einsatzgruppen*, que llegaron a Rusia tras las tropas alemanas invasoras; estos reunían a los judíos y los llevaban a los bosques, donde, tras excavar fosas comunes, los ponían en fila desnudos y a continuación los mataban frente a la tumba. Esta técnica presentaba serios inconvenientes desde el punto de vista de los nazis: los asesinatos eran relativamente públicos y fácilmente presenciados por transeúntes, permitiendo que las noticias llegaran a Alemania, y los que realizaban los fusilamientos —entre los que se contaban los de mujeres jóvenes con bebés en los brazos— se encontraban con frecuencia, a pesar de la represión en las SS de las emociones humanas y la inculcación de la obediencia y la brutalidad, físicamente incapaces de afrontar semejante asesinato a sangre fría sin la ingestión previa de grandes cantidades de vodka. Mientras tanto, el hacinamiento y las enfermedades se extendían por los guetos de Polonia, a medida que se veían invadidos por el creciente número de judíos procedentes de los territorios ocupados; en opinión de los responsables de los guetos de Varsovia y Lodz, el problema de la masiva aglomeración de judíos requería una solución rápida, bien deteniendo la llegada o deshaciéndose de los que ya estaban allí. El medio elegido fue la muerte: muerte inmediata por inhalación de gas, en vez de fusilamiento. Así, en



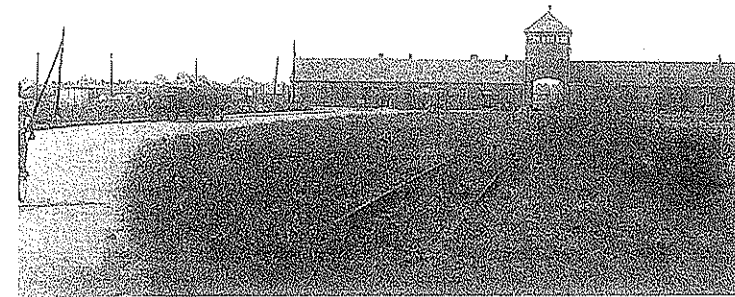
38. El gueto judío en Radom, Polonia, con un cartel que prohíbe la entrada a todo aquél que no esté en posesión de un permiso de la policía y que avisa del peligro de enfermedades infecciosas. Los judíos de los guetos eran rebajados y convertidos en criaturas fácilmente representadas como un grave peligro, no sólo en el sentido metafórico, de «bacilo» o «cáncer» que corrompía el cuerpo de la nación, y que obligaba a una «purificación» de la «contaminación» judía, sino también para la salud física.

diciembre de 1941 empezó a reunirse a los judíos del gueto de Lodz para posteriormente trasladarlos a Chelmno (Kulmhof), a unos sesenta kilómetros al noroeste de Lodz, hasta donde eran transportados en camiones cuyos tubos de escape estaban dirigidos hacia el interior; cuando se extinguían los gritos de los hacinados dentro del vehículo, los conductores se detenían y los cuerpos se depositaban en fosas comunes en medio del bosque. Pero este sistema resultó ser también relativamente «ineficaz»: podía —y lo hizo— matar a cientos de miles, pero no podía eliminar a millones.

En enero de 1942 se convocó una conferencia en Wannsee, la hermosa zona de lagos situada al oeste de Berlín, para coordinar la «solución final» que estaba ya en marcha bajo la dirección del comandante de las SS, Heinrich Himmler. Dentro de Polonia, se crearon campos de exterminio especialmente diseñados en Belzec, Sobibor y Treblinka y, bajo el llamado «decreto de Reinhard» (por Reinhard Heydrich, asesinado en Praga en mayo de 1942), estos campos procedieron a la aniquilación de la gran mayoría de los judíos polacos, utilizando la experiencia y el personal del ya concluido programa «eutanasia». El campo más terrible, cuyo nombre ha llegado a simbolizar el horror y el sufrimiento, no estaba sin embargo escondido en Polonia oriental, sino dentro de las fronteras del gran Reich alemán, y se llamaba Auschwitz. Auschwitz (Oswiecim) era un importante centro industrial situado en la Alta Silesia, en la línea principal de ferrocarril que unía el este con el oeste; el complejo ocupaba en la ciudad y sus alrededores varios kilómetros cuadrados, a ambos lados de la vía del tren, a la que se había añadido un ramal extra exclusivo para que los trenes pudieran ir directamente hasta el centro de exterminio de Birkenau. Auschwitz I, una prisión y campo de trabajos forzados dedicado sobre todo a los prisioneros políticos, fue el escenario de los espantosos experimentos «científicos» de Josef Mengele, además de ser pionero en las pruebas con el gas Zyklon B. Auschwitz II, o Auschwitz-Birkenau, se construyó a pocos kilómetros de distancia, siendo diseñado específicamente para llevar a cabo asesinatos en masa: allí se podían «procesar» cargas enteras, limpiar los trenes y prepararlos para su regreso de vacío hacia el oeste en sólo tres o cuatro horas. Cuando todas las cámaras de gas y hornos crematorios de Auschwitz-Birkenau trabajaban a pleno rendimiento, podían matar hasta 90.000 personas en

veinticuatro horas. En la misma ciudad de Auschwitz se encontraba el campo de Monowitz, cuyos presos trabajaban para la nueva planta Buna de I. G. Farben situada en Dwory, y el complejo de Auschwitz proporcionaba mano de obra a otras empresas alemanas, como por ejemplo Krupp, Borsig y Siemens. Éste no era un campo de concentración aislado y escondido, sino más bien un gran montaje del que grandes cantidades de polacos y alemanes eran perfectamente conscientes: la complicidad en el funcionamiento del Tercer Reich no alcanza solamente a una pequeña banda de criminales y delincuentes nazis.

Los asesinatos en masa de más de 6 millones de judíos, burocráticamente organizados, tecnológicamente perfeccionados y eficazmente ejecutados, así como la casi completa aniquilación de la población gitana de Europa y la muerte de numerosos opositores políticos del nazismo o de otros a los que no se consideraba «dignos de vivir», procedentes de un amplio espectro de trasfondos nacionales, culturales y políticos, en el que se incluían comunistas, socialdemócratas, conservadores, protestantes, católicos, testigos de Jehová y muchos otros más, llevados a cabo por miembros de esa sociedad tan culta de la que había surgido la música de Bach y la poesía de Goethe, suscitan preguntas casi imposibles de plantear, y desde luego de contestar; pero ello no quiere decir que se deba elevar el fenómeno a un plano limitado a la censura, abstraído de la interpretación histórica real, por encima de la causalidad y motivo únicamente de horror y vergüenza. Esta reacción, muy comprensible, evade las verdaderas cuestiones, es decir, la responsabilidad y la culpa. Hitler creó el clima y proporcionó el impulso para los asesinatos en masa —en conflicto incluso con otros objetivos centrales del régimen, como la necesidad de mano de obra esclava en el esfuerzo militar—, pero no



39. Aunque la hierba oculta prácticamente los railes del tren, y los restos de las cámaras de gas se están convirtiendo en pilas de escombros cubiertas de vegetación —y los campesinos polacos de los alrededores se siguen ocupando de sus asuntos como lo hacían cuando el humo salía de los crematorios—, Auschwitz-Birkenau proyecta sobre la historia alemana una sombra imposible de borrar.

se le puede considerar como único culpable, como se deduce de algunas teorías centradas en la conquista de Alemania por parte de un individuo de una maldad singular; tampoco se puede cargar toda la responsabilidad sobre la pequeña banda de fanáticos que rodeaba a Hitler. Hitler no llegó al poder por accidente, y su régimen no se mantuvo simplemente a base de terror y coacción; muchos alemanes, en capacidades diferentes, facilitaron el Holocausto por medio de sus acciones o permitieron

que continuara por su inacción. A finales de 1943, a más tardar, un porcentaje considerable de alemanes —que alcanzaba una cifra de varios millones— sabía que los judíos a los que se reunía y enviaba al este acabarían, directa o indirectamente (a través de campos de tránsito como Theresienstadt), no en un lugar de «reasentamiento», sino de muerte. Esto lo sabían también los gobiernos de los países neutrales y los enemigos de Hitler, pero potencias como Gran Bretaña y los Estados Unidos decidieron, por toda una serie de motivos, buenos o malos, dejar a un lado esta cuestión y concentrarse en cambio en el esfuerzo militar de derrotar a Alemania en la guerra.

Sea cual fuere el grado en que la gente «conocía» las perversiones del régimen nazi, la mayor parte de los alemanes decidió desentenderse o no creer lo que no les concernía directamente. Era preferible reprimir las sospechas. No obstante, existían en la Alemania nazi algunos grupos e individuos valerosos que intentaron oponerse a Hitler y acabar con su dominio; entre ellos había numerosos grupos opositores clandestinos de izquierda, nacidos en la década de los treinta, que siguieron reuniéndose, discutiendo y organizándose a pesar de la fuga de la cúpula del SPD al exilio y la dispersión de los miembros del KPD, no sólo en dirección a Moscú sino también hacia el Oeste. Había asimismo muchos cuya única esperanza consistía en expresar su desacuerdo de forma simbólica, como los grupos juveniles disidentes —los «Piratas de Edelweiss»— o la cultura swing; para la mayor parte de aquellos que se negaban a aceptar o doblegarse al régimen, las posibilidades de lograr algo limitándose a solidarizarse con las almas afines eran muy reducidas, y los intentos de individuos mejor situados, que se movían en círculos de élite, como por ejemplo Adam von Trott, de influir en la opinión pública extranjera o

cambiar el curso de los acontecimientos, fracasaron igualmente por motivos diversos. Algunos tuvieron simplemente mala suerte: así, Hitler fue muy afortunado en lo referente a los intentos de asesinato, como en el caso del carpintero suabo Georg Elser. Este había conseguido, sin ayuda de nadie, vaciar un pilar del Salón de la Cerveza de Munich e instalar allí una bomba, programada para estallar mientras Hitler estuviera pronunciando su discurso en conmemoración del putsch de 1932; por desgracia para los planes de Elser, en la noche del 9 al 10 de noviembre de 1939 había niebla en Munich, y Hitler decidió en el último instante no regresar a Berlín en avión, de acuerdo con los planes, sino marcharse pronto y coger el tren nocturno, por lo que ya había abandonado la sala cuando la bomba hizo explosión. Elser fue arrestado cruzando la frontera suiza y, tras pasar la guerra internado en campos de concentración, fue finalmente fusilado en Dachau en abril de 1945. Un grupo de estudiantes católicos de Munich, conocidos como la «Rosa Blanca» y liderados por Hans y Sophie Scholl, demostraron igualmente un gran valor al imprimir y distribuir panfletos criticando el régimen; no obstante, sus intentos por despertar la opinión pública y conectar con otros grupos de resistencia en situación de influir en el régimen sólo consiguieron mantener una llama de moralidad encendida en medio del ambiente imperante de egoísmo, conformidad y apatía. Ambos fueron detenidos y ejecutados, sin haber cumplido los treinta años, pagando así con su vida como lo harían tantos otros.

La manifestación de resistencia a la que mayor atención pública se prestó en Alemania Occidental después de la guerra fue a la llamada Conspiración de Julio de 1944, a pesar de ser éste un legado un tanto ambiguo para la democracia del país. Muchas personas asociadas a la Conspiración de Julio habían ayudado con

anterioridad al régimen nazi a llegar al poder y lo habían apoyado durante la década de los treinta; los nacionalistas conservadores habían compartido la mayor parte de los objetivos revisionistas de la política exterior de Hitler, y en muchos, las dudas sólo habían surgido a partir de 1938. Aquellos que aspiraban a derrocar a Hitler y sustituirlo por un régimen conservador se enfrentaban a numerosas dificultades, entre ellas el juramento de obediencia del ejército a Hitler y los primeros éxitos de la guerra, que no propiciaban un golpe. En el verano de 1944, casi nadie dudaba ya de la inevitabilidad de la derrota final de Alemania, y se puede acusar a la resistencia militar de tener como único objetivo evitar la total destrucción y ocupación del país. Por otra parte, tomando incluso en consideración las diferencias de opinión existentes entre los círculos de la resistencia nacionalista sobre la forma que debería adoptar un régimen posterior a Hitler, se observa que la mayoría tenía puntos de vista esencialmente antidemocráticos: quería un gobierno autoritario dominado por las élites, y no un regreso al tipo de constitución representado por la República de Weimar; no les gustaba la idea de la participación masiva en el gobierno, y no creían en la necesidad de una legitimación popular del nuevo gobierno. Al final, su concepto de un gobierno alternativo no llegó nunca a hacerse realidad, ya que el intento de asesinato de Hitler por parte de Stauffenberg fracasó; éste colocó, en la Guarida del Lobo, un maletín con una bomba bajo la gran mesa donde Hitler planificaba acciones militares con sus colaboradores, la bomba estalló, y Stauffenberg, al ver la explosión mientras abandonaba el edificio, regresó a Berlín informando del éxito de la misión. Pero la pesada mesa bajo la cual se había situado el maletín protegió a Hitler del impacto completo de la explosión, y le permitió sobrevivir relativamente ileso. Como consecuencia de

la Conspiración de Julio, el régimen del terror alcanzó niveles desconocidos: no sólo se arrestó y mató del modo más espantoso a los principales participantes en la conspiración, sino que se detuvo, encarceló, torturó y, en muchos casos, ejecutó, a miles más. En el invierno de 1944-45, se aumentaron las penas incluso de los más inocuos «crímenes contra el régimen», de forma que miles de alemanes comunes fueron ejecutados por ofensas como oír radios extranjeras o hacer bromas políticas, como demuestran los atroces y detallados historiales de la cárcel de Plötzensee, en Berlín.

A pesar de una contraofensiva alemana en el invierno de 1944-45, en la primavera de 1945 los líderes alemanes sabían ya que la guerra estaba perdida. La política de «tierra quemada» de Hitler intensificó la destrucción de Alemania: Hitler dio instrucciones a sus tropas para que lucharan hasta el final, no se rindieran jamás y no dejaran nada que los vencedores pudieran heredar, ya que, de acuerdo con su punto de vista, si el pueblo alemán no era lo suficientemente fuerte para ganar, no merecía sobrevivir. Hitler también se hundió con el pueblo al que había conducido a la ruina; encerrado en su bunker bajo las ruinas de Berlín, con el ejército ruso cada vez más cerca, Hitler, en una especie de *Götterdämmerung* wagneriano, se casó con su antigua y fiel amiga, Eva Braun, el 29 de abril de 1945, y el 30 de abril se suicidaron juntos. Sus restos fueron incinerados por miembros de su séquito. El 2 de mayo, Berlín capitulaba ante los rusos, y el 7-8 de mayo se firmaba la rendición incondicional de Alemania. Un breve gobierno provisional presidido por Dönitz se disolvió el 23 de mayo, y las potencias de ocupación asumieron el poder supremo en Alemania. Tras doce años que habían alterado profundamente el curso de la historia, el Reich de los mil años de Hitler había acabado en ruinas y cenizas. El «despertar nacional» y la «revolución» de

los nazis sólo habían llevado en última instancia al genocidio y el suicidio; había millones de personas muertas, y la destrucción era prácticamente incalculable; la credibilidad de las viejas élites alemanas había sido destruída, y se había interrumpido el ciclo de tensiones heredado de la Alemania imperial, pero resultaba difícil imaginar, en las terribles condiciones que presentaba Alemania en mayo de 1945, la forma que podría adoptar el futuro.

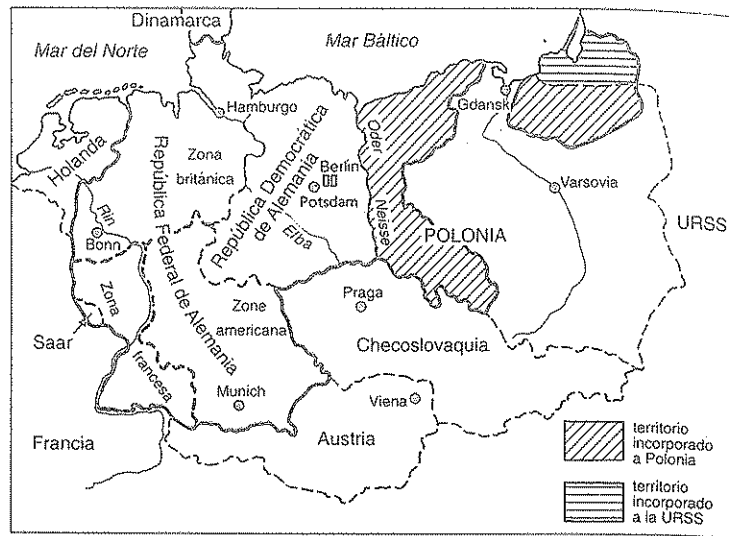
7

Las dos Alemanias, 1945–1990

La creación de las dos Alemanias

En 1945, Alemania yacía en ruinas. Su pueblo, cansado de la guerra y preocupado por su incierto futuro, subsistía entre los escombros y cascotes del hundido Reich. Nadie –ni siquiera las potencias de ocupación– sabía con certeza en ese momento lo que depararía el futuro; y, sin embargo, durante las cuatro décadas siguientes, surgieron dos Alemanias muy diferentes. En el Oeste, la República Federal de Alemania se convirtió en una democracia capitalista políticamente estable y económicamente próspera, mientras que en el Este, la República Democrática Alemana demostró ser, desde el punto de vista económico, el estado más productivo del bloque comunista y, hasta la era de Gorbachov, a finales de la década de los ochenta, uno de los apoyos y aliados más fieles de la Unión Soviética. Si se tiene en cuenta el turbulento pasado de las dos Alemanias, esta doble transformación, en dos sistemas políticos y socioeconómicos tan diferentes, resulta aún más notable.

En un principio, los aliados mostraron cierta indecisión y falta de unanimidad con respecto a sus planes para el futuro de Alemania. En las conversaciones mantenidas en Teherán (1943) y Yalta (1945) durante la guerra, se había llegado al acuerdo de dividir Alemania en zonas de ocupación, decidiéndose en esta última conferencia añadir a las de Gran Bretaña, los Estados Unidos y la Unión Soviética, una para Francia. Pero ya habían empezado a surgir



Mapa 13. La Alemania dividida después de 1945

las desavenencias entre los soviéticos y las potencias occidentales sobre la cuestión de las reparaciones y de las fronteras occidentales de una Polonia reconstituida, diferencias que simplemente se disimularon en la conferencia de Potsdam celebrada entre julio y agosto de 1945: en ella, americanos, británicos y soviéticos llegaron a un acuerdo de base sobre el enfoque general de la política a adoptar —que Alemania se desnazificara, desmilitarizara y democratizara—, pero no consiguieron lograr propuestas viables y efectivas que se pudieran poner en práctica, de modo uniforme, en todas las diferentes zonas de ocupación. Dado que Alemania, tras su rendición incondicional del 8 de mayo, era un país ocupado carente de gobierno propio, no podía firmarse un tratado de

paz; por lo tanto, y a la espera de un tratado final válido, para propósitos administrativos se aceptó momentáneamente como frontera occidental de Polonia la línea que seguía el Oder y la parte occidental del Neisse. Así se corrió de hecho a «Alemania» hacia el oeste, incorporándose a Polonia —que se movió igualmente hacia el oeste, perdiendo territorio en el este— y a la Unión Soviética las regiones orientales perdidas. Un Consejo de Control Aliado instalado en Berlín (a su vez bajo el control de las cuatro potencias) se encargaría de coordinar las políticas en las diferentes zonas; cada potencia se cobraría por separado las reparaciones en su zona, con la excepción de la Unión Soviética, cuyas grandes pérdidas se verían recompensadas por reparaciones adicionales procedentes de las zonas occidentales, parte de las cuales se intercambiarían no obstante por productos alimenticios de la zona soviética, mayoritariamente agrícola. La conferencia se cerró con un «Protocolo de acción», redactado en términos muy vagos. Francia, a pesar de recibir una zona de ocupación, no estuvo presente en la conferencia de Potsdam, y no se sintió excesivamente vinculada por sus decisiones; en cualquier caso, éstas eran tan imprecisas y generales que permitían todo tipo de interpretaciones por parte de las potencias.

Las divergencias entre las diferentes zonas de ocupación empezaron a surgir rápidamente. Los cambios más radicales se produjeron en la zona soviética; en ella se introdujo muy pronto la autorización de los partidos políticos, en gran medida para legitimizar el funcionamiento del activo Partido Comunista Alemán (KPD). En abril de 1945, se enviaron a Alemania, al mando de Walter Ulbricht, comunistas alemanes entrenados en Moscú, que intentaron hacerse rápidamente con el control de la política local, consiguiendo, gracias al apoyo de la Administración Militar

Soviética (SMAD), una influencia totalmente desproporcionada a su número. El KPD, que en un principio se había resistido a los ofrecimientos de colaboración por parte de los socialdemócratas alemanes (SPD), en otoño de 1945 llegó a la conclusión de que por sí solo no iba a alcanzar una base política mayoritaria; así, tras unas conversaciones bastante violentas mantenidas durante el invierno de 1945, en abril de 1946 se produjo en la zona soviética una fusión forzosa entre el KPD y el SPD, formándose el llamado Partido de Unidad Socialista (SED). El SED, que en un primer momento apoyó la idea de una «vía alemana hacia el socialismo» y acogió favorablemente la cooperación de «todas las fuerzas antifascistas» en un frente democrático popular, se había convertido en 1948 en un «partido de un nuevo estilo», estalinista y dominado por los comunistas. Las demás organizaciones activas en la zona soviética eran la Unión Cristianodemócrata (CDU) que —al igual que en las zonas occidentales— representaba a un nuevo partido cristiano consagrado a unir a los antiguos católicos seguidores del partido del Centro con la clase media y los protestantes conservadores, y el partido liberaldemócrata de Alemania (LDPD); los comunistas, por su parte, crearon dos partidos más, el Partido de los Campesinos (DBD) y los Nacionalistas (NDPD), para absorber algunas circunscripciones potencialmente desafectas y dividir el apoyo de los partidos conservadores. En 1948, todos los partidos de la zona soviética estaban también «coordinados» y sometidos de hecho al control efectivo del SED.

Mientras tanto, la zona soviética había experimentado asimismo cambios radicales en el sector socioeconómico. Una de las primeras medidas fue la reforma agraria: todas las explotaciones agrarias de gran tamaño (más de cien hectáreas) y aquellas pertenecientes a antiguos nazis se expropiaron y la tierra se redistribuyó,

parte a pequeños campesinos y trabajadores sin tierras y parte a refugiados procedentes del este, pasando otra parte a manos del Estado. Se nacionalizaron las grandes industrias, la minería y la banca, y se tomaron además medidas en contra de la existencia de empresas privadas pequeñas, a las que poco a poco se eliminó de la economía. Estas medidas se legitimaron de diferentes maneras: la expropiación de los nazis y los criminales de guerra no necesitaba justificación; también se utilizó un razonamiento, más amplio, según el cual había sido el «capitalismo de los monopolios», como sistema socioeconómico, el que había dado origen al nazismo, y, por lo tanto, la desnazificación requería la transformación del capitalismo mismo; además, del plebiscito celebrado en Sajonia salió una mayoría favorable a determinadas medidas de nacionalización, que posteriormente fueron ampliadas también a otras áreas. Al tiempo que introducía estos cambios, la Unión Soviética obtenía de su zona unas reparaciones ingentes: en un principio, se limitaron a llevarse a su país maquinaria y materias primas, pero cuando esto resultó ser ineficaz, los soviéticos se hicieron con algunas empresas de su zona en condición de Compañías Soviéticas de Accionariado Conjunto (SAGs) y se apropiaron sus beneficios. En 1949, la zona soviética había experimentado una transformación radical en la vida política, económica y social: bajo el control comunista, la clase de los junker y los grandes capitalistas, de importancia histórica, habían perdido por completo su base material de existencia, y el SED, dominado por los comunistas y apoyado por la administración militar soviética, había conseguido un predominio total en la vida política, saboteando de hecho cualquier intento de introducir una auténtica democracia en la Alemania Oriental posnazi.

Mientras la desnazificación en la zona soviética fue bastante

radical, tanto en términos de transformación estructural como en el de la renovación de personal, en las zonas occidentales fue un proceso burocráticamente interminable, relativamente ineficaz y de consecuencias no buscadas. El concepto punitivo original de «culpa colectiva» dio rápidamente lugar a un conjunto de medidas más discriminatorias, aunque no llegó a quedar nunca claro si el objetivo básico era limpiar Alemania de nazis o limpiar a los nazis del estigma del nazismo: y, en caso de que fuera este último el fin, si la desnazificación consistiría en un castigo o una reeducación. Al final, la clasificación de los alemanes en cinco grupos, desde el de los «delincuentes principales» hasta el de los «exonerados», basándose en las respuestas a un interminable cuestionario, se convirtió en una especie de pesadilla burocrática, llevando además al pueblo alemán a tratar de excusarse y ocultar su pasado, en vez de enfrentarse realmente a su grado de complicidad con el Tercer Reich. A pesar de las numerosas quejas –incluidas las relativas a la evasión de los «peces gordos» mientras los «más pequeños» eran injustamente castigados–, los antiguos nazis se fueron incorporando lentamente a la vida de la Alemania Occidental, con la excepción de los principales criminales de guerra: algunos fueron sometidos a los juicios de Nuremberg (en los que cooperaron todos los aliados victoriosos), mientras que otros se enfrentaron más tarde a la justicia. Se puede afirmar que, por lo general, predominaban la apatía política y la preocupación por la supervivencia material, pero, no obstante, en estos años se fundaron o refundaron los principales partidos políticos del periodo de la posguerra: así, el Partido Socialdemócrata (SPD) se volvió a formar rápidamente y, al mando de Kurt Schumacher, se opuso activamente a las actividades de los comunistas, mientras que algunos miembros del antiguo partido católico del Centro se

unieron a los protestantes en la nueva Unión Cristianodemócrata (CDU), presente tanto en la zona soviética como en las occidentales, con un partido hermano en Baviera, la Unión Social Cristiana (CSU). Además, en diversas regiones se fundaron numerosos partidos liberales, que acabaron fundiéndose para convertirse a nivel nacional en el Partido Liberaldemócrata (FDP), y a estos hay que añadir asimismo un gran número de partidos pequeños, que representaban regiones, cuestiones o grupos electorales concretos (como por ejemplo los refugiados procedentes de los territorios orientales perdidos). No obstante, la CDU y el SPD eran los contrincantes de la principal batalla política, en la que este último parecía tener más fuerza.

Aunque en las zonas occidentales de la Alemania ocupada no se adoptaron medidas radicales de transformación socioeconómica, los aliados bloquearon de hecho disposiciones dirigidas a la socialización, y mantuvieron a Alemania Occidental en una economía capitalista de mercado; también hubo intentos de fragmentar la concentración económica del país, y se ejercieron presiones para deshacer los cárteles. Francia fue la nación más implacable a la hora de obtener reparaciones de su zona, mientras que Gran Bretaña se dio cuenta bastante pronto –a más tardar en abril de 1946– de que tendría que importar alimentos a su zona, predominantemente industrial, si quería evitar el peligro, muy real, de muerte masiva por inanición. Los Estados Unidos no tardaron en aceptar el nuevo punto de vista de Gran Bretaña, más centrado en la importancia de la reconstrucción que en la destrucción de la economía de Alemania, ya que no existía únicamente el problema de alimentar y, en muchos casos, alojar a la población indígena: Alemania Occidental estaba invadida por los refugiados y expulsados de los territorios orientales perdidos, que habían huido del Ejército Rojo

en los meses finales de la guerra o cuya partida se había retrasado tanto que habían sido expropiados por la fuerza por las nuevas administraciones de la posguerra. Muchos de ellos, tras una marcha larga y agotadora (a la que los miembros más viejos, más jóvenes y más débiles no habían podido sobrevivir), habían aterrizado en zonas occidentales de Alemania esperando encontrar algún tipo de cobijo y sustento, pero la masificación y la escasez provocados por su presencia intensificaron las ya difíciles condiciones de la posguerra. Para muchos alemanes, la introducción forzosa de la «democracia» se vio asociada, como al final de la Primera Guerra Mundial, a la derrota nacional, la humillación política y el trastorno social y económico, quizá incluso a una escala mayor que después de 1918. El hecho de que la democracia tuviera más éxito en este segundo intento está relacionado con una serie de circunstancias que se estudiarán más adelante.

Independientemente de los debates existentes sobre la responsabilidad última de la Guerra Fría, parece evidente que no fue el lado soviético el que puso en marcha la división final de Alemania. Durante mucho tiempo—incluso hasta 1952—, y dejando a un lado su postura en otros estados europeos, Stalin pareció querer mantener abiertas sus opciones con respecto a Alemania; fueron más bien los cambios en la política occidental los que precipitaron en gran medida la creación en 1949 de dos repúblicas alemanas. Ya desde un comienzo habían surgido desavenencias sobre las medidas a tomar con respecto a la Alemania posnazi, no sólo entre las potencias occidentales y la URSS sino también entre, e incluso dentro de cada uno de, los gobiernos occidentales. A pesar de todo, tras unas confusiones iniciales a la hora de establecer una política de actuación —con vestigios del rechazado y draconiano «plan Morgenthau» para la desindustrialización de Alemania todavía

presentes en el documento inicial del proyecto americano, el JCS 1067—, a partir de 1946–47 se puede apreciar claramente un viraje fundamental en la postura occidental hacia la Alemania ocupada; este cambio de orientación, de las primeras opiniones disciplinarias a un generoso concepto de reconstrucción, quedó simbolizado y expresado de forma material en el plan Marshall para la reconstrucción de la Europa de la posguerra, presentado en junio de 1947. En este plan se proponía la reconstrucción económica y política de Europa según unas directrices beneficiosas para el nuevo papel internacional de América, con su política de «puertas abiertas» y de búsqueda de mercados, así como para su «doctrina Truman», destinada a atajar la creciente ola de comunismo y lo que se consideraba el expansionismo soviético en Europa. El plan Marshall, ofrecido en términos pensados para provocar el rechazo de las economías no de mercado bajo influencia soviética, representó un paso clave en la disociación de la Alemania Occidental de la zona soviética y en su incorporación, en la incipiente Guerra Fría, a una red más amplia de organizaciones económicas y políticas de la Europa occidental.

En enero de 1947, las zonas británica y americana se habían fusionado, convirtiéndose en una «bizona» que desarrolló una especie de gobierno propio, el Consejo Económico; como respuesta, la zona soviética creó la Comisión Económica Alemana, otra organización protogubernamental. Por otra parte, los franceses, que hasta ahora habían mantenido una línea bastante independiente en toda una serie de cuestiones, accedieron a cooperar con británicos y alemanes. La administración de la ayuda económica a Alemania Occidental requería una reforma monetaria, ya que el viejo marco del Reich había perdido casi todo su valor en lo que era en esencia una economía de mercado, donde como moneda de uso corriente

se utilizaban los cigarrillos y el chocolate, además de los trueques más básicos y del intercambio de bienes y servicios; pero la reforma monetaria de junio de 1948, con la que se lanzaba el marco alemán, se ofreció en términos inaceptables para los soviéticos, que utilizaron este pretexto no sólo para presentar su propia moneda, sino también para intentar cortar los accesos de los aliados occidentales a Berlín, situado en el corazón de la zona soviética, cerrando todas las entradas por tierra y por agua a la ciudad. Los aliados contrarrestaron el bloqueo de Berlín por medio de un puente aéreo, con el que enviaron durante todo el otoño, el invierno y la primavera de 1948-49 los suministros esenciales: de repente, el antiguo bastión del nacionalismo prusiano y el militarismo nazi se había convertido en la personificación de la libertad y la democracia occidentales, debiendo ser protegida a cualquier precio. El puente aéreo era el símbolo del cambio radical en la política occidental hacia su parte de Alemania: Alemania Occidental, una vez abandonada su condición de nación derrotada, llena de nazis despreciables, se iba a convertir en un aliado democrático en la lucha contra el «totalitarismo» y el comunismo en la naciente Guerra Fría. En el verano de 1948 comenzaron las deliberaciones constitucionales, dirigidas a la creación de una constitución para un nuevo estado en la parte occidental de Alemania; en mayo de 1949, cuatro años después de la caída del Tercer Reich de Hitler, y tras la aprobación de la nueva constitución por una asamblea de delegados de las diferentes regiones (*Länder*) —con excepción de los bávaros, de inclinaciones separatistas—, se fundó formalmente la República Federal de Alemania. Independientemente de sus problemas ocultos y reprimidos, este estado estaba destinado a convertirse en socio de la incipiente red de alianzas políticas y económicas occidentales

en el transformado mundo de la posguerra; unos meses después, en octubre de 1949, se creaba oficialmente en la zona soviética la República Democrática Alemana, en gran medida como respuesta directa a la fundación de la primera.

De la fundación a la consolidación

En un principio, las constituciones de las dos Alemanias se parecían mucho: ambas tenían, además de los líderes políticos del gobierno (canciller en el Oeste, primer ministro en el Este), presidentes como jefes de estado oficiales; en ambas el parlamento constaba de cámaras bajas, representantes en teoría del pueblo como resultado de unas elecciones nacionales, y cámaras altas, en representación de las regiones (*Länder*), y ninguna de las dos establecía un sistema económico y social concreto. De hecho, la constitución de la República Federal era tan provisional que ni siquiera se llamaba constitución, sino «Ley básica» (*Grundgesetz*), y se comprometía explícitamente a la eventual reunificación de los estados, mientras que la constitución de la República Democrática Alemana estaba deliberadamente formulada en unos términos que permitirían la reunificación. Pero existían sin embargo diferencias fundamentales de base entre los sistemas políticos de los dos estados, que se irían haciendo más evidentes con el paso del tiempo. La democracia representativa de Alemania Occidental se basaba en unas elecciones generales libres celebradas cada cuatro años, en las que participaban una amplia gama de partidos, mientras que la constitución de Alemania Oriental se apoyaba en el principio marxista-leninista del centralismo democrático, en el que los diferentes partidos políticos permitidos y las organizaciones

mayoritarias representadas en el parlamento recibían una serie de escaños predeterminados, y en el que el verdadero control estaba en manos del SED. Los acontecimientos posteriores aumentarían, como veremos más adelante, las diferencias entre las dos constituciones.

A pesar de ser muy real, la división de Alemania no se concebía como algo irreversible, y la existencia de dos estados diferentes siguió un proceso de consolidación en diversas etapas: el fracaso de las iniciativas de reunificación en 1952; la incorporación, tanto por parte del Este como del Oeste, a todo un abanico de alianzas económicas, políticas y militares a lo largo de la década de los cincuenta, y la recuperación de la soberanía plena en 1955; la construcción del muro de Berlín en agosto de 1961, fecha en que la división prácticamente se selló con cemento, cerrando así el último medio de escape de Este a Oeste; la *Ostpolitik* de principios de los setenta, que culminó en el reconocimiento mutuo en 1972 y la entrada en Naciones Unidas como miembros de pleno derecho en 1973; y el desarrollo de relaciones entre los dos estados alemanes a finales de la década de los setenta y durante la de los ochenta, relaciones claramente diferentes de las mantenidas entre otros dos estados independientes y soberanos cualesquiera. La revolución germano-oriental del otoño de 1989 y la apertura del muro de Berlín volvió a plantear entonces de un modo imprevisto la cuestión de la división alemana.

Tras las elecciones celebradas en 1949, el CDU surgió como el partido mayoritario en el nuevo parlamento germano-occidental (*Bundestag*). El primer canciller de la RFA fue Konrad Adenauer, un astuto católico, antiguo alcalde de Colonia durante la República de Weimar, que había mantenido un perfil aceptablemente discreto durante el Tercer Reich y que consiguió salir elegido canciller

por una mayoría de un solo voto, tras considerables forcejeos para obtener el apoyo de los diputados del FDP, cuyo candidato, Theodor Heuss, se convertiría en el primer presidente de la República Federal. Basándose al principio en una serie de coaliciones, en 1957 Adenauer llevó de forma triunfal a la CDU a una victoria clara, obteniendo la mayoría del voto popular, y no se retiró hasta 1963, tras cumplir ochenta y siete años y haber pasado catorce en el poder. El gobierno de Adenauer, más bien despótico (dio nombre a un nuevo concepto político, la «democracia presidencialista»), sentó las bases del desarrollo alemán occidental en la posguerra; Adenauer guió con determinación la integración occidental de un estado parcial y dividido, así como el «milagro económico», menos controvertido y más universalmente aplaudido, asociado a su ministro de economía, Ludwig Erhard. El firme compromiso del canciller con este proceso —a pesar de las manifestaciones oficiales a favor de la reunificación— concordaba con la política americana de coordinación económica, política y militar de la Europa occidental de posguerra, como baluarte contra el comunismo. En octubre de 1949, la República Federal entró a formar parte de la Organización para la Cooperación Económica Europea (OEEC), en abril fue admitida en la Comunidad Europea del Hierro y el Carbón (ECSC) y en mayo pasó a ser miembro de pleno derecho del Consejo de Europa; además, en 1957 Alemania Occidental se convirtió en miembro fundador de la Comunidad Económica Europea (CEE). En 1955 vencía el Estatuto de Ocupación y la República Federal recuperaba la soberanía plena, siendo nombrada miembro de pleno derecho de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), fundada en 1949; en 1956, y a pesar de una importante oposición interna, se introdujeron una serie de enmiendas constitucionales que le permitían tener

ejército y servicio militar obligatorio. Al tiempo que el país iba siendo readmitido en la comunidad de las naciones, experimentaba también una notable recuperación económica: así, de las ruinas de una nación derrotada y arrasada creció una sociedad materialista, con unas tasas de crecimiento y productividad asombrosas, a la que le resultaba muy cómodo ocultar el pasado centrándose en la tarea de la construcción de un futuro próspero. Los antiguos nazis se integraron con relativa facilidad en la nueva Alemania conservadora de la década de los cincuenta, en la que la ideología anticomunista de transición y los éxitos materiales otorgaron una legitimidad pragmática a la nueva democracia.

En Alemania Oriental proseguían mientras tanto las transformaciones políticas y socioeconómicas. En 1952 se abolieron los *Länder* y se sustituyeron por regiones menores (*Bezirke*), más fácilmente controlables desde el centro, y en 1958 desapareció, aunque con cierto retraso, la cámara alta del parlamento que los representaba. El mismo SED experimentó una serie de purgas, de las que el líder, Walter Ulbricht, surgió considerablemente reforzado. Tras una introducción bastante improvisada de las nuevas políticas económicas, en la que se dieron a conocer al mismo tiempo concesiones para ciertos grupos y normas para el aumento del trabajo en otros, hubo manifestaciones populares de descontento con el régimen, incluida una huelga generalizada el 17 de junio de 1953; este levantamiento, que surgió del desacuerdo económico pero que rápidamente pasó a expresar un descontento político más amplio, empezó a perder impulso antes incluso de que una exhibición de fuerza de los tanques soviéticos pusiera fin definitivamente a lo que era en esencia una protesta sin líderes, y no una revolución en potencia. La insurrección provocó una gran depuración entre los miembros del SED —con

frecuencia antiguos socialdemócratas— e, irónicamente, confirmó la posición de Ulbricht en el poder, cuya continuidad Moscú había puesto seriamente en duda; también, paradójicamente, acabó con las esperanzas reales de reunificación de las dos Alemanias, y confirmó que Occidente no quería arriesgarse a una crisis internacional por interferir en los asuntos de Alemania Oriental, pareciendo de hecho satisfecho con abandonarla a su suerte (las investigaciones en profundidad no han corroborado los intentos oficiales por parte de Alemania del Este de culpar del levantamiento a «agentes provocadores» occidentales; y las potencias occidentales se limitaron a observar e informar sobre el mismo, sin proporcionar a la población germano-oriental ningún apoyo digno de mención en su protesta). El juicio y encarcelamiento de Wolfgang Harich y su grupo en 1956, y la exclusión del Politburó en 1958 de una facción opositora, entran dentro de las acciones ulbrichtianas contra aquellos que se enfrentaron a su política de mano dura: así, Ulbricht consiguió de hecho eliminar toda oposición interna seria a su estilo de socialismo, más bien estalinista, que siguió en la línea dura incluso después de que el Partido Comunista de la Unión Soviética denunciara oficialmente esta doctrina en 1956.

Mientras tanto, la reforma económica continuaba. La agricultura se colectivizó en dos fases principales, 1952-53 y 1959-60; la producción industrial siguió centrándose en la industria pesada, independientemente de las concesiones realizadas a los consumidores tras los levantamientos de 1953, y se anunciaron, revisaron y abandonaron sucesivamente toda una serie de utópicos planes. A pesar de las breves esperanzas despertadas cuando el crecimiento de Alemania Occidental vaciló por un momento, a principios de la década de los sesenta quedó claro que la economía centralizada de Alemania Oriental no podría rivalizar

con el éxito material de la primera. Al observar el sorprendente ritmo del crecimiento económico y la nueva riqueza del Oeste, asociada no a la represión política sino a una relativa libertad personal (incluso la libertad de ser apolítico), en la década de los cincuenta muchos alemanes orientales decidieron votar con los pies: aunque la frontera principal con Alemania Occidental estaba cerrada, todavía se podía cruzar de Berlín Oriental a Berlín Occidental —con muy pocas pertenencias, por supuesto, para no levantar sospechas— y partir desde allí a Alemania Occidental. El número de refugiados dispuestos a abandonar cada año sus hogares variaba, pero a lo largo de esta década la economía de la RDA se vio afectada por una perjudicial sangría de mano de obra, a medida que una corriente de varones, en su mayoría cualificados y jóvenes, abandonaba la atmósfera gris, deprimente y represiva de su país en busca de un futuro mejor en Occidente.

En 1961 se tomaron medidas radicales para modificar una situación que, tras la reciente reforma agraria y la escasez de alimentos a ella asociada, había alcanzado un punto crítico. La mañana del 13 de agosto, cuando los berlineses despertaron, descubrieron que su ciudad estaba definitivamente dividida: rollos de alambre de espinas, vigilados por soldados, atravesaban las calles, y cuadrillas de obreros levantaban a toda prisa muros más permanentes de ladrillo y cemento. Familias y amigos se encontraron divididos por lo que parecían miles de kilómetros, y no los escasos metros que en realidad eran. Una vez más, y a pesar de las protestas que surgieron en Occidente, resultaba evidente que las potencias occidentales no estaban dispuestas a arriesgarse a un conflicto con la Unión Soviética por Berlín: la división concreta y final de la ciudad prosiguió sin contratiempos.

No obstante, y aunque parezca curioso, es posible que la



40. Soldados pertenecientes a la policía del pueblo germano-oriental montan guardia cuando empieza a levantarse el muro de Berlín, agosto de 1961.

condena de este último medio de escape mejorara las condiciones de vida de los germano-orientales en la década de los sesenta. Ésta fue la década de la «revolución científico-tecnológica», y gracias a ella parecieron abrirse en la RDA nuevos campos, con profesiones más satisfactorias; en 1963 se introdujo además el «Nuevo Sistema Económico», lo que permitió la descentralización de la toma de decisiones económicas y proporcionó el incentivo de los objetivos para aquellos con determinadas capacidades y cualificaciones técnicas. Quizá porque no existía alternativa, la gente empezó a adaptarse a un sistema que tenía que aceptar

por fuerza. Por otra parte, durante la década de los sesenta surgieron en Alemania Occidental movimientos muy críticos con el materialismo, la riqueza y el desinterés por afrontar el pasado del país; la recesión económica de 1965-66 precipitó la caída del gobierno democristiano de Erhard, el débil sucesor de Adenauer, y el CDU, bajo Kurt Georg Kiesinger como canciller, formó una «gran coalición» con el SPD. Fue sobre todo el movimiento estudiantil el responsable de dar forma al sentimiento de protesta y descontento, ya que la falta de una oposición real en el parlamento había despertado la necesidad de una «oposición extraparlamentaria»; esta protesta estudiantil alcanzó el punto culminante en 1967-68, cuando, tras la muerte de un estudiante por disparos en una manifestación en Berlín, la prensa amarillista y conservadora fomentó la polarización de la opinión pública. Este periodo fue también testigo del surgimiento de una serie de activos movimientos de derechas, entre los cuales el NDP, fuertemente nacionalista, llegó a obtener representación en diversos parlamentos de los *Länder*, aunque sin alcanzar nivel nacional. Pero en 1969 comenzó un nuevo periodo en la historia germano-occidental, ya que el SPD —tras importantes regateos postelectorales— logró formar una coalición con el FDP, ahora más liberal, y convertirse, por primera vez en las dos décadas de la historia de la República Federal, en el partido mayoritario del gobierno.

La llegada al poder en Alemania Occidental del canciller del SPD Willy Brandt, antiguo alcalde de Berlín, coincidió con una era de distensión en las relaciones entre las superpotencias. Tanto a los Estados Unidos como a la Unión Soviética les interesaba ahora suavizar las relaciones entre las dos Alemanias, algo que coincidía con el deseo del propio Brandt de ver disminuir las tensiones y facilitar los contactos humanos entre ambas naciones.

La llamada *Ostpolitik* de Brandt no fue, sin embargo, bien acogida por Walter Ulbricht, y, bajo presiones de Moscú, en 1971 fue sustituido en su cargo de jefe del partido por Erich Honecker, más favorable a los cambios planteados en las relaciones entre alemanes. Enfrentándose a una considerable oposición interna por parte del CDU/CSU, Brandt consiguió hacer aprobar toda una serie de tratados y acuerdos que culminaron en el «Tratado básico», entre Alemania Oriental y Alemania Occidental, firmado en 1972 y ratificado (de nuevo con una fuerte oposición) en mayo de 1973. En septiembre de 1973, ambas Alemanias fueron aceptadas como miembros de pleno derecho de las Naciones Unidas, y a partir de ese momento ambas reconocieron oficialmente la existencia de la otra, no como estados totalmente ajenos sino dentro de una relación especial (vista de forma algo diferente en cada parte), simbolizada en el intercambio de «representantes permanentes» y no de embajadores. Desde 1973 hasta 1989, las relaciones entre las dos Alemanias se centraron más en la mejora de los vínculos entre los dos países, a los que se reconocía como estados distintos pero con una relación singular, y no tanto en la cuestión, aparentemente cada día más lejana y casi metafísica, de la reunificación potencial.

El gobierno socialdemócrata germano-occidental, en coalición con el FDP, se mantuvo en el poder desde 1969 hasta 1982. Tras los éxitos iniciales de Brandt en política exterior, este periodo se vio marcado por los crecientes problemas económicos y las dificultades internas. Las crisis energéticas, que comenzaron con la del petróleo de 1973, tuvieron efectos muy adversos sobre la economía de Alemania Occidental, al igual que la recesión económica mundial de finales de la década de los setenta y los ochenta; todo esto coincidió con la desintegración de los movimientos radicales de los años sesenta en distintas tendencias, desarrollándose, junto

a subculturas fatalistas relativamente inocuas, un movimiento terrorista relativamente peligroso, liderado por algunos extremistas pertenecientes a la «Facción del Ejército Rojo» (RAF, también conocidos como la banda de Baader-Meinhof por el nombre de dos de sus primeros cabecillas). Tras la dimisión de Willy Brandt como canciller en 1974 (como consecuencia de un escándalo relacionado con el espionaje), llegó al poder Helmut Schmidt, más conservador, que sufrió, sobre todo en cuestiones ambientales, nucleares y de defensa, los ataques del ala radical de su propio partido. Schmidt también tuvo serias dificultades con el FDP, el socio -cada vez más conservador- del SPD en la coalición, al tratar de aprobar los presupuestos generales enfrentado a un desempleo creciente y a un estado de bienestar demasiado generoso; finalmente, en 1982 el FDP hizo uso del mecanismo constitucional de la «moción de censura» contra el canciller gobernante para traspasar sus lealtades parlamentarias al CDU/CSU: esto permitió a Helmut Kohl, del CDU, convertirse en canciller conservador de Alemania Occidental, gracias al cambio en el voto de unos cuantos miembros de un partido minoritario. La violencia de esta situación -sensación compartida por muchos alemanes occidentales- llevó a Kohl a utilizar el mismo mecanismo constitucional (aunque maniobrando para conseguir una pérdida del voto) al objeto de anticipar las elecciones generales a 1983, cuyo resultado confirmó a su gobierno en su puesto. Alemania Occidental entró así en la tercera fase política importante de su historia de posguerra, en la que un gobierno conservador sucedió a prolongados periodos anteriores de gobierno socialdemócrata (1969-82) y conservador (1949-69, en los últimos tres años en la Gran Coalición).

Bajo el liderazgo de Erich Honecker, que se prolongó de 1971 a 1989, Alemania Oriental inició también una nueva etapa de

desarrollo. Tras las rápidas transformaciones sociales y la mezcla de utopía y represión de la era Ulbricht, la RDA de Honecker ofrecía como característica principal una aparente voluntad por reconocer por lo menos algunas de las dificultades del presente y buscar medios a largo plazo para resolver los problemas sociopolíticos. Aunque en la década de los setenta se volvió a centralizar la economía, también se enfocó de nuevo la atención hacia el problema de la satisfacción del consumidor y la creciente disponibilidad de bienes muy deseados, como aparatos de televisión y coches. La ficticia liberalización inicial en la esfera cultural no pasó de 1976, año en que el exilio obligatorio del crítico cantante y guitarrista Wolf Biermann provocó una tormenta de protesta entre muchos intelectuales germano-orientales; a finales de la década de los setenta, se podía apreciar en la mayoría de las esferas culturales un nuevo aumento de la represión, con la significativa excepción de las iglesias protestantes del país que, gracias al importante acuerdo firmado con el Estado en 1978, consolidaron su papel en la sociedad germano-oriental. En la década de los ochenta prosiguió el acercamiento entre las dos Alemanias, y hubo progresos en las comunicaciones entre las poblaciones de ambos estados, así como en las posibilidades de los ciudadanos de la RDA para viajar al Oeste, todo ello culminado por el histórico viaje de Erich Honecker a la República Federal en 1987. A pesar de los indicios de un aumento en la represión a finales de esa década, provocado por la crispación del veterano liderazgo político ante la proliferación de voces disidentes en el interior y el impacto de los impulsos de reforma procedentes de la Unión Soviética de Gorbachov, Alemania Oriental parecía haber madurado, convirtiéndose en un país en el que muchos alemanes, más bien apolíticos, conseguían llevar una existencia por lo menos tolerable.

La aparente resolución de la «cuestión alemana» y la persistencia de la división de Alemania —y de Europa— se vieron repentinamente cuestionadas cuando una ola de revoluciones barrió Europa Oriental entre 1989 y 1990: en el contexto de un imperio soviético en desintegración y el desmantelamiento del orden de posguerra para Europa central, el sistema de gobierno comunista que había dominado Alemania Oriental durante cuarenta años fue derribado. Pero, antes de estudiar el dramático final del periodo de posguerra, merece la pena explorar más en profundidad determinados aspectos de los sistemas políticos y socioeconómicos de las dos Alemanias en el periodo que se cierra en 1989, además de examinar el grado en que, a partir de un pasado común, se habían convertido en dos sociedades muy diferentes, con culturas e identidades divergentes.

La política en las dos Alemanias, 1949–1989

¿Cómo se explica la aparente estabilidad de las dos Alemanias desde 1949 hasta 1989? Parte de la respuesta se encuentra evidentemente en el cambio en la organización internacional: Europa había dejado de ser un sistema formado por estados poderosos, expansionistas e imperialistas, como a finales del siglo XIX y principios del XX, y estaba dividida en esferas de influencia occidental y oriental, sometidas a las pretensiones globales de dominio de las dos superpotencias, los Estados Unidos y la Unión Soviética. El hecho de que Alemania desatara las dos guerras mundiales llevó a América a inmiscuirse en las cuestiones europeas y, tras la Segunda Guerra Mundial, la Alemania dividida se convirtió en el peón y la primera línea de la nueva Guerra Fría sostenida por los líderes de los

mundos capitalista y comunista. Pero no basta el cambio en el contexto internacional para explicar este periodo de la historia alemana: hay que echar también mano de los factores internos para entender la mayor estabilidad de la Alemania Oriental comunista, en comparación con las vecinas Polonia o Checoslovaquia, en los años previos a 1989, o la actuación de la democracia parlamentaria de la RFA, menos propensa a las crisis que la de la Italia posfascista. Empezaremos por estudiar en más detalle algunos aspectos de los sistemas políticos de las dos Alemanias.

La democracia de Alemania Occidental (y la de la Alemania unida a partir de 1990) posee algunas características constitucionales únicas. El sistema electoral combina la representación proporcional con la elección de los representantes en las circunscripciones por el método de las listas cerradas: cada votante dispone de dos votos, uno para un candidato concreto y otro para un partido. Los votos emitidos para el primero eligen a los representantes de las circunscripciones de acuerdo con el sistema británico, mientras que los segundos proporcionan a los partidos escaños en el parlamento, ocupados por personas seleccionadas a partir de las listas del partido, previamente elaboradas, dependiendo de la proporción de votos recibidos por el partido y siempre que ésta sea por lo menos un 5 por ciento del total. Esta «regla del 5 por ciento» tenía como objetivo impedir que los partidos pequeños consiguieran fácilmente una plataforma nacional —como hicieron los nazis en la República de Weimar— y el obstáculo permanente de las discusiones postelectorales entre muchos partidos para formar coaliciones de gobierno inestables (otro de los problemas de la República de Weimar). Por lo general, estas medidas parecen haber funcionado: los partidos menores fueron absorbidos progresivamente en la década de los cincuenta, y en su lugar surgió un sistema bipartidista

en el que el FDP, más pequeño, tenía en su mano, como tercer partido, el equilibrio del poder. Ha habido por supuesto excepciones destacadas, como el avance de los Verdes hasta alcanzar la representación nacional en el Bundestag en la década de los ochenta, y el sorprendente éxito de los republicanos de derechas en las elecciones municipales de Berlín de la primavera de 1989, lo que les ha permitido gozar de representación en la Cámara Alta, o Bundesrat, desde 1990.

Los republicanos están en el límite de la legalidad, ya que existen restricciones constitucionales a la naturaleza de los partidos permitidos en la RFA, otra medida concebida para evitar la proliferación de partidos «antisistemas» que tanto complicaron la democracia de Weimar. El derechista SRP (*Sozialistische Reichspartei*) fue prohibido en 1952 y el Partido Comunista de Alemania (KPD) fue declarado ilegal en 1956, utilizando como argumento el hecho de que sus objetivos básicos iban en contra de la constitución democrática, pero en la década de los sesenta se autorizó un partido neonazi, el NPD, y un Partido Comunista Alemán reformado (KDP). Con el «Decreto sobre los radicales» de 1972 (*Radikalenerlass*, conocido también como el *Berufsverbot*, una «prohibición de dar empleo», en su traducción literal, dado que en algunas zonas ésta fue su consecuencia para las personas afectadas) se pretendía proteger aún más la democracia germano-occidental, garantizando que los individuos con puntos de vista, actividades o afiliaciones que se consideraran hostiles a la constitución no pudieran ser empleados en puestos de la administración pública, un sector muy amplio que no sólo incluye a los funcionarios en el sentido británico sino también a los contratados por el Estado, como profesores, carteros y conductores de trenes. En opinión de muchos críticos, esta medida, destinada a proteger

la democracia, constituía en sí misma una grave vulneración de los derechos democráticos de libertad de palabra, discusión y organización. Los progresos en las técnicas de vigilancia policial, consecuencia en parte de las actividades terroristas de la década de los setenta, intensificaron el sentimiento de represión, sobre todo entre los estudiantes universitarios, temerosos por ejemplo de que sus perspectivas laborales futuras pudieran verse perjudicadas por su participación en una manifestación política.

El sistema político de la RFA poseía también otras disposiciones constitucionales destinadas específicamente a cubrir las carencias de la República de Weimar. El presidente no tenía tanto poder como el *Ersatzkaiser* de la Alemania de Weimar, convirtiéndose en un simple jefe de estado ceremonial; además, no era elegido directamente por votación popular, sino de forma más bien indirecta por un colegio electoral de parlamentarios, una característica que reflejaba la desconfianza de los aliados frente a Alemania y su escaso entusiasmo por dar a la gente demasiada voz en su «democracia» tras la guerra. El mecanismo de la «moción de censura» (discutido con anterioridad, pág. 304, en relación con el paso del gobierno de Schmidt al de Kohl) tenía como objetivo impedir la ausencia permanente de un gobierno efectivo característica de la República de Weimar, en la que los diversos cancilleres no habían sido capaces de encontrar un apoyo mayoritario en el parlamento y se habían visto finalmente forzados a depender de los decretos presidenciales para promulgar la legislación.

A pesar de la importancia de las disposiciones constitucionales de la RFA, otros factores tuvieron el mismo peso, si no mayor, a la hora de garantizar la estabilidad de la democracia germano-occidental. Uno de los más destacados ha sido sin duda el éxito

de la economía de Alemania Occidental, de la que hablaremos más adelante; otros en cambio están relacionados con los cambios en la naturaleza de los partidos y en las relaciones entre algunos grupos de presión y el sistema político. Evidentemente, después de la guerra los aliados limitaron la gama de lo políticamente permitido, al igual que lo hicieron en cierta medida las disposiciones constitucionales, tal como se ha señalado con anterioridad, pero los mismos partidos acabaron adoptando formas muy diferentes de los de la Alemania pre-nazi. Por una parte, el CDU/CSU se convirtió, adaptando una frase aplicada al Partido Laborista británico, en una «iglesia» relativamente «amplia», que incorporó tanto a protestantes como a católicos y aceptó a antiguos nazis sin grandes vacilaciones (Adenauer llegó a incluirlos en su gobierno); por otra, el SPD cambió de forma radical sus colores políticos tras su rotunda derrota electoral de 1957, y en el congreso de Bad Godesberg, celebrado en 1959, abandonó sin miramientos la retórica de influencia marxista que tan orgullosamente había utilizado durante muchas décadas: su intención era ahora competir con el CDU/CSU como un *Volkspartei*, capaz de englobar y apelar a todos los sectores del pueblo, y ofrecer un gobierno moderado de capitalismo con rostro humano, en vez de abogar por una transformación socialista radical. A pesar de algunas diferencias concretas en la política —como por ejemplo con respecto a la *Ostpolitik* a finales de la década de los sesenta y principios de los setenta, o a propósito de la gestión de la crisis en la de los ochenta—, los dos partidos principales de la RFA convergieron en su función de gestores moderados alternativos de un estado de bienestar capitalista, algo muy diferente a las inestables oposiciones de la Alemania pre-nazi; además, el ejército, que había jugado un papel político clave tanto en la Alemania imperial como en la de Weimar, se encontró,

tras la nueva forma adoptada en 1956, en una posición bastante diferente: tenía que funcionar bajo el control parlamentario, y no podía aspirar a gozar de un poder independiente.

Existen contrastes similares entre la República de Weimar y la de Bonn en lo que se refiere a la orientación política de los grupos económicos de presión. A diferencia de la República de Weimar, donde determinados sectores financieros percibían las actuaciones del sistema político democrático como opuestas a sus intereses políticos, el sistema de corporativismo característico de la RFA se adaptaba por lo general a las necesidades de los empresarios. Muchas decisiones políticas se alcanzaron por medio de negociaciones entre bastidores llevadas a cabo por los principales grupos de presión, es decir, por parte de los empresarios, la Confederación de la Industria Alemana, la Liga General de Empresarios y la Cámara de Comercio e Industria Alemana, y, por parte de los trabajadores, la Liga de Sindicatos Alemanes, el Sindicato Alemán de Trabajadores y la Federación Alemana de Funcionarios, así como un fuerte grupo de presión agrícola. Algunos críticos llegaron a denunciar este corporativismo como un proceso no excesivamente democrático, que alejaba la toma de decisiones del terreno parlamentario, mientras que otros lo alabaron como medio efectivo para alcanzar, a través de negociaciones entre las partes afectadas, compromisos políticos aceptables y factibles antes de llegar al proceso legislativo formal. El hecho de que la economía de la RFA funcionara mucho mejor que la de Weimar es asimismo sin duda un factor fundamental en el compromiso de las élites económicas con la democracia de Bonn.

¿Hasta qué punto los alemanes occidentales se convirtieron en una nación de demócratas convencidos? Por lo general se admite que las consecuencias de los intentos de los aliados por desnazificar

y reeducar a la población fueron mínimas y con frecuencia contrarias a las deseadas; los testimonios de la opinión popular en la década de los cincuenta revelan una apatía política extendida, en la que persisten todavía simpatías monárquicas y conservadoras. Poco a poco, fue surgiendo un apoyo pragmático hacia un sistema que parecía estar «cumpliendo», pero la transformación de este apoyo pragmático en uno más basado en el principio democrático como tal fue mucho más lenta. Durante la década de los cincuenta y la de los sesenta, muchos alemanes daban prioridad a la estabilidad económica frente a la libertad política, aunque también creían que en Alemania Occidental podían disfrutar de ambas cosas, a diferencia de la RDA; para muchos, la participación política se limitaba al cumplimiento obediente de los deberes cívicos, y por ello votaban masivamente en las elecciones, algo también (¡sobre todo!) compatible con un régimen autoritario. En las décadas de los setenta y los ochenta empezaron a surgir orientaciones más activistas, evidentes en la proliferación de «grupos de iniciativa ciudadana» y similares, proceso que culminaría en la formación del Partido de los Verdes. Pero sería un error intentar describir la «cultura política germano-occidental» de una forma monolítica: existían numerosas subculturas, y la persistencia y renovación de los movimientos de derechas (como los republicanos) equilibraba las presiones de la izquierda hacia la ampliación de la democracia participativa. No se deben considerar las orientaciones políticas como un simple proceso de «reeducación nacional», sino como un conjunto múltiple de respuestas cambiantes a las circunstancias del momento, cuyas características más destacadas pueden oscilar desde las primeras reacciones positivas al milagro económico de la posguerra hasta las negativas a las tensiones actuales a propósito de los trabajadores extranjeros. No se debe nunca mostrar una

complacencia excesiva frente al funcionamiento de un sistema político: hay que mantenerse siempre vigilante frente a la disidencia y la insatisfacción potenciales en los extremos, como los alemanes saben mejor que nadie.

El modelo de desarrollo político de la Alemania Oriental comunista fue por supuesto muy diferente. Hasta la llegada de los rápidos cambios de finales de la década de los ochenta, los observadores occidentales solían hacer un grupo con todos los estados comunistas del Este de Europa, para a continuación descartarlos como estados unipartidistas «totalitarios»; la RDA, menos dispuesta a aceptar las reformas que Hungría y Polonia, solía ser considerada especialmente rígida. No se pueden por supuesto negar las restricciones a las libertades y derechos humanos —como la libertad de expresión, la de asociación o la de emigración—, pero, en la práctica, el sistema político de la RDA era algo más complejo de lo que las etiquetas universales hacen suponer; para entender las peculiaridades de la política de Alemania Oriental bajo Ulbricht y Honecker, hace falta no sólo analizar la estructura política formal sino también tener en cuenta la dinámica de su funcionamiento.

A pesar del parecido formal entre las constituciones de ambas Alemanias en 1949, las diferencias políticas reales resultaban muy visibles, y las divergencias aumentaron con el paso del tiempo. Ya se ha mencionado la abolición de los *Länder* y de la Cámara Alta. En 1960, al morir el primer presidente, Wilhelm Pieck, este cargo fue sustituido por una jefatura de estado colectiva, el *Staatsrat* o Consejo de Estado; con las nuevas constituciones de 1968 y 1974 se introdujeron otros cambios, que tenían en cuenta, en primer lugar, la transformación en la realidad sociopolítica de la vida en la RDA y, en segundo, la modificación de su posición

internacional como consecuencia de la *Ostpolitik*. La constitución de 1968 consagró el «papel dirigente» del Partido Marxista-Leninista, el SED, y puso trabas a muchas libertades «burguesas» de la constitución original, utilizando para ello la grave –de hecho fundamental– limitación de que todas debían emanar de los principios básicos del socialismo, tal como había sido definido por el Partido. Al mejorar las relaciones entre las dos Alemanias, la constitución de 1974 trató de desarrollar una «demarcación cultural» dirigida a definir una identidad nacional específicamente propia «de la RDA» y a minimizar cualquier concepto de Alemania y de los lazos y afinidades comunes a todos los alemanes, además de subrayar la estrecha relación entre la RDA y la Unión Soviética.

A menudo se asume que, en los estados comunistas, «partido» y «estado» eran una sola cosa: aunque existían dos jerarquías organizativas, se suponía que la del Estado funcionaba a las órdenes del partido comunista dirigente. Pero este punto de vista, a pesar de ser cierto a grandes rasgos, simplifica en exceso la situación real. En la RDA, tanto el partido como el Estado estaban organizados de acuerdo al principio del centralismo democrático: el poder último residía en el Politburó del SED y su Secretariado; por debajo suyo se encontraba el Comité Central, bastante amplio; más abajo se situaba el Congreso del Partido y, a continuación, los diferentes niveles inferiores de la organización del partido en las regiones, distritos y localidades. La última categoría estaba constituida por las células básicas, establecidas por lo general de acuerdo con el lugar de trabajo, aunque podían también depender del lugar de residencia. El SED era un partido no sólo de «cuadros» sino de «masas»: además de los activistas del partido, formados y comprometidos, existían muchos miembros pasivos, y, de hecho, a principios de la década de los ochenta, aproximadamente un

quinto de la población trabajadora de la RDA pertenecía al SED. Aunque existían procesos de consulta e intercambios de punto de vista, las decisiones se tomaban en la cima y tenían que ser puestas en práctica a niveles inferiores; a diferencia de otros partidos comunistas del Este de Europa (como, por ejemplo, Checoslovaquia en 1968), desde las purgas llevadas a cabo por Ulbricht en la década de los cincuenta, hasta la revolución de 1989, el SED presentaba un frente muy unido, sin divisiones apreciables. La imagen por lo general monolítica del SED durante la mayor parte de las décadas de los sesenta, los setenta y los ochenta constituyó sin duda un factor fundamental en la relativa estabilidad política de la RDA en este periodo, pero existían, no obstante, grados diferentes de compromiso conformista y escepticismo privado en las filas inferiores del partido: el envejecimiento de Honecker en la década de los ochenta, y las dificultades provocadas en su sucesión por las reformas que Gorbachov introdujo en la cúpula de la URSS, llevaron a muchos miembros del partido repartidos por las regiones a empezar a confiar, por lo menos en privado, en un cambio que los alejara del neostalinismo de las autoridades máximas.

El estado germano-oriental poseía también una organización jerárquica, en la que el Consejo de Estado ocupaba la jefatura honoraria y el Consejo de Ministros gozaba del poder gubernamental. Entre los ministerios más importantes se encontraban los relacionados con diferentes aspectos de la economía y la defensa y, por supuesto, el ministerio para la Seguridad del Estado. El Consejo de Estado vio reducidos sus poderes en relación con el Consejo de Ministros cuando Ulbricht mantuvo la presidencia, tras perder su posición como Primer Secretario del Partido, pero conservó la importante función de representante oficial de la RDA, y los miembros destacados del partido pertenecían al Consejo, para

así poder ejercer ese papel en el extranjero. El Parlamento, o *Volkskammer*, se reunía con muy poca frecuencia, y su principal misión era ratificar y hacer públicas decisiones tomadas a niveles más altos; las decisiones y proyectos acordados centralmente se comunicaban asimismo a los niveles de gobierno regionales, de distrito y locales para su ejecución. Si bien esta descripción deja claro que el partido dominaba básicamente el aparato del Estado en el sistema político de la RDA, la cuestión no siempre se limitaba a una simple identificación entre partido y Estado: así, por ejemplo, en la década de los cincuenta el SED tuvo que dedicar grandes esfuerzos a la adaptación de las estructuras estatales a las necesidades del partido y a la actualización de la burocracia. Algunos analistas han sugerido que, en la situación existente a principios de la década de los ochenta, las estructuras y los funcionarios del Estado influían en cierto grado en la estructura y los objetivos del partido, ayudando a establecer la agenda política y a limitar los objetivos políticos a lo que los «expertos» de ese área consideraban realista. Claramente, aunque la relación era muy estrecha, no era de identidad, y el equilibrio variaba dependiendo de las cuestiones y las personalidades en momentos diferentes. No parece haber existido en la RDA otro tipo de tensión, presente en algunos países comunistas, entre el partido y el ejército (como, por ejemplo, en Polonia a principios de la década de los ochenta o en Yugoslavia a finales de ese mismo decenio), ya que, aparentemente, los líderes del partido y el ejército compartían objetivos comunes y disfrutaban de una relación armoniosa.

Oficialmente, la RDA no era un estado unipartidista, y además del SED existían cuatro partidos pequeños: el CDU cristiano, el liberal LDPD, el nacionalista NDPD y el partido de los agricultores, el DBD (el número de afiliados de cada uno a principios de la década de

los ochenta oscilaba alrededor de 100.000, siendo el CDU el más grande). Aunque, desde el punto de vista del pluralismo occidental, eran simples marionetas del SED, en realidad cumplían algunas funciones importantes en la vida política de la RDA: servían como correas de transmisión entre el SED y diferentes subsectores del pueblo, a través, por ejemplo, de la traducción de los programas de actuación a distintos lenguajes subculturales o de la comunicación de decisiones en publicaciones especializadas, además de canalizar las reacciones y quejas populares hacia arriba, lo que permitía a los líderes del SED mantenerse en contacto con la opinión de las bases. Las personas que pertenecían a estos partidos encontraban en ellos un medio de dar a entender un compromiso básico con la RDA sin transigir excesivamente con sus principios, algo aplicable sobre todo a los miembros del CDU. A los cuatro partidos pequeños se les concedía un número específico de escaños en el Parlamento, y, con anterioridad a 1989, la única votación en contra de una decisión del gobierno se produjo en 1972, cuando catorce miembros del CDU votaron contra las medidas de aborto propuestas. Además de los cuatro partidos pequeños, en la RDA existían numerosas organizaciones populares que fomentaban la participación del pueblo en la vida pública del país. La más grande era la organización sindical, la FDGB, que absorbía prácticamente a toda la población en edad laboral, pero hay que mencionar asimismo la organización juvenil (FDJ), la organización de mujeres y la Liga de Cultura, todas ellas con escaños adjudicados en el Parlamento. Existían además en la RDA otras muchas asociaciones apoyadas oficialmente, y las presiones a favor de la participación y el conformismo eran muy fuertes, dado que la promoción profesional dependía tanto del conformismo político, por lo menos —si no del compromiso activo—, como del talento y el mérito.

Alemania Oriental consiguió durante casi toda su historia, hasta la década de los ochenta, desactivar la oposición política potencialmente desestabilizadora y reprimir la disidencia. Como se ha señalado anteriormente (pág. 298), el levantamiento de junio de 1953 careció de dirección y estrategia conjuntas, así como de apoyo externo, y empezó a fracasar antes incluso de ser sofocado por la fuerza, mientras que los intelectuales marxistas que expresaban su disconformidad de forma individual —Harich, Havemann, Bahro— no lograron el apoyo popular. La gran mayoría de los alemanes orientales parecían estar resignados a quejarse en privado, en vez de mostrar en público su desacuerdo, pero en la década de los ochenta se produjo una rápida proliferación de grupos disidentes populares (que en 1988 sumaban, según un opositor, casi 200), en respuesta sobre todo al estacionamiento de misiles nucleares en Europa Oriental y Occidental; no obstante, sus intereses iban más allá de las preocupaciones específicas de los movimientos pacifistas, centrándose también en cuestiones de derechos humanos y protección del medio ambiente. Muchas de estas voces disidentes encontraron bajo el techo de las iglesias protestantes germano-orientales un lugar, tanto metafórico como literalmente, para la discusión de puntos de vista no ortodoxos. La iglesia era la única institución de la RDA que no estaba coordinada por, y subordinada a, el partido comunista; tras una primera persecución del cristianismo en la década de los cincuenta y una coexistencia bastante incómoda entre iglesia y Estado durante los sesenta y primeros setenta, en 1978 se alcanzó un *modus vivendi*, y la «iglesia en socialismo» recibió ciertos privilegios en el marco de una nueva y armoniosa relación con el Estado. Durante un periodo pareció que la dirección de la Iglesia iba a intentar mantener su postura de moderación y contención de la disidencia dentro de

límites aceptables, con lo que de hecho cumpliría el papel de válvula de seguridad de la política germano-oriental; pero a finales de la década de los ochenta se hizo patente, tanto la existencia de divisiones dentro de la Iglesia, entre las bases y los líderes y entre los mismos líderes, como el hecho de que la discusión de puntos de vista alternativos y las redes de disidentes habían proliferado hasta tal punto que habían rebasado la capacidad de moderación de la Iglesia. Por otra parte, muchos tenían sin duda la esperanza de que las declaraciones soviéticas de *glasnost* tuvieran alguna repercusión real en la RDA. Un desconcertado gobierno respondió a las demostraciones utilizando la Policía para la Seguridad del Estado con más severidad de la que se había visto en muchos años, y obligando a gran número de opositores a marchar a un exilio involuntario. Aunque el éxito en la represión de la disidencia había sido sin duda un factor importante en la estabilidad política de la RDA en las décadas de los sesenta y los setenta, la situación en las nuevas circunstancias de los ochenta era mucho más inestable; como veremos a continuación, el hecho de que la Iglesia configurara la disidencia influyó en la forma de expresión y el impacto político de esta última en la revolución de 1989, pero, por sí sola, no habría sido probablemente capaz de romper los lazos del comunismo en Alemania Oriental.

¿Hasta qué punto eran diferentes la cultura política de la RDA y la RFA? Parece evidente que, aunque no se puede afirmar que los germano-orientales se convirtieran en una nación de comunistas convencidos, los modelos de orientación política divergían en efecto notablemente de los manifestados en Alemania Occidental. En una organización social conocida como «sociedad de nichos», muchos germano-orientales estaban dispuestos a someterse y expresar eslóganes oficiales en público, para a continuación retirarse a una

auténtica vida de espacios privados –familia, amigos, casas de campo o parcelas–: este mecanismo de defensa, con el que se respondía a un estado bastante entrometido y exigente, era un fenómeno bastante diferente de la pasividad política por la que habían optado muchos ciudadanos de Alemania Occidental. En la RDA se apreciaba además un cierto autoritarismo, posiblemente consecuencia de las circunstancias políticas del momento y no vestigio del pasado nazi y pre-nazi; resultaba difícil aprender a discutir democráticamente opiniones diferentes, o métodos democráticos para la gestión de conflictos, en el contexto de las escuelas, fábricas y organizaciones de ocio o de partido de la RDA, y, del mismo modo, el hecho de que todos los aspectos de la vida estuvieran organizados obstaculizaba el desarrollo de un determinado tipo de individualismo e iniciativa. Resulta tan arriesgado generalizar sobre una cultura política «nacional» en relación a Alemania Oriental como en relación a la RFA, pero hay que destacar que, tras cuarenta años de existencia de los dos estados, era posible apreciar marcadas diferencias en la actitud política: así, a finales de la década de los ochenta, muchos alemanes orientales criticaban aspectos del funcionamiento, o insuficiencias, de su sistema, pero no se limitaban a presuponer la superioridad del Oeste. Estas diferencias en los modelos políticos estaban vinculadas a grandes divergencias entre las estructuras económicas y sociales de ambos países, que pasaremos a estudiar a continuación.

Economía y sociedad en Alemania Occidental

La diferencia más evidente que cualquier observador casual apreciaría entre las dos Alemanias en la década de los ochenta era la existente entre sus niveles de vida: Alemania Occidental era

claramente una sociedad próspera, occidentalizada, orientada al consumidor, en la que coches elegantes y rápidos recorrían a toda velocidad las cuidadas –aunque a veces atestadas– autopistas y donde, a pesar de las quejas cada vez mayores sobre cuestiones tales como «la muerte de los bosques», la atmósfera general era de limpieza, con un medio ambiente bien conservado y gran abundancia material. Por el contrario, los visitantes recibirían de Alemania Oriental la visión de un país más bien gris, triste, contaminado por el sucio humo del lignito, en el que coches pequeños y más modestos avanzaban dando tumbos por carreteras llenas de baches y a menudo todavía empedradas (con la excepción de las bien mantenidas autopistas que comunicaban Alemania Occidental con Berlín), donde el estado de conservación de las casas era por lo general lamentable y la oferta en las tiendas muy limitada a una restringida gama de productos. Estas imágenes reflejaban en parte, y en parte ocultaban, realidades más profundas y verdades más complejas.

De hecho, ambas Alemanias experimentaron lo que, con respecto a la RFA de finales de la década de los cuarenta y la de los cincuenta, recibió el nombre de «milagro económico». La manifestación de este fenómeno en Alemania Occidental es del dominio público. La economía alemana, ya antes incluso de la reforma monetaria de 1948 y gracias al impulso psicológico y material del plan Marshall, alcanzó en la década de los cincuenta unas tasas de crecimiento extraordinarias. La situación de desempleo, con unos niveles relativamente altos a principios de la década (alrededor de un 8 por ciento) debido a la llegada de refugiados y al regreso de los veteranos de guerra, se convirtió a finales de la misma en una de escasez de mano de obra. El rápido crecimiento fue perdiendo fuerza en esos últimos años, con lo que el rendimiento

de la economía de la RFA se colocó aproximadamente a la altura del de las demás sociedades industriales occidentales en la década de los sesenta; en 1966-67 experimentó una pequeña recesión, cuyos efectos se paliaron de hecho gracias a las estrategias económicas de la Gran Coalición. Alemania Occidental dependía en gran medida del comercio y de las importaciones de petróleo, por lo que se vio muy afectada por las crisis petrolíferas de 1973 y 1979, así como por la recesión general de finales de la década de los setenta y los ochenta. Se podría afirmar que, en comparación con décadas anteriores, el rendimiento de la economía posiblemente se estancó en este último decenio: los porcentajes de desempleo se mantuvieron relativamente altos, entre 8 y 10, y los de crecimiento relativamente bajos, entre 2 y 3, pero la inflación —el principal temor de muchos alemanes desde la década de los años veinte— siguió presentando uno de los niveles más bajos de Europa.

En el periodo de la posguerra, hubo tres fases principales en lo que respecta a la política y el enfoque económicos del gobierno. La primera fase, bajo un gobierno conservador, fue dirigida por un antiguo profesor de economía, el ministro de Adenauer Ludwig Erhard, y se vio caracterizada por la adopción del neoliberalismo y la «economía social de mercado». Esta teoría, que comprensiblemente quería librarse de la herencia nazi del intervencionismo estatal en la economía, sostenía que el Estado debía garantizar o facilitar las condiciones para el crecimiento económico, pero debía abstenerse de intervenir en exceso, dejando actuar en la medida de lo posible a las fuerzas del mercado; el adjetivo «social» daba a entender que se admitía la necesidad de adoptar ciertas medidas para proteger a los miembros más débiles de la sociedad de los estragos de las fuerzas del mercado en su estado más puro. Pero, para muchos críticos, la economía

germano-occidental no era «de mercado» ni «social». El Estado, inevitablemente, no sólo intervenía de múltiples maneras en la orientación y dirección de la economía, sino que también era un importante empresario por derecho propio; además, el funcionamiento del mercado libre se veía ulteriormente limitado por las tendencias a la centralización de la economía alemana, todavía presentes a pesar de los esfuerzos de los aliados por dividir las grandes industrias e introducir medidas contra los cárteles. Este proceso se enfrentó a una considerable oposición en Alemania Occidental: el primer proyecto de Erhard no se aprobó, y la versión de 1957, que finalmente pasó, era tan moderada y tenía tantos puntos débiles que la tendencia a la concentración en la industria germano-occidental no encontró demasiados obstáculos en su camino. Además, la política seguida en la década de los cincuenta, con impuestos bajos, beneficios y tipos de interés elevados, recortes en los aumentos salariales, restricciones en el crédito interno y fomento de la inversión, no sólo contribuyó a la expansión de la economía sino también a aumentar la separación entre ricos y pobres. Las desigualdades sociales se incrementaron asimismo debido a la política gubernamental, de forma que, en la década de los sesenta, una reducida proporción de la sociedad concentraba en sus manos gran parte de la riqueza. Los defensores de esta política argumentaban que, dado el rápido y fuerte crecimiento de la tarta a repartir entre todos, estas desigualdades carecían de importancia: en términos absolutos, y comparando con su situación anterior, las condiciones de vida de todos los miembros de la sociedad habían experimentado una notable mejora. Para muchos alemanes, que todavía recordaban los «años del hambre» de la posguerra, esto era probablemente mucho más importante que cualquier análisis general de las desigualdades sociales relativas.

Con la caída del gobierno de Erhard de 1963-66 y la recesión económica de 1966-67, la estrategia del gobierno de la Gran Coalición cambió hacia el nekeynesianismo, con reformas en los impuestos (incluido el de un IVA del 11 por ciento, excesivamente elevado) y fuertes inversiones estatales en algunos aspectos de la infraestructura económica, sobre todo la construcción de autopistas y la expansión de la educación superior; tanto la «Ley para la estabilización de la economía y el fomento del crecimiento económico» de 1967 como la «acción concertada» entre empresarios y trabajadores (de la que estos últimos acabaron retirándose en 1977), impulsada por el Estado, reconocían la importancia de la intervención estatal y de una dirección responsable de la economía. En los primeros años de la década de los setenta, bajo un gobierno socialdemócrata, aumentó el énfasis en la investigación y la planificación económica, si bien a finales de la década la fe en la planificación había sido sustituida por una forma más dinámica de gestionar la crisis. El aumento del desempleo, así como la adversa estructura demográfica —una fuerza laboral decreciente que tenía que mantener a un número cada vez mayor de pensionistas—, influyeron en las disensiones a propósito de los impuestos y el sistema de bienestar en los años finales del gobierno de Schmidt; el ministro de economía del FDP, Lambsdorff, más conservador, no consiguió ponerse de acuerdo con los miembros más izquierdistas del SPD, con mayor conciencia social, lo que contribuyó al cambio de lealtades políticas y a la transición al gobierno de Helmut Kohl, dominado por el CDU. Bajo Kohl, la política económica pasó del nekeynesianismo a una forma renovada de neoliberalismo, aunque hay que señalar que, durante la década de los ochenta, su gobierno no dio lugar al tipo de reestructuración económica radical y a los amplios programas de privatización puestos en marcha por

su colega conservadora del otro lado del Canal, la señora Thatcher. Por otra parte, bajo Kohl se deterioró el historial de huelgas de los trabajadores alemanes, hasta ese momento relativamente bueno, aumentando las tensiones en las relaciones industriales y con ellas las huelgas, lo que provocó intentos legislativos de restringir este tipo de acciones y sus efectos.

Las relaciones industriales en Alemania Occidental se han presentado con frecuencia como una armoniosa «sociedad social» entre trabajadores y empresarios. La estructura sindical estaba bastante racionalizada: había un sindicato por fábrica, lo que simplificaba las disputas industriales, y una organización sindical general, la DGB, que representaba a diecisiete sindicatos miembros, además de las organizaciones de los funcionarios y los administrativos. El DGB no estaba oficialmente afiliado a ningún partido; el SPD, a diferencia del Partido Laborista británico, no ha sido históricamente el «ala parlamentaria del movimiento laborista». En el sector industrial había medidas orientadas a la codeterminación y representación de los trabajadores: dichas medidas se empezaron a introducir en 1951 y 1952 en las industrias del carbón y el acero, junto con la formación de consejos de trabajo, para permitir a los empleados tener voz en determinados temas que les afectaban directamente, y en 1976 se extendieron a todas las empresas de más de 1.000 empleados. No obstante, y frente a esta imagen de la armonía reinante en las relaciones industriales, hay que señalar que estas leyes —tanto en 1951-52 como en 1976— se aprobaron frente a una considerable oposición por parte de los empresarios, que consideraban que los trabajadores habían ido demasiado lejos, y decepción por parte de los sindicalistas, en cuya opinión no se había ido lo suficientemente lejos.

También está muy extendido el mito de la sociedad «sin clases»

de la opulenta Alemania Occidental, en la que las diferencias en el acento y la forma de vestir representaban variedades regionales de un estado federal todavía muy diverso, y no diferencias de clase (al contrario que las connotaciones clasistas de muchos acentos regionales en Gran Bretaña). No hay duda de que las estructuras de desigualdad social y su relación con la diversidad regional eran distintas en Alemania Occidental y Gran Bretaña, pero eso no implica que en la primera no existieran importantes desequilibrios entre clases. Todavía se podía encontrar a muchas familias con el «von» en sus apellidos ocupando cargos dirigentes en la economía y la sociedad del país, y había una gran tendencia a reproducir la situación de los padres –a todos los niveles de la sociedad– en el sistema educativo: aunque las condiciones no eran iguales en todos los Länder, fueron pocas las zonas que adoptaron el sistema escolar general, y la mayoría funcionaba con una versión del sistema selectivo tripartito. La existencia de escuelas primarias selectivas suele favorecer a los niños procedentes de ambientes de clase media y profesional, que más adelante consiguen títulos en la enseñanza media, mientras que los niños de origen rural o trabajador (y con frecuencia católico) no suelen ser admitidos y se ven por lo tanto condenados desde muy pequeños a unos objetivos más limitados. A pesar de las numerosas reformas educativas, los títulos académicos en Alemania Occidental seguían presentando una fuerte tendencia a legitimar la herencia de la posición social de los padres. En este planteamiento, no obstante, se pueden hacer una serie de salvedades. La economía, globalmente considerada, se transformó, y de una situación en la que la mayor parte de la población activa estaba empleada en la industria, pasó a otra en la que el número de los puestos administrativos y terciarios, del sector servicios, superó al de los trabajos manuales: se produjo por lo tanto

una considerable movilidad social «estructural». Por otra parte, Alemania Occidental proporcionaba un nivel de formación muy elevado a los jóvenes, y debido a ello todos los sectores laborales estaban comparativamente bien educados y cualificados para sus puestos. La situación de desigualdad de las mujeres no mejoró en la sociedad germano-occidental, disminuyendo progresivamente su número en los niveles más elevados de la escala educativa (y de éstas, un porcentaje realmente pequeño llegaba, por ejemplo, a desempeñar cargos de profesor universitario); aquellas con trabajos remunerados fuera de sus hogares solían ocupar los puestos peor pagados, menos estables y con frecuencia a tiempo parcial, y eran las primeras en ser despedidas en épocas de recesión. A pesar de los esfuerzos del gobierno, y de la existencia de movimientos feministas muy activos entre una minoría, la idea comúnmente aceptada todavía era que las mujeres tenían que elegir entre la familia y la carrera, y que aquellas mujeres, casadas y con niños pequeños, que trabajaban fuera de casa lo hacían por necesidades económicas y en detrimento del bienestar de los hijos. No existían demasiadas facilidades para el cuidado de los niños en edad preescolar, y la breve jornada de clases, con las tardes libres, seguía suponiendo un obstáculo para aquellos hogares en los que ambos progenitores trabajaban.

Finalmente, hay que mencionar, como característica fundamental de la estructura social de Alemania Occidental, la existencia de una importante «infraclase» de «trabajadores invitados» (*Gastarbeiter*) extranjeros. El suministro de mano de obra relativamente barata y móvil que constituían los refugiados se agotó al levantarse el muro de Berlín en 1961, y en la década de los sesenta, un periodo en el que este elemento escaseaba, la economía de Alemania Occidental atrajo a trabajadores inmigrantes de los países mediterráneos, sobre

todo de Turquía. A la RFA le interesaban estos trabajadores porque su educación le había resultado gratuita, sus impuestos contribuían al sistema de bienestar alemán en desarrollo, eran en su mayoría no cualificados y no estaban sindicados, por lo que podían ser utilizados para realizar los trabajos «sucios» que los alemanes no querían hacer, y además sólo conseguían contratos temporales, en los que no se respetaban sus derechos laborales. Con la recesión económica de las décadas de los setenta y los ochenta, la presencia de los trabajadores extranjeros –muchos de los cuales no se habían limitado a permanecer algunos años para ahorrar dinero y regresar a sus hogares, sino que se habían establecido y habían traído, o fundado, familias– empezó a convertirse en un problema. El desempleo iba en aumento, por lo que se introdujeron medidas para incentivar el regreso de los inmigrantes a su lugar de origen; también existían problemas sociales, debido a la creciente hostilidad racial (evidente, por ejemplo, en el elevado número de votos conseguidos por los partidos de derechas en las elecciones locales de Berlín y Francfort en la primavera de 1989), y otras cuestiones relacionadas con la integración social de los hijos de los inmigrantes, cuyo «hogar» era Alemania tanto o más que un país desconocido y lejano, pero cuyo idioma y costumbres eran diferentes de los de sus vecinos alemanes. Todo aquel que hable de una Alemania Occidental «sin clases» a finales de la década de los ochenta tiene por fuerza que dejar a un lado aproximadamente a una décima parte de la población germano-occidental.

Economía y sociedad en la RDA, 1949–1989

Ya en 1949, las diferencias existentes entre las estructuras socio-económicas de las dos Alemanias eran importantes, pero, con la

creación oficial de las dos repúblicas, éstas se agudizaron aún más.

La colectivización de la agricultura –tras la expropiación de las propiedades en el periodo de la ocupación– se llevó a cabo en dos fases principales, en los años 1952–53 y en 1959–60. Existían tres tipos diferentes de cooperativas y, a finales de los años sesenta, la mayor parte de la agricultura de la RDA estaba organizada de acuerdo con modelos colectivos, en los que la tierra, el ganado, la maquinaria y las herramientas eran propiedad común. En las décadas de los setenta y ochenta se introdujeron algunos cambios en la estructura de este sector, aumentando la especialización –diferenciándose, por ejemplo, la producción de frutas de los cultivos extensivos o la cría de ganado– y los niveles intermedios de organización, para coordinar los planes productivos de empresas individuales de acuerdo con objetivos fijados a nivel nacional. La agricultura de la RDA, sin ser tan eficiente como la de la RFA (que se beneficiaba de la existencia de un poderoso grupo de presión agrícola, así como de la Política Agraria Común de la CEE) era relativamente productiva, y llegó a alcanzar niveles prácticamente de autosuficiencia en productos básicos (aunque con una variedad limitada para el consumidor, como en el caso de la fruta): el contraste entre las apretadas filas de cosechadoras moviéndose en formación por los grandes campos colectivizados de la RDA y los solitarios carros, con frecuencia tirados todavía por caballos, visibles en el paisaje de la campesina Polonia, resultaba en la década de los ochenta muy sorprendente para cualquier visitante. Otra fuente importante de suministro en Alemania Oriental de artículos como huevos, por ejemplo, eran las pequeñas parcelas privadas y huertas asignadas que, como complemento de la producción principal colectivizada,

el Estado llegó a fomentar de un modo muy activo en esta década.

La organización de la industria de la RDA atravesó diversas etapas. La propiedad privada de los medios de producción se eliminó con bastante rapidez, por lo que el grueso de la producción estaba en manos de «el pueblo» (es decir, el Estado) o en algún tipo de propiedad conjunta con participación estatal. La década de los cincuenta vivió primero un énfasis estalinista en la producción pesada industrial (con algunas concesiones al consumismo tras el levantamiento de 1953), para a continuación pasar a la presentación y pretendida puesta en marcha de toda una serie de planes; pero esta planificación central se vio entorpecida por problemas diversos, como por ejemplo los objetivos poco realistas y un énfasis en la cantidad, sin tener en cuenta la calidad o salida de los productos. En 1963, el nuevo ambiente económico en la URSS impulsó la aprobación del Nuevo Sistema Económico, por el que se introducía un cierto grado de descentralización en la economía, aumentando la toma de decisiones a niveles intermedios y el uso de beneficios e incentivos para motivar a los trabajadores: al pasar los beneficios a un primer plano, se empezó a prestar más atención a la calidad y a la necesidad de hacer productos con mercado. El Nuevo Sistema Económico (que requirió tres reformas diferentes en los precios) planteó algunos problemas, entre ellos la falta de experiencia directiva de aquellos de los que esperaba que asumieran más responsabilidades, y en 1967 se modificó para convertirse en el «Sistema económico del socialismo». No obstante, todos estos experimentos concluyeron discretamente a finales de la década de los sesenta, tras la Primavera de Praga de 1968, al extenderse entre los líderes de la Europa del Este el miedo a que la descentralización y la democratización política fueran una

consecuencia no buscada de la descentralización económica (hay que señalar que, en la RDA, Ulbricht se había asegurado de que la distribución de la toma de decisiones económicas no se viera acompañada por ninguna democratización política, a diferencia de la situación en Checoslovaquia). En la década de los setenta, bajo Honecker, la planificación económica se volvió a centralizar.

El gobierno de Honecker introdujo toda una serie de cambios en la organización de la producción industrial de la RDA. Tras la recesión económica de finales de la década de los setenta y los ochenta –cuyos efectos sufrió la RDA debido a su dependencia del comercio y de las importaciones de petróleo–, se trató por primera vez de coordinar la investigación, el desarrollo tecnológico y la producción, con palancas económicas más sensibles a niveles intermedios de la planificación económica, si bien el control global siguió centralizado en el Politburó y el Consejo de Ministros.

Aun enfrentándose a toda una serie de contratiempos y dificultades, la economía de la RDA consiguió alcanzar de hecho unos niveles muy aceptables. A pesar de perder sus vínculos económicos naturales con las zonas occidentales del antiguo Reich alemán, y de verse integrada a la fuerza con las economías menos desarrolladas del bloque del COMECON –además de sufrir en mayor medida los efectos del desmantelamiento y la política de reparaciones–, la economía de Alemania Oriental creció hasta lograr, en la década de los ochenta, la producción per capita más alta del bloque oriental y convertirse, de acuerdo con cifras del Banco Mundial, en la duodécima nación comerciante del mundo por importancia. Sus recursos naturales no eran especialmente buenos: su principal fuente energética era el lignito, de calidad inferior, y, aunque fue evolucionando hacia la energía nuclear, seguía dependiendo en gran medida de las importaciones petrolíferas de

la URSS. A diferencia de casi todas las demás naciones de Europa Oriental (a excepción de la Checoslovaquia occidental), la RDA era ya un país industrializado antes de ser incorporada al bloque comunista, contándose entre sus puntos fuertes tradicionales la producción de vehículos y máquinas, así como las industrias químicas, ópticas y electrónicas; en la década de los ochenta se desarrollaron áreas como la microelectrónica y los ordenadores, si bien la RDA seguía estando algunos años por detrás de Occidente y sólo podía, por lo general, exportar sus ordenadores dentro de Europa Oriental.

Una importante, aunque oculta, fuente de riqueza económica en la RDA, que la diferenciaba de otros países del COMECON, residía en su especial relación con la RFA: la ausencia de impuestos y los acuerdos favorables de comercio y crédito convertían a la RDA en un miembro secreto más de la CEE. Aproximadamente un tercio del comercio de Alemania Oriental se desarrollaba con países no pertenecientes al COMECON, y de éste más o menos un tercio era con Alemania Occidental (es decir, alrededor de un 8 por ciento del comercio total extranjero de la RDA). Alemania Oriental se aseguraba así, no sólo condiciones y créditos favorables, sino también una fuente segura de suministros que contribuía a aliviar algunos estrangulamientos en la producción, comunes a las economías de la Europa Oriental; además recibía, a través de sus vínculos exclusivos con la RFA, grandes cantidades de divisas occidentales fuertes, por cuestiones como la subvención germano-occidental al acceso por autopista a Berlín Occidental, el pago de peajes de carretera por parte de los viajeros e importantes sumas de cambio obligatorio de divisas para los visitantes a la RDA, el apoyo de la RFA a algunos proyectos (como la contribución de las iglesias de la RFA a la restauración de las iglesias de Alemania Oriental, o el

equipamiento de los hospitales religiosos de esta última), el dinero enviado por los occidentales a sus amigos y parientes orientales, y otros motivos similares. Los préstamos de la RFA con condiciones muy favorables en momentos cruciales también ayudaron a la RDA, que consiguió superar la crisis económica de principios de la década de los ochenta de una forma menos traumática que otras economías del bloque oriental. Independientemente de las referencias a la mano de obra relativamente bien educada, cualificada y eficiente como factor en el éxito económico de Alemania Oriental, no hay que olvidar nunca, al intentar explicar el éxito relativo del historial económico de este país, su relación privilegiada con Alemania Occidental.

No obstante, este éxito, aun resultando evidente en toda una serie de estadísticas, como las tasas de crecimiento anual y el PNB per cápita, planteaba un enigma al visitante occidental, ya que el aspecto de la vida cotidiana en la RDA era más bien gris, y muy alejado de la opulencia disfrutada por la mayoría de los ciudadanos de Alemania Occidental. Si se compara el nivel de vida de las dos Alemanias se pueden apreciar progresos en Alemania Oriental en el terreno de los bienes de consumo, por lo menos en términos cuantitativos, durante las décadas de los setenta y ochenta: cada vez había más hogares con televisiones, frigoríficos, lavadoras y coches, aunque, si la comparación se realizara en términos cualitativos, casi todos los alemanes, tanto del Este como del Oeste, habrían admitido la superioridad de un Mercedes o un BMW sobre un Wartburg o un Trabant. El problema en el sector de los productos no perecederos en la RDA residía, no tanto en la falta de dinero —aunque los precios eran relativamente elevados en comparación con los sueldos medios—, como en la limitada disponibilidad de los mismos; existían largas listas de

espera para los coches nuevos, y con frecuencia los de segunda mano costaban tanto como los nuevos debido a su disponibilidad inmediata (sin embargo, los miembros privilegiados de la sociedad germano-oriental podían evitarse la espera, e incluso conseguían habitualmente sin demasiados problemas coches occidentales). Otro problema adicional era el sistema estratificado de compras: mientras que las necesidades básicas cotidianas se podían cubrir a precios económicos y subvencionados, otros productos más atractivos tenían que adquirirse a precios mucho más elevados, pero todavía en la divisa de la RDA, en las cadenas de tiendas Exquisit o Delikat, o, para los poseedores de divisas occidentales fuertes, en Intershops (abiertas en principio sólo a los visitantes occidentales). De hecho, la existencia de estas últimas dividía a los germano-orientales entre aquellos que tenían acceso a divisas occidentales y aquellos que no lo tenían. A pesar de las quejas y críticas de los habitantes de la RDA (como, por ejemplo, que en las tiendas de «frutas y verduras» sólo se podía elegir entre coles y más coles), no existía una auténtica necesidad. El empleo estaba garantizado –aun cuando no siempre adecuado a las aptitudes de cada uno– y los precios de la comida y la vivienda eran bajos. No obstante, ni siquiera en el sector de la comida y la bebida las comparaciones con Occidente resultaban muy favorables para la RDA: a finales de la década de los sesenta, los germano-orientales comían menos carne y productos lácteos que sus parientes occidentales; en la de los ochenta, los germano-occidentales, cada vez más preocupados por su salud, comían menos carne y más fruta y verdura que su parientes que, a pesar de haber superado a los occidentales en consumo de carne, seguían saliendo malparados de la comparación. Una importante consecuencia del éxito económico de la RDA, unida

a periódicas concesiones a los consumidores en los momentos de inseguridad política, fue que nunca existió la base material de descontento popular masivo presente por ejemplo en ocasiones en Polonia; por otra parte, no bastó para detener la huida de grandes cantidades de germano-orientales a lo que esperaban sería una vida mejor en Occidente cuando Hungría abrió sus fronteras con Austria en el verano de 1989, ni impidió que muchos se lanzaran a las calles y se manifestaran en favor del aumento de la libertad de expresión, de viajar y de los derechos humanos en el otoño de 1989: la política de «pan y circo» no fue en última instancia capaz de satisfacer los deseos de una sociedad más democrática.

La estructura social de la RDA tenía muy poco en común con la de su vecina. La población germano-oriental permaneció –con fluctuaciones– estática (a finales de la década de los ochenta se encontraba ligeramente por debajo de los 17 millones), contrastando con el crecimiento demográfico de la RFA, de aproximadamente un 50 por ciento desde el final de la guerra (alcanzando los 62 millones). Los habitantes de Alemania Oriental siguieron residiendo en ciudades de tamaño medio y comunidades más pequeñas, y la densidad de población, relativamente baja, contrastaba con el mayor grado de urbanización de Alemania Occidental. Las desigualdades en los ingresos eran menos pronunciadas en la primera que en esta última: la RDA ha sido caracterizada como una «sociedad de gente modesta», sin extremos de riqueza o pobreza. La casi inexistencia de la propiedad privada de los medios de producción implicaba que, en términos marxistas formales, era una sociedad «sin clases», aunque no sin élites privilegiadas: en concreto, aquí las élites eran predominantemente políticas, a diferencia de las múltiples y diversas, aunque solapadas, élites de

la República Federal. Pero también había otros grupos, aparte de los políticos de mayor rango, que disfrutaban de algunos privilegios y estilos de vida más agradables: en la sociedad de la RDA no había desaparecido la desigualdad.

La movilidad social en la República Democrática era mayor que en la Federal, gracias a las políticas iniciales de ayuda a miembros de la clase trabajadora, de los niveles menos privilegiados, y de ambientes rurales. El sistema educativo tuvo como uno de sus objetivos específicos hasta finales de la década de los sesenta la promoción de los hijos de trabajadores y campesinos, si bien en la de los setenta este fin fue sustituido por el impulso del talento, independientemente del origen social. El sistema de enseñanza general de la RDA daba gran importancia a la experiencia laboral, y existían diversos caminos para llegar a la educación superior, de forma que aquellos que no siguieran la vía académica a través de la enseñanza media (que llevaba al equivalente del *Abitur* alemán, los *A levels* británicos o la Selectividad española) pudieran también acceder posteriormente de diferentes maneras a un nivel educativo superior. Pero uno de los requisitos esenciales para la movilidad social en la RDA era como mínimo la conformidad política, si no un compromiso activo; las titulaciones académicas eran cada vez más características del grupo más privilegiado, la élite política, pero ninguna persona joven no conformista podía seguir sin problemas el sistema educativo, independientemente de su capacidad. Incluso un tema «no político» como la medicina estaba cerrado para los jóvenes que se mostraban demasiado individualistas, y con frecuencia los hijos de los pastores se veían obligados a estudiar teología, y no aquello que habrían elegido por vocación. El hecho de optar por el servicio militar alternativo como «soldado constructor» (*Bausoldat*) o no participar de forma satisfactoria en el

movimiento de la Juventud Libre Alemana podía poner en peligro la carrera elegida.

Las mujeres de la RDA tenían una posición social más equilibrada que las de la RFA, aunque a finales de la década de los ochenta no habían conseguido todavía una «emancipación» plena. Algo más del 50 por ciento de la mano de obra de la República Democrática era femenina, y lo habitual era que incluso las mujeres casadas con niños pequeños trabajaran de forma remunerada fuera de casa. Los niveles de atención infantil eran muy elevados, disponiéndose para la gran mayoría de los niños de guarderías, jardines de infancia y lugares donde dejarlos después del colegio; además, los permisos de maternidad eran muy generosos, al haber sido aprobados en un intento por detener lo que en la década de los setenta se convirtió en un preocupante descenso de la tasa de natalidad. No obstante, la calidad de vida en la RDA, tanto de las madres trabajadoras como de sus hijos, era objeto de muchas críticas debido a las prolongadas jornadas laborales en las fábricas (o lugar de cuidado de los niños), seguidas por largas horas de trabajo doméstico (o el sufrir a padres cansados, agobiados y desgraciados). Las tasas de divorcio eran relativamente altas (aunque también lo eran las de matrimonio, lo que indicaba quizá unas expectativas muy elevadas), y las mujeres eran más independientes de sus parejas desde el punto de vista económico que sus equivalentes en la RFA. A pesar de ello, solían ocupar de forma desproporcionado los puestos peor pagados y de menor nivel, y su representación disminuía a medida que se ascendía en las jerarquías (por ejemplo, muchas profesoras y muy pocas directoras de colegios). Había entre ellas un porcentaje más elevado de afiliación a sindicatos y partidos políticos que en las mujeres de la República Federal, pero seguían sin aparecer en la cima de la política (con la notable excepción de la antigua ministra

de educación, Margot Honecker, mujer de Erich Honecker). El feminismo germano-oriental (si es que se puede llamar así a algo que en realidad era un conjunto de tendencias difusas) pasó de la insistencia, a principios de la década de los setenta, en la capacidad de realizar los trabajos de los hombres al deseo, a finales de la década de los ochenta, de diferenciarse de los hombres, tras haberse dado cuenta de que el primer objetivo suponía, en una sociedad todavía desigual y dividida por géneros, la imposición de una «carga doble» para las mujeres.

Resulta evidente que Alemania Oriental no consiguió algunos de los objetivos ideológicos por ella proclamados, sobre todo con respecto a la igualdad social, sin mencionar la clásica doctrina marxista sobre la desaparición final del Estado: de hecho, este último fue adquiriendo cada vez más importancia, con una presencia ubicua y con frecuencia represiva, que iba asociada a una fuerte burocratización e inhibición de la libertad personal en todas las áreas de la vida. Lo que desde luego resulta incuestionable es que, a finales de la década de los ochenta, las dos Alemanias habían divergido hacia sociedades marcadamente diferentes.

¿Hasta dónde llegaban las diferencias entre las culturas de las dos Alemanias? Las dos, tras unos comienzos algo vacilantes (con la excepción de los exiliados que regresaron, como Bertolt Brecht), aportaron nuevos clásicos a la herencia literaria alemana: en la República Federal, escritores como Günter Grass y Heinrich Böll consiguieron reputaciones internacionales, mientras que en la RDA se puede citar a Christa Wolf y Stefan Heym como muestra de los numerosos autores cuyos escritos se tradujeron y reconocieron más allá de las fronteras alemanas. Si bien gran parte de las cuestiones a las que tenían que enfrentarse los escritores de las dos Alemanias eran similares –sobre todo en lo relativo al

pasado nazi–, existían interesantes divergencias en sus respuestas; y, a lo largo de los años, a medida que los escritores de ambas Alemanias se enfrentaban a las realidades del momento en sus respectivas sociedades y trataban de defender formas de pensar y actuar con frecuencia enfrentadas a la ortodoxia predominante, otros problemas fueron adquiriendo mayor importancia. En la RDA, la literatura adquirió un significado político destacado, a lo que curiosamente contribuyó también la existencia en la RFA de una comunidad que compartía su idioma y en la que las obras de Alemania Oriental se podían publicar y recibir una mayor circulación, evitando con frecuencia la censura y filtrándose de nuevo en la RDA. A nivel de la cultura más popular, existían similitudes y diferencias: por ejemplo, la cultura juvenil de la RDA estaba más reprimida que en la República Federal, aunque en la era Honecker estaban empezando ya a popularizarse los vaqueros y los conciertos de rock. El deporte era considerado de forma convencional como una de las fuentes principales de orgullo en la República Oriental, pero incluso en este campo existían distinciones entre el patrocinio elitista de los escasos elegidos y las instalaciones públicas, relativamente escasas y sin comparación con su equivalente en la República Federal, unas omnipresentes instalaciones deportivas de muy alto nivel; en la RDA se dieron incluso casos de gamberrismo en el fútbol (sobre todo contra el Dynamo, el equipo de Erich Mielke, en Berlín Oriental; Erich Mielke era el ministro para la Seguridad Estatal, y su impopularidad se reflejaba en el limitadísimo número de seguidores de su equipo). Existían también grandes diferencias en el aprovechamiento del tiempo libre, al disponer la RFA de una gama mucho mayor en las instalaciones y la libertad de elección –incluidos los viajes al extranjero– que la RDA.

Pero, a pesar de todas sus divergencias, las dos Alemanias seguían estando unidas por una herencia histórica común, así como por un amplio abanico de vínculos actuales, de tipo tanto económico como político o social. Sus muchas diferencias no ocultaban la relación todavía existente entre ellas; ninguna de las dos podía ser considerada de forma plenamente satisfactoria sin hacer referencia a la otra, lo que daba a cada uno de estos estados soberanos una posición única en el mundo moderno en cuanto parte de un país dividido. A pesar de la estabilidad aparente de ambas partes, la división permanecía, y la fractura que atravesaba Europa central, originada por conflictos cuya principal responsabilidad correspondía a los alemanes, afectaba también a muchos otros habitantes de países no alemanes.

La revolución de 1989 y el fin de la era de la posguerra

A finales de la década de los ochenta, el sistema que había dominado Europa oriental durante cuarenta años empezó a experimentar cambios extraordinarios. La Unión Soviética, económicamente débil y políticamente extralimitada, era ya incapaz de seguir manteniendo su masivo gasto en defensa al mismo nivel que el de los Estados Unidos, y la necesidad de enfrentarse a los crecientes problemas en el frente interno la impulsaba a tratar de reducir las tensiones internacionales. Bajo el liderazgo reformista de Gorbachov, se pusieron en marcha en la URSS procesos de democratización y reestructuración económica de consecuencias radicales para el orden europeo que había surgido tras la Segunda Guerra Mundial, y, bajo la mirada no intervencionista de una Unión Soviética que estaba reduciendo su autoridad sobre los antiguos

estados satélites de Europa Oriental, se permitió el avance de procesos de democratización política en Polonia y Hungría, que acabaron con el monopolio de poder de los respectivos Partidos Comunistas. Las esperanzas de reforma en Alemania del Este bajo Honecker se vieron truncadas por el aumento en la represión, evidente en sus últimos años de poder, pero la atención estaba centrada en un posible sucesor reformista.

Al final, la revolución que acabó con el viejo régimen en la RDA no nació de las presiones del interior, sino que fue detonada por una crisis en el régimen provocada por los cambios en otros países. En el verano de 1989, Hungría –bajo su nuevo gobierno reformista– empezó a dismantelar la frontera reforzada con Austria, decidiendo también suspender las restricciones del visado germano-oriental con respecto a los viajes a Occidente. Aproximadamente 220.000 veraneantes de la RDA se encontraban en Hungría en agosto, y posiblemente una décima parte decidió aprovechar la oportunidad de la apertura de fronteras para huir al Oeste, llevándose únicamente lo que tenían encima. En un principio, la acogida en Occidente fue extática: se instalaron campos de refugiados para acoger a los recién llegados, las ofertas de trabajo empezaron a llover desde Alemania Occidental y, en medio de una atmósfera festiva, empezó a hablarse de la «reunificación de los alemanes en territorio germano-occidental». Otros alemanes orientales, al ver todas las noches los reportajes de la televisión de la RFA, decidieron no dejar escapar la oportunidad de abandonar el país: algunos partieron hacia Hungría vía Checoslovaquia, mientras que otros buscaron refugio en las embajadas de la RFA en Praga y Varsovia. Muy pronto el movimiento había alcanzado proporciones de crisis; el personal de las embajadas se veía superado por los miles de personas que buscaban asilo y exigían partir hacia el Oeste; los

gobiernos que los acogían tenían problemas en sus relaciones tanto con la RDA como con la RFA; el gobierno de Alemania Occidental empezó a estudiar con preocupación la capacidad de la economía y la situación de la vivienda para absorber a las cientos de miles de inmigrantes, mientras que el de la RDA era plenamente consciente de que esta perniciosa hemorragia de ciudadanos suponía una crisis muy grave, que afectaba no sólo al funcionamiento de la economía, como en la década de los cincuenta, sino que representaba un golpe al corazón mismo de las pretensiones de legitimidad del régimen. Los intentos de frenar el éxodo cerrando todas las fronteras del país —no sólo encerrando a los alemanes orientales en Europa Oriental, sino confinándolos, en cierto sentido, a una especie de «arresto domiciliario» en la misma RDA— eran claramente impracticables y suponían la admisión del fracaso.

La situación se vio en cierta medida complicada por la frágil salud de Erich Honecker, sometido a una grave operación de vesícula en el verano y afectado, según los rumores (más tarde confirmados), por un supuesto cáncer. Honecker, haciendo prácticamente caso omiso de los problemas de su país, siguió adelante con el proyecto de conmemoración del 40 aniversario de la RDA en octubre de 1989. Mientras tanto, aumentaba la actividad de una serie de grupos en el país, entre los que destacaba New Forum, para enfrentarse directa y explícitamente al problema de por qué tantos alemanes orientales querían marcharse, en vez de limitarse a intentar evitar que lo hicieran. Una importante característica de estas primeras voces a favor de la reforma era el rechazo del sistema germano-occidental y la exigencia de avanzar hacia algún tipo de socialismo humano, no estalinista y verdaderamente democrático; estas voces, que reclamaban el debate interno para lograr una reforma constructiva del sistema,

empezaron a hacerse notar, a través sobre todo de la organización de manifestaciones masivas semanales en Leipzig y, a menor escala, en otras ciudades importantes. En un principio se temió que dichas concentraciones fueran simplemente aplastadas por la fuerza (como había ocurrido en China a principios de ese mismo año), y fue necesaria una gran dosis de valor y disciplina para salir y manifestarse de un modo pacífico y organizado; el papel de la Iglesia tuvo aquí mucha importancia, debido a su coordinación de protestas no violentas, vigiliadas pacíficas a la luz de las velas, encuentros para rezar y debates. El momento decisivo llegó el 9 de octubre, cuando las autoridades renunciaron al uso de la fuerza para reprimir la manifestación de Leipzig y admitieron de hecho la legitimidad de las peticiones de diálogo. A partir de ese momento, las manifestaciones no dejaron de multiplicarse.

El gobierno de la RDA, enfrentado a estos desafíos y empujado por Gorbachov (que había visitado el país con ocasión de las artificiosas celebraciones del 40 aniversario), intentó poner en marcha algo similar a una «última revolución desde arriba», para evitar la amenaza de disturbios peores desde abajo y tratar de recuperar el control de una situación cada vez más insostenible. En una reunión del Politburó celebrada el 18 de octubre, Honecker fue sustituido como líder del SED por Egon Krenz, un partidario de la línea dura considerado durante mucho tiempo como «príncipe heredero» de Honecker. Sin perder la sonrisa, Krenz regresó de una breve visita a Moscú (deteniéndose en Polonia a la vuelta) para dirigir una fase inicial de reforma en Alemania Oriental, pero el pueblo no se fiaba de la sinceridad de este reformista de reciente conversión (por el país circulaban chistes en los que aparecían frases como «El tiburón tiene unos dientes bonitos, querida», en referencia a la prominente sonrisa de Krenz), y siguió exigiendo

reformas más radicales, aumentando el tamaño y la confianza de las manifestaciones. Mientras tanto, proseguía el flujo de refugiados hacia Occidente, que ahora utilizaba una ruta mucho más corta a través de la frontera checa.

Era evidente que el «Telón de acero» que dividía Europa estaba lleno de agujeros. El intento del gobierno de la RDA de reducir la presión anunciando unas concesiones de viaje muy limitadas (cuatro semanas al año, con permiso) no contentó a nadie; pero, de repente, al final de una conferencia de prensa celebrada el jueves 9 de noviembre, un agotado portavoz del gobierno admitió que las nuevas y ampliadas libertades para viajar significaban de hecho que el muro de Berlín había dejado de servir para sus propósitos originales. Los efectos del anuncio no se hicieron esperar.

Los berlineses de ambos lados se abalanzaron hacia el muro; los guardias de la frontera germano-oriental abandonaron muy pronto el intento de sellar los permisos o emitir visados, y rápidamente se extendió un eufórico ambiente festivo. A medianoche, la gente bailaba encima del muro, ayudándose mutuamente a pasar —en ambas direcciones— y bebiendo botellas de champán, mientras los berlineses se reunían por encima de lo que se estaba convirtiendo a toda prisa en un simple trozo de cemento, y no la última frontera del universo habitable. En los días y semanas que siguieron, se fueron abriendo las fronteras entre las dos Alemanias y las dos partes de Berlín, creándose nuevos puntos de cruce para tratar de reducir la presión del tráfico en ambos sentidos. Los acontecimientos posteriores resultan difíciles de describir: grandes cantidades de alemanes orientales se apresuraron a aprovechar la oportunidad de ver cómo era en realidad la vida en la otra Alemania, prohibida y rica, y regresaban de nuevo al Este cargados con plátanos, naranjas



41. Una jubilada germano-occidental contempla cómo la gente arranca pedazos en recuerdo del fenecido muro de Berlín.

y los escasos objetos que podían comprar con sus limitadas divisas occidentales.

Pero la fiesta tuvo su resaca, y el «problema alemán» no desapareció simplemente con la apertura de las fronteras: de hecho, hubo que esperar al invierno de 1989-90 para empezar a apreciar las dimensiones reales del problema. Por un lado, el flujo de refugiados continuó a un ritmo que oscilaba entre 1.000 y 2.000 diarios, alcanzando de un tercio a medio millón en un año: evidentemente, algunos alemanes orientales seguían pensando que podían alcanzar una vida mejor en el Oeste, o no se fiaban de que el nuevo gobierno instaurara reformas satisfactorias y de largo alcance. La continua entrada de refugiados planteaba serios problemas a la economía y la infraestructura de la RFA, además de provocar el estallido de las tensiones sociales asociadas a movimientos políticos extremistas, por lo que la acogida fue mucho más fría que la dispensada a los primeros refugiados del verano. Por otra parte, cuando el canciller Kohl planteó, con excesiva rapidez, la unificación de las dos Alemanias, entraron en juego toda una serie de cuestiones internacionales muy delicadas. El debate internacional se centraba en el cambio de funciones del Pacto de Varsovia y de la OTAN, enfrentados a la nueva situación de una Europa Oriental democratizada, así como en el tema de la introducción de elementos de mercado en las economías de los países del Este, y en la relación de estos cambios con el proyecto de integración de la Comunidad Europea en Europa Occidental. Las implicaciones de la cuestión alemana alcanzaban mucho más allá de las dos Alemanias.

En Alemania Oriental, los procesos internos de cambio político continuaron a buen ritmo. Egon Krenz no duró mucho a la cabeza del SED y fue sustituido por el joven, enérgico y relativamente

reformista Gregor Gysi. El SED intentó con él adoptar una nueva imagen, y para ello no sólo purgó a toda la cúpula de la vieja guardia —algunos de los cuales serían juzgados por cargos de corrupción, cuyo alcance había escandalizado al público germano-oriental—, sino que también adoptó un nuevo nombre, añadiendo «Partido de socialismo democrático» al «Partido de unidad socialista» inicial. Pero estos cambios no resultaron excesivamente persuasivos y, a mediados de enero de 1990, aproximadamente la mitad de los antiguos miembros del SED lo habían abandonado. Tras un cambio constitucional que eliminaba el papel dominante inherente al SED en la RDA, se convocaron elecciones para el 6 de mayo de 1990, más tarde adelantadas al 18 de marzo. Los nuevos partidos políticos, entre los que se contaban el grupo de oposición Nuevo Forum, Democracia Ahora y Despertar Democrático, al igual que el recientemente formado SPD de Alemania Oriental, empezaron a concretar sus organizaciones y programas, mientras que los antiguos partidos títeres optaron asimismo por afirmar su independencia: así, por ejemplo, los liberales no votaron a Krenz cuando el parlamento ratificó su nombramiento, tratando posteriormente de adoptar una línea independiente. El carácter de las manifestaciones empezó a cambiar, y se produjo un aumento en las peticiones de reunificación con Alemania Occidental, así como en las actividades de extrema derecha (incluida la movilización por parte de los republicanos germano-occidentales); el gobierno de la RDA utilizó el testimonio de la creciente agitación interior como pretexto para frenar el desmantelamiento de la odiada policía de seguridad (Stasi), pero finalmente se vio obligado a ceder en esta cuestión. No obstante, las conversaciones entre el gobierno —bajo el mando del moderado primer ministro comunista Hans Modrow— y los grupos de la oposición empezaron a mostrar los efectos de

la tensión, y a principios de 1990 el ambiente había cambiado radicalmente con respecto al de los primeros días de la pacífica e incruenta revolución de otoño de 1989.

Al llegar las elecciones del 18 de marzo, el proceso de derrumbamiento de la economía y la administración de la RDA se había acelerado y, a pesar de los valientes esfuerzos de los inexpertos movimientos reformistas germano-orientales, carentes tanto de experiencia en campañas como de recursos básicos, el resultado conservador del voto se vio de hecho determinado por la entrada en la contienda de los pesos pesados políticos de la RFA: el voto a los partidos de derechas, incluido el CDU germano-oriental—durante cuarenta años un títere de los comunistas y ahora validado por Kohl como tolerable socio conservador en democracia—era visto por muchos alemanes orientales como la vía más rápida para obtener el marco germano-occidental en condiciones favorables y para, en último término, convertirse en parte de Alemania Occidental sin tener que abandonar el territorio oriental. La unión monetaria de las dos Alemanias entró en vigor el 1 de julio de 1990, anunciando el fin de la existencia de dos estados alemanes independientes y soberanos; pero, en realidad, con ello no se abrió las puertas a una mejora económica y a una equiparación del nivel de vida, sino a un aumento del desempleo y a crecientes tensiones sociales en el Este. Evidentemente, el camino a recorrer por el experimento sin precedentes de unir una economía capitalista con otra comunista e intentar adaptar esta última a las condiciones de mercado, eliminando los subsidios protectores y los beneficios sociales, iba a ser accidentado.

Mientras tanto, la Unión Soviética de Gorbachov seguía sufriendo profundos cambios internos, al tiempo que renunciaba a sus pretensiones de control de la Europa Oriental. Kohl aprovechó

este momento, posiblemente breve, en el que se abrió una «ventana de la oportunidad» internacional, e impulsó a un ritmo acelerado el proceso de unificación política. Los negociadores germano-orientales, enfrentados a una crisis doméstica cada vez más aguda y a una coalición gubernamental que se hundía, no se encontraban en situación de imponer condiciones a la unificación y, al final, tras la conclusión de las conversaciones «dos más cuatro» y su ratificación por parte de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, optaron por acelerar al máximo los trámites. El 3 de octubre de 1990, menos de un año después del 40 aniversario de la RDA, ésta había dejado de existir; una República Federal más grande había incorporado los cinco Länder germano-orientales recién creados, y, en una solemne ceremonia de unificación, los alemanes aceptaron la responsabilidad de garantizar que su futuro unido intentaría aprender de los errores de su agitado pasado. El canciller Kohl recogió su recompensa política cuando, en las primeras elecciones generales celebradas en la Alemania unida en diciembre de 1990, la coalición conservadora-liberal gobernante se vio confirmada en el poder para dirigir el proceso de unificar en la práctica lo que tan rápida, e inesperadamente, se había juntado a lo largo de los meses anteriores.

La Alemania unida que se creó en octubre de 1990 no era simplemente una continuación de la Alemania Federal anterior a esa fecha, por mucho que esta última determinara las condiciones de la unificación; si bien la constitución básica seguía siendo la de ésta, la Alemania unificada se enfrentaba a nuevos desafíos internos e internacionales.

Dentro del país, la línea divisoria económica y social entre las regiones del este y del oeste no sólo no desapareció sino

que pareció ganar en nitidez, por lo menos a corto plazo. Las críticas mutuas de *Wessis* y *Ossis* demostraban hasta qué punto se habían de hecho alejado los alemanes en los cuarenta años de separación, y muchos alemanes orientales tenían la sensación de ser en realidad habitantes de un país anexionado, y no socios iguales en la unificación. A pesar de las presiones sobre la vivienda y el empleo, la economía de Alemania occidental experimentó un gran crecimiento en los primeros meses posteriores a la unificación, debido al repentino aumento en la demanda de bienes germano-occidentales. En los nuevos *Länder* orientales, los problemas surgidos por la privatización de industrias no competitivas, los enfrentamientos por los derechos de propiedad, los despidos masivos y los contratos temporales, la pérdida de los subsidios de vivienda y guardería, los virulentos debates sobre la forma y la amplitud de la «deStasificación» y la incertidumbre generalizada con respecto al futuro se combinaron para agudizar las tensiones ya existentes. Al mismo tiempo, el incesante flujo de emigrantes económicos y refugiados políticos procedentes del Tercer Mundo y de Europa Oriental se convirtió en objetivo de las crecientes actividades neonazis y de ataques racistas. En octubre de 1991, un año después de la reunificación, el ambiente en Alemania era muy diferente al de los vertiginosos días del idealismo revolucionario del otoño de 1989.

En el frente internacional, la Guerra del Golfo librada en la primavera de 1991 reveló muy pronto a los alemanes la necesidad de reconsiderar su papel en la política exterior, así como de revisar su constitución con respecto a las actividades militares en el extranjero. El hundimiento de los gobiernos comunistas y la transición a una economía de mercado en Europa Oriental obligaba a modificar la función y desarrollo de la Comunidad

Europea, mientras que el final de la Guerra Fría y la disolución del Pacto de Varsovia planteaban asimismo cuestiones relativas a los nuevos acuerdos de seguridad en Europa y un cambio en el papel de la OTAN. Como las convulsiones políticas en la Unión Soviética y la guerra civil en Yugoslavia pusieron de manifiesto, Alemania no era el único país que había sufrido cambios dramáticos al cerrarse la era de la posguerra. El bloque de hielo que había mantenido un frágil equilibrio de terror durante cuarenta años tras la derrota de Hitler se había derretido, revelando todo tipo de desórdenes y conflictos en una nueva e inestable situación. Las dos guerras mundiales desatadas por Alemania en el siglo XX habían tenido como consecuencia la participación de las superpotencias en los asuntos de Europa, además de crear la extraordinaria división de la misma —y del mundo— entre sistemas sociopolíticos ideológicamente definidos y mutuamente antagonistas durante casi medio siglo. Cuando la división se vino abajo, arrastrando consigo sus certezas, empezaron a aparecer tímidamente las complejidades de la construcción de un nuevo orden estable. No es tarea del historiador predecir el futuro, pero resulta evidente que, mientras se escriben estas páginas, estamos siendo testigos del final de una era que muy pronto se verá relegada, por razones más profundas que el simple paso del tiempo, a un pasado histórico.

8

Pautas y problemas de la historia alemana

Tras este breve resumen de las pautas principales de la historia alemana, podemos pasar a estudiar otras cuestiones más amplias, como son las interpretaciones globales de las «peculiaridades» de la historia alemana.

Con frecuencia se ha considerado que los problemas de la historia alemana surgen, por lo menos en parte, de su «situación geopolítica»: su posición en el centro de Europa, sin límites naturales que definan sus fronteras, a diferencia del reino isleño de Inglaterra/Gran Bretaña. Así, en Alemania existía un permanente estado de guerra, y una consiguiente militarización, en contraste con Inglaterra, una nación comerciante, que sustituyó el ejército permanente por una marina y el control de los mares. Pero este punto de vista resulta simplista en exceso, ya que no tiene en cuenta las diferencias pormenorizadas de las estructuras políticas, económicas y sociales (aún dejando a un lado la visión de la historia inglesa que presupone). La situación de las tierras alemanas en el centro de Europa no resulta por sí mismo un factor especialmente ilustrativo a la hora de explicar los singulares caminos de la historia alemana; el recurso, muy popular en los últimos tiempos, a la posición geográfica de Alemania no es más que un sustituto superficialmente válido de una explicación, ya que de hecho no explora en profundidad la gama de factores históricos diversos

implicados en cualquier época muy alejada de nuestros días. Por otra parte, resulta también evidente que estamos hablando de un sistema internacional, y que hay que tener plenamente en cuenta las interacciones entre los diferentes elementos que luchaban por un espacio, situación, poder y posición en la Europa central, además de los factores internos de cualquier territorio o región concretos. Si bien lo mismo es en principio cierto de cualquier historia «nacional», la historia de los territorios alemanes presenta quizá una especial complejidad, debido al gran número de unidades y a sus curiosas interrelaciones.

Una peculiaridad concreta del caso alemán está relacionada con la no coincidencia de algunas entidades políticas. Esto tiene importancia sobre todo en lo que se refiere a la existencia de territorios dinásticos pertenecientes a los Habsburgo fuera del Sacro Imperio Romano, lo que les proporcionaba una cierta independencia pero planteaba al mismo tiempo una serie de problemas e intereses diferentes de, y potencialmente opuestos a, los de los territorios del Imperio no pertenecientes a esta dinastía. Esta no coincidencia, aun siendo quizá crucial para la base de poder de los Habsburgo, contribuyó también probablemente a la debilidad del Sacro Imperio Romano como fuerza central: en determinados momentos clave de conflicto dentro del Imperio, podía darse que el emperador se encontrara ocupado en otro lugar y no pudiera por ello intervenir eficazmente en las primeras etapas del mismo, proporcionando así campo libre para el desarrollo de la disidencia (como en el periodo de la Reforma). Por otra parte, la existencia misma del Sacro Imperio Romano bastaba para proteger el sistema de estados, algunos de ellos tan pequeños que, sin el amparo del Imperio, posiblemente habrían sido engullidos por vecinos mayores a principios de la era moderna, en un proceso

de engrandecimiento territorial; las evoluciones que se produjeron sí implicaron la extensión de algunos países a expensas de otros (aunque no todos los proyectos se cumplieron, siendo ejemplo de ello la fallida ambición de Austria por ampliar la influencia austríaca en Alemania meridional, sobre todo en Baviera, a finales del siglo XVIII). La existencia de un foco de identificación que lo abarcara todo facilitó también el desarrollo de alianzas y ligas defensivas, contribuyendo igualmente a la protección de la independencia relativa de los territorios menores. El sistema que surgió presentaba una curiosa simbiosis, en la que el proceso de modificación de los equilibrios entre los distintos elementos era muy lento. El problema de la no coincidencia se relacionaba asimismo con el de la existencia de territorios prusianos fuera del Imperio, algo que permitió a Prusia alcanzar la soberanía real en 1701 cuando el elector Federico III se coronó a sí mismo como Federico I, rey de Prusia, en Königsberg, fuera del Sacro Imperio Romano. En el siglo XIX, en la época del nacionalismo y los intentos de unificación, la no coincidencia de territorios e intereses políticos, estados y organizaciones supraterritoriales, junto con la existencia de grupos étnicos no germánicos en algunos de los estados alemanes (sobre todo Austria y Prusia, pero también Schleswig-Holstein), en zonas situadas tanto fuera como dentro de la Confederación, adquiriría un carácter posiblemente más problemático.

No obstante, la mención del nacionalismo y la unificación nos conducen a la pregunta de si la característica combinación alemana de descentralización a nivel imperial y centralización a nivel territorial constituía de hecho un problema también con respecto a la formación de un estado. Se podría sin duda argumentar que este enfoque de las peculiaridades de la historia alemana anterior al siglo XIX, que considera las divergencias con la historia inglesa y

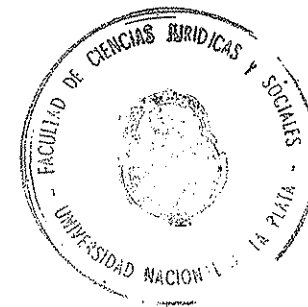
francesa como aberraciones de un modelo «normal» de desarrollo en una nación estado moderna, resultaría bastante anacrónico, ya que estaría imponiendo categorías modernas y supuestos sobre la normalidad de la nación estado como unidad política obvia para considerar la historia alemana como una distorsión. Si no hubiera sido por el surgimiento de naciones estado competidoras en la era del capitalismo industrial moderno, el modelo alemán original, en el que coexistían una multitud de unidades políticas más pequeñas y débiles dentro de un marco vago y más amplio, podría haber seguido siendo viable, por lo menos hasta cierto grado.

A pesar de todo, uno puede preguntarse si las peculiaridades anteriormente descritas han determinado en alguna medida a largo plazo los problemas de la historia alemana a partir de finales del siglo XIX. Como se mencionaba al comienzo, la historia alemana se escribe con frecuencia de una manera preocupantemente teleológica, identificándose «revoluciones fallidas» (Engels no perdió la oportunidad de utilizar la Guerra de los Campesinos para este propósito), «momentos decisivos en los que Alemania no llegó a decidirse» (la descripción de A. J. P. Taylor de 1848) y acusaciones de «inmadurez» (la burguesía alemana), y «retrasos» (la nación estado alemana). Incluso si uno se deshace de todos los prejuicios y supuestos que tales nociones implican, se puede sentir la tentación, al estudiar las condiciones, circunstancias y limitaciones a largo plazo, así como los modelos a corto plazo de los acontecimientos de la historia alemana más reciente, de contestar a la pregunta del camino no democrático de Alemania hasta la modernidad con un chiste irlandés: cuando se le pregunta por la mejor forma de llegar a Dublín, el irlandés responde al viajero, «Bueno, si quisiera ir allí, no saldría de aquí». No obstante, hay otro juego, aparte del de la «determinación de la distorsión»,

por el que los historiadores alemanes sienten especial predilección, y se llama «determinación de la verdadera ruptura». El candidato favorito actual es 1945, a pesar de los análisis de continuidad que superan el mito de la *Stunde Null* (hora cero). Si se sienten tentaciones de jugar a este juego en un contexto a más largo plazo, se podría argumentar que, en un sentido, el ciclo destructivo de 1871-1945 no se vio finalmente determinado por los modelos a largo plazo descritos anteriormente, sino más bien por la forma tomada por la unificación a corto plazo de la «pequeña Alemania», a través de las políticas de Bismarck de «sangre y hierro». Un panorama alternativo podría haber supuesto el desarrollo de una forma más benigna de federalismo alemán, en el contexto de la unificación económica alemana en la era de la industrialización. Además, no es aconsejable adoptar una determinación demasiado a largo plazo de la historia: los estudiosos deben poder explicar, no sólo el camino de Alemania hacia la dictadura nazi, sino también su doble transformación en dos estados muy diferentes, uno comunista y otro capitalista democrático, en la posguerra.

¿Qué se puede decir del papel de los modelos culturales alemanes en el desarrollo político? También se ha exagerado con frecuencia su importancia como elementos de la «singular» historia de Alemania. La cultura alemana ha presentado una amplitud y potencia extraordinarias; la cuestión de qué características de la herencia cultural se seleccionaron, reinterpretaron, transformaron y adaptaron a los intereses y esfuerzos predominantes en una época determinada —y qué selecciones resultaron ser históricamente dominantes— ha tenido más que ver con la lucha política y social que con cualquier historia intelectual etérea: lo que aquí se ha mostrado debería haber dejado claro el funcionamiento de dichos procesos en más de una ocasión.

Toda historia es producto de la época en que se escribe. A las historias nacionalistas de la época del nacionalismo triunfal les interesaba sobre todo el problema del retraso en la unificación, mientras que las historias escritas en el siglo XX a la sombra de Hitler se centraban más en las raíces del mal. A finales del siglo XX, en una época donde aumenta el federalismo, se han desinflado las tensiones entre las superpotencias y ha crecido la sensibilidad hacia el papel de las unidades políticas más pequeñas y la participación de las bases, las perspectivas han comenzado a cambiar de nuevo. La comprensión de lo que se indica al hablar del «problema alemán» cambia, así como lo que atrae —y lo que parece ser «singular»— en la historia alemana. La fascinante riqueza del pasado alemán debería garantizar su capacidad para seguir provocando interés desde muy diversas perspectivas y puntos de vista, y la imposibilidad de llegar jamás a una interpretación final y definitiva de sus complejos modelos, que no dejan de invitar a la exploración y el debate.



BIBLIOTECA

Bibliografía

Visión general

- Bérenger, Jean: *El imperio de los Habsburgo 1273-1918*. Barcelona: Crítica (Grijalbo comercial), 1993
- Clozier, René: *Alemania y los Estados Alpinos*. Bilbao: Ed. Moretón, 1968
- Ludwig, Emil: *Historia de Alemania. Doble historia de un pueblo desde sus orígenes hasta nuestros días*. Buenos Aires: Ed. Anaconda, 1941
- Mann, Golo: *Historia Universal*. Madrid: Espasa-Calpe, 1987
- Ramos-Oliveira, Antonio: *Historia social y política de Alemania*. 2 vol. México: Fondo de Cultura Económica, 1964²
- Steinberg, S.H.: *Historia de Alemania*. Madrid: Pegaso, s.a.
- Stieve, Friedrich: *Historia del pueblo alemán*. Barcelona, etc.: Labor, 1941
- Tenbrock, Robert-Hermann: *Historia de Alemania*. München/Paderborn: M. Hueber/F. Schöning, 1968
- Valentin, Veit: *Historia de Alemania. Para los pueblos de habla española*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 1947

Alemania medieval

- Pérez-Prendes, José Manuel: *Breviario de Derecho Germánico*. Madrid: Servicio de publicaciones Facultad de Derecho. Universidad Complutense, 1993

Alemania 1500-1648

- Carande, Ramón: *Carlos V y sus banqueros*. Barcelona: Ed. Crítica, 1983²
- Evans, R.J.: *La Monarquía de los Habsburgos (1550-1700)*. Barcelona: Labor, 1989
- Fernández Álvarez, Manuel: *Corpus documental de Carlos V*. 5 vol. Salamanca: Edic. Univ. Sal., 1973-81
- Janssen, Juan: *La cultura alemana antes y después de Lutero*. 2 vol. Barcelona: Ed. Libr. Religiosa, 1925

Bibliografía

Alemania 1648-1815

- Bianquis, Genevieve: *La vida cotidiana en la Alemania romántica 1795-1830*. Barcelona: Argos Vergara, 1984
- Instituto Germano-Español. Görres-Gesellschaft (ed.): *La imagen de España en la Ilustración alemana*. Madrid: Görres-Gesellschaft, 1991
- Mate, Reyes / Niewöhner, Friedrich (coord.): *La Ilustración en España y Alemania*. Barcelona: Anthropos, 1989

Alemania desde 1815: Visión General

- Carreras Ares, J.J. (ed.): *El Estado Alemán (1870-1992)*. Madrid: Marcial Pons, 1992
- Droz, Jacques (dir.): *Historia de Alemania*.
Vol. 1: *La formación de la unidad alemana (1789-1871)*
Vol. 2: *El Imperio Alemán (1871-1918)*
Vol. 3: *Alemania de 1918 a 1945*
Vol. 4: *Alemania de 1945 a nuestros días*.
Barcelona: Vicens-Vives, 1973

Alemania 1815-1918

- Bianquis, Genevieve: *La vida cotidiana en la Alemania romántica 1795-1830*. Barcelona: Argos Vergara, 1984
- Schorske, Carl E.: *Viena Fin-de-Siècle. Política y Cultura*. Barcelona: Gustavo Gili, 1981
- Taylor, A.J.P.: *La monarquía de los Habsburgo 1809-1918*. Barcelona: Argos Vergara, 1983

Alemania 1918-1945

- Bracher, Karl Dietrich: *La dictadura alemana, I. Génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo*. Madrid: Alianza, 1973
- Colloti, Enzo: *La Alemania nazi*. Madrid: Alianza, 1972
- Grunberger, Richard: *Historia Social del Tercer Reich*. Barcelona: Destino, 1976
- Huber, Heinz / Müller, Artur: *El Tercer Reich. Su historia en textos, fotografías y documentos*. 2 vol. Barcelona, etc.: Plaza y Janés, 1967

Bibliografía

- Klein, Claude: *De los espartaquistas al nazismo*. Madrid: Sarpe, 1985
- Mann, Golo: *Una juventud alemana*. Barcelona: Plaza y Janés, 1989
- Richard, Lionel: *Del expresionismo al Nazismo. Arte y cultura desde Guillermo II hasta la República de Weimar*. Barcelona: Gustavo Gili, 1979
- Semolinos, Mercedes: *Hitler y la prensa de la II República Española*. Madrid: Siglo XXI de España, 1985
- Toynbee, Arnold J.: *La Europa de Hitler*. Madrid: Sarpe, 1985
- Viñas, Ángel: *La Alemania nazi y el 18 de julio*. Madrid: Alianza, 1974
- Viñas, Ángel: *Guerra, dinero y dictadura: ayuda fascista y autarquía en la España de Franco*. Barcelona: Crítica, 1984

Las dos Alemanias. 1945-1989

- Alvarez de Toledo, Alonso: *En el país que nunca existió. Diario del último embajador español en la RDA*. Barcelona: Muchnik, 1990
- Ayçoberry, Pierre: *La unidad alemana*. Barcelona: oikos-tau, 1988
- Misch, Jürgen: *Apuntes sobre la historia social y estética del cine alemán después de la II Guerra Mundial*. s.d., 1984
- Römer, Karl (red.): *La realidad alemana. La República Federal de Alemania*. Gütersloh: LEXIKOTHEK Vg., 1979, 1980
- Sotelo, Ignacio (et. al.): *La cuestión alemana en el contexto europeo*. Madrid: Revista de Occidente, no. 112, sep. 1990
- Teltschik, Horst: *329 días. Desde la caída del muro hasta la reunificación alemana*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1992
- Von Weizsäcker, Richard: *De Alemania a Europa. El impulso de la Historia*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1992

Índice alfabético

- absolutismo, 99-117, 126-7,
131-2
- Acta Final de Viena (1820), 148
- Adenauer, Konrad, 296, 302,
310, 322
- Agustín, 49
- Alberto, príncipe de Brandeburgo,
51
- Alberto I, emperador Habsburgo,
37
- Alemania imperial, ver Imperio
alemán
- d'Alembert, 124
- Anabaptistas, 60-1
- Antiguo alto alemán, 19
- Arnim, A. von, 155
- Aue, Hartmann von, 29
- Aufklärung, ver Ilustración
- Augsburgo, Confesión de, 62
- Augsburgo, Interim de, 63
- Auschwitz, 277
- Austro-prusiana, Guerra (1866),
176-7
- Bach, C. P. E., 130
- Bach, J. S., 130-1, 155, 278
- Baden, príncipe Max von, 218-20
- Bacon, Francis, 124
- Bahro, Rudolf, 318
- Batalla de la Montaña Blanca
(1620), 78, 86
- Bauer, Gustav, 225
- Bauhaus, 234
- Bebel, August, 172
- Beethoven, Ludwig van, 130, 154
- Berghahn, Volker, 206
- Berlichingen, Götz von, 56
- Berlín, Tratado de (1926), 232
- Bernstein, Eduard, 194
- Bethmann Hollweg, Theobald
von, 198, 208, 212
- Biedermeier, 155, 160
- Biel, Gabriel, 41
- Biermann, Wolf, 305
- Bilfinger, 126
- Bismarck, Otto von, 169, 174-90,
207, 356
- Blömberg, Werner von, 264
- Böll, Heinrich, 338
- Bonhoeffer, Dietrich, 258
- Born, Stephan, 167
- Borsig, 156, 278
- Brahe, Tycho, 72
- Brandt, Willy, 302-4
- Brauchitsch, Walter von, 264
- Braun, Eva, 283

- Brecht, Bertolt, 234, 338
 Brentano, C., 155
 Breughel, 72
 Brüdergemeine, 121
 Brujería, 72, 92-5
 Brüning, Heinrich von, 240-3, 261
 Bucer, Martin, 70
 Bula de Oro (1356), 37
 Bülow, Bernhard, príncipe von, 197-8
 Burschenschaften, 148-9
 Caballeros Teutónicos, 34, 104
 Cajetanus, cardenal, 51
 Calvinismo, 61, 64, 65-8, 69-70, 77, 104
 Calvino, Juan, 61
 Canosa, 26
 Caprivi, Georg Leo, conde von, 196-7
 Capuchinos, 69
 Carlomagno, 14, 22
 Carlos IV, Emperador, 37
 Carlos V, Emperador, 38, 47, 49, 52, 53, 62-3, 75
 Carolingios, 14, 15
 Chamberlain, Neville, 266-7
 Clodoveo, 13
 Concilio de Trento, 69
 Concordato de Worms (1122), 26
 Confederación Alemana, 140, 146, 148, 158, 177
 Confederación Alemana del Norte, 177
 Confederación del Rin, 136
 Congreso de Viena, 134, 139, 145, 149
 Conrado I, 15
 Conrado II, 23
 Constitución de la Alemania imperial, 177-8, 179-80, 188
 Constitución de la República Federal, 295-6, 307-11
 Constituciones de la RDA, 295-6, 313-14, 346-7
 Constitutio de feudis, 21
 Cuno, Wilhelm, 229
 Dachau, campo de concentración, 252, 281
 Darré, Walter, 251
 Dawes, plan, 233
 Defenestración de Praga (1618), 77
 Delbrück, Rudolf von, 182
 devotio moderna, 41, 50
 Diderot, 124
 Dieta de Augsburgo (1530), 62
 Dieta de Augsburgo (1555), 64
 Dieta de Ratisbona (1541), 63
 Dieta de Worms (1521), 52
 Directorio General, 108

- Döblin, Alfred, 235
 Dollfuss, Engelbert, canceller austriaco, 262, 265
 Dönitz, Karl, 283
 Drexler, Anton, 212, 231
 Du Boulay, F. R. H., 38
 Durero, Alberto, 42
 Ebert, Friedrich, 220-2, 227, 338
 Eck, Johannes, 51
 Edicto de Restitución (1629), 80
 Eisner, Kurt, 219, 223
 Elias, Norbert, 68
 Elser, Georg, 281
 Engels, Friedrich, 56, 173, 355
 Enrique I, emperador, 17, 21-2
 Enrique II, emperador, 23-5
 Enrique III, emperador, 18
 Enrique IV, emperador, 25, 26
 Enrique V, emperador, 25, 26
 Enrique el León, duque de Sajonia, 27
 Erhard, Ludwig, 297, 302, 322-4
 Eschenbach, Wolfram von, 29
 Farben, I. G., 278
 Federico I, «Barbarroja», emperador, 25, 27, 30
 Federico II, nieto de Barbarroja, emperador, 27, 37
 Federico II, «El Grande», rey de Prusia (reinó de 1740 a 1786), 105, 108-12, 126, 128, 131-2
 Federico III/(I), elector y rey de Prusia (reinó de 1688 a 1713), 105-6, 354
 Federico III, rey de Prusia y emperador de Alemania (1888), 188
 Federico V, elector palatino, «Rey de Invierno» de Bohemia, 78
 Federico «el Sabio», elector de Sajonia, 50
 Federico Guillermo, el «Gran Elector» de Prusia (reinó de 1640 a 1688), 105-6, 108-9
 Federico Guillermo I, el «Rey Soldado» de Prusia (reinó de 1713 a 1740), 105; 107-10
 Federico Guillermo III, rey de Prusia (reinó de 1797 a 1840), 136, 147
 Federico Guillermo IV, rey de Prusia (reinó de 1840 a 1861), 162-5, 167
 Felipe de Hesse, 60
 Felipe IV, rey de España, 82
 Fernando, archiduque de Austria, emperador Habsburgo, 77, 83
 Feudalismo, 20-1
 Feuerbach, Ludwig, 153
 Fischer, Fritz, 206

- Fleckenstein, J., 17
 Fontane, Theodor, 201
 Forster, Georg, 134
 Francisco I, rey de Francia, 56
 Francisco II, emperador de Austria, 135
 Francisco Fernando, archiduque y heredero del trono austriaco, 209
 Francfort, parlamento de (1848-9), 165-9
 Francke, August Hermann, 120-2
 Freud, Sigmund, 204-5
 Frick, Wilhelm, 248
 Fritsch, Werner von, 264
 Fugger, 47, 51

 Gagern, Heinrich von, 167
 Gaismair, Michael, 58
 Gastarbeiter, 327-8
 George, Stefan, 234
 Gillingham, John, 17
 Goebbels, Josef, 254
 Goering, Hermann, 248, 263, 265, 270
 Goethe, Johann Wolfgang von, 1, 129, 131, 155, 278
 Gorbachov, Mijail, 285, 305, 315, 340, 343
 Gottfried von Strassburg, 29
 Grass, Günter, 338
 Gregorio VII, papa (Hildebrando), 26
 Grimm, hermanos (Jacobo y Guillermo), 130
 Grimmelhhausen, 92
 Groener, Wilhelm, general, 220-1
 Gropius, Walter, 234
 Grosz, Georg, 235
 Grundherrschaft, 113
 Guerra austro-prusiana (1866), 176-7
 Guerra Civil Española, 263
 Guerra de Colonia (1583-88), 75
 Guerra de Esmalcalda, 63
 Guerra de los Campesinos, 55-9
 Guerra de los Siete Años, 111
 Guerra de los Treinta Años, 69, 74-95, 96, 98, 100, 103, 116, 121
 Guerra de Schleswig-Holstein, 176
 Guerra de Sucesión austriaca, 111
 Guerra de Sucesión española, 106
 Guerra de Sucesión Jülich-Cleves (1609-14), 76
 Guerra del Norte, 106
 Guerra Mundial, Primera, 145, 191, 205-14
 Guerra Mundial, Segunda, 270-84
 Guerras napoleónicas, 98, 134-5
 Guillermo I, rey de Prusia

- (1861-88), emperador alemán (1871-88), 179
 Guillermo II, emperador alemán (1888-1918), 188-219
 Gustavo Adolfo, rey de Suecia, 81
 Gutenberg (invención de la imprenta), 45
 Gutsherrschaft, 110
 Gysi, Gregor, 347

 Habsburgo, dinastía, 37, 38, 62, 75, 78-83, 87, 353
 Hambach, festival, 150
 Händel, G. F., 130
 Harich, Wolfgang, 299
 Hauptmann, G., 201
 Havemann, R., 318
 Haydn, J., 130
 Heartfield, John, 235
 Heberle, F., 91
 Hecker, Friedrich von, 163
 Hegel, G. W. F., 120, 128, 152-3
 Heine, Heinrich, 155
 Henlein, Konrad, 265
 Heppenheim, programa de, 163
 Herder, J. G., 120, 129, 143
 Heuss, Theodor, 297
 Heydrich, Reinhard, 277
 Heym, Stefan, 338
 Himmler, Heinrich, 251-2, 277
 Hindenburg, Paul von, 212, 238, 243, 246
 Hitler, Adolf, 1, 190, 214, 215-16, 231, 241-84, 357
 Hobbes, Thomas, 18
 Hohenlohe-Schillingsfürst, Chlodwig, 197
 Hohenstaufen, 25, 37
 Hohenzollern, Alberto de, 34, 59
 Hohenzollern, dinastía, 34, 59, 104, 112, 178
 Hölderlin, F., 155
 Honecker, Erich, 303-5, 313, 315, 331, 338, 339, 341-3
 Honecker, Margot, 338
 Hossbach, Friedrich, 264
 Hugenberg, Alfred, 242
 Humboldt, Wilhelm, 151
 Hus, Juan, 41
 Husitas, 41, 77

 Ignacio de Loyola, 69
 Ilustración, 99, 117, 123-9, 131
 Imperio alemán, 145, 176, 182-214
 Investiduras, controversia de las, 26

 Jansenismo, 118
 Jesuitas, 69, 70, 76, 78, 118, 184
 Joll, James, 206
 Jorge III, rey de Inglaterra

- y elector de Hannover, 112
- José II, emperador de Austria, 112, 123, 126, 131-2, 147
- Juan de Leyden, 60
- Juan Segismundo de Brandeburgo, 76-7
- Judíos, 27, 36, 72, 122-3, 125, 183, 199, 204, 212, 225, 249, 258-60, 265
exterminio de, 274-80
- Junkers, 35, 91, 104, 109, 174, 175, 193, 289
- Kahr, Gustav, 227
- Kant, Emanuel, 127-8
- Kapp, Wolfgang, 227
- Carlos Alejandro, duque de Württemberg, 122
- Karlsbad, decretos de, 148, 151
- Kästner, Erich, 234
- Kautsky, Karl, 194
- Kehr, Eckart, 206
- Keitel, Wilhelm, 264
- Kellogg-Briand, pacto de, 233
- Kepler, Johannes, 72
- Kiesinger, Kurt Georg, 302
- Kleinstaateri, 96, 127
- Kohl, Helmut, 304, 309, 324-5, 346, 348
- Kollwitz, Käthe, 235
- Kotzebue, August von, 148
- Krenz, Egon, 343, 346
- Kristallnacht, 259-60
- Krupp, armamentos, 178, 197, 261-2, 278
- Kulturkampf, 183-5
- Lambsdorff, conde Otto von, 324
- Landrat, 109
- Lasker, Eduard, 184
- Legien, Carl, 221
- Leibniz, Gottfried Wilhelm, 124
- León X, papa, 51
- Lessing, G., 123
- Ley, Robert, 251
- Ley Básica, ver Constitución de la República Federal
- Leyser, Karl, 21
- Liebknrecht, Karl, 222, 229
- Liebknrecht, Wilhelm, 172
- Liga Católica, 76, 80
- Liga de Esmalcalda, 62
- Liga Hanseática, 33, 90
- Liga Protestante, 60
- Liga Renana, 31
- Liga Suaba, 31
- limes, 12
- Locarno, tratado de (1925), 232
- Locke, John, 124
- Lotario, duque de Supplinburg, 25
- Ludendorff, Erich, 212
- Luis II, rey de Baviera, 173

- Luis XIV, 101, 107
- Luis Felipe, rey de Francia, 161
- Lutero, Martín, 45, 49-54, 59, 61-3, 259
- Lüttwitz, Walther von, 227
- Luxemburgo, Rosa, 222, 229
- Mann, Heinrich, 234
- Mann, Thomas, 201, 234, 236
- Maria Teresa, emperatriz de Austria, 126
- Martinitz, gobernador delegado de Bohemia, 77
- Marx, Karl, 152-4, 173, 205
- Matias, emperador Habsburgo, 77
- Maximiliano de Baviera, 76, 78, 80
- Mazarino, cardenal, 84
- Medio Alto Alemán, literatura, 28-30
- Melanchthon, Philipp, 62
- Memmingen, parlamento campesino, 57
- Mendelssohn, Moisés, 123
- Mengele, Josef, 277
- Menonitas, 121
- Merovingios, 13-14
- Metternich, Klemens von, 148, 151, 160, 163, 169
- Mielke, Erich, 339
- ministeriales, 21, 29
- Minnesang, 28
- Miquel, Johannes von, 197, 200
- Modrow, Hans, 347
- Moltke, Helmut, conde von (1800-91), 178
- Montesquieu, 124
- Moser, Johann Jakob, 126
- Mozart, Wolfgang Amadeus, 130
- Müller, Hermann, 239
- Müntzer, Thomas, 58
- Mussolini, Benito, 231, 262, 272
- Napoleón I, emperador francés, 96, 135-6, 139
- «Neandertal, hombre de», 12
- Neurath, Konstantin von, 264
- Newton, Isaac, 124
- Nibelungenlied, 30
- Nicolai, Friedrich, 125
- Nietzsche, Friedrich, 204
- Novalis (Friedrich von Hardenberg), 155
- Nuevo Alto Alemán, 52
- Nuevo Alto Alemán Primitivo, 39
- Nuremberg, leyes de, 259-60
- Offenburg, programa de, 163
- OTAN, 297, 346
- Otón I, emperador, 17, 22
- Otón II, emperador, 23
- Otónidas, ver Sajones

- Oxenstierna, Axel, canceller sueco, 82
- Papen, Franz von, 235, 243, 246
- Parker, G., 88
- Paz de Augsburg (1555), 64-5, 75
- Paz de Tilsit, 136
- Pieck, Wilhelm, 313
- Pietismo, 110, 119-21, 124
- Pipino, 14
- Poincaré, Raymond, 229
- Potsdam, conferencia de (1945), 286-7
- Protesta de Speyer (1529), 61
- Prusianas, reformas, 136-9
- Pufendorf, Samuel von, 124
- Quisling, Vidkun, 270
- Rapallo, tratado de (1922), 232-3
- Reichsdeputationshauptschluss, 135
- Revolución francesa (1789), impacto en Alemania de la, 102, 131-44
- Revolución francesa (1848), 161
- Ribbentrop, Joachim von, 264
- Richelieu, cardenal, 81
- Rilke, Rainer Maria, 234
- Rodolfo, duque de Suabia, 25
- Rodolfo I, emperador Habsburgo, 37
- Rodolfo II, emperador Habsburgo, 77
- Röhm, Ernst, 251
- Roon, Albrecht, conde von, 175
- Rousseau, Jean-Jacques, 124
- Sachsenspiegel, 39
- Sajón antiguo, 19
- Sajones, 18, 21, 23, 26
- Salios, 18, 21, 23-5
- Schacht, Hjalmar, 263
- Scheidemann, Philipp, 220, 224-5
- Schiller, F., 1, 120, 129
- Schilling, Heinz, 68
- Schleicher, general Kurt von, 238, 243, 246, 251
- Schlüter, Andreas, 107
- Schmidt, Helmut, 304, 309, 324
- Scholl, Hans, 281
- Scholl, Sophie, 281
- Schönberg, Arnold, 234
- Schubert, Franz, 154
- Schumacher, Kurt, 290
- Schuschnigg, Kurt, 265
- Seeckt, Hans von, 227
- Seyss-Inquart, Arthur, 265
- Siemens, 191, 278
- Simmel, Georg, 205
- Slawata, gobernador delegado de Bohemia, 77
- Spener, P. J., 118
- Stalin, Josef, 267, 292

- Stauffenberg, Claus conde Schenk von, 282
- Stauffer, ver Hohenstaufen
- Steinberg, H. S., 88
- Steuerrat, 109
- Stinnes, Hugo, 221
- Stöcker, Adolf, 186
- Strasser, Gregor, 246, 251
- Strauss, Richard, 154
- Stresemann, Gustav, 230, 232, 234, 261
- Struve, Gustav von, 163
- Tácito, 12-13
- Taylor, A. J. P., 161, 355
- Telón de Acero, 9, 11
- Thomasius, Christian, 124
- Tieck, J. L., 155
- Tilly, general, 78, 81-2
- Tirpitz, almirante von, 197, 208, 211
- Tönnies, Ferdinand, 205
- Tratado de Lunéville, 135
- Tratado de Münster, ver Tratado de Westfalia
- Tratado de Osnabrück, ver Tratado de Westfalia
- Tratado de Passau (1552), 63-4
- Tratado de Praga (1635), 82
- Tratado de Verdún (843), 15
- Tratado de Versalles (1919), 206, 225, 234, 247, 256-7, 261-2, 265
- Tratado de Westfalia (1648), 83-7, 99, 132, 134
- Troeltsch, Ernst, 205
- Trott, Adam von, 280
- Ulbricht, Walter, 287, 298-9, 303, 305, 313, 315, 331
- Unión Aduanera, ver Zollverein
- Unión Protestante, 76
- Valdenses, 41
- via moderna, 50
- Vierhaus, R., 88
- Voltaire, 124, 126
- Wagner, Richard, 30, 204
- Wallenstein, general, 78-82
- Walther von der Vogelweide, 28
- Wandervogel, 202-4
- Weber, Max, 65-7, 181, 204-5, 207
- Wehler, Hans-Ulrich, 199-200, 206
- Weill, Kurt, 234
- Weimar, comparación con la RFA, 307-9
- Weimar, constitución de, 224-5
- Welf, dinastía, 25
- Wettin, dinastía, 59

Índice alfabético

Wilson, Woodrow, presidente de los EEUU, 213, 218	Yiddish, 36
Windhorst, Ludwig, 185	Young, plan de, 233, 240, 242
Wirth, Joseph, 229	Zille, Heinrich, 235
Wittelsbach, dinastía, 25, 60, 62	Zinzendorf, Conde Nikolaus L. von, 121
Wolf, Christa, 338	Zollverein (Unión Aduanera), 158-9, 172, 178
Wolff, Christian, 124	Zwingli, Huldrych, 60-1, 64
Yalta, conferencia de (1945), 285	

167
1945

DONACION
GARCIA SACCONI C.

